



UNIVERSIDAD ACADEMIA DE HUMANISMO CRISTIANO

**APROPIACIÓN, HERENCIA Y PATRIMONIO CULTURAL:
ETNOGRAFÍA DE LA FERIA DE LOTA, REGIÓN DEL BIOBÍO**

**Profesor Guía: Rodrigo Herrera Ojeda
Nombre estudiante: Javiera Cornejo Rojas**

Tesis para optar al grado de Magíster en Antropología.

Santiago, marzo de 2017.

Agradecimientos

Comenzaré agradeciendo sinceramente el apoyo y la colaboración de todos los comerciantes de la feria de Lota que accedieron a compartir conmigo su tiempo, a quienes me dieron entrevistas y me permitieron acompañarlos en su quehacer cotidiano. Entre ellos, en especial, agradezco la colaboración de la familia Gaete Villegas y la familia España, a través de cuyas memorias y archivos familiares pude bosquejar sus orígenes.

A Pablo, Luis, Gina, Chepo y Silvia, quienes compusieron el equipo de trabajo de la primera investigación periodística titulada “Feria de Lota, memorias de un mercado popular” publicada en 2015 con el apoyo de Fondart. Sin esta primera aproximación al comercio popular de Lota, esta tesis no habría sido posible. También agradezco hacia el infinito el apoyo de nuestro querido Benjamín Chau Machuca quien –antes de partir– alcanzó a ser parte de esta investigación junto al Centro Comunitario Pabellón 83 de Fundación Cepas. Este estudio también está dedicado a su memoria.

A mis compañeras de trabajo en Dibam, Paulina y Alison, cuyo respaldo y ayuda fueron fundamentales en las últimas instancias de elaboración de estas páginas.

A mi profesor guía Rodrigo Herrera, por su tiempo y compromiso con este trabajo. Especialmente, mis agradecimientos a Claudia Marchant, quien colaboró en la corrección de pruebas.

A todo el equipo de *Rufián Revista*, en especial a mis queridas amigas Rosario y Paula, pues nuestras conversaciones –y cariño– han sido vitales para la construcción (crítica) de este enfoque, y para sentirme acompañada en medio de un camino lleno de preguntas.

A mi papá y mi tía Celia, por su firme e incondicional apoyo en este proceso.

Finalmente, agradezco a mi mamá y Pablo, quienes me llevaron por primera vez a Lota en medio de un período crucial, el año 1997. Luego del toque de la última sirena, sobrevivimos con la gente que ahí estaba, permaneciendo testigos del proceso que vendría.

Tabla de Contenidos

INTRODUCCIÓN	8
Resumen y palabras clave	8
Presentación: La pregunta sobre la feria de Lota.....	8
Estructura de la tesis	13
1. CAPÍTULO PRIMERO.	
Marco teórico	
1.1. El enfoque hacia la cultura popular	17
1.2. El enfoque hacia la comunidad.....	20
1.3. El cuestionamiento de la noción de patrimonio.....	22
1.3.1. Desarrollo del concepto de patrimonio cultural inmaterial ...	24
1.3.2. El acercamiento de Lota a la patrimonialización	26
1.3.3. El concepto de patrimonio local y cotidiano.....	29
2. CAPÍTULO SEGUNDO.	
Marco metodológico	
2.1. La feria como lugar antropológico.....	31
2.2. Plan de análisis y técnicas de investigación	34
2.3. Objetivo general.....	37
2.4. Objetivos específicos	37
2.5. Hipótesis	38
3. CAPÍTULO TERCERO.	
La feria de Lota: contexto y antecedentes socioeconómicos, historia, emplazamiento y composición	
3.1. Sobre la comuna de Lota	39
3.1.1. Aspectos geodemográficos de la comuna de Lota.....	42
3.1.2. Aspectos económicos relevantes sobre la comuna	43
3.1.3. El impacto social de la reconversión económica en Lota	51
3.1.4. El impacto en el trabajo de la reconversión	55
3.1.5. El impacto cultural de la reconversión.....	58
3.1.6. La mirada hacia el turismo patrimonial	62

3.2. Sobre la feria de Lota.....	70
3.2.1. Historia y orígenes de la feria de Lota	70
3.2.2. Emplazamiento territorial de la feria	78
3.2.3. Composición y estructura de la feria	83
3.2.3.1 Componente configuración espacial	89
3.2.3.2 Componente puestos comerciales y sus tipologías	93
3.2.3.3 Componente sectorización de la feria (distribución)	98
3.2.3.4 Inserción en la feria de Lota.....	100

4. CAPÍTULO CUARTO.

La feria de Lota: caracterización de la feria como lugar antropológico

4.1. El recorrido por la feria: viaje desde el exterior	103
4.1.1 Recorrido matutino	103
4.1.2. Recorrido de mediodía.....	113
4.1.3. Recorrido vespertino y cierre.....	118
4.2. La demarcación del espacio en la feria.....	120
4.2.1. Estar “a la pasada”	120
4.2.2. El espacio que ocupan los ambulantes.....	125
4.2.3. La experiencia como información y orientación	130
4.3. La demarcación del tiempo en la feria.....	135
4.3.1. El sentido de la historia y la continuidad	135
4.3.2. La recreación del pasado.....	143
4.3.2.1. El pescado ahumado.....	148
4.3.2.2. El pan minero	151
4.3.2.3. Las apancoreras y la venta de jaibas	155
4.3.3. La herencia y el sentido del futuro.....	161
4.4. Las relaciones comunitarias y las prácticas de intercambio	164
4.4.1. Los regalos y la confianza.....	165
4.4.2. La casería de los quesos de Arauco	170
4.4.3. Las cocinerías de casa.....	173

5. CAPÍTULO QUINTO.

Conclusiones

5.1. La feria como campo y capital social	176
5.2. Sobre el lugar de la feria: el espacio y las relaciones de intercambio	183
5.3. Sobre el lugar de la feria: el tiempo y el sentido de la herencia	186
5.4. La cuestión del patrimonio en la feria de Lota	190
BIBLIOGRAFÍA	202

Índice de fotografías, mapas, tablas y gráficos

Fotografías

Fotos 1 y 2. Vista de la escalera de la Fundición	89
Foto 3. Pasaje Cochaute, sin salida	91
Foto 4. Vistas de línea del tren, borde feria de Lota.....	92
Foto 5. Fachadas de callejón Saavedra.....	93
Foto 6. Galería de imágenes según tipología de puestos comerciales.....	95
Foto 7. Vista de Lota Alto: calle Cousiño	104
Foto 8. Cartel que marca el comienzo de la feria de Lota por calle Caupolicán.....	105
Fotos 9 y 10. Ingreso de productos hacia el interior de feria e ingreso de cargueros en carreta por calle Caupolicán	106
Foto 11. Vendedores ambulantes de menaje y productos de ferretería, en tarimas y en el suelo, por calle Caupolicán	108
Foto 12. Tienda de ropa en Persa Acrul	109
Fotos 13 y 14. Detalle y plano general del callejón Saavedra.....	111
Foto 15. Plano general, calle Monsalve.....	113
Fotos 16 y 17. Vista de marisquerías y pescaderías	114
Foto 18. Puesto fijo de mariscos, detalle	116
Fotos 19 y 20. Puestos de venta de apancoras y carapacho. Plano general y detalle	117
Foto 21. Venta de jaibas en canastos.....	118
Foto 22 y 23. Barrenderos municipales y vista de callejón Cochaute desocupado	119
Foto 24. Casa más alta de la feria (ingreso por calle Caupolicán). En primer piso, local de venta de ollas y menajes de acero y plástico, propiedad de Estela Muñoz.....	123

Foto 25. Calle Monsalve en horario de mayor tránsito de personas	124
Fotos 26 y 27. Locales con y sin etiquetado de precios	132
Fotos 28 y 29. Compras en puesto de verduras de Albino Sáez y retrato de Albino Sáez. 145	
Fotos 30 y 31. Ahumado de sierra en horno La Central.....	149
Fotos 32 y 33. Horno comunitario del Pabellón 51 y puesto de pan minero en la feria.....	152
Foto 34. Fotografía de apancorera.....	156
Foto 35. Portada de publicación <i>Comidas y Bebidas de Chile</i> de Alfonso Alcalde (1972)156	
Fotos 36 y 37. Apancoreras durante la elaboración del carapacho	157
Foto 38. Fotografía de Elodia Domínguez vendiendo ulte.....	160
Fotos 39 y 40. Cocinería La Araucana. Hora de almuerzo.....	175

Mapas

Mapas 1 y 2. Ubicación de Lota.....	40
Mapa 3. Lota en el contexto provincial y regional	41
Mapa 4. Imagen de la feria en damero. Emplazamiento urbano de la feria de Lota	80
Mapa 5. Emplazamiento urbano de la feria.....	81
Mapa 6. Emplazamiento urbano de la feria de Lota con relieve	82
Mapa 7. Imagen de Plano de Catastro Topográfico de la feria de Lota (2007).....	86
Mapa 8. Identificación de elementos de configuración espacial. Feria de Lota.....	88
Mapa 9. (Croquis) Tipologías de puestos comerciales de la feria de Lota.....	96
Mapa 10. Mapa de sectorización de la feria de Lota	99
Mapa 11. Esquema de circulación en la feria de Lota.....	102

Tablas

Tabla 1. Variación de población de Lota. Relación región - país	42
Tabla 2. Pobreza en comuna de Lota.....	45
Tabla 3. Población según pobreza CASEN 2003-2009.....	46
Tabla 4. Hogares según pobreza.....	47
Tabla 5. Ingreso promedio de los hogares	47

Tabla 6. Población ocupada, desocupada o inactiva.	48
Tabla 7. Tasas de ocupación, desocupación y participación	48
Tabla 8. Tasas de ocupación, desocupación y participación	48
Tabla 9. Número de empresas según tamaño	49
Tabla 10. Número de empresas por rama de actividad.....	50
Tabla 11. Número de trabajadores según tamaño de la empresa.....	50
Tabla 12. Beneficiarios potenciales componentes capacitación e inserción laboral y puente de jubilación años 1996-2002	54
Tabla 13. Identificación de recursos turísticos	66
Tabla 14. Matriz de recursos y atractivos turísticos (1)	69
Tabla 15. Matriz de recursos y atractivos turísticos (2)	69
Tabla 16. Principales vías internas, feria libre de Lota	79
Tabla 17. Patentes declaradas en Sección Fiscalización y Patentes. Feria de Lota (2009) ..	85
Tabla 18. Patentes efectivamente activas. Feria de Lota (2009)	85
Tabla 19. Principales referentes externos de la feria	87
Tabla 20. Tipología de puestos comerciales en feria de Lota	94
Tabla 21. Dotación de instalaciones eléctricas, sobre la base de plan de mejoramiento.....	97
Tabla 22. Dotación de agua potable y alcantarillado, sobre la base de plan de mejoramiento	97

Gráficos

Gráfico 1. Variación de población de Lota entre 2002 y 2012.....	43
Gráfico 2. Variación de la población 2002-2012 según grupos de edad	43
Gráfico 3. Pobreza e indigencia en Lota.....	45
Gráfico 4. Porcentaje de empresas según tamaño	49

INTRODUCCIÓN

Resumen

En la presente investigación se revelan aspectos de la feria de Lota que la caracterizan como campo social específico. En ella se aborda la reproducción de prácticas y formas de interacción que la singularizan como un campo de apropiación y expresión simbólica, en relación al sentido de la herencia y la construcción de capital social. Lo anterior, en el marco de un cuestionamiento sobre la función del patrimonio cultural y las proyecciones de desarrollo económico para la ciudad de Lota, transcurridas casi dos décadas desde el cese de la actividad carbonífera.

Palabras clave: feria de Lota, ferias libres, reconversión, identidad, comunidad, herencia, patrimonio, cultura popular.

Presentación: La pregunta sobre la feria de Lota

Una etapa previa a esta investigación se ubica en la ejecución de un proyecto de investigación periodística –financiada por Fondart– que apuntaba a resumir en la publicación de un libro, un catálogo sobre las costumbres y tradiciones conservadas en la feria de Lota. El objetivo de esta primera aproximación a la feria, realizada en 2013, era contribuir a la visibilización de las expresiones culturales que representaban, para la comunidad de feriantes, prácticas o recursos de valor patrimonial. Aquí el patrimonio, pudimos notar, se perfilaba para los comerciantes como una alternativa de crecimiento, un recurso necesario para estar incluidos en la proyección de desarrollo turístico que el Estado –tras la reconversión– visualizó para Lota en 1997.

Esto pues, el 16 de abril de 1997 sonó la última sirena de Enacar (Empresa Nacional del Carbón), y así terminó definitivamente la actividad extractiva del carbón en la ciudad. Con ello, se puso fin a la cultura del trabajo, a la vida cotidiana y a las relaciones comunitarias asociadas a ella. Posterior al cierre, se entregaron las subvenciones y se desplegó la asistencia gubernamental orientada a instalar nuevas prácticas laborales, capacitación y entrenamiento en oficios desconocidos para los exmineros. En ese momento –fines de los años noventa, gobierno de Eduardo Frei Ruiz-Tagle– la patrimonialización

urbana de Lota ocupó un lugar de relevancia pública, pues el desarrollo turístico de la ciudad fue considerado un “polo de desarrollo” capaz de jugar un papel activo en la diversificación de la actividad económica de la ciudad (Corfo, 2004). A modo de contexto, podemos mencionar que estudios realizados con posterioridad al cese de la actividad carbonífera, principalmente en el ámbito antropológico, concluyeron que la reconversión en Lota propició un “despojo cultural” que afectó negativamente a la comunidad tanto económica como socialmente, pues las estrategias de recambio adoptadas no se determinaron tomando en cuenta la identidad y la cultura laboral de los afectados (Rodríguez, 2011). Estas medidas compensatorias y asistenciales se resumieron en un plan de reconversión impulsado por el Estado dirigido a casi la totalidad de la población económicamente activa, y orientada a subvencionar el impacto económico del cese de la actividad minera (Rodríguez, 2011). Este plan capacitó a la población en diversas áreas de desempeño como transporte (choferes), comercio (peluquería), procesos pesqueros y forestales, entre otros. Además entregó pensiones a los exmineros y ayudas económicas para sus familias. Principalmente, la capacitación y la reubicación de la población activa no dieron los resultados esperados ya que no hubo absorción de capital humano por parte de las empresas de Lota vinculadas fundamentalmente a la pesca, ni de las empresas forestales de las ciudades aledañas. De este modo, muchos exmineros dejaron de trabajar para vivir de las pensiones y la población activa que recibió subvención pudo ingresar a los programas de empleos de emergencia que el Estado entregó a la Municipalidad para, esta vez, disminuir el impacto del fracaso de la reconversión (Rodríguez, 2011). De este modo, los empleados en estos programas también comenzaron a eternizarse¹ allí abandonando la posibilidad de reinsertarse laboralmente.

De la mano del cierre, la preponderancia de la puesta en valor del pasado minero, derivó en que parte importante del financiamiento de la reconversión se invirtiera en emprendimientos para la gestión “histórico-cultural” de la ciudad, mediante la creación de circuitos turísticos para visitantes en el sector de Lota Alto, dentro del que se cuenta el recorrido “Lota Sorprendente”, hoy de la Fundación Baldomero Lillo, pero inicialmente

¹ El programa de empleos de emergencia al que se hace referencia corresponde al Programa de Mejoramiento Urbano y Equipamiento Comunal (PMU), cuyo financiamiento proviene de la Subdere del Ministerio del Interior.

administrada por la Fundación Chile, desde 1998. Así, desde esa fecha, ya existen nueve edificaciones del sector urbano de Lota Alto, reconocidas por la Ley de Monumentos Nacionales² en la categoría de Monumento Histórico y corresponden a vestigios remanentes del auge de la industria del carbón, con infraestructuras tales como la casa de Desayuno Escolar, la Gota de Leche, la Mina Chiflón del Diablo, el Pabellón 83, el Parque Isidora Cousiño (o Parque de Lota), la Torre Centenario y el Teatro del Sindicato minero N° 6. A estos monumentos se suma el sector de Lota Alto que, en toda el área conocida popularmente como “pabellones históricos” ha sido declarada Zona Típica. Además, se incorporan en tanto Monumento Histórico otras tres edificaciones ubicadas fuera del eje urbano: la Central Hidroeléctrica Chivilingo, el Fuerte de Colcura y el Fuerte de Lota³. Esto la convierte en la ciudad de Chile que posee mayor cantidad de Monumentos Nacionales.

La feria, no obstante, ubicada en Lota Bajo, económicamente activa, popular y heredera de una poética alimentada en los años setenta por escritores como Alfonso Alcalde (Alcalde, 1972) u Oreste Plath (Plath, 2008) había quedado pendiente en el listado de paisajes culturales idóneos para ser patrimonializados y explotados como recurso turístico. En la publicación anteriormente aludida como antecedente de esta investigación (Cornejo, Aguirre, Gaete, 2015), esta inquietud quedó apenas planteada luego de una somera puesta en escena de su comercio, sumado a un esbozo teórico que buscó propiciar la discusión y el diálogo en torno a Lota, su vigencia y su futuro.

Hoy, casi veinte años después del proceso de patrimonialización del Lota posreconversión y su continuidad, hemos notado que vivir la experiencia de transitar por lugares como la feria para ver su dinámica, escuchar sus voces, conocer sus estrategias de continuidad y cambio, conduce al menos a cuestionarse si ésta constituye –o no– un recurso de valor patrimonial de la ciudad. Y este cuestionamiento, en consecuencia, nos incita a preguntarnos –dado el contexto de monumentalismo que caracteriza al Lota actual– qué componentes de la feria correspondería preservar, si completamente o fracciones de ella, considerando que la conservación es el objetivo último del patrimonio. O bien, cómo se

² Información consultada en Catálogo del Consejo de Monumentos Nacionales, vinculada a los decretos allí especificados (Consejo de Monumentos Nacionales, 2016). Catálogo en página web institucional consultado el 5 de septiembre de 2016 en: www.monumentos.cl/catalogo/625/w3-propertyvalue-44090.html

³ *Ídem.*

podría diseñar una política de preservación para un recurso cultural local, vivo y comunitario, como una feria.

Sin embargo, antes de estas interrogantes que fácilmente emergen en este paisaje lotino muy (sobre) patrimonializado y, simultáneamente, precarizado, creemos necesario introducirnos en la feria desde su dinámica cotidiana para comprenderla como un campo social que tiene vida propia y despliega un mundo de relaciones sociales. El proceso de patrimonialización de Lota Alto, no puso los ojos sobre este espacio, por lo tanto, no contamos con información disponible que nos permita comprender la feria como “lugar” (Augé, 2000) en su sentido histórico y simbólico. Por ello, antes que todo y antes de discutir su condición patrimonial, creemos necesario pesquisar en torno a posibles elementos constitutivos de lo que podríamos definir como una identidad de la feria de Lota, entendida como aquellas lógicas subyacentes que sustentan prácticas sociales y determinadas formas de interacción que acaban por conformar una dinámica local, pero abierta al conjunto, a Lota en general y al resto del mundo.

Desde esta definición se inicia la presente investigación. Busca los elementos cotidianos que hacen lugar. Para estos efectos, la pregunta de investigación que orienta la realización de este trabajo es ¿cuáles serían aquellos procesos de índole sociocultural desplegados en la feria de Lota, expresados en prácticas y formas de interacción, que la singularizarían como campo social de apropiación y expresión simbólica, ya sea desde el punto de vista de sus usuarios como por parte de sus miembros? Esta interrogante, a su vez, se compone de otras más específicas capaces de desagregar la información que pretendemos obtener, y que se orientan a conocer la feria y dimensionarla en su totalidad, comenzando por los aspectos que la describen estructuralmente y los que dan cuenta de su historia y antecedentes.

En una primera etapa de la pesquisa, estas preguntas se refieren al contexto de la ciudad de Lota, cuestionando ¿cuáles son los aspectos más relevantes del contexto sociodemográfico de la ciudad de Lota?, ¿cuáles son los aspectos económicos más relevantes de la ciudad y, específicamente en este punto, qué rol juega la reconversión económica y el desarrollo de turismo cultural? Por otro lado, en relación específicamente a la feria, nos cuestionamos ¿cuál es la historia de la feria de Lota y desde dónde puede

elaborarse un relato sobre sus orígenes?, ¿cómo se emplaza la feria en el territorio?, ¿cómo se estructura, compone y distribuye?

En una segunda etapa del trabajo, las preguntas se orientan a caracterizar la feria como lugar, esto es, como campo social donde se reproducen prácticas y formas de interacción. En este punto, las interrogantes apuntan a dilucidar ¿cómo es la experiencia de la feria en su recorrido?, ¿cómo se delimita el espacio en la feria?, ¿cómo se demarca el tiempo en la feria?, y finalmente, ¿cómo se dan las relaciones comunitarias y las prácticas de intercambio en la feria?

Esperamos que este trabajo permita poner en discusión conceptos como comunidad e identidad y, a través de ellos, el de patrimonio mediante una descripción densa (Geertz, 1989) que, de acuerdo a las valoraciones de los feriantes, permita formular mejores preguntas para proyectar el futuro de la feria. Pensamos que en Lota es necesario levantar información útil para aproximarse hacia el patrimonio desde la comunidad lotina, situando el reconocimiento de sus recursos identitarios más allá de la necesidad de “reconvertir” la ciudad para garantizar su sobrevivencia. Y esto, pues sostenemos que la materia prima del patrimonio, son las formas y prácticas con que la comunidad de la feria se autorrepresenta, y no las que puedan ser atribuidas desde el exterior.

Cabe precisar además, que en este trabajo estos cuestionamientos se orientan hacia procesos culturales cuyos contextos están profundamente ligados al desarrollo del capitalismo y la revolución industrial (Prats, 2005, p.2) y enmarcados, también, en el despliegue de las culturas populares que emergen de las clases subalternas de este modelo desarrollo.

Para justificar una investigación sobre la feria como objeto de estudio, es relevante mencionar que, si bien la vida económica de la ciudad está subvencionada por el Estado y que la mayor parte de los ingresos del sector comercial dependen del salario indirecto de los habitantes de Lota, la feria continúa representando un polo de sostenibilidad de la ciudad, por el solo hecho de mantenerse en pie financieramente. Sigue representando, a pesar de todo, un espacio seguro donde surgir y sobrevivir. De hecho, aunque la feria jugó un papel trascendental en la vida cultural de la comunidad durante la actividad minera, solo pasó a constituirse en un elemento de interés en el desarrollo productivo de la ciudad tras su cierre, gracias a esta función de rescate.

Al mismo tiempo, es innegable que las ideas que motivan la realización de una investigación sobre este mercado, también nos invitan a reflexionar sobre el contexto de pobreza y abandono en que se encuentra, tanto la feria como la ciudad de Lota, y que hoy representa un problema político-social de urgencia, por los altos índices de vulnerabilidad de su población. No obstante lo señalado, hasta hoy la feria de Lota no ha ocupado un lugar definido en la planificación de las estrategias de fomento con enfoque en el turismo cultural (aunque existen algunas iniciativas de carácter ciudadano). Hasta ahora, ha resultado beneficiada solo por extensión, dado que desde la implementación de los circuitos turísticos en el sector de los monumentos (Lota Alto) existen visitantes que “se desvían” a comprar al mercado. La precaria infraestructura, la ausencia de servicios básicos –como alcantarillado y agua potable– y la estigmatización de su comunidad, son condiciones históricas y hacen casi imposible que se pueda plantear como un paseo turístico regular. En este marco, la posibilidad de que una eventual patrimonialización de la feria pudiera atraer recursos para mejorarla, es una esperanza latente para su comunidad, y esto, desde que la reconversión hizo del patrimonio un instrumento para salvar una ciudad.

La postura que se mantiene en esta investigación es crítica respecto de las políticas de desarrollo cultural implementadas tras la reconversión en 1997, y que instalaron una idea de patrimonio asociada a la monumentalización del pasado, por sobre una reflexión sobre la herencia. Es crítica, también, porque estas medidas no se adoptaron tomando en consideración el despojo cultural que viviría la ciudad, causado por el cierre de las minas. En este sentido, planteamos que la generación de conocimiento respecto de la identidad y la cultura popular que se da en la cotidianidad de la feria puede constituir, eventualmente, documentación útil para la formulación de políticas públicas más idóneas de fomento al desarrollo cultural. Este enfoque permite aportar nuevas concepciones de patrimonio para discutir sobre la historia y la memoria de Lota, con el objetivo de reafirmar su sentido comunitario y, con ello, su permanencia.

Estructura de la tesis

Esta tesis se divide en cinco capítulos. En el primero se expone el marco teórico a partir del esbozo de tres conceptos que, articulados, conforman el enfoque general del trabajo y la perspectiva desde la que se aborda la pregunta de investigación. En este capítulo se

presentan tres enfoques: el primero, centrado en la cultura popular, analiza las interpretaciones sobre el concepto de cultura popular y sus mecanismos de apropiación; el segundo, es el enfoque hacia la comunidad, donde se perfila la feria de Lota como campo social y reserva de identidad; y en tercer lugar, se presenta el cuestionamiento hacia la noción de patrimonio, exponiendo este concepto vinculado a la nación, en tensión con los asuntos de las comunidades. Este último punto se divide, a su vez, en tres partes. La primera, resume una aproximación al concepto de Patrimonio Cultural Inmaterial o PCI desde la óptica de la Unesco y su aplicación en las políticas públicas chilenas; la segunda, analiza el desarrollo de la patrimonialización en la ciudad de Lota; y la tercera, aborda el concepto de patrimonio local y cotidiano, como punto de vista alternativo a la interpretación predominante en Lota desde la aplicación de las medidas de reconversión económica.

El segundo capítulo del trabajo sintetiza su estructura metodológica. El primer apartado presenta el enfoque teórico y metodológico del estudio, esto es, la feria como lugar antropológico. Aquí se expone el pilar conceptual desde donde la feria será entendida en este trabajo, es decir, como un fenómeno urbano en el marco de la sobremodernidad desde la perspectiva de Augé (2000) y que requiere, para ser estudiada, de la etnografía como método. Posterior a esta introducción, se exponen el plan de análisis y las técnicas de investigación, el objetivo general, los objetivos específicos y en el último apartado de este capítulo, la hipótesis de la investigación.

En el tercer capítulo se da inicio a la exposición de los principales resultados del trabajo etnográfico de la investigación. En este capítulo, se presentan los principales antecedentes sobre la feria de Lota y su contexto comunal, además de una descripción sobre los aspectos más relevantes de su funcionamiento, distribución y caracterización. En su primer apartado, se revisan los antecedentes y se describe la comuna de Lota. Asimismo, se realiza una revisión de los aspectos: geodemográficos y económicos, caracterizando el contexto comunal en que se desenvuelve la feria. En el segundo, se analiza el impacto de la reconversión económica entendido como proceso clave en la configuración socioeconómica actual de la comuna; y en los puntos siguientes se abordan el efecto en el trabajo y el impacto cultural de este último proceso; culminando con la mirada hacia el turismo patrimonial, donde se observa el rol que, a través del municipio, jugó el patrimonio como

recurso de proyección económica para la ciudad, durante y posteriormente a las medidas de reconversión.

En el segundo apartado de este tercer capítulo, la feria se expone, considerando su historia y orígenes, su emplazamiento territorial, su composición y estructura, y posteriormente se describen sus componentes principales, de acuerdo al diagnóstico, ratificación, catastro topográfico y anteproyecto de arquitectura, para el estudio y confección de los proyectos de arquitectura, ingeniería y especialidades “Mejoramiento Feria de Lota”. Así, en los siguientes subcapítulos, se describen el componente de configuración espacial de la feria, el relativo a los puestos comerciales y sus tipologías, y el componente de sectorización.

El capítulo cuarto de esta investigación, contiene la segunda parte del trabajo etnográfico y presenta los resultados del trabajo de campo en torno al marco teórico planteado inicialmente: la feria como lugar antropológico.

Las dimensiones del lugar antropológico de la feria se despliegan en este capítulo, en el siguiente orden:

- En primer lugar, se presenta la etnografía general de la feria mediante un viaje desde el exterior el cual, a su vez, se descompone en tres partes: recorrido matutino, recorrido de mediodía y recorrido vespertino.
- En segundo lugar, se realiza un análisis sobre la demarcación de espacio en la feria, donde se abordan tres puntos en su descripción, estar “a la pasada”, el espacio que ocupan los ambulantes y la experiencia como orientación e información.
- En tercer lugar, se realiza un análisis sobre la demarcación del tiempo en la feria, como segundo componente central del lugar antropológico. En este punto se aborda el sentido de la herencia y la continuidad, la presencia de recreaciones del pasado, punto que se subdivide en la descripción de tres prácticas comerciales de la feria: el pescado ahumado, el pan minero, las apancoreras y la venta de jaibas. Luego se analiza la herencia en relación al sentido del futuro de los feriantes.
- La última parte del cuarto capítulo, se refiere a la observación sobre otra dimensión del lugar antropológico vinculada al aspecto relacional, esto es, las relaciones comunitarias y las prácticas de intercambio presentes en la feria, las que –a su vez–

se subdividen en la descripción de tres de sus aspectos: los regalos y la confianza, la casería de los quesos de Arauco y las cocinerías de casa.

Finalmente, el capítulo quinto del estudio expone las principales conclusiones del trabajo. Este capítulo final muestra un resumen de los principales hallazgos y realiza un análisis final, vinculando esta síntesis con la pregunta de investigación. Para estructurar esta parte del trabajo, las conclusiones se presentan en función de la feria como campo y capital social, la feria como lugar antropológico en relación con el espacio y las relaciones de intercambio, la feria como lugar antropológico en relación con el sentido del tiempo y la herencia y, a modo de cierre, se aborda un análisis sobre la cuestión del patrimonio en la feria de Lota.

Para comenzar el camino teórico haremos una revisión amplia sobre los principales conceptos que modelan la estructura conceptual y metodológica de esta investigación, exponiéndolos como enfoques o perspectivas en permanente discusión y diálogo con otros, y que nos permiten aproximarnos al trabajo de campo con cierta luz.

1. CAPÍTULO PRIMERO. Delimitación del marco teórico

1.1. El enfoque hacia la cultura popular

Para comenzar sostendremos, como ya se señaló, que la feria de Lota es un espacio no patrimonializado y que se inserta en un territorio históricamente marcado por la pobreza, con un 2,8% de población indigente y 24% de población pobre (INE, 2009). Hoy, además, Lota sufre las reminiscencias de la intervención y daño provocado por el proceso de reconversión económica iniciado en 1997, al que le sucedió el abandono y el olvido (Rodríguez, Medina, 2011) tras el fracaso de muchas de las medidas implementadas. Es en este contexto de subalternidad, donde el despliegue de las culturas populares toma parte en la discusión, básicamente porque se trata de una construida en pos de la subsistencia y al margen de la institucionalidad.

En el proceso de conocer la feria, hemos recorrido zonas teóricas sobre cultura popular hasta llegar a la idea de que una comprensión de “lo popular” inserta en el espacio cotidiano como podría ser la feria de Lota, diverge con las clásicas definiciones de cultura popular provenientes, por un lado, de la corriente hermenéutica que entiende este concepto como una interpretación autónoma de las clases subalternas, y por tanto, desligada de las estructuras de poder; y por otro, también difiere de la visión foucaultiana que define “lo popular” como uno de los procesos primarios para obtener el control del discurso por parte de las clases dominantes, poniéndolo al alcance de aquellos que lo negaban (Chartier, 1994, p.51). Más específicamente, Roger Chartier (1994) sostiene que el concepto de cultura popular se sitúa entre los dos dispositivos teóricos mencionados anteriormente, pues la “apropiación simbólica”, entendida como un mecanismo que permite a cada sujeto consumir y producir cultura a la vez, los vuelve complementarios. Así, este autor esboza una articulación o, más bien, una lucha entre autonomía y heteronomía simbólica para ubicar el concepto de cultura popular y de apropiación como mecanismo de acción:

Focalizando diferentes prácticas y usos contrastados de los mismos textos, códigos, modelos, etc., la apropiación puede permitir superar la dicotomía entre las dos definiciones de cultura popular: cultura popular como un mundo simbólico completamente autónomo y cultura popular como un ente moldeado y manipulado por la alta cultura (...). Bajo mi perspectiva, la apropiación en realidad concierne a una historia social de los varios usos

(que no son necesariamente interpretaciones) de discursos y modelos, volviendo a sus determinantes fundamentales e instalándolos en las prácticas específicas que los producen (p.54).

Más vinculado al objeto de estudio, una noción de cultura popular similar es planteada por Néstor García Canclini (2002) cuando, para describir las perspectivas de estudio sobre representaciones artísticas en ferias libres de México, define culturas populares del siguiente modo:

Las culturas populares (más que la cultura popular) se configuran por un proceso de apropiación desigual de los bienes económicos y culturales de una nación o etnia por parte de sectores subalternos, y por la comprensión, reproducción y transformación, real y simbólica, de las condiciones generales propias de trabajo⁴ y de vida (p.90).

García Canclini (2002) añade además una alusión a la desigualdad socioeconómica en el proceso de apropiación de bienes culturales, lo cual diferenciaría la cultura producida y consumida por las clases subalternas, de aquella producida por la alta cultura de las clases dominantes:

las culturas populares son resultado de una “apropiación desigual” del capital cultural, una elaboración propia de sus condiciones de vida y una interacción conflictiva con los sectores hegemónicos. Al comprenderlas de este modo, nos alejamos de las dos posiciones que han predominado en su estudio: las interpretaciones inmanentes, formuladas en Europa por el populismo romántico y en América Latina por el nacionalismo y el indigenismo conservadores, y por otra parte, del positivismo que, preocupado por el rigor científico, olvidó el sentido político de la producción simbólica del pueblo (p.91).

Comprendiendo la cultura popular como producción simbólica del pueblo, y el carácter conflictivo de la interacción cultural entre las clases subalternas y las hegemónicas, podemos analizar el concepto que determina el mecanismo de producción de la cultura: la apropiación simbólica.

Sobre la apropiación es posible señalar que resulta evidente la diversidad de usos que esta noción ha tenido en su aplicación en diferentes áreas de la antropología. Por su parte, lo que se entiende por apropiación varía –en aplicación y complejidad– según el

⁴ Si bien esta definición está elaborada para desentrañar vínculos contradictorios entre cultura y capitalismo, el componente del estilo de vida y la relevancia que lo cotidiano adquiere en esta sentencia, respaldan la postura de Chartier (1994).

paradigma en que se inscribe. No obstante, para el estudio sobre la feria de Lota, es pertinente recordar la relación que esta noción ha tenido con la idea de “identidad” (Giménez, 2000). Según Gilberto Giménez (2003) tanto la identidad de un grupo como su cultura:

se construyen precisamente a partir de la apropiación, por parte de los actores sociales, de determinados repertorios culturales considerados simultáneamente como diferenciadores (hacia afuera) y definidores de la propia unidad y especificidad (hacia adentro). Es decir, la identidad no es más que la cultura interiorizada por los sujetos, considerada bajo el ángulo de su función diferenciadora y contrastiva en relación con otros sujetos (p.19).

Esta apropiación de repertorios culturales mencionada por Giménez hace referencia a “actores sociales”, es decir, a sujetos que de forma individual son capaces de consumir y producir identidad colectiva, entendiendo que la identidad es un atributo “relacional”:

la identidad se predica en sentido propio solamente de sujetos individuales dotados de conciencia, memoria y psicología propias, y sólo por analogía de los actores colectivos, como son los grupos, los movimientos sociales, los partidos políticos, la comunidad nacional y, en el caso urbano, los vecindarios, los barrios, los municipios y la ciudad en su conjunto (...) la identidad colectiva define la capacidad para la acción autónoma así como la diferenciación del actor respecto a otros dentro de la continuidad de su identidad. Pero también aquí la auto-identificación debe lograr el reconocimiento social si quiere servir de base a la identidad. La capacidad del actor para distinguirse de los otros debe ser reconocida por esos “otros”. Resulta imposible hablar de identidad colectiva sin referirse a su dimensión relacional (p.6).

Los actores sociales, en consecuencia, representan para este estudio una materia de análisis en tanto ellos, de forma individual, reproducen identidad y cultura colectiva, tanto en lo privado como en lo público.

De acuerdo a estos tres conceptos, cultura popular, identidad y apropiación como mecanismo, es posible aproximarse a lo que en esta investigación se buscará describir, y que comienza por generar conocimiento respecto de la cultura popular lotina, con el prisma puesto en su patrimonialización y sus cuestionamientos. Lo anterior, tomando en cuenta que la cultura popular está ligada a los procesos de apropiación que construyen la identidad de sus actores sociales. Específicamente, en una etnografía sobre la feria de Lota, lo que

nos interesa indagar es en la capacidad que la apropiación de repertorios culturales tiene –o no tiene– para atribuir especificidad a la experiencia de la feria, es decir, a su recorrido o itinerario.

1.2. El enfoque hacia la comunidad

Tomando en cuenta la idea anterior, la especificidad buscada se refiere a la comunidad ferial. Utilizaremos ese concepto, sosteniendo que la feria de Lota es un espacio social que se diferencia fuertemente de su entorno geográfico y su contexto urbano. Inclusive, posterior al trabajo de campo, nos es posible afirmar que desde el primer recorrido emprendido en el marco de esta investigación, percibimos claramente que la feria de Lota, por su permanencia y su carácter de “establecida”, por su centralidad no transitoria (Troncoso, 2009) marca una diferencia territorial importante con los otros sectores de la ciudad. La feria pareciera ser un “barrio” más antes que un mercado. Y tiene sentido, ya que allí continúan viviendo familias en casas y cités cada vez más escondidos entre los puestos comerciales; también es cierto que todavía hay feriantes que crecieron en casas que hoy son tiendas, que recuerdan sus juegos y su cotidianeidad en medio de los mariscos, las frutas y el trabajo que les tocaba realizar para apoyar a sus padres.

La feria de Lota es definida por el Plan de Desarrollo Comunal (2014) como un punto de encuentro entre la población local y los visitantes. Su principal característica es que funciona los 365 días del año. En ella se encuentra gran variedad de productos como vegetales, productos del mar, vestuario, calzado artículos de librería, juguetes, cocinerías, carnicerías, entre otros (p.62)⁵.

La comunidad no aparece en esta definición, sin embargo, asoma el espacio de encuentro para la comunidad, o lo que intentaremos delimitar como el campo social de la feria. Así, estrechamente vinculados a su configuración geográfica y política, podremos advertir en ella la comunidad de la feria.

⁵ “La feria es un lugar que nace cada día por la concurrencia y coincidencia de un número considerable de personas en un mismo sitio. Pero es fundamental para comprender la feria tener en cuenta que en ningún caso dicha coincidencia es fortuita. Sobre todo, nadie que va a la feria –a una determinada feria– es una persona aleatoria. La feria no permite que esto ocurra. La forma en que se conducen las actividades e interacciones diarias en la feria pareciera informar, en todo momento, esta característica. Lo que se dice y lo que se hace en la feria debe dejar en claro que no estamos frente a relaciones y quehaceres efímeros, sino todo lo contrario” (Browne, 2012, p.75).

Abriremos la reflexión sobre comunidad e identidad recurriendo al concepto de *campo* y *habitus* de Pierre Bourdieu, proponiéndonos entender la feria libre de Lota como un “espacio social” donde se articula lo individual y lo social, así como las estructuras internas de la subjetividad y las estructuras sociales externas (Giménez, 2003, p.10). Basados en este concepto fundamental, las personas que habitan la feria, en sus distintos roles, son entendidos como “sujetos sociales” determinados por un sistema de disposiciones que constituyen su *habitus*:

En cuanto sistema de disposiciones para actuar, percibir, sentir y pensar de cierta manera, el *habitus* se manifiesta fundamentalmente por el sentido práctico, es decir, por la actitud para moverse, actuar y orientarse según la posición ocupada en el espacio social, de conformidad con la lógica del campo y de la situación en que está implicado (p.13).

Indisociable del *habitus*, el campo se manifiesta en las cosas, historias o rituales en que los sujetos sociales representan su *habitus*. De esta manera, el valor de los campos sociales es comparable según la diferencia que exista entre ellos (distancia social); y también, en este sentido, la relación entre el campo y el *habitus* es dialéctica.

El concepto de campo y *habitus* ha sido readecuado por varios autores para ser utilizado en la investigación sobre las sociedades modernas, no obstante en sí mismo sigue constituyendo un recurso conceptual esencial para bosquejar una reflexión sobre la identidad que, desde allí, nos arroje un enfoque para observar la feria.

Habitus y campo se proponen aquí como puertas de entrada para encontrar y describir lo que José Bengoa entiende como identidad pasiva, o “la reserva de memoria impregnada en la vida diaria de las personas de un grupo humano determinado” (Bengoa, 2005, p.107). Esta identidad pasiva corresponde a ese “saber práctico” propuesto por Bourdieu (2007) y, siguiendo la línea de Bengoa (2005), se trata de procesos que culminan en la producción de cultura popular:

se trata de aquellas maneras de ser, las cuales mediante depósitos sucesivos se han ido transformando en un *ethos* que permite establecer fronteras, delimitar un “nosotros” lleno de filigranas y señalar con precisión, quizás animal, a quienes no son parte de la tribu. La identidad sin palabras o también llamada protoidentidad, suele ser entendida como la cultura popular, es decir, el conjunto de señales en las que se reconocen las personas que habitan juntas un territorio determinado (p.108).

También Bengoa esgrime en su texto *La comunidad perdida*, que ha sido el problema de la compulsión de la modernidad lo que ha provocado la ruptura de las identidades comunitarias, reemplazadas por identidades nacionales que representan sociedades, no comunidades (Bengoa, 2005).

Del mismo modo, en este trabajo entenderemos también los conceptos de identidad y comunidad como dos elementos indisociables, donde la “identidad es la pertenencia a una comunidad en que se ejercen lazos afectivos” (Bengoa, 2009a, p.25) y, el componente relacional/sentimental, se pone de manifiesto como un recurso para la construcción de identidad.

1.3. El cuestionamiento de la noción de patrimonio

Este trabajo participa de una búsqueda de la comunidad de la feria de Lota y, en consecuencia, participa también de la búsqueda de la identidad que allí se encuentra. Sin embargo, la pregunta sobre la patrimonialización, o más bien, la no-patrimonialización de este sector de la ciudad de Lota, de su feria, nos lleva a cuestionarnos sobre el concepto y noción de patrimonio cultural, a pesar de entender que la identidad de las comunidades no está directamente relacionada con la patrimonialización, pues ésta es asunto de la institucionalidad, no de las comunidades.

De acuerdo a lo planteado en el estudio de la investigadora Margarita Browne publicado en 2012 sobre las ferias libres de Santiago, el patrimonio resulta ser “un recurso para la identidad, pues es una suerte de mecanismo para imaginar la comunidad” (Browne, 2012, p.88). En el caso de Lota, a través de diversas gestiones lideradas por el Estado, se han establecido como “recursos” –en el sentido de Browne– otros componentes de la ciudad vinculados, principalmente, al rescate de memoria histórica sobre la industrialización de Chile entre 1850 y 1950, a la del auge económico en la época de la minería e incluso, a la del proletariado y el movimiento sindical minero, por ejemplo, en memoria de la huelga larga del carbón en 1960 (Reyes, Rodríguez, Medina, 2014). No obstante, la diferencia advertida en este punto es que, como componente histórico, y como detallaremos más adelante, la feria no representa una reivindicación de esta memoria, sino que viene a develar otra: la del campesinado que es lo que era antes de ser pueblo minero, la del pueblo indígena que es lo que era antes de ser pueblo minero, y la de un comercio

que fue constituyéndose como una alternativa de subsistencia para los habitantes de la ciudad, una escapatoria al yugo de la mina.

En la discusión sobre el patrimonio de las clases subalternas, o el de la cultura popular, nos encontramos con un territorio en disputa (como se pudo señalar anteriormente) por la patrimonialización. En este sentido, Néstor García Canclini en los *Usos sociales del patrimonio* (1999) ya destaca que el patrimonio de las clases populares es “un patrimonio propio” lo que, lo involucra mucho más con los sentidos de identificación y pertenencia comunitaria, que con la excepcionalidad y relevancia del patrimonio nacional:

Los productos generados por las clases populares suelen ser más representativos de la historia local y más adecuados a las necesidades presentes del grupo que los fabrica. Constituyen, en este sentido, un patrimonio propio. También pueden alcanzar altos grados de creatividad y valor estético (...) pero tienen menor posibilidad de realizar varias operaciones indispensables para convertir esos productos en patrimonio generalizado y ampliamente reconocido (García Canclini, 1999, p.18).

Casi del mismo modo, García Canclini se refiere a uno de los dispositivos fundamentales para la construcción de identidad, en su vinculación con el patrimonio: la memoria, aludiendo a que esta memoria nunca se archiva: “La memoria popular, en la medida en que depende de las personas, es ‘una memoria corta’, sin los recursos para alcanzar la profundidad histórica que logra el patrimonio reunido por los intelectuales de la universidad” (García Canclini, 1999, p.19). Siguiendo esta línea, y en el hilo de García Canclini, las desigualdades sociales encuentran su reproducción en los procesos de patrimonialización, tomando en cuenta que se trata de procesos que se complejizan en la medida en que los actores sociales y las expresiones culturales se diversifican.

Sin embargo, y para continuar con lo planteado en un principio, entenderemos la disputa por la hegemonía política que se desarrolla en la discusión sobre el patrimonio, en un contexto de conflicto. Esto considerando, como ya se puntualizó, que históricamente ha sido el Estado el principal agente en la reivindicación de los valores culturales “propios” de la nación, los cuales han sido utilizados esencialmente para uniformizar ideológicamente las diferencias y contradicciones internas de la misma. Este proceso ha implicado un interés por subrayar identidades políticamente aceptadas o acordes al momento histórico y opacar

los conflictos interiores ocurridos en el pasado y/o vigentes en la actualidad y activados por diferentes protagonistas.

Como contrapunto de lo anterior, podemos mencionar que la activación de los patrimonios que se reclaman, en el sentido de Llorenç Prats (1998), se producen también inicialmente de manera ideológica, es decir, a través de versiones ideológicas de la identidad:

toda formulación de la identidad es únicamente una versión de esa identidad, y por tanto pueden coexistir y de hecho coexisten distintas interpretaciones/formulaciones sobre una misma identidad, que usualmente se articulan en relaciones de complementariedad y oposición. Los patrimonios son versiones simbólicas de la identidad (p.64).

1.3.1. Desarrollo del concepto de patrimonio cultural inmaterial

Una de las principales carencias de la legislación chilena sobre patrimonio cultural es que no ha incorporado los enfoques conceptuales entre el patrimonio como monumento o arte y el patrimonio como cultura, tránsito que sí se ha dado en la legislación internacional.

Aunque a esto nos referiremos brevemente, cabe precisar que, en el plano internacional, la Declaración Universal de los Derechos Humanos promulgada tras el holocausto judío en la Segunda Guerra Mundial, sienta un precedente fundamental para la legislación occidental sobre protección de bienes culturales. Particularmente en el artículo N° 27 sobre “el derecho a tomar parte libremente en la vida cultural de la comunidad, a gozar de las artes y a participar en el progreso científico y en los beneficios que de él resulten”, se responsabiliza formalmente a los Estados del resguardo de los bienes culturales, en tanto esto implica la protección de un derecho humano. Por su parte, concluida la Segunda Guerra Mundial y frente al impacto destructivo que ésta tuvo para la reserva cultural mundial, la convención de La Haya de la Unesco, en su primer protocolo de 1954, dispuso que: “la conservación del patrimonio cultural presenta una gran importancia para todos los pueblos del mundo y que conviene que ese patrimonio tenga una protección internacional” (Unesco, 1954). Aquí aparece –por primera vez– la idea de bienes culturales no solo como objetos de importancia, sino vinculados a las personas y sus comunidades. Luego, la Carta de Quito de 1977 sobre preservación de centros históricos, establece la nomenclatura de “monumento” y “centros históricos” como conceptos

asociados al desarrollo urbano y a las ciudades, e incluye con fuerza el uso de la idea de la comunidad (Icomos, 2005). Esta complejización del concepto de patrimonio ha sido promovida por la Unesco, y representa el tránsito que los enfoques en torno a este concepto han experimentado: el paso entre la monumentalidad material y las prácticas culturales. Este periplo culmina, para la Unesco, en la elaboración del concepto de Patrimonio Cultural Inmaterial, acordado en la convención de 2003, y que se describe de la siguiente manera:

Se entiende por “patrimonio cultural inmaterial” los usos, representaciones, expresiones, conocimientos y técnicas –junto con los instrumentos, objetos, artefactos y espacios culturales que les son inherentes– que las comunidades, los grupos y en algunos casos los individuos reconozcan como parte integrante de su patrimonio cultural. Este patrimonio cultural inmaterial, que se transmite de generación en generación, es recreado constantemente por las comunidades y grupos en función de su entorno, su interacción con la naturaleza y su historia, infundiéndoles un sentimiento de identidad y continuidad y contribuyendo así a promover el respeto de la diversidad cultural y la creatividad humana. A los efectos de la presente Convención, se tendrá en cuenta únicamente el patrimonio cultural inmaterial que sea compatible con los instrumentos internacionales de derechos humanos existentes y con los imperativos de respeto mutuo entre comunidades, grupos e individuos y de desarrollo sostenible (Unesco, 2003, p.46).

En distinto carril, en Chile la primera ley cultural se crea en 1925 para proteger la reserva cultural de la República y preservar elementos de carácter histórico nacional, esta es la Ley de Monumentos Nacionales. Luego, en 1970, a fines del gobierno de Eduardo Frei Montalva, se oficializa una nueva Ley de Monumentos Nacionales con número 17.288 que reemplaza la anterior de 1925. En los años noventa, se amplifica esta misma ley incluyendo una normativa sobre sitios arqueológicos y paleontológicos, además de la ley indígena. Sin embargo, el concepto “patrimonio” aún no es mencionado. Luego en 2001, durante el gobierno del Ricardo Lagos, se crea la institucionalidad cultural chilena: el Consejo Nacional de la Cultura y las Artes (CNCA). En este contexto, y en el ámbito del patrimonio, las políticas del Consejo buscan asimilar los acuerdos y normativa de la convención de la Unesco de 2003 sobre salvaguarda del patrimonio cultural inmaterial (Unesco, 2003) a través de un programa llamado “Tesoros Humanos Vivos”. Dado que no existe una nueva ley de patrimonio cultural, y tampoco una nueva modificación a la ley 17.288 sobre Monumentos Nacionales que incorpore estas actualizaciones internacionales,

cuando Chile, el año 2009, ratifica la convención 2003 se hace cargo de sus disposiciones mediante este programa del CNCA⁶, el cual tiene la particularidad de ver el patrimonio desde el sujeto aislado, no desde su territorio o desde sus relaciones, es decir, observándolo desde fuera o independiente de su comunidad y campo social. Posteriormente, se crean otros departamentos dentro del CNCA, como la propia Unidad de Patrimonio que, entre otros, tiene a su cargo el programa de Fortalecimiento de Barrios Patrimoniales⁷, bajo el alero de una iniciativa de ley para la creación de un Ministerio de las Culturas y el Patrimonio. El proyecto de ley continuó discutiéndose durante los gobiernos de Sebastián Piñera (2010-2013) y Michelle Bachelet (2014 hasta la fecha). Hasta hoy el proyecto se encuentra en evaluación por parte del Parlamento chileno.

1.3.2. El acercamiento de Lota a la patrimonialización

Inicialmente, las políticas de fomento a la patrimonialización comienzan tras el cierre de las minas de carbón en 1997, con el apoyo del Estado, no obstante en esta primera etapa – impulsada por la necesidad de reconversión– las medidas adoptadas en este ámbito no incorporaron el reconocimiento institucional y tampoco la inversión adecuada para financiar los requerimientos técnicos de la conservación de la infraestructura patrimonial de la ciudad. Años después, entre 2006 y 2008, comenzaron las gestiones de investigación a cargo del Servicio de Vivienda y Urbanismo (Serviu) del Biobío para dar reconocimiento y protección a ciertos sitios que contenían edificios históricos de la ciudad. El año 2008 se presentaron las primeras carpetas dirigidas a postular tres sectores de la ciudad, en las categorías de Monumento Histórico y Zonas Típicas, al Consejo de Monumentos Nacionales de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos (Dibam). Estas fueron la

⁶ Referencia a entrevista personal realizada a Javier Ramírez Hinrichsen, director del Magíster en Arte y Patrimonio de la Universidad de Concepción y representante de Icomos-Chile en la Comisión Asesora del Consejo de Monumentos Nacionales de la región del Biobío. Citado como: J. Ramírez, entrevista personal, 3 de noviembre de 2016.

⁷ Se mencionan en este punto los principales programas vinculados al desarrollo patrimonial del CNCA que se crean con posterioridad a 2009. Cabe mencionar aquí que el programa “Revitalización de barrios e infraestructura patrimonial emblemática”, en especial, interviene a través de medidas de fomento, la vida comunitaria de las ciudades con los siguientes objetivos: 1) mejorar las condiciones de habitabilidad y del entorno de barrios de la población residente; 2) poner en valor sus inmuebles patrimoniales y/o emblemáticos; 3) incrementar su actividad comercial y cultural; y 4) fomentar la participación de los residentes en su revitalización. Este programa se implementa en el barrio histórico Pabellones de Lota Alto, desde 2014.

Central Hidroeléctrica Chivilingo, el Parque Isidora Goyenechea y el Chiflón del Diablo. Y fueron los tres primeros. En el año 2015, en Lota existían diez sitios históricos reconocidos por el Consejo de Monumentos Nacionales y, actualmente, esa cifra llega a once, convirtiendo a Lota en la ciudad que reúne la mayor cantidad de Monumentos Nacionales en Chile.

Para el desarrollo de nuestro trabajo, es relevante dar cuenta de los resultados de las primeras investigaciones realizadas en 2008, no solo porque son las primeras que tuvieron respaldo político y una buena acogida por parte de la institucionalidad asociada al patrimonio nacional como el Ministerio de Educación y la Dibam, sino también porque es al amparo de estos estudios sobre patrimonio arquitectónico de índole material, cuando el patrimonio inmaterial de la zona comienza a ser investigado y sus resultados, por primera vez, son evaluados como aspectos relevantes para los procesos de patrimonialización liderados por el Estado, después de la reconversión. Lo anterior, ya que posterior al año 2008, fecha en que –como dijimos– son declarados los tres primeros sitios históricos por el Estado chileno, el Serviu comienza a plantearse el desafío de presentar los antecedentes a la Unesco para declarar la ciudad de Lota, con toda su diversidad de sitios y –también– su gente y cultura, como Patrimonio de la Humanidad.

Esta iniciativa dio origen a una investigación de gran importancia para la legitimación de Lota como ciudad patrimonial en la actualidad, ya que consideró su análisis con enfoque en lo que la Unesco define como Patrimonio Cultural Inmaterial. El trabajo al que nos referimos se titula “Lota, Patrimonio Industrial de la Humanidad: Rescate del patrimonio cultural inmaterial” (2008) de la licenciada en Arte de la Universidad de Chile María Esperanza Rock.

Rock editó su trabajo junto a Serviu con el objetivo de “dar cuenta de la existencia” de tradiciones, arte y espectáculos en la ciudad de Lota, siempre vinculados a su pasado industrial. Cabe señalar que esta investigación se orientó a inventariar exclusivamente la cultura de Lota asociada al pasado minero, pues su trabajo analiza lo que denomina “patrimonio industrial” o “patrimonio del carbón”, excluyendo de su texto toda consideración sobre elementos culturales de valor simbólico presentes en la feria de Lota como espacio social. Rock establece en su estudio la siguiente diferencia:

Se debe dejar en claro, que las prácticas culturales dadas en Lota alto son distintas a las de Lota bajo, ya que Lota bajo era el mundo comercial, donde estaba la feria y otros tipos de servicios. A diferencia de Lota alto, donde el oficio se enfoca a la industria carbonífera (Rock, 2008, p.150).

Esta última idea, creemos, coincide con la del imaginario: existen dos ciudades culturalmente diferentes, estas son, Lota Alto y Lota Bajo. Y no nos extraña pues, desde su formación, Lota se divide funcionalmente así: Lota Alto representa el espacio de la *company town*, asociada a los lugares habitacionales y los servicios mineros, y Lota Bajo, gestado al margen de la empresa pero ligado a su complemento administrativo y comercial, que permite la sustentabilidad funcional de las actividades burocráticas asociadas a la presencia del Estado, las iglesias y las actividades vinculadas a la feria y a la pesca artesanal (Medina *et al.*, 2011, p.153).

El estudio de Rock publicado en 2008, en su camino por levantar la información sobre el patrimonio intangible para dar respaldo simbólico a un estudio de “declaratoria” para Lota como Patrimonio de la Humanidad frente a la Unesco, otorga principal relevancia al concepto de Patrimonio Cultural Inmaterial. Esta categoría siempre va asociada a una forma de vida particular, a tradiciones, relatos locales y costumbres propias de la comunidad que forman parte de la identidad local. Esta identidad –para los objetivos del estudio de Rock– fue el respaldo simbólico e inmaterial utilizado para la activación patrimonial de un expediente sobre edificios históricos.

Sin embargo, la feria de Lota es un espacio social que quedaría –a lo menos– limitada, si fuese estudiada solo como parte de un inventario abstracto de tradiciones y folclor que versan sobre la vida en la mina de carbón. La feria, por lo que hemos observado, constituye una comunidad y sus actores sociales revelan una identidad a través de la experiencia real, que es reconocida por sus integrantes. En este punto es relevante la perspectiva que el antropólogo Néstor García Canclini (1999) manifestaba en el texto ya citado, cuando sostiene que la relación entre el Estado y el patrimonio es ambivalente:

Por un lado, el Estado valora y promueve el patrimonio como elemento integrador de la nacionalidad (...) no obstante, como todo Estado moderno, al promover el patrimonio ha tendido a convertir las realidades locales en abstracciones político-culturales, en símbolos de una identidad en que se diluyen las particularidades y los conflictos (p.20).

Es posible que esta ambivalencia, sostenida desde los primeros procesos de patrimonialización en Lota iniciados en 1997 tras el cierre de las minas, no haya incorporado a la feria de Lota porque ha tendido a excluir de éstos a las comunidades en general y su identidad. Esta podría ser la razón de la ausencia de estos espacios sociales en el inventario de los expedientes. También es posible plantearnos que este ejercicio de determinar cuál es o dónde está el “patrimonio” en la feria de Lota implique identificar las ausencias (y los conflictos) en el patrimonio nacional. Estos son parte de los cuestionamientos planteados en este trabajo.

1.3.3. El concepto de patrimonio local y cotidiano

Siguiendo la línea de la argumentación anterior, es posible decir que parte de la complejidad de la discusión académica sobre el patrimonio, se asemeja a los diálogos epistemológicos sobre la identidad, en el sentido de que: “las respuestas de las personas a preguntas por quiénes son (qué son) no conforman una estructura ordenada y estable” (Geertz, 2002, p.202) y, por lo tanto, la idea de patrimonio tampoco puede ser definida de manera homogénea. Sin embargo, creemos que es posible caracterizarla en esa misma complejidad, considerando que no llegaremos a establecer un conjunto de bienes culturales, sino una “experiencia” inserta en la vida cotidiana de las personas que conforman la comunidad, que nos podrán vincular o no con este concepto.

Cambiando de foco, de antemano es posible revisar las perspectivas teóricas que nos permitan aproximarnos a los fenómenos urbanos alejándonos de la lógica de los monumentos, y acercándonos a las identidades comunitarias.

Desde este prisma, la producción académica de Llorenç Prats sobre patrimonio cultural se orienta a demostrar que este concepto implica una invención y una construcción social al mismo tiempo, que se manifiesta en constante tensión:

Asocio los procesos de invención con la capacidad de generar discursos sobre la realidad con visos de adquirir cartas de naturaleza, y, por tanto con el poder (no solo con el poder político, si por tal se entiende exclusivamente el que deriva del Estado) y asocio la idea de construcción social con los procesos de legitimación, es decir, de asimilación social de estos discursos más o menos inalterados (Prats, 1998, p.1).

Para Prats, el patrimonio básicamente consiste en la legitimación de unos referentes simbólicos a partir de algunas fuentes de autoridad o de sacralidad, que luego se materializa en la medida en que coinciden las fuentes de la sacralidad con una identidad. Posteriormente, la construcción que se da en el discurso es el proceso que logra fusionar ambos elementos, dotándolos de inmutabilidad y carácter esencial (Prats, 1998).

Asimismo, otro autor en la misma línea, Manuel Delgado (2006) concuerda en que:

La definición canónica de patrimonio remite a lo que una generación recibe de otras anteriores como *herencia*, lo que se puede transmitir, y, por extensión, todo aquello que un grupo humano, o también un individuo, reconoce como *propio*, como apropiado y como apropiable, y en lo que se resume su sentido de la identidad (p.2).

De acuerdo a Delgado y Prats, es posible distinguir al menos una dimensión primaria del patrimonio y que dice relación con el sentido de la herencia/legado en el relato histórico sobre la feria. Esto es, la feria como lugar histórico incluyendo su sentido sobre del pasado y el futuro.

De Delgado (2008), también es posible rescatar otras dimensiones que en este ejercicio intentaremos considerar para redondear un concepto más íntegro. Esta es la dimensión “afectiva” que el autor define de la siguiente manera:

El amor que tenemos, por ejemplo, por los barrios, no tiene que ver sino con esa experiencia que tiene tanto de pedagógica, y que consiste en haber hecho allí un cierto aprendizaje sentimental. Eso es lo que uno entiende como patrimonializable; lo que de una forma u otra lleva inscritas las huellas de quienes y de quien desearía que fueran quienes le sucedieran, aunque sea únicamente para no olvidarles. Así pues, la vida cotidiana tiene sus elementos, de los que nuestra memoria individual y colectiva extrae algunos elementos para conformar con ellos eso que podemos llamar patrimonio (p.4).

2. CAPÍTULO SEGUNDO. Marco metodológico

2.1. La feria como lugar antropológico

El método de investigación seleccionado es la etnografía como marco metodológico e interpretativo, que puede aplicarse a los espacios de la trama urbana y que adquieren sentido real para los grupos humanos que los habitan. Es decir, es el método esencialmente vinculado al estudio de los lugares antropológicos (Augé, 2000) y, del mismo modo, es el método esencialmente vinculado al estudio sobre las identidades. Marc Augé (2000) en su esfuerzo por entender el espacio como categoría de análisis en medio de la “sobremodernidad” (Augé, 2000) sostiene que campos sociales como los del mercado o los templos, adquieren capacidad para definir “lo cercano” en contraposición al “afuera”. En este sentido, su concepto de lugar antropológico nos permite vivir o experimentar el lugar como investigadores, siendo contemporáneos de los entrevistados y sus relaciones, y sin que el otro sea considerado un “exótico” perteneciente a una cultura ajena a la de quien observa.

Margarita Browne (2012) por ejemplo, concluye en su estudio que las ferias libres de Santiago tienen “vocación de ser lugar”. Nosotros en cambio, a modo de hipótesis, propondremos desde un principio que la feria de Lota es un lugar antropológico, constituido por un itinerario o recorrido que lo define –en el tiempo y en el espacio– como una “experiencia” relacional, histórica e identificatoria. De acuerdo a la definición de Augé (2000), “los lugares antropológicos (barrio, mercado, templos, escuelas, etcétera) tienen por lo menos tres rasgos comunes: son identificatorios, relacionables e históricos” (p.58).

De acuerdo a esta hipótesis delimitaremos nuestra metodología, esto es, en el marco de la sobremodernidad que, por su parte, es la modernidad sin las suficientes herramientas para comprenderse a sí misma. La sobremodernidad es definida por Augé (2000) como “el rescate de la superabundancia de acontecimientos, que corresponde a una situación de la cual hay que dar cuenta acerca de su modalidad esencial: el exceso” (p.36). Este concepto está cruzado por tres principios fundamentales, que determinan una serie de “transformaciones aceleradas”: a) el tiempo; b) el espacio; y c) el ego (o el retorno del sujeto). El primero, se refiere al tiempo como principio de inteligibilidad, a nuestra percepción del tiempo, al uso que hacemos de él. Es, además, una crítica a la noción acelerada del tiempo y de la historia como inmediatez. La segunda figura de exceso es el

espacio y la capacidad actual de presenciar eventos simultáneos y la multiplicación de espacios simbólicos. A esta multiplicación excesiva, Augé llama “no lugares”. Por otra parte, el ego es la figura de exceso de la que deviene el retorno del sujeto a universos sin territorios y sin identidad (Cuellar, 1996).

En resumen, para este trabajo, consideramos en el campo de investigación, la pesquisa de las apropiaciones simbólicas de los actores sociales de la feria de Lota, de acuerdo a las siguientes dimensiones del concepto de lugar antropológico (Augé, 2000):

- a. La demarcación del tiempo y del espacio en la feria, entendidos como un recorrido o itinerario que se configura a través de la experiencia.
- b. Las relaciones comunitarias, las prácticas de intercambio.
- c. El sentido de la herencia/legado en el relato histórico sobre la feria. Esto es, la feria como lugar histórico incluyendo su sentido sobre la historia y el futuro.
- d. La presencia de recreaciones sobre el pasado observables, principalmente, en las rutinas de elaboración de productos alimenticios.

El concepto de lugar antropológico aplicado a la feria como hipótesis, es el que nos permite concentrarnos en el lugar, en este caso, la feria, como un el dispositivo espacial capaz de explicar por sí solo la propia identidad de su grupo humano: “el lugar antropológico es la construcción social del espacio que ocupa el etnólogo en el que, al mismo tiempo, reproduce y reconoce a su objeto de estudio” (Augé, 2000).

La **comunidad seleccionada** como fuente para la realización de esta investigación está constituida por veinte feriantes de Lota que se desempeñan en rubros comerciales diferenciados, de acuerdo a la sectorización propuesta por Queirolo, Velásquez y Orué (2009) en el diagnóstico, ratificación, catastro topográfico y anteproyecto de arquitectura, realizado por Consultora OO.CC. para el estudio y confección de los proyectos de arquitectura, ingeniería y especialidades “Mejoramiento Feria de Lota” (Informe N° 1, etapa 1). En esta sectorización se establecen cinco sectores en los que se distribuye la feria; por lo tanto, según esta distribución hemos seleccionado, al menos, un representante de sus puestos de venta de la siguiente manera:

1. Sector Persa Acrul: tiendas de ropa y calzado.

2. Sector pescados y mariscos: marisquerías, pescaderías y apañcoreras. Como agregado a esta distribución, se incorpora la actividad de los hornos de pescado ahumado que se ubican en Sector Playa (detrás de la línea férrea).
3. Sector calle Monsalve: puestos de venta de quesos, venta de embutidos en el Corralón, paqueterías.
4. Sector calle Caupolicán: verdulerías y fruterías (se incluyen verdulerías monoproducción), tiendas de menaje y mueblería.
5. Sector calles interiores: cocinería La Araucana de callejón Saavedra; venta ambulante de pan minero, venta ambulante de *pilguas*⁸.

En cuanto a la naturaleza de los puestos de venta, no se trazó diferencia entre feriantes itinerantes o establecidos ya que –como veremos en el curso de la investigación– tanto vendedores itinerantes como locatarios (fijos) son considerados “vendedores establecidos”, puesto que están regularizados con permisos diarios o de mayor permanencia, en la Oficina de Patentes de Municipalidad de Lota, al 31 de diciembre de 2013. El grupo de vendedores reconocidos como ambulantes fue identificado por su emplazamiento entre calle Cousiño y pasajes interiores. Por esta razón, este último sector no fue considerado para este estudio. En cuanto a sexo y grupos étnicos, fueron seleccionados tanto hombres como mujeres, todos adultos.

Además, escogimos como fuente secundaria, a ocho agentes culturales de la sociedad civil de la comuna de Lota que se desenvuelven en el ámbito de la gestión patrimonial y que tienen una visión sobre la feria en tanto recurso cultural. Entre ellos se encuentran, por mencionar algunos, el gestor cultural Jimmy González, asesor del municipio en materia artística (J. González, entrevista personal, 9 de julio de 2014); el escultor en carbón Eduardo Cartes, también locatario de la feria (E. Cartes, entrevista personal, 8 de julio de 2014); el folclorista y músico Luis Sepúlveda del conjunto folclórico Fallaman (L. Sepúlveda, entrevista personal, 12 de agosto de 2014), la poeta Jeannette Suárez (J. Suárez, entrevista personal, 1 de octubre de 2014); al feriante y presidente de la

⁸ *Pilgua* es la denominación popular de la bolsa de feria, actualmente se fabrica de hilos plásticos de PVC. La definición formal señala: “bolsón tejido de huiras o corteza de árboles, empleado para llevar legumbres u otras cosas que se compran en el mercado” (Academia Chilena de la Real Academia Española (1978). *Pilguas*. En el diccionario del Habla Chilena (Vol. 1, p.275). Santiago: Editorial Universitaria).

Asociación Gremial de Comerciantes de Feria Libre de Lota, Adolfo Jara (informante clave); al presidente de la Mesa de Trabajo de Arte, Cultura y Turismo de Lota, Justo Espinoza (informante clave), a la representante de la Agrupación de Guías Turísticas de Lota (Agtur), Ana María Peña (informante clave); y a Benjamín Chau Machuca, director del Centro Cultural Pabellón 83 de Fundación Cepas (B. Chau, entrevista personal, 7 de junio de 2014).

Otras fuentes que fueron consultadas para reforzar el marco de antecedentes pertenecen a la Municipalidad de Lota. Entre ellos, se cuentan profesionales vinculados a los proyectos de mejoramiento de la feria de Lota como la arquitecta de la Secretaría de Planificación Comunal Secpla, Teresa Morales (T. Morales, entrevista personal, 5 de marzo de 2014), la directora municipal de Obras, Marlene Báez (M. Báez, entrevista personal, 4 de marzo de 2014); Grisnery Sepúlveda, músico e integrante de conjunto folclórico Fallaman, quien además oficia como directora del Departamento de Cultura de la Municipalidad de Lota (G. Sepúlveda, entrevista personal, 11 y 12 de agosto de 2014); y la exdirectora de la Secretaría Municipal de Planificación (Secpla) de Lota, quien desempeñó el cargo durante el período de reconversión 1995-2000, Julia Rojas Bascur (J. Bascur, entrevista personal, 9 de marzo de 2014).

Por otra parte, en su calidad de experto, se incluye una entrevista referencial al académico Javier Ramírez Hinrichsen, director del Magíster en Arte y Patrimonio de la Universidad de Concepción y representante de Icomos-Chile en la Comisión Asesora del Consejo de Monumentos Nacionales de la región del Biobío (J. Ramírez, entrevista personal, 3 de noviembre de 2016).

2.2. Plan de análisis y técnicas de investigación

Como se señaló anteriormente, la etnografía es el enfoque y, a la vez, la estrategia metodológica seleccionada para abordar este trabajo pues, y siguiendo la línea de Guber (2011), la búsqueda final del enfoque etnográfico es una interpretación de una cultura, en tanto:

la etnografía persigue elaborar una representación coherente de lo que piensan y dicen los nativos, de modo que esa descripción no es ni el mundo de los nativos, ni el modo en que ellos lo ven, sino una interpretación del investigador. Una etnografía presenta una

interpretación problematizada del autor acerca de algún aspecto de la realidad de la acción humana (Jacobson (1991), citado en Guber, 2011, p.18).

El enfoque etnográfico y la etnografía como proceso investigativo, permiten también combinar fuentes de información diversas como documentales y estadísticas, junto con la etnografía descriptiva realizada en tiempo real, la observación participante y las entrevistas en profundidad.

En cuanto al orden del proceso etnográfico, en este trabajo se pretende completar las tres etapas que componen el proceso etnográfico según Aguirre (1995). Estas son: a) demarcación del campo, b) preparación y documentación, c) investigación y observación participante, y d) conclusión. Mediante la transcripción de entrevistas y cuadernos de campo, se procederá la sistematización de los datos.

Como anexo a este informe se adjuntan las pautas de entrevistas y de observación utilizadas durante el proceso etnográfico, las cuales han sido elaboradas sobre la base de los objetivos generales y específicos de la investigación.

Las técnicas empleadas se describen a continuación:

- a) Análisis de fuentes documentales, fuentes estadísticas y entrevistas semiestructuradas a fuentes orales que contribuyen a elaborar el marco de antecedentes históricos y económicos del espacio social estudiado (feria).

Etnografía general (observación) del espacio social estudiado (feria): la etnografía (escrita) se define como el relato escrito sobre el comportamiento de una cultura (Aguirre, 1995) y, en este caso, la feria de Lota es considerada una unidad de observación por sí sola. Esto es, una unidad desde la que se desprenden unidades específicas (vinculadas a los objetivos específicos del estudio) como son la descripción de las dimensiones que hemos predefinido para estructurar el estudio: a) itinerario: espacio/tiempo, b) relaciones sociales, c) herencia y, d) presencia de recreaciones del pasado. Dentro de la etnografía se incluye la “observación participante”, como técnica que permite:

detectar las situaciones en que se expresan y generan los universos culturales y sociales en su compleja articulación y variedad. La aplicación de esta técnica para obtener información supone la presencia (la percepción y experiencia directas) del investigador frente a los hechos que hacen la vida cotidiana de la población, y esto

garantiza por sí sola la confiabilidad de los datos recogidos y el aprendizaje de los sentidos que subyacen a dichas actividades (Guber, 2011, p.52).

Mediante el uso de esta técnica es posible acceder al sentido atribuido y los procesos de atribución de valor patrimonial en las dimensiones que hemos predefinido.

b) Entrevistas en profundidad (no dirigidas): para el cumplimiento de los objetivos de este estudio, la entrevista no dirigida es entendida como

una situación de comunicación cara a cara donde se encuentran distintas reflexividades, pero también, donde se produce una nueva reflexividad. La entrevista es, entonces, una relación social a través de la cual se obtienen enunciados y verbalizaciones en una instancia de observación directa y de participación (Guber, 2011, p.70).

En tanto la investigación se desarrolla en su totalidad, dentro del campo social de la feria de Lota, las entrevistas necesariamente se realizan en ese contexto. Por esta razón, la observación del entorno (del campo) no deja de estar presente en el momento de las entrevistas.

En relación a los objetivos específicos, el diseño metodológico del estudio se plantea de la siguiente manera:

a) Demarcación del campo:

- Recopilación y análisis de fuentes documentales (previas al campo) para elaboración de marco de antecedentes históricos, geodemográficos y económicos sobre el campo.
- Etnografía general de la feria (campo).
- Selección de fuentes: informantes clave y selección de unidades de observación.
- Elaboración de perfil de estructura de funcionamiento de la feria de Lota.

b) Preparación y documentación:

- Recopilación y análisis de fuentes documentales (posteriores al campo).
- Realización de entrevistas a expertos.

c) Etnografía:

- Realización de observación participante por cada unidad de observación.
- Realización de observación de acuerdo a cada sector de la feria definido en el diseño de estructura.
- Realización de entrevistas no dirigidas a feriantes durante el proceso de observación.
- Realización de entrevistas no dirigidas a consumidores durante el proceso de observación.

d) Conclusión y preparación del informe final.

El trabajo de campo de esta investigación se realizó entre los meses de **enero de 2014 y julio de 2015**. Este trabajo implicó la realización de visitas diarias a la feria de Lota, siete días a la semana, en períodos intermitentes entre los meses mencionados, pues se compuso sobre la base de observaciones participantes, entrevistas en profundidad, pero también mediante recorridos en solitario y junto a los feriantes. Esto incluyó el acompañamiento a recorridos propios de los feriantes.

2.3. Objetivo general

Identificar y describir los procesos socioculturales de la feria de Lota, entendidos como el conjunto de elementos apropiados por comerciantes, dirigentes y gestores culturales, y que se expresan en prácticas y formas de interacción que se reproducen diariamente y singularizan la feria como campo social de apropiación y expresión simbólica.

2.4. Objetivos específicos

1. Describir y caracterizar el contexto comunal sociodemográfico de la feria de Lota, definiendo sus aspectos más relevantes.
2. Describir y caracterizar el contexto comunal económico de la feria de Lota, definiendo sus aspectos más relevantes, e incluyendo un análisis sobre el rol del proceso de reconversión económica (1997-2002) y la proyección hacia el turismo cultural.
3. Identificar los orígenes de la feria de Lota y bosquejar un relato sobre su historia.

4. Describir y caracterizar el emplazamiento territorial de la feria de Lota.
5. Describir y caracterizar la estructura, composición y distribución de la feria de Lota.
6. Describir y caracterizar la experiencia de la feria de Lota, en función de su recorrido.
7. Identificar y describir la delimitación del espacio en la feria de Lota, desde la perspectiva del lugar antropológico (Augé, 2002).
8. Identificar y describir la delimitación del tiempo en la feria de Lota, desde la perspectiva del lugar antropológico (Augé, 2002).
9. Describir y caracterizar las relaciones comunitarias y de intercambio en la feria de Lota.

2.5. Hipótesis

Los procesos socioculturales implicados en las prácticas y formas interacción de la feria de Lota conforman un campo de apropiación y expresión simbólica que puede interpretarse como un lugar antropológico capaz de representar la comunidad.

3. CAPÍTULO TERCERO. La feria de Lota: contexto y antecedentes socioeconómicos, historia, emplazamiento y composición

3.1. Sobre la comuna de Lota

La ciudad de Lota fue fundada el 12 de octubre de 1662, con el nombre de “Santa María de Guadalupe” por el gobernador de Chile, Ángel de Peredo. Este lugar había sido, un año antes, un fuerte en la cima del cerro Villagrán, que actualmente se conoce con el nombre de Fuerte Viejo. La ciudad tomó el nombre de Lota como consecuencia del vocablo “louta” que en mapudungun significa “pequeño lugarejo”, y al momento de su fundación era un campamento ubicado en lo que hoy corresponde al sector de Lota Alto.

La conformación de la ciudad comenzó en paralelo al proceso de industrialización, en 1837, cuando el empresario chileno Matías Cousiño fundó la Compañía Carbonífera Industrial Lota. En la medida en que la actividad económica se profundizaba y diversificaba en la ciudad, fue creciendo también la densidad urbana apareciendo así el sector predominantemente comercial y de servicios públicos, lo que hoy es el sector de Lota Bajo. Las minas de carbón funcionaron hasta el 17 de abril de 1997 y, desde entonces, la comuna se encuentra en un proceso de reconversión industrial y productiva, lo que la hace mantener altos índices de cesantía, debido a que la industria carbonífera absorbía casi el 60% de la mano de obra disponible. Hasta hoy no ha sido posible revertir esta situación, a pesar de los diversos y costosos planes de reconversión y mitigación de daños implementados desde el Estado.

En cuanto a su ubicación geográfica, la ciudad se localiza en la provincia de Concepción, región del Biobío, limitando al norte con el balneario de Playa Blanca, que la separa de la comuna de Coronel; al sur con el sector alto de Chivilingo, que la separa de la comuna de Arauco; al este con el camino de Coronel a Pileo y al oeste con el Océano Pacífico. Su superficie alcanza los 159 km², de los cuales aproximadamente un 90% corresponde a terrenos rurales cubiertos con bosques destinados a la explotación comercial forestal. El 10% restante de la superficie comunal corresponde a las zonas urbanizadas con 361,48 habitantes por km². Estas zonas son la ciudad de Lota y el pueblo de Colcura. Ver mapas 1 y 2.

La comuna presenta condiciones climáticas rigurosas, un clima templado húmedo con influencia oceánica y temperaturas promedio de 17 °C en verano y 8 °C en invierno. Su emplazamiento entre la cordillera de Nahuelbuta y el océano le otorga abundantes lluvias que promedian los 1.200 mm anuales. En el emplazamiento de Lota, la cordillera avanza hacia el mar provocando el desaparecimiento de llanuras arenosas, bajas y regulares típicas del territorio, por lo que el área urbana se distribuye en un estrecho valle –como es el caso del sector centro de Lota– y el resto del área se sitúa sobre el colinaje costero configurado por cerros que caen en forma acantilada hacia el mar.

De esta forma, los sectores Lota Alto y Lota Bajo están muy marcados geográficamente, ambos con funciones muy diferenciadas. En el primero, se ubican los tradicionales hitos histórico-patrimoniales, mientras el segundo es de carácter residencial y centro administrativo de la ciudad (Queirolo *et al.*, 2009).

Mapas 1 y 2. Ubicación de Lota



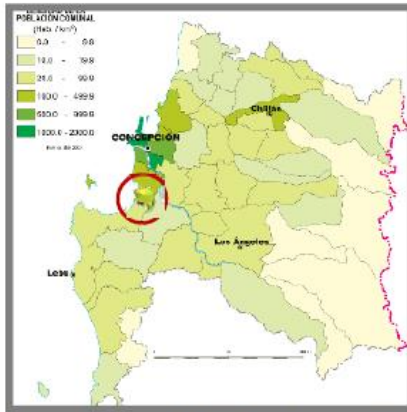


Imagen 1: Región del Bío-Bío. Fuente: BCN



Imagen 2: Comuna de Lota.



Imagen 3: Zona Urbana

Fuente: Google maps (2016).

Mapa 3. Lota en el contexto provincial y regional



Fuente: Municipalidad de Lota (2014).

3.1.1. Aspectos geodemográficos de la comuna de Lota

La comuna de Lota sigue siendo eminentemente urbana y, según información de los resultados del Censo 2012, tiene una población de 47.264 habitantes, en donde el 99,74% es urbano y el 0,23% rural. El porcentaje de población masculina es de 48,78% y el porcentaje de población femenina el 51,22%. El 60,99% de la población se ubica entre los 18 y los 64 años, el 31,42% entre los 0 y 17 años y la población mayor de 65 alcanza al 7,59%. Ambas cifras son muy similares a los promedios nacionales y se han mantenido estables en las últimas dos décadas (1990-2016).

Otro aspecto importante de la población comunal se relaciona con el comportamiento de las tasas de crecimiento poblacional, que presentan una baja correspondiente al 0,96% entre el Censo de 2002 y el de 2012 (ver gráficos 1 y 2 sobre variación de población). Un antecedente relevante en la tasa de crecimiento poblacional de Lota es el -1,7% de variación intercensal entre 1992 y 2002. Este dato cobra importancia cuando se constata en el plan regulador vigente de 1983, que desde esa fecha se proyecta un futuro poco claro para la ciudad: “el futuro es incierto puesto que tiene escasa diversidad de actividades, no se visualizan otras alternativas en la actividad económica y el carbón carece de un futuro en Lota misma, en consecuencia, cabe esperar un crecimiento poblacional vegetativo” (Municipalidad de Lota, 1983)⁹.

También de acuerdo a cifras del Censo 2012 sobre distribución de la población comunal por edad, se puede señalar que la comuna de Lota es eminentemente joven, pues la cuarta parte de la población se encuentra entre los 15 y los 29 años (ver cuadro 3).

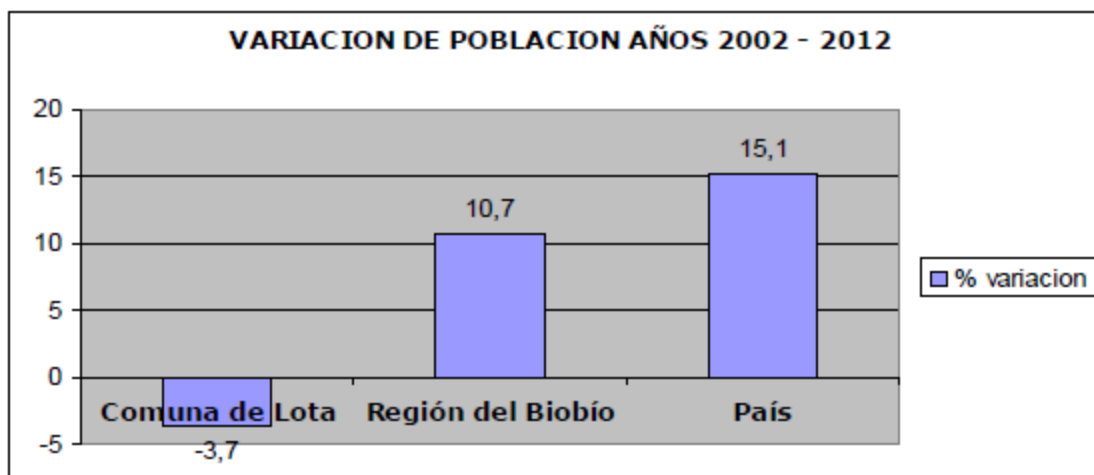
Tabla 1. Variación de población de Lota. Relación región - país

Territorio	Año 2002	Año 2012	Variación (%)
Comuna de Lota	49.089	47.264	-3,70
Región del Bio bío	1.861.562	2.061.544	10,70
País	15.116.435	17.398.632	15,10

Fuente: INE (2012).

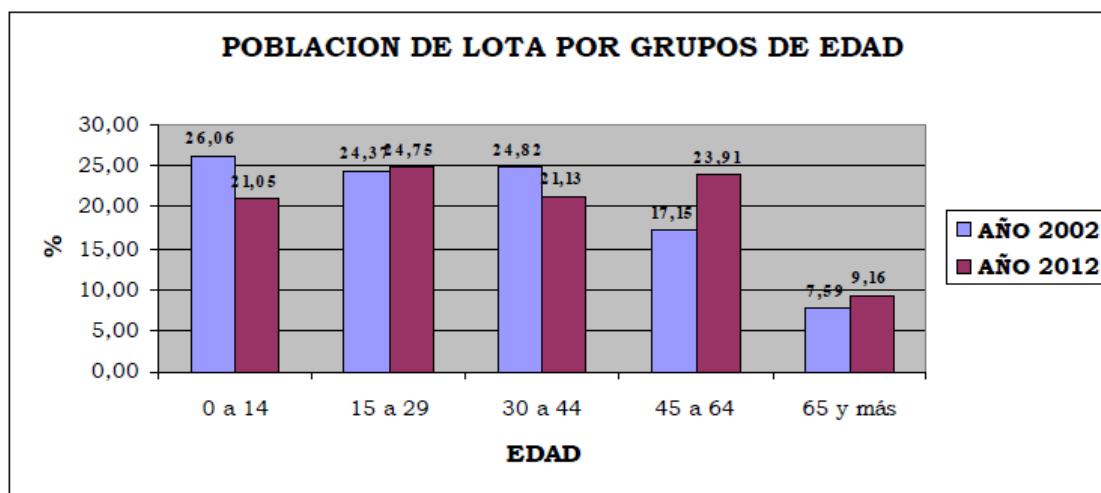
⁹ Municipalidad de Lota (2000). Dicta ordenanza para ocupación de espacios, locales y puestos en feria libre de Lota. Dirección de Obras, Lota: art. 3.

Gráfico 1. Variación de población de Lota entre 2002 y 2012



Fuente: INE (2012).

Gráfico 2. Variación de la población 2002-2012 según grupos de edad



Fuente: INE (2012).

3.1.2. Aspectos económicos relevantes sobre la comuna

Según la encuesta de caracterización Casen publicada en 2011, la actual situación socioeconómica de la ciudad de Lota respalda la idea de que ésta continúa representando un centro urbano que se encuentra en proceso de reconversión laboral y productivo “orientado

a transformar a la comuna en un polo urbano de servicios de relevancia provincial y regional” (ver cuadros 4 y 5 sobre pobreza en la comuna de Lota).

Este estado es producto de la crisis de la industria del carbón, actividad tradicional y hegemónica desde 1850 en el desarrollo productivo de la comuna. Profundizaremos en este aspecto en el subcapítulo referente a la historia de Lota, sin embargo adelantaremos algunos conceptos de Reyes *et al.* (2014) sobre el pasado desarrollo y auge económico de la ciudad de Lota:

A partir de la explotación del carbón, se produjo una integración productiva que hoy llamaríamos un *holding*¹⁰, compuesto por la empresa minera, una flota de transporte naviero, ferrocarriles de superficie, muelles y emplazamientos portuarios, una fábrica productora de vidrio, de cañerías, de ladrillos refractarios para las fundiciones de cobre y de cerámica doméstica y ornamental. Además de una industria forestal para contar con madera en el trabajo de la mina. Por la complejidad y vanguardia de su desarrollo, Lota se configura capitalista y con ella se inaugura la producción nacional en cadena. Es gracias a esta diversificación que, a finales del siglo XIX e inicios del XX, se constituye como una ciudad emergente con importantes servicios relativos tanto a las demandas industriales como a las domésticas de sus habitantes. Su desarrollo y actividad extractiva trascienden su territorio y se irradia paradigmáticamente conectándose con el norte, centro y sur del país, ya que Lota fue, por antonomasia, la ciudad monoprodutora de riqueza energética que con su carbón alimentó fundiciones y calderas de ferrocarril y de los navíos (p.242).

Actualmente, Lota atraviesa por un agudo problema de cesantía que en su momento más crítico, según el informe del Instituto Nacional de Estadísticas (INE) de marzo de 2004, alcanzó un 16,2% de la población comunal. En su origen podría considerarse la falta de alternativas laborales o fuentes de trabajo, bajos niveles de escolaridad y capacitación técnica en oficios, entre otros factores. Asociado a lo anterior, los indicadores la sitúan entre las comunas más pobres de Chile, con un nivel de indigencia equivalente al 2,80% y un 24% de pobreza.

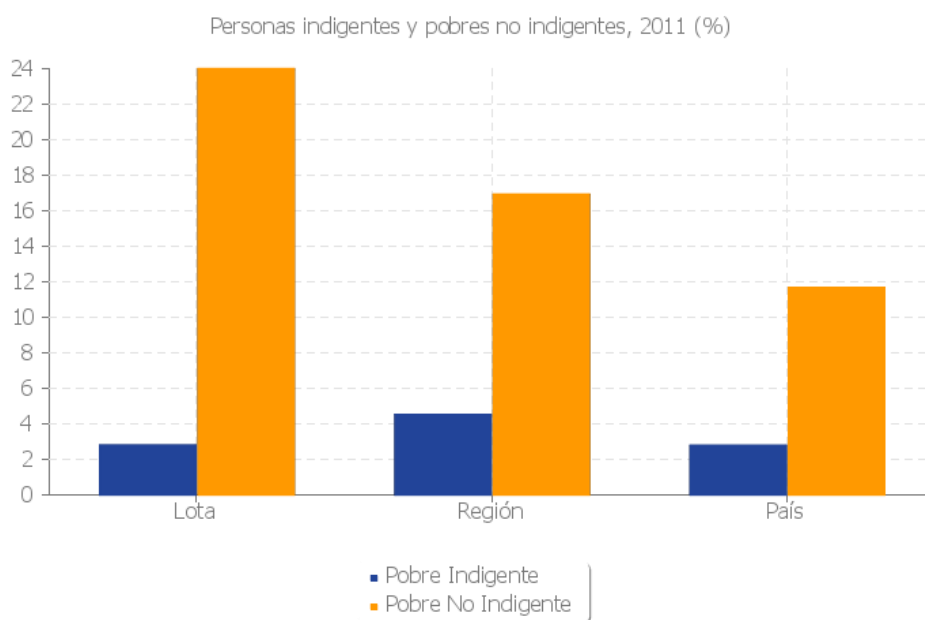
¹⁰ Similitud establecida por los autores entre el tipo de desarrollo promovido en Lota basado en la diversificación de servicios e industria extractiva de mediados del siglo XIX, con las actuales sociedades financieras cimentadas en el monopolio (de una empresa que posee la mayoría de acciones y lleva la administración de un conjunto dedicado a diversas actividades económicas o industriales).

Tabla 2. Pobreza en comuna de Lota

Pobreza en las personas	2003	2006	2009	2011	% según territorio (2011)		
					Comuna	Región	País
Pobre indigente	4.025	2.680	2.077	1.335	2,8	4,52	2,79
Pobre no indigente	11.664	13.196	11.474	11.346	24,0	16,93	11,66
No pobres	32.815	32.518	34.443	34.606	73,2	78,54	85,56
Total	48.504	48.394	47.994	47.287	100,0	100,0	100,0

Fuente: datos Casen 2011 (Mideso, 2011).

Gráfico 3. Pobreza e indigencia en Lota



Fuente: datos Casen 2011 (Mideso, 2011).

En el Plan de Desarrollo Comunal vigente de la Municipalidad se reiteran las referencias de desenvolvimiento de estos indicadores entre los años 2003 y 2009, en los ámbitos de: a) población según pobreza, b) hogares según pobreza, y c) ingreso promedio de los hogares. De acuerdo a estas tres referencias, que se exponen en las tablas 5, 6 y 7, podemos señalar que, en este lapso de tiempo, los procesos de desarrollo del ingreso en Lota y su porcentaje de pobreza pueden ser consecuencia del impacto del Programa de Reversión Económica

(PRLC), ya que el 2003 es el año inmediatamente posterior a la finalización de la aplicación de las políticas y medidas de reconversión que la Corporación de Fomento a la Producción (Corfo) implementó para mitigar el desempleo en la zona tras el cierre de la industria extractiva de carbón. A grandes rasgos, este proceso que se revisará en detalle más adelante, buscó brindar alternativas para la empleabilidad de los mineros tras el cierre de la empresa carbonífera y transcurrió entre los años 1997 y 2002.

Para este estudio, estos indicadores cobran relevancia al momento de dimensionar el espectro económico/adquisitivo de los consumidores de la feria y, además, para determinar la proporción/dimensión sobre las condiciones de vida y trabajo de sus comerciantes más precarizados. En este sentido, por ejemplo, no solo las cifras de población no pobre en relación a la pobre no indigente –esto es, aquellos que pueden aún acceder a la canasta básica– nos dan cierta luz respecto del público del mercado. El factor género representa un factor relevante pues los hogares de Lota son liderados mayoritariamente por jefas de hogar, lo anterior como efecto residual del desempleo que afectó al nicho de desenvolvimiento masculino posreconversión (ver Tabla 3).

Siguiendo con la descripción de las tablas, las cifras indican que entre los años 2003 y 2009 la población pobre no indigente bajó, pasando de 11.664 en 2003 a 11.474 personas en 2009, correspondiente al 23,91% de la población comunal. Por su parte, los pobres indigentes presentan una baja más considerable en este período, pasando de 4.025 en 2003 a 2.077 en 2009 (ver Tabla 2).

Por su parte, los hogares presentan cifras similares, alcanzando los hogares pobres no indigentes la cifra de 2.684 en 2003 y 2.515 en 2009 (ver Tabla 4).

También, el ingreso monetario de los hogares experimenta un alza de 264.204 en 2003 a 395.273 en 2009 (ver Tabla 5).

Tabla 3. Hogares con mujeres jefas de hogar

Hogares	2003	2006	2009	% según territorio (2009)		
				Comuna	Región	País
Hogares con mujeres jefa de hogar	4.004	3.945	4.598	34,10	31,82	33,09

Fuente: INE (2012).

Tabla 4. Hogares según pobreza

Pobreza en los hogares	2003	2006	2009	% según territorio (2009)		
				Comuna	Región	País
Pobre indigente	944	566	596	4,42	4,43	3,44
Pobre no indigente	2.684	2.838	2.515	18,65	13,23	9,3
No pobres	8.740	8.632	10.371	76,92	82,34	87,26
Total	12.368	12.036	13.482	100,0	100,0	100,0

Fuente: Casen 2003-2009.

Tabla 5. Ingreso promedio de los hogares

Ingresos promedios	2003	2006	2009	Región	País
Ingreso autónomo	257.245	321.261	372.484	517.696	735.503
Subsidio monetario	6.959	11.418	22.779	24.921	18.792
Ingreso monetario	264.204	332.679	395.263	542.617	754.295

Fuente: Casen 2003-2009.

En relación con el empleo, de acuerdo a los datos utilizados por el Pladeco vigente (Municipalidad de Lota, 2014), en el período 2003-2009 también se identifica una baja en el desempleo, pasando de 14.529 personas en 2003 a 13.992 en 2009. Sin embargo, en este ámbito en particular, Lota sigue presentando un 15,27% de desempleo, en relación a una tasa de 12,59% a nivel regional y de 10,22% a nivel nacional.

Por otro lado, según los datos actualizados al año 2011 en la encuesta Casen, la tasa de desocupación se eleva al 24,32%. Adicionalmente, la encuesta nacional de empleo del mes de mayo de 2016, ubicó a Lota entre las cinco comunas con más desempleo del país, con una tasa del 11,7% (INE, 2016). Ver tablas 6, 7 y 8.

Tabla 6. Población ocupada, desocupada o inactiva.

Territorio	Ocupados			Desocupados			Inactivos		
	2003	2006	2009	2003	2006	2009	2003	2006	2009
Comuna de Lota	14.529	15.602	13.992	3.240	2.870	2.521	19.345	18.143	21.951
Región del Biobío	645.756	690.359	704.005	79.714	76.036	101.369	694.696	744.914	780.902
País	5.994.561	6.577.961	6.636.881	643.977	519.357	755.252	4.995.468	5.288.126	5.871.272

Fuente: Casen 2003-2009.

Tabla 7. Tasas de ocupación, desocupación y participación

Territorio	Tasa de ocupación			Tasa de desocupación			Tasa de Participación		
	2003	2006	2009	2003	2006	2009	2003	2006	2009
Comuna de Lota	39,15	42,61	36,38	18,23	15,54	15,27	47,88	50,45	42,93
Región del Biobío	45,47	45,68	44,38	10,99	9,92	12,59	51,08	50,71	50,77
País	51,53	53,11	50,04	9,70	7,32	10,22	57,06	57,30	55,73

Fuente: Casen 2003-2009.

Tabla 8. Tasas de ocupación, desocupación y participación

Territorio	Tasa de Ocupación				Tasa de Desocupación				Tasa de Participación			
	2003	2006	2009	2011	2003	2006	2009	2011	2003	2006	2009	2011
Comuna de Lota	39,15	42,61	36,38	30,96	18,23	15,54	15,27	24,32	47,88	50,45	42,93	40,90
Región del Biobío	45,47	45,68	44,38	44,80	10,99	9,92	12,59	12,71	51,08	50,71	50,77	51,32
País	51,53	53,11	50,04	51,62	9,70	7,32	10,22	7,73	57,06	57,30	55,73	55,95

Fuente: Casen 2003-2011.

En este contexto económico, exponemos también algunas cifras que nos permiten dimensionar la participación del sector comercial. En el plan de desarrollo comunal de 2014, se identifica el número de empresas existentes en el período 2006-2010 (ver Tabla 9). A partir de los datos de esta tabla, esto es, la cantidad de empresas según su tamaño, en el Gráfico 4 se exponen los porcentajes de participación por tipo de empresa: el 87%

corresponde a la categoría microempresa (de 1 a 9 trabajadores), el 11% a las empresas pequeñas (entre 10 y 59 trabajadores), el 2% a empresas medianas (con entre 50 y 199 trabajadores) y el 0,5% corresponde a empresas grandes (con más de 200 trabajadores).

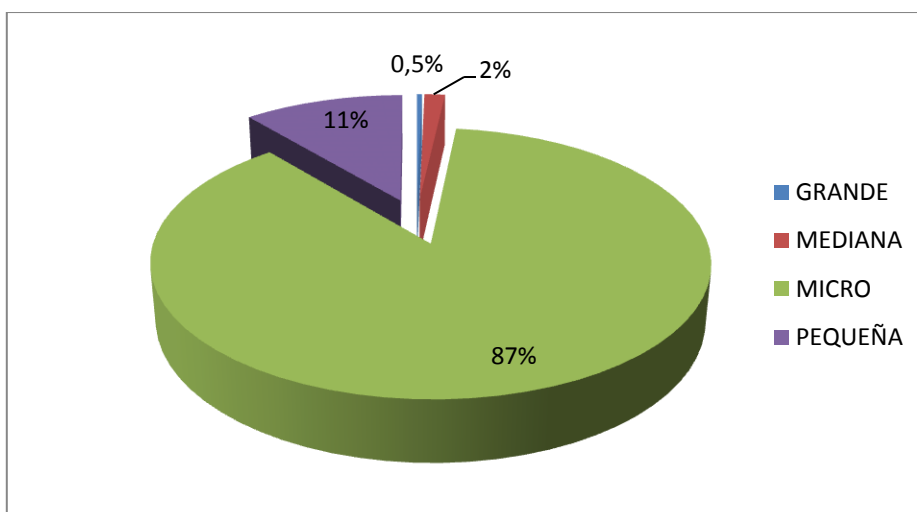
En la Tabla 10 se expone el número de empresas existentes en la ciudad de Lota según rama de actividad; en este caso se resalta el número de empresas dedicadas al comercio al por mayor y menor con 843 en el año 2010. Además en la Tabla 11 se señala el número de trabajadores de Lota que se emplean según tamaño de la empresa.

Tabla 9. Número de empresas según tamaño

Tamaño empresa	Año		
	2006	2008	2010
Grande	8	6	5
Mediana	14	18	20
Micro	1.226	1.243	1.222
Pequeña	141	143	155
Total	1.389	1.410	1.402

Fuente: Municipalidad de Lota (2014).

Gráfico 4. Porcentaje de empresas según tamaño



Fuente: elaboración propia sobre la base de Pladeco 2014-2016.

Tabla 10. Número de empresas por rama de actividad

Origen	Años		
	2006	2008	2010
Agricultura, ganadería, caza y silvicultura	13	11	8
Pesca	46	44	54
Explotaciones de Minas y Canteras	3	4	6
Industrias manufactureras no metálicas	72	70	66
Industrias manufactureras metálicas	36	41	41
Suministro de electricidad, gas y agua	4	4	3
Construcción	79	65	62
Comercio al por mayor y menor, repuestos, vehículos, automotores/enseres domésticos	850	849	843
Hoteles y restaurantes	65	69	73
Transporte, almacenamiento y comunicaciones	248	238	225
Intermediación financiera	4	4	5
Actividades inmobiliarias, empresariales y de alquiler	68	72	86
Adm. Pública y defensa, planes de seg. social afiliación obligatoria	1	1	1
Enseñanza	5	5	7
Servicios sociales y de salud	4	4	4
Otras actividades de servicios comunitarios, sociales y personales	50	65	92
Consejo de administración de edificios	0	0	0
Organizaciones y órganos extraterritoriales	0	0	0
Sin información	0	0	8
Total	1.548	1.546	1.584

Fuente: Pladeco Lota 2006-2010.

Tabla 11. Número de trabajadores según tamaño de la empresa

Tamaño de empresa	Comuna			Región			País		
	2006	2008	2010	2006	2008	2010	2006	2008	2010
Grande	949	625	466	145.276	174.323	166.677	2.889.169	3.529.598	3.613.373
Mediana	619	1.160	855	110.329	115.286	127.342	1.155.443	1.292.662	1.278.636
Micro	604	505	605	51.153	48.459	49.117	531.624	558.910	570.382
Pequeña	1.179	1.513	1.024	145.394	156.010	149.864	1.474.640	1.555.832	1.584.684
Total	3.351	3.803	2.950	452.152	494.078	493.000	6.050.876	6.937.002	7.047.075

Fuente: Pladeco Lota 2006-2010.

3.1.3. El impacto social de la reconversión económica en Lota (1997-2002)

Como se mencionó anteriormente, la feria de Lota jugó un papel trascendental en la vida cultural de la comunidad lotina, no obstante, solo pasó a representar un polo de desarrollo productivo de la ciudad tras el cierre de las minas y la posterior implementación de una serie de medidas compensatorias y asistenciales que se resumieron en un Plan de Reconversión impulsado por el Estado, dirigido a casi la totalidad de la población económicamente activa, y orientada a mitigar el impacto social del cese de la actividad minera.

Indirectamente la feria de Lota también formó parte de los sectores afectados al plan de reconversión. Su relevancia como sector productivo alternativo a la minería motivó que el municipio y el gobierno regional del Bío Bío invirtieran, entre 1995 y 1997, en el primer plan de mejoramiento para sus locales comerciales (J. Rojas, entrevista personal, 2 de mayo de 2014). Este plan incorporó mejoras en la infraestructura de los puestos y el refaccionamiento de instalaciones sanitarias, especialmente del sector de venta de pescados y mariscos; además, se reacondicionó la infraestructura para el Mercado de Degustación.

No obstante, el plan de reconversión afectó de manera directa a los consumidores de la feria, es decir, a las familias mineras. Por eso se torna trascendente revisar este proceso para contextualizar el presente productivo de este mercado.

Antes de comenzar con un análisis sobre la reconversión económica tras el cierre de las minas, es necesario hacer una indicación de orden histórico en cuanto al orden temporal de la explotación del carbón en Lota. Las primeras explotaciones de carbón en Lota obtenidas de afloramientos superficiales, se iniciaron el año 1844 pero la explotación planificada e industrial comenzó en 1852, año que marca el nacimiento de la industria extractiva con la formación de la compañía Cousiño & Garland, organizada e impulsada por Matías Cousiño. Desde 1852, la empresa minera fue cambiando su denominación. En efecto, en 1857 se llamó Sociedad Cousiño e Hijo; en 1870 surge como Compañía Explotadora de Lota y Coronel; en 1905 como Compañía de Lota y Coronel; en 1921 fue la Compañía Minera e Industrial de Chile y desde 1933 hasta 1964, se denominó Compañía Carbonífera e Industrial de Lota. Posteriormente, tanto los yacimientos de Lota, Coronel y los de la zona de la provincia de Arauco pasaron a integrar la Empresa Nacional del Carbón (Enacar).

La implementación del PRLC o “Programa de Reconversión Laboral y Productiva de la Zona del Carbón” se realizó entre 1997 y 2002, siendo su principal promotora la Corfo. El primer documento que revisaremos corresponde a una evaluación que incluye lecturas sobre indicadores principalmente cuantitativos de éxito o fracaso de las medidas adoptadas por el gobierno de la época, en ese entonces presidido por Eduardo Frei Ruiz-Tagle y comienzo de la administración de Ricardo Lagos Escobar (período 1993-2002). El informe que fue realizado por la consultora “Instituto de Economía de la Pontificia Universidad Católica (PUC)” (2004), si bien no incorpora una perspectiva antropológica sobre el Programa, sí aporta muchos datos duros que fueron considerados por Corfo –en su momento– como fundamentales.

Históricamente, en los casos de reconversión promovidos por el Estado chileno participan diversas instituciones públicas. En algunos, las acciones son impulsadas por instituciones involucradas directamente (Codelco, Enap, Lota-Enacar). En general, a nivel nacional, participan la Corfo en el caso de reconversión productiva y el Servicio Nacional de Capacitación y Empleo (Sence) para acciones de reconversión laboral. Desde 1996, la Corfo deja de tener rango de ministerio encargado de las políticas de desarrollo productivo nacional y asume el papel de ejecutor de las políticas de fomento productivo que diseña el Ministerio de Economía. Éste define cuatro áreas de acción, una de ellas, la de reconversión, siendo las otras áreas: modernización empresarial, innovación tecnológica y estudios regionales. En 1996, aproximadamente un 10% de los fondos de fomento de la Corfo se destinan al área de reconversión productiva. Por su parte, Sence es el servicio público responsable del sistema nacional de capacitación laboral. Sus áreas de acción son dos: capacitación en la empresa (franquicia tributaria) y capacitación orientada a grupos específicos. En el marco de esta última área hay tres líneas: programas sociales, programas de becas y capacitación en el sector público. Las dos primeras incluyen programas de reinserción laboral (Márquez, Serrano, Razcinsky, 2009).

En el caso de Lota en particular, tras el cierre de la minas de Enacar, un total de 1.157 mineros quedaron sin empleo, y vinieron a sumarse a otras 620 personas que ya habían sido despedidas durante el período 1995-1997. Como beneficiarios del Programa, además de estos, se consideró al total de la población productiva de la zona del carbón como “potencial fuerza de trabajo”, para incentivar la generación de empleo en un sector

donde no solo los mineros estaban desempleados. Esta población productiva se contabilizó en 200 mil personas. El tercer beneficiario considerado para este conjunto de medidas fueron las empresas, a las se les otorgaron diversos incentivos económicos para que contrataran mano de obra de la zona. Las evaluaciones respecto del éxito o fracaso de este conjunto de medidas ya casi no están en discusión. Actualmente en la ciudad de Lota las principales actividades son: el comercio con un 17 o 18% y los servicios públicos con un 11 y 12%, puesto que no hay industrias productivas. La pesca artesanal solo representa a un 5 o 6% de la población económicamente activa. El resto de la población es pensionada o trabaja en Programas de Empleo de Emergencia o de Mejoramiento Urbano (PMU). Estos últimos empleos son de carácter temporal y, se supone, benefician a la población que se encuentra cesante con el sueldo mínimo. En Lota este tipo de empleos está establecido como una de las fuentes de ingreso principal de sus habitantes, alcanzando al 22% de la población.

Pero este es el panorama actual posreconversión. Muy por el contrario, en su momento, el Programa de Reconversión se implementó como un gran plan de subsidios estatales para renovar la actividad económica de la población que se desempeñaba en la minería, entre los años 1997 y 2002, y además, para paliar el desempleo de la población no minera. Este programa tuvo fundamental relevancia para definir el futuro económico, social y cultural del sector, y atendió a los siguientes objetivos generales:

Objetivo 1: “Entregar a los mineros despedidos que no cumplían los requisitos para jubilar anticipadamente en lo inmediato, una opción de obtener ingresos a través de diversas modalidades de acuerdo al Grupo en que fue clasificado cada trabajador según su edad y antigüedad en la mina y en la empresa”. Es decir, una política fuerte de subsidios estatales.

Objetivo 2: “Provocar una reconversión productiva de la Zona del Carbón que permita generar puestos de trabajo adicionales al crecimiento histórico y disminuir los elevados niveles de desempleo a través de un conjunto de incentivos a la inversión productiva y de subsidios a la contratación de mano de obra adicional de la zona Arauco”.

El primer agente público que integró este plan de reconversión fue Corfo, entidad responsable de suministrar incentivos económicos a la población directamente afectada por el cierre de las minas, es decir, dirigida especialmente a los mineros, subvencionando el

aumento de sus pensiones de jubilación y otorgamiento de jubilaciones anticipadas. Además, promovió la generación de empleos para exmineros jóvenes (productivos y sin posibilidad de optar a la jubilación anticipada) mediante una parrilla diversa de beneficios económicos para empresas, como mencionamos anteriormente (ver Tabla 12).

Tabla 12. Beneficiarios potenciales componentes capacitación e inserción laboral y puente de jubilación (1996-2002)

COMPONENTES	Protocolo 1996	Protocolo 1997	TOTAL
Componente capacitación y inserción laboral	244	913	1.157
Componente puente de Jubilación	229	392	621
Jubilación inmediata	143	60	203
Puente de jubilación	86	332	418
	473	1.305	1.778

Fuente: elaboración propia sobre antecedentes de Corfo (2004). Informe de evaluación de impacto.

El segundo actor, esta vez privado, fue la Universidad de Concepción, entidad que, mediante la habilitación del primer Centro de Formación Técnica en la ciudad de Lota (CFT - Lota), prestaría capacitación, preferentemente, a los mineros que aún no tenían edad para jubilar anticipadamente y a los hijos de exmineros que, hasta ese minuto, no habían tenido acceso a la educación superior.

En teoría, el programa estaba constituido por 4 componentes principales:

1. Capacitación y inserción laboral: dirigido al grupo de trabajadores de Lota más jóvenes y con menos años de trabajo en la mina y en la empresa, despedidos entre 1996 y 1997. Se otorgaron subvenciones a Agentes de Inserción Laboral (AR tradicional) para que capacitaran a los exmineros y los colocaran en puestos de trabajo estables. El monto máximo de subvención por trabajador fue de 60 UF, repartidas en 5 UF mensuales durante doce meses.
2. Puente de jubilación: dirigido al grupo de trabajadores de Lota de mayor edad y con más años de trabajo en la mina y en la empresa, despedidos entre 1996 y 1997. A este grupo se le ofreció una jubilación anticipada inmediata o jubilación diferida, dependiendo de su edad

y antigüedad en la mina. Para los primeros, Enacar complementó el fondo previsional hasta asegurar el monto de la pensión mínima acordado y; para los segundos, esta misma entidad entregó un ingreso mensual y las respectivas cotizaciones previsionales y de salud hasta el momento de cumplir la edad para jubilar.

3. Incentivos a la inversión: se entregaron subsidios para generar nuevas fuentes laborales de carácter permanente, dividiéndose en dos tipos:

a. Subsidio a estudios de preinversión: financió hasta el 80% del costo del estudio de prefactibilidad y hasta el 60% del costo del estudio de factibilidad de un proyecto, con un tope máximo de 8 millones de pesos por empresa.

b. Subsidio a la instalación de empresas: consistió en la destinación de recursos que permitieran financiar: 1) compra de terrenos; 2) urbanización de terrenos; y 3) compra de construcciones industriales en determinados parques industriales de la zona del carbón.

4. Subsidio a la mano de obra: permitió la entrega de un subsidio por cada trabajador adicional contratado gracias a la materialización de nuevas inversiones o ampliaciones sustanciales de empresas existentes. El subsidio solo se entregaba en el caso de contratar a trabajadores con residencia en la zona del carbón y subvencionaba también la capacitación y entrenamiento en el puesto de trabajo.

3.1.4. El impacto en el trabajo de la reconversión

Los principales indicadores de evaluación se basaron en el cumplimiento de metas asociadas al logro:

1. El componente Capacitación y reinserción laboral, luego de la aplicación de estas medidas y a la fecha de la consultoría (es decir, entre 1997 y 2004), fue evaluado positivamente. El objetivo era generar empleos y colocar a los mineros en puestos de trabajo, y los datos arrojados por la supervisión, demuestran que los beneficiarios del Protocolo 1996 (primera reconversión) accedieron a puestos de trabajo en un 68%, mientras un 7% adicional se ubicó en puestos de trabajo de manera independiente, sin recibir capacitación. Respecto del Protocolo de 1997, 281 de los 287 beneficiarios con acceso garantizado entró a cursos de capacitación, lo que representa un 98%. De estos, un 88% fue ubicado en empleos permanentes por el

programa (248). Por otra parte, de los 626 beneficiarios con acceso no garantizado, un 30% (189) fue colocado y recibió capacitación en el puesto de trabajo (AR empresas); en tanto que un 17% (107) accedió a puestos de trabajo de manera independiente, lo que implica que se alcanzó una tasa de colocación de un 47%.

Algunas consideraciones:

- Las altas cifras de colocación laboral difieren, sin embargo, del grado de “satisfacción” expresado por los beneficiarios del Programa. Llama la atención que, en relación con la utilidad para el desempeño laboral de la capacitación recibida, el 50% de los encuestados la consideró poco (18%) o nada (32%) útil; en tanto que el 7% la calificó como bastante útil y el 15% como muy útil.
- Del mismo modo, existe una brecha importante entre la cifra de colocación y la del grado de “permanencia” laboral de los mineros en los nuevos puestos de trabajo. Pues, si bien durante los primeros años fluctuó entre el 62% y 68%, luego de ese período el porcentaje fue bajando. Además, algunos empleos que se consideraron dentro del informe de la consultoría como “Agente de Reinserción Tradicional” correspondían a organismos públicos como la Municipalidad con el Programa de Mejoramiento Urbano, principal fuente laboral de emergencia (para emplear rápida y provisoriamente a la población) y por tanto, temporal. Respecto de las causas de no permanencia, los trabajadores del Protocolo 1996 señalan la renuncia voluntaria como motivo principal en un 28% de los casos, los despidos en un 45% y 27% por abandono del trabajo. En el caso del Protocolo 1997, de los 39 trabajadores colocados por las AR Tradicional que no permanecían a julio de 1999, un 23% había renunciado voluntariamente y un 77% había sido despedido, principalmente por incumplimiento laboral. Por otra parte, de los 17 trabajadores colocados por AR Empresas que no permanecían trabajando, un 35% se explicaba por renuncia voluntaria, un 59% por despidos y un 6% por cambio voluntario de trabajo. Esto también reflejaría, y así lo señala el estudio, la dificultad de los exmineros de Lota para adaptarse a un mercado

laboral diferente al de su experiencia anterior, con la consiguiente dificultad para conservar el trabajo.

2. En cuanto al componente de Jubilación, las conclusiones de la evaluación sostienen que los beneficiarios potenciales del Protocolo 1996 alcanzaron a 229 trabajadores de los cuales efectivamente se pensionaron 221, lo que representa el 96,5% del total. En relación con el Protocolo 1997, los beneficiarios potenciales fueron estimados en 392 trabajadores, de los cuales se pensionaron 73 y, a medida que fueron cumpliendo los requisitos de edad, en el periodo 2003-2012 jubilaron otros 316, totalizando 389 trabajadores pensionados, lo que representa un 99,2% de cumplimiento de la meta. En ambos casos, se considera como un excelente resultado.
3. El componente Incentivos a la inversión, se evaluó según número de subsidios entregados, cifra que alcanzó los 340, de los cuales 255 corresponden a Estudios de preinversión, 51 a Promotores de inversión, 20 a Urbanización de terrenos y 14 a Compra de terrenos. Se contabilizaron además, 115 empresas que materializaron inversión, ya fueran nuevas empresas, o ampliaciones sustanciales de la capacidad de empresas preestablecidas.
4. El componente Subsidio a la mano de obra contratada-Arauco, se evaluó según el número total de empleos permanentes generados. Esta cifra alcanzó los 4.966 y coincidió con la meta ampliada establecida que aspiraba a proveer cinco mil nuevos empleos.

No obstante las cifras, que efectivamente se ajustaron a las metas del Programa, hubo otros factores que no permitieron dar a estos resultados sostenibilidad en el tiempo. Los trabajadores que dejaban la mina, y tal como lo hizo presente la evaluación de consultora PUC, tuvieron problemas para mantenerse en sus puestos de trabajo pues experimentaron “dificultades de asimilación a las nuevas actividades”. El abandono o renuncia al nuevo puesto de trabajo fue la causa más recurrente del creciente desempleo en Lota, y esta renuncia o abandono masivo se vio facilitado por la entrega de pensiones y jubilaciones. El exminero iba a contar igual con el salario mínimo, aun si no trabajaba. Y si no tenía la suficiente edad o no cumplía los requisitos para jubilar anticipadamente, podía acceder sin mayor esfuerzo a los puestos de trabajo ofrecidos por los Programas de Empleo de

Emergencia y PMU del municipio. Así comienza Lota a convertirse en una ciudad subvencionada o financiada “artificialmente” (Medina *et al.*, 2011)

En este sentido, el informe “Reconversión, daño y abandono en la ciudad de Lota” (2011) resume las conclusiones de una investigación realizada el año 2011 por los antropólogos Juan Carlos Rodríguez Torrent y Patricio Medina Hernández, desde una perspectiva más enfocada en las características culturales del impacto de la reconversión. Esta investigación expone por qué falló el PRLC, calificando como negativo el impacto de estas medidas en el proceso de capacitación y generación de empleos (factores de éxito principales de este conjunto de medidas) para la población, según evaluaciones realizadas por los mismos lotinos:

Mirado el proceso con 10 ó 15 años de distancia, extrabajadores narran sus procesos de reinserción como de escaso o nulo éxito, de fracaso en sus emprendimientos como taxistas, microempresarios de la locomoción colectiva, contratistas para empresas forestales o de desarrollo como mueblistas y comerciantes minoristas. (...) Se pensó en una planta procesadora de algas, en un plan de obras públicas, en un parque y condominio industrial con unas 15 industrias medianas para dar trabajo a 300 personas. Sin embargo, no resultó el proceso de recalificación y readecuación de las personas. No hubo interés en ser peluqueros, electricistas, soldadores y manipuladores de alimentos; no se desarrollaron otras experticias a través de nuevos conocimientos y habilidades tanto en la recapitación como en la adaptación personal, mostrando, además, que a mayor edad de los extrabajadores, las opciones fueron más restrictivas y con menor recepción, lo que hace que para los desafiliados, la vejez se viva también con mayor dramatismo (Medina *et al.*, 2011, p.165).

3.1.5. El impacto cultural de la reconversión

La primera conclusión que se desprende del estudio de la PUC, es que la política subsidiaria impulsada por el Programa, fue la principal causa de muerte de la producción local. Si bien el Programa de Reconversión se basaba en la entrega de subvenciones, fue precisamente el otorgamiento de éstas lo que terminó haciendo innecesario que los exmineros volvieran a ser productivos. En este estudio se revelan casos de exmineros que lograron jubilar con 18 años de servicio, otros con menos de 20 años de trabajo y muchos otros que jubilaron con “la doble” (llamada así por los mineros), y que corresponde al doble del monto de jubilación que percibieron quienes participaron de la negociación colectiva

con Enacar (pues se les aumentó el salario en un 100%). Del mismo modo y como se detalla en Medina *et al.* (2011):

En Lota encontramos hombres que jubilaron con poco más de 20 o 25 años de trabajo en la mina, así encontramos jubilados a los 48 años de edad; además, existen leyes complementarias como las dictadas en 1992 que favorecieron las desvinculaciones y que permitieron el establecimiento de “puentes” –por 28 años– para que los mineros recibieran pensiones hasta cumplir la edad legal de jubilación; también hay una gran cantidad de planes de empleo menores y subsidiados; estos últimos, en una ciudad que cuenta con menos de 50.000 habitantes, se han movido desde el año 1996-1997 a la actualidad en una cifra de casi 4.000 empleos de emergencia o proyectos pro empleos, con un piso de unos 165.000 pesos mensuales (p.159).

Siguiendo esta misma línea, otra consecuencia de los subsidios fue –como lo vimos antes– el abandono por parte de los mineros de los puestos de trabajo que el PRLC había establecido: en la microempresa, en la pesca, en el turismo, en la industria maderera. No obstante, al mismo tiempo, los subsidios estimularon, de modo natural, un creciente florecimiento de otros sectores económicos, como el pequeño comercio detallista y la feria con sus actividades asociadas como la pesca artesanal o los servicios de almacenamiento, alimentación y artesanías. No hubo, sin embargo, incentivo estatal para estos sectores. Tampoco hubo subsidio, por ejemplo, a la mujer trabajadora, considerando que las mujeres se convirtieron en el principal agente productivo de la zona tras el impacto del cierre de las minas y el desempleo subsidiado que afectó a los hombres.

Por otro lado, la vida comunitaria y privada, sufrió profundas transformaciones que, según los investigadores, también son consecuencia de la política de subsidios. La primera tiene relación con la ciudad y sus aspectos existenciales, anímicos y temporales (Medina *et al.*, 2011) y que implican un proceso de “reconversión cultural”, que se da de manera endógena y en reacción a la política económica aplicada en la zona:

Con el cierre de las minas de carbón no sólo se pierde el trabajo que se domina y del que se es experto, sino también la relación con los pares y todos los espacios compartidos. Se pierde el protagonismo, la visibilidad y asimismo el poder patriarcal (p.159).

Se fractura la imagen colectiva, se resquebraja la vida privada, se producen “importantes rupturas matrimoniales, procesos de búsqueda de trabajo en el norte sin retorno,

alcoholismo y suicidios”. Lota se transforma en ciudad dormitorio: “se sale de noche [madrugada] y se llega de noche, ya no se sabe qué pasa en la ciudad” (Medina *et al.*, 2011, p.168). Este tipo de reconversión es también reconocido por Márquez *et al.* (2009):

Tras todo proceso de crisis y reconversión productiva hay siempre la pérdida de un referente sociocultural, fundamental para la continuidad de la vida social y la comunidad de referencia. La reconversión productiva supone en este sentido, también la reconversión de los códigos social y culturalmente significativos (p.4).

Parte de la reconversión cultural implica el debilitamiento y deslegitimación del poder sindical, componente que marca históricamente la identidad minera de Lota:

La política de subsidios fomentada de manera creciente en la última década, y de acuerdo a cuestiones históricas como la experiencia organizativa sindical, ha instalado una reivindicación por conseguir más subsidios en desmedro de una reivindicación por trabajo productivo que pudiese estar asociado a la instalación de un parque industrial que genere empleos formales. Con reiteración se insiste en que las familias “una semana piden que les arreglen la casa y a la semana siguiente piden una canasta familiar”; bajo esta fórmula “no se manifiesta (entre los lotinos) una condición propositiva que avance en sacar una comuna adelante (Medina *et al.*, 2011, p.166).

En este sentido, los subsidios que se han convertido en la principal fuente de ingreso, han sido la causa del desempleo y han fomentado la instalación de los extrabajadores en Programas de Empleo de Emergencia. Allí los trabajadores no trabajan, pues muchos de esos empleos tienen carácter paliativo y compensatorio. De esta manera y como consecuencia, al no haber trabajo, la figura del sindicato de “trabajadores” pierde todo sentido. Lo anterior responde, según este estudio, a que:

a partir del cierre de las minas se inculcó una modalidad de trabajo que no tiene que ver con “trabajo”. En la cultura laboral de ahora, “basta trabajar con dos horas diarias”, dice la gente. Otros nos informan “que los programas pro empleo son sin serrucho, sin clavos, sin cemento, ¿cómo no nos van a decir, injustamente, que somos flojos? no se puede trabajar así, sin herramientas y sin dirección (Medina *et al.*, 2011, p.168).

Así, la pérdida de la cultura del trabajo rompe también con la organización social y sindical en torno a esa actividad. Según la lógica de los empleos de Emergencia, el lotino ha reconvertido o cambiado el “trabajar” por el “esperar”. Y así de “reivindicar” el sindicato

pasó a “pedir”. Tanto el trabajo como su organización se despolitizan y se convierten en antiguas instituciones abandonadas. Incluso, en el estudio de Medina *et al.* (2011) se hace directa alusión al aumento de presencia de iglesias evangélicas en la zona y la necesidad creciente de la población de reemplazar el sindicato con una nueva institución, ya no a nivel político sino espiritual, pero que del mismo modo representa un espacio para la construcción de un relato de esperanza. También se destaca en este documento que, a diferencia de la identidad del minero, la identidad de la mujer del minero es más sólida, razón por la cual, sitios como la feria libre (abierta casi los 365 días del año) se convierte en uno de los pocos espacios de convivencia que continúan legitimados por la población y donde sobreviven costumbres y tradiciones. Pero la feria es el lugar de lo “femenino”, no de lo masculino, según los autores.

El Programa de Reconversión estaba basado en el fomento de la autonomía y el emprendimiento laboral del exminero. Sin embargo, ni la autonomía ni el emprendimiento formaban parte, según Medina *et al.* (2011), del “ser y hacer” de la identidad lotina. Al contrario:

De acuerdo a la trayectoria existencial, laboral y política de los mineros, éstos no están acostumbrados a depender de sí mismos, a poseer una autonomía social básica, ya que permanentemente vivieron en condición de asalariados. Es por esto que el proceso de autonomía que instaló el programa de reconversión no tuvo viabilidad ni constituyó una ventaja, ya que los procesos aculturativos vinculados al ser y al hacer no tienen sincronía con los procesos tecnocráticos y tecnológicos aculturativos planificados. Puede sostenerse entonces, que se trata más bien de un problema que ya no se solucionó y que la apuesta final parece haber sido dejar que el tiempo haga su labor con los más dañados (p.164).

Otro factor de fracaso de las políticas de reconversión y que destaca este estudio, es la incompatibilidad técnica que tiene el trabajo en las minas de carbón:

El trabajo en las minas fue precario y permaneció precario. Siempre primó la destreza física más que el trabajo técnico. Por ello, puede entenderse que el proceso de reinserción laboral después de la minería haya sido en extremo difícil, ya que no hay muchos márgenes para la reinversión cuando lo físico prima por sobre otras habilidades; son escasos los éxitos de trabajadores que lograron un proceso de incorporación a otras actividades. Otro factor destacable es que la experticia de la minería en términos de la rigidez que implicó es poco compatible con otras actividades regionales como la pesca y el trabajo forestal (p.164).

Del mismo modo, el mal estado de salud de los trabajadores tampoco fue considerado como un factor trascendente para la empleabilidad en otro sector productivo.

3.1.6. La mirada hacia el turismo patrimonial

La reconversión y el patrimonio se unen en este punto. En 1997, además de las estrategias mencionadas en los estudios anteriores, orientadas a reactivar la empleabilidad y solventar económicamente a las familias, otras medidas fueron puestas en marcha por el Estado para impulsar la productividad de la ciudad. Tras el cierre de las minas, el Banco Estado levanta una nueva infraestructura de punta en la ciudad para la apertura de un Call Center denominado Banco Estado 24 horas, en el que, entre otros beneficios, las personas de la comuna tienen prioridad para ser contratados como telefonistas. Además, se construyó un nuevo paseo urbano en el centro de la ciudad, se edificaron terminales de buses y portuarios. Pero junto con lo anterior, se crea y diseña, dentro de otras iniciativas de índole artístico-cultural, el circuito “Lota Sorprendente”, a cargo –en una primera etapa– de la Fundación Chile con fondos licitados provenientes de Corfo. “Lota Sorprendente” contempla un recorrido turístico para visitantes chilenos y extranjeros por el Parque Isidora Cousiño en Lota Alto, el Museo del Carbón ubicado en su interior y cuyas dependencias correspondían a la casa del médico de cabecera de la familia Cousiño, y el Chiflón del Diablo con instalaciones adaptadas para que los visitantes puedan bajar a la mina, acompañados por exmineros capacitados como guías turísticos. Entre otras iniciativas impulsadas por el Estado en materia cultural destacan la instalación de la Corporación Cultural Balmaceda Arte Joven (ex-Balmaceda 1215) con una sede en Lota y la restauración del pabellón 83 para el Centro Comunitario administrado por la Fundación Cepas.

Desde ese momento, el municipio constituyó el organismo articulador de la implementación de las políticas que podríamos llamar “culturales” de la reconversión. Y por lo mismo, es la Municipalidad de Lota la entidad que, hasta el día de hoy, permanece en la postura inicial del Estado en esta materia, sosteniendo que el patrimonio –o más bien, el turismo patrimonial– es una vía para activar la productividad de Lota. Esta opinión compartida por al menos todos los entrevistados de esta investigación, se plasma en la propia visión de la comuna:

Lota es una comuna con un desarrollo creciente de servicios, con un importante capital humano, caracterizado por un incipiente desarrollo del microemprendimiento y microempresa. Con un claro despliegue de la actividad educacional, industrial, marítimo portuaria, forestal maderero y turismo histórico-cultural (Municipalidad de Lota, 2014, p.78).

Cabe mencionar en relación con la fuente, que cuando esta investigación se inició en 2014, el último Plan de Desarrollo Comunal de la Municipalidad de Lota se encontraba en etapa de actualización. Pronto el Pladeco 2014-2016, que representa una actualización del plan 2010, estuvo disponible y sus datos, en tanto son parte del “principal instrumento de planificación y gestión de la comuna de Lota” (Municipalidad de Lota, 2014, p.1) permiten contextualizar la realidad social en que se enmarca la ciudad y el lugar que ocupa la feria. Esto nos ha sido útil, sobre todo, para determinar desde dónde y cómo la feria es vista, calibrada o considerada para la definición y planificación de las políticas municipales de desarrollo comunal. En rigor y para puntualizar, en el informe a cargo de la Dirección de Desarrollo Comunitario de la Municipalidad, se indica lo siguiente como objetivo principal: “El Pladeco tiene por objetivo impulsar planes y programas para el desarrollo económico, social y cultural de la comuna, destacando áreas de intervención relevantes” (Municipalidad de Lota, 2014, p.3) y; en este sentido, en estas áreas de intervención, nos preocupa la imagen y rol de la feria.

Por otro lado, resulta especialmente relevante que este documento tenga dos particularidades. La primera consiste en que, en esta última versión, la feria se incorpora al análisis comunal como “recurso cultural” y se le vincula directamente al ámbito del desarrollo productivo atribuyéndole potencial “turístico” (Municipalidad de Lota, 2014, p.62). Una segunda característica de este Pladeco, es que el medio para validar esta consideración estuvo dado por un proceso participativo –inédito en la comuna– realizado en mayo de 2013 denominado “Cabildo de desarrollo productivo: ¿Lota, cuándo?”. Este cabildo congregó a 300 dirigentes sociales y autoridades locales que se reunieron junto al Concejo municipal, para discutir los aspectos más importantes y determinar las mencionadas áreas de intervención de la comuna, aquejadas por los problemas más graves de déficit en infraestructura y calidad de vida. Son los acuerdos validados en estos cabildos los que se plasman en este documento.

Volviendo al turismo patrimonial, en un primer acercamiento al tema en el nuevo Pladeco 2014 se hace referencia al decreto de 1987 de la Subsecretaría de Desarrollo Regional (Subdere) que declara a Lota “comuna turística” por su cercanía con los balnearios de Playa Blanca y Colcura con alto flujo de visitantes. Posteriormente, el documento se refiere a la gestión del plan de desarrollo económico de la ciudad, donde se menciona nuevamente al turismo cultural como parte de los objetivos estratégicos y priorizado en relación a otras metas como: 1) promover el procesamiento de la madera agregando valor a la actividad forestal; 2) implementar una oficina especializada para la gestión integral del borde costero, en particular para la pesca artesanal; 3) promover la generación de servicios orientados a las empresas, industriales y las personas; y 4) diseñar e implementar programas de apoyo a la micro y pequeña empresa comunal (Municipalidad de Lota, 2014, p.84).

De este modo, en el área de desarrollo económico, se indica como prioridad de la gestión económica el “potenciar el turismo histórico cultural y patrimonial”. Bajo este objetivo, se especifican los siguientes:

1. Potenciar el turismo histórico cultural y patrimonial: para generar la imagen de comuna turística es preciso la promoción y el fortalecimiento de la actividad turística con énfasis en el rescate, protección y preservación patrimonial vinculada a la identidad minera y vinculando la actividad de la pesca artesanal como parte de los atractivos turísticos, explorando además nuevas actividades turísticas, incorporando otros elementos históricos distintos a la tradición minera del carbón. El turismo local en lo económico es una fuente de generación de empleos y en lo social debe estar orientado a la satisfacción de las necesidades de la comunidad local de esparcimiento y recreación propendiendo de esta forma a mejorar su calidad de vida.
2. Fortalecimiento de la oficina de Turismo e incrementar sus capacidades de gestión: En la actualidad, la oficina de turismo, carece de posibilidades para realizar un aporte más significativo para el desarrollo turístico, ello debido a que no cuenta con los suficientes recursos físicos y económicos, profesionales suficientes y en general, condiciones de gestión para atender eficazmente los requerimientos de desarrollo turístico de la comuna. Por lo anterior se requiere formalizar una oficina de carácter

técnico con mayor rango administrativo que se vincule a las políticas nacionales (Sernatur), regionales y comunales de turismo.

3. Modificación y desarrollo de imagen territorial y creación de conciencia turística en la población: el éxito de los proyectos de desarrollo turístico dependerá de que los habitantes de la comuna y los potenciales visitantes (los que en un principio corresponden a los habitantes de la región del Biobío) posean la imagen que en la comuna se encuentran elementos positivos que implican recreación, relajó, aventura, encuentro con otras culturas, etc. En el presente es común observar la presencia de basuras en las calles, paredes ralladas, y gran cantidad de perros vagos. Se considera de la mayor relevancia modificar esta situación, procurando crear un ambiente limpio y agradable para la presencia de visitantes. Se requiere además un mejoramiento general de las condiciones de la infraestructura y el equipamiento para favorecer la presencia de visitantes y la creación y desarrollo de microempresas con oferta de servicios y productos turísticos.
4. Plan de promoción de empresas turísticas locales: incrementando sus capacidades de gestión y estableciendo existencias a la oferta de servicios al turismo en condiciones de higiene y seguridad (especialmente de alimentos y productos del mar).
5. Acciones focalizadas en sectores de potencialidad turística: realizar acciones de desarrollo de los recursos turísticos de la comuna con el fin de transformarlos en atractivos de interés del mercado regional, provocando flujos de visitantes de mayor significación en el tiempo (cantidad y permanencia).

(Municipalidad de Lota, 2014, p.85).

A esta definición inicial, el municipio agrega que en materia patrimonial, la ciudad cuenta con once Monumentos Nacionales, de los cuales diez corresponden a Monumentos Históricos y uno corresponde a Zona Típica, el casco histórico de Lota Alto (Municipalidad de Lota, 2014, p.46). En cuanto a los recursos patrimoniales disponibles como insumo para el cumplimiento de los objetivos anteriores, se desglosan de la siguiente manera:

Tabla 13. Identificación de recursos turísticos

Identificación de recursos turísticos (Lota 2014-2016)			
Área	Recursos naturales	Recursos culturales	Eventos
Arquitectura y urbanismo		<p>Sector Lota Alto:</p> <ul style="list-style-type: none"> - Iglesia San Matías - Casino Obrero (Casa de la Cultura) - Hornos comunitarios - Gota de Leche - Ex-Hospital de Enacar - Parque de Lota - Museo Histórico de Lota - Edificios de ladrillos a la vista: Edificios Recursos Humanos (Dideco); Colectivos comunitarios, Casas particulares para profesionales, Sala de máquinas, pique Carlos Cousiño - Torre Centenario - Arquitectura Art Decó: Teatro del Carbón, Escuela Thompson Matthews, Oficina de Telégrafos y Correos, edificios administrativos (CFT-Lota Arauco); Casino de empleados, Casa de empleados - Plaza Matías Cousiño - Glorieta Plaza Matías <p>Sector Lota Bajo</p> <ul style="list-style-type: none"> - Edificio Sindicato 6 Carbón - Desayuno escolar - Parroquia Lota Bajo - Edificio Art Decó: Hospital de Lota Bajo, Edificio Matías Cousiño - Ala sur Escuela 8 - Plaza de Armas - Plaza Chillancito <p>Sector Colcura – Chivilingo</p> <ul style="list-style-type: none"> - Fuerte de Lota - Fuerte de Colcura - Central hidroeléctrica de Chivilingo 	No se han generado
Playas y balnearios		<ul style="list-style-type: none"> - Playa Blanca - Playa El Blanco - Playa Colcura - Playa Chivilingo 	No se han generado
Minas		<ul style="list-style-type: none"> - Chiflón del Diablo - Pique Carlos Cousiño - Pique Alberto - Pique Grande 	No se han generado

Identificación de recursos turísticos (Lota 2014-2016)			
Área	Recursos naturales	Recursos culturales	Eventos
Muelles y caletas		- Muelle artesanal de Lota - Caleta Puerto Nuevo - Caleta Colcura - Caleta El Blanco - Caleta Villa El Esfuerzo - Caleta La Conchilla	No se han generado
Parques	Sí	Parque de Lota	No se han generado
Otros		- Muelle Artesanal de Lota - Caleta Puerto Nuevo - Caleta Colcura - Caleta El Blanco - Caleta Villa El Esfuerzo - Caleta La Conchilla	No se han generado

Fuente: elaboración propia sobre la base de Pladeco 2014-2016 (Municipalidad de Lota, 2014, p.46).

Como se observa en el cuadro anterior, la nómina de recursos turísticos en el área de arquitectura y urbanismo, es la más numerosa. Sin embargo, los que se valoran en el Pladeco, por conservar mayor potencial para la producción turística de la comuna, son aquellos recursos vinculados a la industria minera:

Solo los atractivos relacionados con la producción del carbón, como la mina Chiflón del Diablo, Pique Grande, Pique Carlos Cousiño y Pique Alberto, son capaces de generar corrientes lejanas o internacionales. Sin embargo, para que ello suceda, es necesario invertir elevadas sumas de dinero en recuperación, mantención y mejoramiento de recursos y de planta turística, para generar un circuito de calidad (Municipalidad de Lota, 2014, p.48).

Las potencialidades, por su parte, son: 1) el fuerte arraigo de la cultura minera que otorga identidad –entendida como un atributo de excepcionalidad (Prats, 2005)– a su patrimonio material integrando la presencia de estilos arquitectónicos únicos; 2) la cercanía a balnearios, para la promoción del turismo de sol y playa; y 3) en tercer lugar, se hace mención a una potencialidad que podría incluir a la feria de Lota, sin embargo, no la menciona. Posteriormente, se indica “esta zona cuenta con la oferta alimentaria relacionada con las caletas de pescadores que se han generado en el borde costero” (Municipalidad de Lota, 2014, p. 48).

Posteriormente, y para estudiar de forma más precisa los recursos existentes en el territorio, se presenta una matriz que incorpora variables de intervención relacionadas con los elementos “esenciales” y “contextuales” que debiera tener un atractivo turístico en Lota. Aquí la nómina se complejiza y detalla pues, a diferencia de la primera tabla, esta matriz integra todos los recursos que potencialmente podrían constituir nichos de desarrollo turístico. Se sintetiza como se muestra en la Tabla 14.

Así, en la matriz, en la última categoría de recursos denominada “otros”, se ubica la feria libre de Lota, junto al Mercado de Degustaciones y la Piscina Municipal. La matriz para la feria a su vez se presenta en la Tabla 15.

Tabla 14. Matriz de recursos y atractivos turísticos

Recursos y atractivos turísticos	Elementos esenciales			Elementos contextuales			Servicio		
	Belleza paisajística	Valor histórico	Valor cultural	Belleza paisajística	Valor histórico	Valor cultural	Señalética	Accesibilidad	Servicios básicos
Tipos de recursos: Sector Lota Alto, Sector Lota Bajo, Sector Colcura, Sector Chivilingo, Minas, Playas, Muelles y caletas, parques, otros	Posee / No posee	Posee / No posee	Posee / No posee	Posee / No posee	Posee / No posee	Posee / No posee	Posee / No posee	Posee / No posee	Posee / No posee

Fuente: elaboración propia sobre la base del Pladeco 2014-2016 (Municipalidad de Lota, 2014, p.56).

Tabla 15. Matriz de recursos y atractivos turísticos

Recursos y atractivos turísticos	Elementos esenciales			Elementos contextuales			Servicio		
	Belleza paisajística	Valor histórico	Valor cultural	Belleza paisajística	Valor histórico	Valor cultural	Señalética	Accesibilidad	Servicios básicos
	Posee / No posee	Posee / No posee	Posee / No posee	Posee / No posee	Posee / No posee	Posee / No posee	Posee / No posee	Posee / No posee	Posee / No posee
Feria libre de Lota	Posee	Posee	Posee	Posee	Posee	Posee	No posee	Posee	Posee

Fuente: elaboración propia sobre la base del Pladeco 2014-2016 (Municipalidad de Lota, 2014, p.56).

3.2. Sobre la feria de Lota

3.2.1. Historia y orígenes de la feria de Lota

Al inicio de este trabajo se hizo mención a la investigación periodística “Feria de Lota: memoria viva de un mercado popular” (Cornejo *et al.*, 2015). En este trabajo se realizó una aproximación al contexto histórico de la feria, sobre la base de reducidos antecedentes presentes en informes de desarrollo económico, artículos de prensa, obras de artistas y folcloristas vinculados con este mercado. Casi todo el material disponible sobre la historia de Lota, corresponde al desarrollo de la explotación del carbón y su industria.

En este bosquejo historiográfico se compilan antecedentes relevantes y, además, se proponen los hitos que habrían dado origen a la feria y determinado su desenvolvimiento hasta hoy.

Los orígenes: feria de Lota, memoria viva de un mercado popular

No cabe duda que la historia de Lota está marcada a fuego por la industria del carbón. Con todo lo que esto implica en cuanto a objeto de estudio. Se ha trabajado en forma reiterada desde sus orígenes, el desarrollo, auge y caída del carbón como factor energético. También el papel de la familia Cousiño en el surgimiento y explotación de la industria, los procesos productivos y su importancia económica. Junto con ello, algunos estudiosos han examinado el desarrollo histórico del bravo y heroico sindicalismo obrero del siglo XX, asociado a las rudas condiciones laborales de la extracción del mineral. De ello dan cuenta numerosos libros escritos por historiadores, economistas y sociólogos en distintos periodos. Uno de los más importantes y el primero que incorpora aspectos de la historia lotina es el que escribió el funcionario de la empresa carbonífera Octavio Astorquiza, en el año 1929, para destacar a nivel nacional la entonces pujante industria del carbón. Posteriormente, en 1952 con motivo del centenario de la empresa, se publicó *Cien años del carbón de Lota*, escrito por el mismo Astorquiza en conjunto con Oscar Galleguillos, ampliando los antecedentes históricos de la explotación carbonífera y registrando en detalle el funcionamiento de la empresa y las industrias asociadas (Astorquiza, 1952)¹¹. También podemos señalar que en el último tiempo y principalmente después del cierre de la industria carbonífera estatal Enacar en abril de 1997, ha crecido la valoración y el interés por conocer su patrimonio

¹¹ Ver también Astorquiza (1929).

cultural, principalmente el urbanístico y arquitectónico (en particular, los pabellones donde habitaban los mineros con sus familias y los edificios más emblemáticos construidos por la familia Cousiño) además de la historia sindical, las luchas sociales y grandes huelgas, aspectos que se ven reflejados en numerosos textos publicados a la fecha¹².

Junto con el patrimonio material, también se ha incrementado el interés por indagar y conocer los usos y costumbres de la cultura minera lotina, así como el rescate de las formas de vida comunitaria experimentadas, principalmente durante la primera mitad del siglo XX. Entre ellas, la dinámica de los lavaderos y hornos comunitarios, mitos, leyendas y personajes populares. La obra de Oreste Plath *Folclor del carbón en la zona de Lota* es de las más ilustrativas e interesante en estos aspectos¹³ (Plath, 2008).

Sin embargo, podemos afirmar que ha predominado el interés por estudiar la historia lotina desde los procesos asociados a la explotación del carbón. Historia de luchas y conflictos que tuvo como escenario casi exclusivamente el sector de Lota Alto, lo que ha impedido visibilizar otros procesos sociales e históricos que han tenido como espacio territorial al sector de Lota Bajo, como el desarrollo urbanístico, el comercio, la pesca artesanal, la instalación del municipio y sus primeras reparticiones públicas. Los estudios que hasta ahora se han publicado sobre aspectos históricos de Lota y que no dicen relación con el carbón son muy escasos, casi inexistentes. Por ello, resulta revelador el texto “La Frontera carbonífera 1840-1900” del historiador Luis Ortega publicado en la revista *Mapocho*. Allí se describe la situación social y costumbres de toda la zona minera en el periodo mencionado y Lota es considerado como parte del territorio fronterizo. El trabajo, por tanto, nos permite observar y descubrir –gracias a documentos de la época– actividades y grupos sociales en transición, como el comercio incipiente y el vagabundaje (Ortega, 1992). Asimismo, en una mirada global de la situación del periodo estudiado, Ortega ya distingue las primeras diferencias entre ambos territorios que años más tarde acentuarán sus características urbanísticas y funciones económicas. Al respecto dice:

¹² Entre los numerosos, estudios y libros publicados sobre Lota y la historia del carbón en el último tiempo podemos señalar: *Identidad y cultura minera* de María Eliana Vega y Elizabeth Ortiz (1994); *Identidad cultural en la zona del carbón* de Jorge Marambio (1996); *Folklore y tradición del minero del carbón* de Héctor Uribe (1996); y *El adiós del minero. Crónicas desde Lota* de Edison Grandón (1998). Agregamos finalmente *Identidad y reconversión en las ciudades carboníferas de Lota y Coronel* de Philippe de Dinechin (2001).

¹³ Nos referimos a la edición corregida y anotada por Karen Plath Müller.

En Lota, cuya población había aumentado en forma importante, se había acentuado el contraste entre el sector Bajo y el Alto. El primero, si bien poseía una planta regular, era de construcciones desordenadas y de mala calidad. Su nutrido comercio, del cual también participaban numerosos extranjeros, lo hacía un poblado muy activo; sus numerosos lugares de entretenimiento constituían un compacto núcleo en el sector sur-poniente. Allí, en forma más marcada que en los alrededores de la plaza, las construcciones eran desordenadas y precarias. Las calles y aceras no conocían de cuidados, por lo que en verano se cubrían de nubes de polvo mientras que en invierno se convertían en lodazales difíciles de transitar. Lota Bajo era por el día un activo centro comercial y administrativo; por las noches, su vida estaba dominada por la algarabía, las diversiones y el alcohol. Y también por las riñas, los asaltos y los robos: como en el título de una canción, muchas décadas más tarde, la noche era brava en Lota. (...) Lota Alto, en cambio, a pesar de su trazado irregular definido por la topografía, era una zona de construcciones de mejor calidad, si bien diferenciadas. El área habitada por el personal técnico, los gerentes y la capa administrativa superior, era de buenas casas que rodeaban a los edificios de la empresa; una zona de transición donde se encontraban la iglesia, el teatro y el comercio, la separaban de los galpones que constituían las habitaciones de los mineros. Las calles estaban asfaltadas y las aceras pavimentadas y aún cubiertas por baldosas en algunos sectores (Ortega, 1992, p.76).

La historiadora de arte María Esperanza Rock hace la misma constatación en su libro *Voces de la historia: relatos del carbón*, publicado en abril de 2013. El estudio, producto de una rigurosa investigación, da cuenta del valor del patrimonio inmaterial de Lota, principalmente en el ámbito de las tradiciones y expresiones orales con un explícito propósito educativo. Coincidiendo con nuestra línea argumental y luego de revisar exhaustivamente una numerosa bibliografía, ella señala que:

Pese a esta variada producción bibliográfica en relación a la zona carbonífera, pocas veces se han generado textos que contengan reflexiones educativas en relación al patrimonio inmaterial, esta falencia no sólo se percibe en esta zona. Por lo general los textos se relacionan fuertemente con la industria del carbón, tomando un espacio histórico desde la llegada de la industrialización. La historia de Lota no tiene sus inicios en la industria, como veremos más adelante (Rock, 2013, p.91).

Efectivamente, ya se sabe que la historia de Lota se inicia muchísimo antes, como escenario y territorio natural del desarrollo de los pueblos originarios de la costa del golfo de Arauco

(lafquenches) y luego con los numerosos acontecimientos bélicos del período de conquista y que se suceden durante el siglo XVI. El principal de ellos sin duda fue la batalla de Mariweñu, hecho ocurrido el 23 de febrero de 1554 en la cuesta Villagrán al sur del río Chivilingo, territorio perteneciente hasta hoy en términos administrativos a la comuna de Lota. Destacado por todos los historiadores chilenos del siglo XIX como uno de los acontecimientos importantes del proceso de conquista del territorio y resistencia del pueblo mapuche, este encuentro bélico entre españoles y mapuches ocurre luego de la muerte del gobernador Pedro de Valdivia en la batalla de Tucapel que había tenido lugar en diciembre del año anterior. Allí, en los cerros de Chivilingo que rodean a la ciudad de Lota por el sur, Lautaro venció a las fuerzas que Francisco de Villagra había reunido con el fin de aplastar la rebelión mapuche. Tras la batalla de Mariweñu, los españoles llegaron a creer que la conquista de Chile estaba perdida, abandonando la ciudad de Concepción, posteriormente destruida por las fuerzas del toqui Lautaro.

El otro hito que la historia le reconoce formalmente al territorio que hoy es Lota, es la fundación del fuerte Santa María de Guadalupe por orden del gobernador Ángel de Peredo en el año 1662. Con este evento, Lota se incorpora a la jurisdicción del imperio español como parte de su línea defensiva de fuertes, los que posteriormente se convertirían en ciudades importantes para la dominación colonizadora del ejército español al sur del territorio nacional. Tal fue el caso también de Cañete, Angol y Villarrica.

El fuerte de Santa María de Guadalupe como punto estratégico-militar tuvo poca incidencia en el desarrollo de la llamada “Guerra de Arauco”, por lo cual derivaría al poco tiempo en el villorrio o caserío denominado “Louta”, territorio que se describe como tal a la llegada de los pioneros empresarios de la explotación del carbón a mediados del siglo XIX como José Alemparte, quien habría comprado los terrenos carboníferos al cacique mapuche Carbullanca. Posteriormente, cuando Matías Cousiño compró esas propiedades para la explotación minera a gran escala, Lota tomó un rumbo histórico estrechamente ligado al desarrollo de la industria carbonífera con todos sus derivados, lo que incidió en adelantos urbanísticos y servicios que contrastaban fuertemente con la pobreza y las duras condiciones laborales de los mineros del carbón. Al respecto, cabe recordar que Lota fue la primera ciudad del país en tener alumbrado público en base a la hidroelectricidad gracias a la instalación de la planta de Chivilingo en 1897. La primera del país y segunda en

Sudamérica, en cuyo diseño estuvo la mano del famoso inventor Thomas Alba Edison, y que Luis Cousiño trajo de Europa para dotar de energía al proceso de extracción, dando así un gran salto de modernización industrial.

Ya antes, a partir de 1862, el impacto de la construcción del Parque Isidora y su palacio, estuvo aparejado con el mejoramiento sustancial de la ciudad (mayoritariamente de Lota Alto) donde surgen las calles con adoquines, las construcciones de escuelas y casas para empleados e ingenieros y los conocidos pabellones obreros; dando origen al imaginario de la característica “ciudad industrial” que es como hasta el día de hoy reconocemos a Lota. Cabe consignar que el 5 de enero de 1875, el Estado chileno le confiere a Lota el título de ciudad. Es en este contexto de desarrollo desigual de ambos territorios en que surge la urbanización del sector de Lota Bajo donde se instala primero un comercio incipiente, alternativo y en contraposición a la “pulpería”: mercado de Lota Alto asociado exclusivamente a la empresa carbonífera que, con la entrega de “fichas” en vez de salario en dinero, aseguraba el monopolio del abastecimiento de la creciente masa de mineros del carbón. Es probable que el origen y persistencia de la feria de Lota sea también el espacio en que la cultura campesina se transforma en minera sin llegar a serlo totalmente, es decir, una forma de los “enganchados” rurales de mantener las formas de vida del campo e intercambiar sus productos en la naciente urbe minera industrial.

Por todo lo anterior, y considerando que una de las líneas de trabajo que, la comunidad de Lota junto con sus autoridades, se han planteado para el desarrollo económico-social después del cierre de la industria carbonífera es fomentar la actividad turística, y en particular la promoción del “turismo histórico-cultural”, se hace muy necesario indagar en estos otros territorios o espacios urbanos pertenecientes a la historia lotina –como es el caso de la feria de Lota– y que hasta hoy permanecen casi desconocidos. Es necesario estudiarlos con rigurosidad para sistematizarlos y visibilizarlos, agregando mayor valor histórico y patrimonial y sumar así, otros puntos de interés turístico que contribuyan a fortalecer el desarrollo de esta actividad en beneficio de la propia comunidad. Por ello, este proyecto de investigación se propone identificar los elementos historiográficos que permiten explicar el surgimiento y desarrollo de este mercado popular tan característico y que ha marcado la cultura de la ciudad de Lota en los últimos cien años.

Durante esta investigación no pudimos encontrar datos, registros oficiales ni documentación escrita que explicaran el surgimiento de la feria de Lota. Por ello recurrimos a la memoria popular, a la “oralidad” que nos viene directamente de la cultura mapuche, a la sabiduría ancestral que se ha venido traspasando de generación en generación en tantas familias lotinas. Por ello, y considerando que futuras investigaciones históricas deberán ir verificando, ratificando o modificando estos antecedentes, nos atrevemos a establecer como hipótesis de trabajo algunos factores que dan cuenta del origen de lo que hoy conocemos como “Feria de Lota” y agregar un par de líneas explicativas sobre su actual emplazamiento. A continuación presentamos cuatro antecedentes que nos ayudan –en esta primera aproximación– a comprender el contexto histórico cercano y a visualizar los orígenes de este espacio urbano de intercambio que hasta el día de hoy mantiene rasgos particulares que lo identifican.

La necesidad de contar con un espacio de intercambio comercial en el sector de Lota Bajo

Este sector de la comuna, tuvo un desarrollo urbanístico más lento y menos planificado que la “ciudadela industrial de Lota Alto”, que inició un fuerte crecimiento y desarrollo urbano a partir de 1852 junto con la instalación de faenas para la extracción del carbón por parte del empresario Matías Cousiño. El nacimiento de esta feria en Lota Bajo, se explica entonces por la necesidad de intercambio en un poblado también en crecimiento menos regulado, quizá más espontáneo y alejado de la autoridad regional. Surge como una alternativa a las “pulperías” o mercados cerrados, los que funcionaban exclusivamente para trabajadores y funcionarios de la industria en un espacio que se definía como “recinto privado”, estableciendo límites claros y definidos con el resto de la población. Esta necesidad de intercambio se acentúa durante las primeras décadas de la instalación de la industria carbonífera, aproximadamente entre 1845-1910, cuando el salario minero se cancelaba con fichas que solo tenían validez en las mismas pulperías en lugar de la moneda de curso legal que se usaba en el resto del país, al igual que el sistema utilizado en las oficinas salitreras del norte¹⁴ (Calvo, 2009).

¹⁴ “Dinero no veían, solo fichas: el pago de salario en las salitreras chilenas hasta 1925” (Calvo, 2009).

La construcción del ferrocarril Curanilahue-Concepción

Esta obra de infraestructura y transporte significó también un gran avance en las comunicaciones y fue para la época el signo más importante de modernización en el país. La construcción de este tramo comenzó en 1886 y tres años más tarde se entregaban al tráfico público las secciones correspondientes a las estaciones de Coronel, Lota, Laraquete y Carampangue. Según decreto del 24 de diciembre de 1888:

se autorizó la entrega al tráfico (de) la segunda sección del ferrocarril, entre San Pedro y Coronel, y por Decreto de septiembre de 1889 las de las secciones tercera y quinta, comprendidas entre Coronel y Lota y entre Laraquete y Carampangue¹⁵ (Barrenechea, 1943).

Este adelanto en las comunicaciones y el transporte intensificó el intercambio entre la provincia de Arauco y las nacientes comunas mineras e industriales. Por ello, no es casualidad que la feria de Lota se haya instalado y desarrollado al lado de la estación ferroviaria, punto neurálgico de ingreso y salida de un flujo masivo de pasajeros. Estos demandaron servicios de alimentación y provisiones que muchos llevaban a su familias de zonas rurales o para la venta minorista en sectores urbanos o caletas pesqueras de la costa de la provincia de Arauco, como Laraquete, Carampangue, Llico y Punta Lavapié. Ocupando las calles Matta, Cousiño, Serrano, Aníbal Pinto y parte de Caupolicán en sus inicios, este espacio urbano fue fuertemente impactado por la dinámica del nuevo transporte ferroviario y la instalación de la estación de Lota Bajo.

¹⁵ La concesión para construir y explotar el ferrocarril desde Concepción hasta Curanilahue, pasando por Coronel, Lota, Laraquete y Carampangue, fue otorgada a Gustavo Lenz por Ley del 23 de octubre de 1884. Este último transfirió sus derechos a la compañía inglesa “The Arauco Company Limited”, que fue la que en definitiva construyó el ferrocarril a partir del año 1886. Además, se agregó un ramal de 7,5 kilómetros, desde Carampangue hasta Arauco, el que fue autorizado al tráfico por Decreto del 28 de abril de 1891. “The Arauco Company Limited” transfirió el ferrocarril a la “Compañía de Lota y Coronel” el 31 de octubre de 1920, y ésta a la “Compañía Carbonífera e Industrial de Lota” el 31 de octubre de 1921. Hacia principios de los años cuarenta, el ferrocarril tenía 23 locomotoras-ténder para remolcar trenes de carga y 6 con ténder independiente para los trenes de pasajeros y mixtos. El servicio de carga, mayoritariamente destinado al transporte del carbón mineral, contaba con 758 carros con una capacidad total de 8.625 toneladas.

Venta estacional de productos agrícolas y frutas en carreta (desde Santa Juana por la antigua ruta de Patahual)

Desde fines del siglo XIX se desarrolló un constante intercambio comercial, principalmente de frutas y aguardiente, entre los sectores rurales de Santa Juana entonces pertenecientes administrativamente al departamento de Lautaro (Coronel) y las zonas urbanizadas de Lota y Schwager. Esto se intensificó posteriormente durante algunos períodos de tiempo, condicionados por crisis económicas o de carácter político-social como fue el caso de la represión en contra de los mineros a mediados del siglo XX. Efectivamente, el año 1947 y a causa de una huelga de los obreros carboníferos, se impuso la “ley seca” durante el gobierno de González Videla lo que generó un intenso contrabando de alcohol (aguardiente) en “cuntras” (envases o bolsas de cuero animal) que se transportaban a caballo o en el cuerpo de algunas mujeres. Asimismo, durante las décadas del cincuenta y sesenta en el período estival, muchas familias de pequeños campesinos se trasladaban desde sus predios agrícolas de Santa Juana hasta Lota, en carretas tiradas por bueyes. Allí se instalaban primero en los alrededores de las calles del sector feria y posteriormente en los alrededores de la “cancha chica” de Lota Bajo, en el sector Bannen camino a Coronel, vendiendo ciruelas, manzanas verdes y peras en “cuartillas” (medida consistente en una caja de madera cuyo peso equivalía aproximadamente a un kilogramo y medio). Esta actividad, de carácter estacional en un inicio, fortaleció el comercio local cuando muchos campesinos se comenzaron a instalar más regularmente en el mismo sector de la feria.

El “Mercado viejo” o “Corralón”: hito fundacional de la feria

Ubicado en la confluencia de las calles Monsalve y Caupolicán, esta vieja estructura de maderanos refiere sin duda a un espacio que tuvo por función inicialmente el estacionamiento y reposo de animales de carga, una especie de abrevadero principalmente para caballos y bueyes de tiro. Muchos testimonios de la época lo señalan también como el espacio donde se origina el comercio de hortalizas, frutas y verduras en Lota Bajo. Este corralón o corral grande donde se ubicaban los caballos, burros y bueyes, albergaba después los productos que venían desde distancias lejanas, principalmente carne faenada y productos de cecinas y quesos elaborados artesanalmente, provenientes de Santa Juana, Carampangue, Laraquete, Curanilahue y sectores rurales de Arauco. Al Corralón se le

puede identificar también como un espacio de intercambio complementario a la venta de pescados y mariscos que se realizaba en las distintas caletas y que se distribuía de diferentes formas. Por ejemplo, entonces se voceaba y ofrecía la “sierra a lienza”, uno de los principales productos del mar, por los distintos barrios de Lota¹⁶.

3.2.2. Emplazamiento territorial de la feria

El sector en que se emplaza la feria tiene un principio fundacional en forma de damero, con un centro compuesto por nueve manzanas regulares que organizan su estructura. Sin embargo, de acuerdo a lo observado en el proyecto de mejoramiento (fase diagnóstico) del año 2009, las condiciones geográficas del territorio impiden su expansión, debiendo adaptarse el resto de la trama urbana a la morfología de los cerros que la contienen (Queirolo *et al.*, 2009). Así, con una superficie aproximada de 10.500 metros cuadrados, la feria ocupa casi el 20% del área central de la ciudad.

En su vinculación con la ciudad y sus principales servicios, podemos señalar que la feria se ubica en el centro de Lota Bajo, muy cerca del mar y a solo dos cuadras de la Plaza de Armas. Hacia el norte de la feria se encuentra el centro cívico de la comuna: la Municipalidad, la Plaza de Armas, la iglesia, la compañía de Bomberos, el banco, el paseo peatonal. Hacia el sur se allega un mercado de degustación de comida marina y un barrio residencial denominado “Sector Playa”, históricamente –y hasta hoy– lugar de residencia de pescadores artesanales y sus familias.

De acuerdo al artículo número tres de la Ordenanza Municipal (Municipalidad de Lota, 2000) que dicta la ocupación de espacios, locales y puestos de la feria, la feria de Lota funciona en el radio comprendido entre las siguientes calles (ver Mapa 4):

Calle Caupolicán: entre Pedro Aguirre Cerda y Galvarino

Calle Cousiño: desde Caupolicán a Monsalve

Calle Aníbal Pinto: desde Caupolicán a Pedro Aguirre Cerda

Calle Esmeralda: desde Caupolicán a Monsalve

¹⁶ Esta forma de distribución se conocía como la venta de “pescado en vara”: dos vendedores transportaban pescado fresco principalmente sierra, en una vara de madera de eucaliptus y lo pregonaban por todo el territorio carbonífero.

Callejón Saavedra: desde Esmeralda a Caupolicán

Pasaje Lota: desde Monsalve a callejón Duharte

Calle Monsalve: desde Cousiño a Caupolicán (Sector Playa) – Calle Matta entre Galvarino y Duharte – Calle Galvarino (lado oeste) entre Matta y Caupolicán

Por su parte, según señala el Plan Regulador Comunal (Municipalidad de Lota, 1983), el suelo de la feria se considera “consolidado”, indicando que: “se trata de aquella parte de la ciudad que ha alcanzado un alto grado de ocupación y consolidación” (p.13). Sin embargo, como es el caso común de las ferias libres, la feria de Lota también se emplaza en vías urbanas de uso público, por lo que la reglamentación es difícil de definir e implementar. Respecto de las calles que configuran el área, se identifican dos vías de tránsito vehicular que conforman la estructura vial de la comuna:

Tabla 16. Principales vías internas, feria libre de Lota

Nombre de la vía	Clasificación	Ancho
Aníbal Pinto	Local	12 metros
Cousiño	Local	14 metros

Fuente: elaboración propia sobre la base de Queirolo *et al.* (2009)¹⁷.

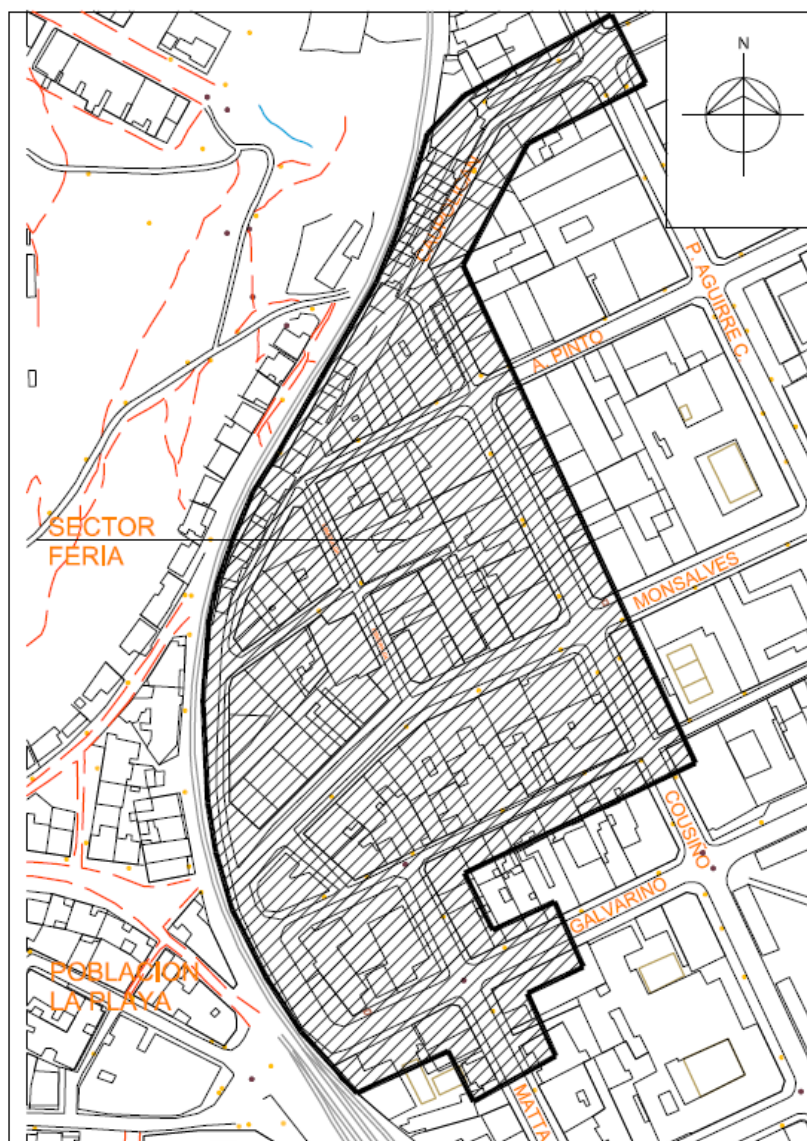
De lo anterior se desprende que las vías restantes tienen el carácter de “pasajes”, donde se privilegia el tránsito peatonal por sobre el vehicular, conforme a la Ordenanza General de Urbanismo y Construcciones, artículo 2.3.2 (Municipalidad de Lota, 2000, p.42).

Así como la feria forma parte de la estructura vial de la ciudad, ya que se entrecruza con ella, también el damero de la feria incluye un total de 110 viviendas donde residen algunos comerciantes, aunque en su mayoría son inmuebles dispuestos para el arriendo. Estas 110 casas cumplen, en algunos casos, doble función, pues son tiendas comerciales además de residencias. Esta característica, antiguamente permitía pensar en un “barrio” pues, como veremos más adelante, los comerciantes hacia 1970 solían vivir en la feria y sus

¹⁷ Referencia a indicadores de vialidad del citado documento.

puestos de venta solían ser también sus casas. Actualmente, cada vez menos personas viven en la feria (cuatro o cinco familias aproximadamente¹⁸) aunque tengan allí propiedades.

Mapa 4. Imagen de la feria en damero. Emplazamiento urbano de la feria de Lota



Fuente: Henríquez (2007). Plano Levantamiento topográfico Feria Libre de Lota. (Lámina N°1). Lota: Secretaría de Planificación Comunal Municipalidad de Lota.

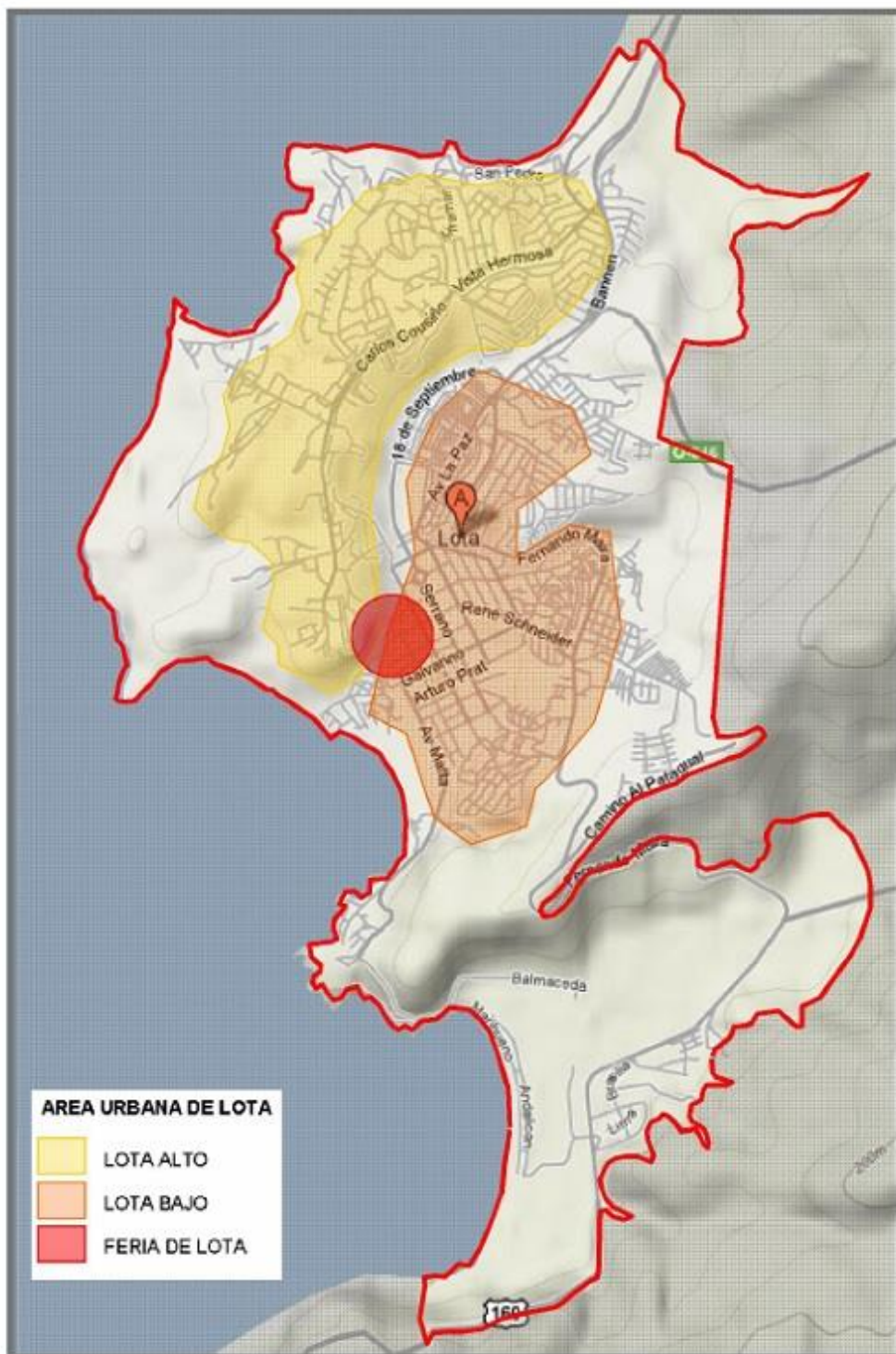
¹⁸ “Hoy en la feria cuatro o cinco personas no más viven. Son cada vez menos porque es complicado, por ejemplo, ya no se puede tener vehículo, o sea, hay que guardarlo fuera del perímetro de la feria y no se puede sacar. Además en la noche esto es desierto. Todo lo demás es local comercial. En la noche está todo oscuro, aunque andan nocheros, vigilantes, pero es muy peligroso”, señala Luis Rodríguez, dueño de la cocinería La Araucana en el callejón Saavedra (L. Rodríguez, entrevista personal, 10 de enero de 2015).

Mapa 5. Emplazamiento urbano de la feria



Fuente: fotografía satelital de Google Earth (2014).

Mapa 6. Emplazamiento urbano de la feria de Lota con relieve



Fuente: Queirolo *et al.* (2009, p.23).

3.2.3. Composición y estructura de la feria

De acuerdo al diagnóstico para el estudio y confección de los proyectos de ingeniería, arquitectura y especialidades “Mejoramiento Feria de Lota”¹⁹ mandatado por la Municipalidad, la feria de Lota es un “gran mercado permanente”, condición que la convierte en única, compleja y con un gran valor social. (Queirolo *et al.*, 2009, p.5). Su funcionamiento se extiende durante los 365 días del año, exceptuando el primer lunes de marzo y de octubre (dos días al año en total) según lo establecido en la Ordenanza Municipal (Municipalidad de Lota, 2000) para la realización del aseo general del área²⁰. Esta es la primera característica que la diferencia de una feria libre transitoria o del tipo común existente en la mayoría de las urbes chilenas, aquellas que solo funcionan algunos días de la semana, con periodicidad limitada. Asimismo, la “centralidad” (Troncoso, 2009), concepto que se le asigna como principal atributo a las ferias libres de los grandes centros urbanos, es decir, su capacidad de acercar bienes y servicios a los lugares residenciales de la ciudad, tampoco es de carácter transitorio. Por el contrario, la feria de Lota es permanente. Su centralidad, sin embargo, forma parte de los cuestionamientos de este trabajo, pues intentaremos dilucidar el tipo de inserción que tiene la feria en la ciudad.

El año 2009, la feria agrupaba a 341 locales comerciales y 269 locatarios (propietarios) dueños de tiendas y de bodegas (Queirolo *et al.*, 2009, p.9). Además albergaba, a esa fecha, alrededor de 70 vendedores ambulantes que ofrecían sus productos de manera temporal en tiendas móviles, canastos o tarimas. Considerando solo la actividad productiva de los 341 locales establecidos, la feria generaba 477 empleos directos en total, lo que corresponde a un porcentaje de 3,76% del empleo comunal, dentro de un total de 12.669 personas empleadas de la comuna (Queirolo *et al.*, 2009, p.16). También es posible sostener que al año 2009, el total de patentes comerciales asociadas a la feria correspondía al 38,6% de las patentes inscritas en Municipalidad de Lota. Esto parece demostrar que, a pesar del decaimiento productivo de toda la zona del carbón tras el cierre de Enacar, la feria

¹⁹ Locales encuestados en terreno por la Secretaría Comunal de Planificación de la Municipalidad de Lota en el año 2009. No incluye locales deshabitados o que se niegan a responder. **Fuente:** Queirolo *et al.* (2009). La fase de diagnóstico de este estudio se extendió entre 2007 y 2009.

²⁰ “Con el propósito de salvaguardar la higiene del sector, la feria deberá cerrar dos veces al año para lavado, desratización y desinfección en las fechas que se indican: el primer lunes de marzo y el primer lunes de octubre de cada año. El costo será con cargo a los comerciantes”. Artículo 4 de Ordenanza para ocupación de espacios, locales y puestos en feria libre de Lota (Municipalidad de Lota, 2000).

de Lota Bajo constituye un espacio de intercambio económico que se mantiene vigente productivamente.

En cuanto al orden administrativo, la fiscalización y ordenamiento de la feria libre corresponde a la Oficina de Fiscalización y Patentes de la Municipalidad, de acuerdo a lo indicado en artículo 5 de la Ordenanza Municipal (Municipalidad de Lota, 2000). Según esta fuente es posible caracterizar, en función de sus patentes, el tipo de actividad comercial de los puestos de la feria y su magnitud. Cabe puntualizar que la feria se mueve en un plano de semiformalidad, en cuanto a su actividad comercial. De acuerdo a lo propuesto por Browne en su estudio sobre las ferias de Santiago (Browne, 2012, p.8), se trata de un modelo de negocio para lo que se reconoce formalidad en tanto se registran en la Oficina de Patentes y se acuerdan constantemente con la autoridad municipal normas regulatorias. No obstante, simultáneamente mantienen grados de informalidad en otros aspectos, como por ejemplo, todo lo relacionado con el vasto universo de actividad comercial que representan los ambulantes. En este sentido, podemos sostener que la autoridad municipal en Lota ha logrado regular la feria solo parcialmente.

Las patentes comerciales de la feria se dividen, según el mencionado registro en: 1) patentes con rol comercial, que corresponden a todos los locales establecidos; y 2) patentes con rol feria, para:

todos aquellos locales que estén establecidos y/u operan en un bien de uso público. Son alrededor de trescientos cincuenta, a su vez, se encuentran agrupados en la Asociación Gremial de Comerciantes de Feria Libre de Lota, proporcionando empleo directo a cerca de mil personas (Queirolo *et al.*, 2009, p.18).

Al año 2009, y de acuerdo a la información disponible, el número de patentes relacionadas con la feria ascendía a un total de 376, distribuidas en diferentes giros (ver Tabla 17).

Tabla 17. Patentes declaradas en Sección Fiscalización y Patentes. Feria de Lota (2009)

Clasificación	Comerciales	Ferías Libres
Carnicerías, embutidos	14	0
Frutas y verduras	23	87
Menaje, artículos varios, herramientas y juguetes	16	19
Pescados y mariscos	0	28
Alcoholes	7	0
Abarrotes	7	3
Servicios de alimentación	13	23
Bazar, cordonería y paquetería	74	39
Vestimenta y calzado	18	5
Subtotal	172	204
Total patentes	376	

Fuente: elaboración propia sobre la base de Queirolo *et al.* (2009).

No obstante, de acuerdo a los datos proporcionados por la encuesta aplicada por la Consultora OO.CC. en noviembre de 2009, y que también se presenta en el informe, el total de locales efectivamente activos que se pudieron constatar en terreno ascendieron a 341. El detalle que se presenta en la Tabla 18 es lo más cercano a la situación actual de los puestos de venta de la feria de Lota.

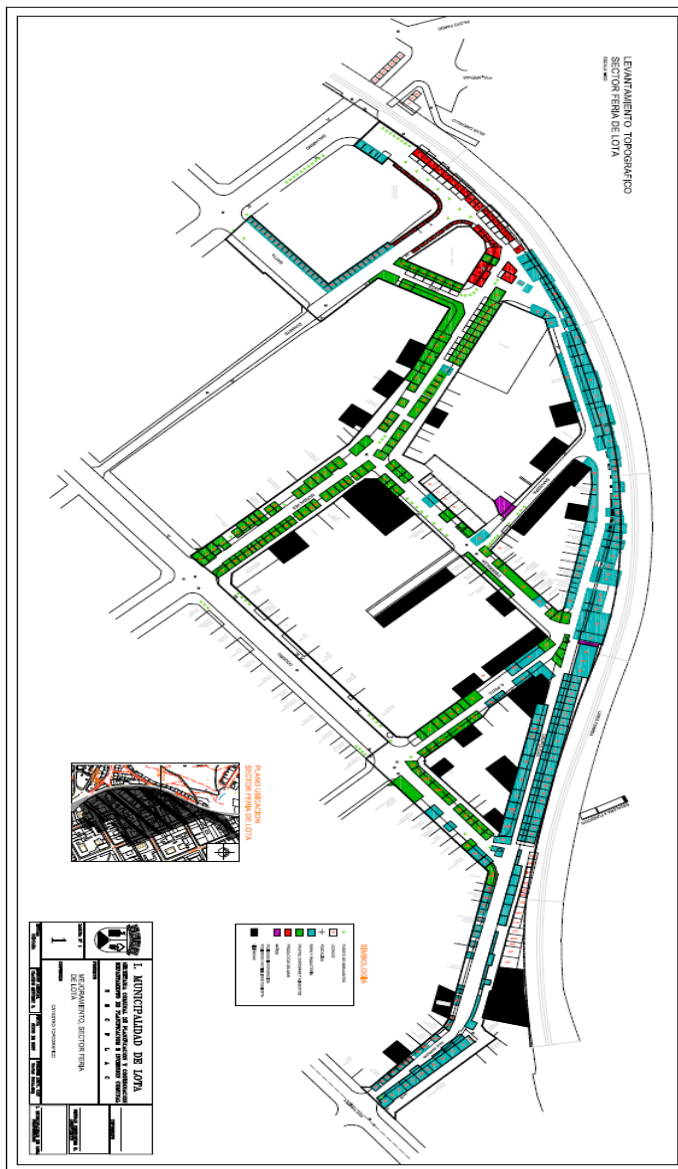
Tabla 18. Patentes efectivamente activas. Feria de Lota (2009)

Clasificación	Encuesta (noviembre, 2009)	%
Carnicerías, embutidos	4	1%
Frutas y verduras	70	24%
Menaje, artículos varios, herramientas y juguetes	34	12%
Pescados y mariscos	45	14%
Alcoholes	5	2%
Abarrotes	5	2%
Servicios de alimentación	25	9%
Bazar, cordonería y paquetería	37	13%
Vestimenta y calzado	68	23%
Totales	293	100%

Fuente: elaboración propia sobre la base de Queirolo *et al.* (2009).

De acuerdo a la información proporcionada por el plano de Catastro Topográfico de la feria de Lota²¹, es posible señalar que la mayor actividad económica desarrollada en la feria está relacionada con bazar, cordonería y paquetería (30%), seguido muy de cerca por frutas y verduras (29%) sumando entre ambas actividades el 59% del total de la feria. Luego el 23% corresponde a vestimenta y calzado, 14% a pescados y mariscos, y el rubro integrado por menaje, artículos varios, herramientas y juguetes compone el restante 12%.

Mapa 7. Imagen de Plano de Catastro Topográfico de la feria de Lota (2007)



Rotulación:

- Rojo: productos del mar
- Verde: frutas, verduras y alimentos
- Celeste: ropa y paquetería
- Negro: viviendas
- Lila: baños
- Línea gris: línea del tren
- Nº: Numeración locales

Fuente: Lota. Municipalidad de Lota. (2007). Informe Proyecto “Mejoramiento Sector Feria de Lota”. Lota: Secretaría Comunal de Planificación y Coordinación. Departamento de Planificación e Inversión.

²¹ “Caupolicán es la zona de la feria de gran antigüedad (más de cien años) lo que se evidencia por la configuración espacial, y de las construcciones que la delimitan. Muchos locatarios son sucesores de sus padres y abuelos, existiendo una importante carga histórica en su trabajo” (Queirolo *et al.*, 2009).

De acuerdo al último estudio para proyecto de mejoramiento de la feria (Queirolo *et al.*, 2009, p.17) un sondeo local reflejó que no existen referentes urbanos reconocidos dentro de la feria. Sin embargo los principales referentes externos son los siguientes:

Tabla 19. Principales referentes externos de la feria

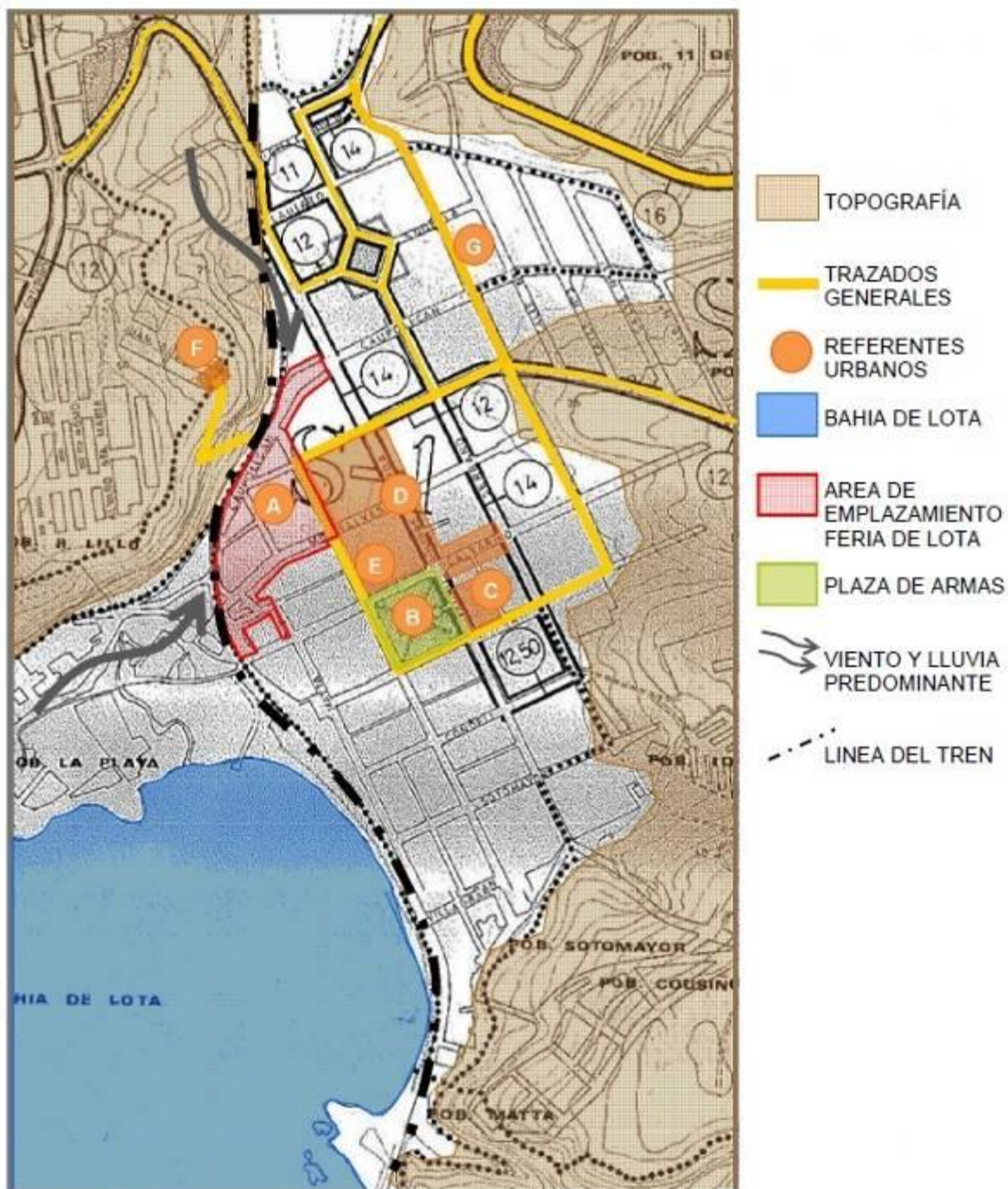
Elemento	Tipología
Feria de Lota	Referente común
Plaza de Armas	Referente de ubicación
Municipalidad	Referente de servicios
Paseo Peatonal	Referente comercial (competencia para feriantes)
Mirador barrio chino	Referente visual
Edificio del ex teatro Lota	Referente histórico
Hospital de Lota	Referente de servicios

Fuente: elaboración propia sobre proyecto de mejoramiento (Queirolo *et al.*, 2009)

Sin embargo, al interior de la feria las tipologías de apropiación del espacio se componen de una sumatoria de elementos físicos (disposición del territorio) y temporales (propiedad, relación con locales establecidos, etc.) que forman una estructura compleja. En consecuencia, podemos señalar que la feria de Lota se estructura sobre la base de tres componentes:

1. Componentes de configuración espacial.
2. Componente puestos comerciales y sus tipologías.
3. Componente de sectorización (distribución).

Mapa 8. Identificación de elementos de configuración espacial. Feria de Lota



Fuente: Queirolo *et al.* (2009, p.31).

3.2.3.1 Componente configuración espacial

En cuanto a su configuración espacial, la feria está compuesta de los siguientes elementos:

La escalera de la Fundición y su vinculación con Lota Alto: en la feria, la presencia del cerro de Lota Alto, es una constante y el tránsito peatonal mediante la “escalera de la Fundición”. Esta escalera se escabulle en un callejón apenas visible, sin embargo, existe un flujo importante de personas en el sector, las que suben y bajan todos los días. Quienes utilizan este recurso espacial para movilizarse son principalmente feriantes y consumidores de la feria. También, en una simple observación, fue posible identificar personas que bajan hasta la feria para dirigirse luego hacia el centro de la ciudad, es decir, utilizando la feria como un lugar de tránsito entre Lota Alto y el centro urbano de Lota Bajo. En el estudio que usamos como referente (Queirolo *et al.*, 2009, p.20) se describe el movimiento de personas por esta escalera como “circulación constante, pero no reconocida”, en referencia a la ausencia de señalización que dé cuenta de la existencia de esta escalera y revele a locales y foráneos, su funcionalidad vial. Tal es el caso de muchos elementos de configuración espacial que tienen hitos físicos conocidos (como el Corralón, que veremos más adelante) con una función relevante para la feria, pero que sin embargo no existen de manera formal y reconocida, y esto, a pesar de que la escalera existe, al menos, desde principios del siglo XX para conectar Lota Alto con el sector de la playa (Queirolo *et al.*, 2009, p.20). De este modo y en el caso de la escalera, solo los usuarios de la feria saben dónde está emplazada, saben hacia dónde se dirige y cómo llegar hasta ella; entonces, si bien es un lugar de circulación frecuente, no alcanza a ser de circulación masiva.

Fotos 1 y 2. Vista de la escalera de la Fundición



Fuente: fotografía de la autora, noviembre de 2014.

Los laberintos: Un desafío luego de llegar a la feria, es orientarse dentro de ella. Tan amplia es la diversidad de los puestos comerciales en la configuración del espacio y los productos, que una primera visita puede parecer inverosímil o maravillosa. Es necesario adentrarse en los pasajes, conversar con la gente y preguntar muchas veces por indicaciones para entender cómo se distribuye, qué laberintos conducen a otros y qué productos hay disponibles para llevar ese día y por cuáles habrá que esperar o ir por ellos en otra oportunidad. Luego de la inserción y la comunicación con los feriantes, es posible establecer un recorrido por los caseros preferidos. Sin embargo, para un visitante esporádico, encontrar un producto específico puede ser algo complicado en un principio. A la pregunta, por un producto de elaboración y producción exclusiva en la feria, como el pescado ahumado, todos los feriantes pueden dar respuesta. Por ejemplo, la consulta a un feriante del sector verdulería:

- ¿Salió sierra ahumada hoy?
- Sí, pero acá llegó tarde, se vendió toda antes de las nueve. Vaya a preguntar al horno dos.
- ¿Dónde está ese?
- Ese que está al lado del sindicato. No el primero, el segundo.
- ¿Cómo se llama la calle?
- La calle de los hornos pues.

Luego de ese diálogo, fue necesario consultar a otras cinco feriantes para pedir orientaciones sobre cómo llegar hasta el “horno dos” que, efectivamente, se encontraba abierto en el segundo pasaje del Sector Playa por calle Monsalve y justo al lado del sindicato de pescadores. No hay señalización que indique los nombres de los pasajes y pocas tiendas comerciales tienen un letrero que los identifique. Tampoco existe señalética sobre la sectorización de la feria, es decir, sobre el inicio o el término del sector de venta de pescados y mariscos, por ejemplo. Lo mismo ocurre para entrar y salir de la feria. Dentro de ella, las personas en vez de transitar regularmente, “se abren paso” y construyen su itinerario sobre la base de su experiencia y el aprendizaje que arroja su camino recorrido, además de la comunicación con los feriantes y sus indicaciones. De esta manera, las calles sin salida dentro de la feria, los callejones y pasajes que la componen tienen un reconocimiento implícito, informal, que se ha mantenido por años de la misma forma.

La estructura laberíntica o, de acuerdo al estudio de mejoramiento “su trama extensa e irregular” (Queirolo *et al.*, 2009, p.20) tiene su origen en que la feria es homogénea espacialmente, como dijimos anteriormente, en forma de damero. Es precisamente esta estructura la que permite que no exista un centro físico, un punto central de referencia. Así, esta situación sumada a la gran superficie que ocupa, transforma su recorrido en una experiencia desorientadora.

De acuerdo a los datos sobre su fundación, que revisaremos en detalle en un capítulo más adelante, creemos que la feria se forjó aproximadamente hacia el año 1940 y de manera espontánea. El lugar donde se emplazaba en sus orígenes es el mismo sector de Lota Bajo dominado por la línea férrea, delimitado por el mar con su playa que en ese entonces era mucho más extensa que hoy, y un conjunto de casas que terminaban en un particular galpón donde solían pastar los caballos: el Corralón. Este alto galpón de madera –como mencionamos anteriormente– comenzó a acoger a todos quienes quisieron adoptarlo para vender productos alimenticios, principalmente hortalizas, carnes y lácteos traídos por campesinos desde la zona de Arauco. Este dato sugiere que el Corralón debiera ser el centro de la feria, no obstante, dada la gran cantidad de feriantes ambulantes y de público, la estrechez de las calles y los negocios nuevos, este galpón pasa hoy casi inadvertido. Solo quienes acuden a comprar específicamente lo que allí se ofrece (embutidos, salchichas y chicharrones) ingresa al lugar. Esto, aunque se le conoce como una referencia importante y se le identifica como la “parada del tonto”, es decir, como un punto de encuentro que facilita en parte la ubicación dentro del espacio.

Foto 3. Pasaje Cochaute, sin salida



Fuente: fotografía de la autora, noviembre de 2014.

La línea férrea. La línea del tren es un principio fundacional de la feria pues, si bien comenzó con comerciantes agrupados vendiendo en el sector del Corralón, estos fueron conducidos por el tren que los movilizaba hasta la ciudad, desde diversos lugares del tramo Arauco-Santa Juana. Posteriormente, alrededor del Corralón, los feriantes fueron implementando diversas estrategias de ubicación que se legitimaron con el tiempo. Hoy, los puestos comerciales dan la espalda a la línea del tren por razones de seguridad, pero la gran característica de este mercado es que bordea la línea férrea en todo momento, y el tren al pasar remueve cada cierto tiempo el suelo, las tiendas y a los transeúntes. Espacialmente, existe una respuesta de cerramiento en relación al tren (por esta razón se le da la espalda), determinada por la necesidad de los feriantes de protegerse contra eventuales accidentes. Y esto, considerando que la mayor extensión de esta línea, de aproximadamente 500 metros, se da precisamente al bordear la feria.

Foto 4. Vistas de línea del tren, borde de la feria de Lota²²



Fuente: fotografía de la autora, noviembre de 2014.

²² La línea ferroviaria que bordea la feria de Lota fue construida entre 1886 y 1891 por “The Arauco Company Limited”. El primer tramo del ramal unió a Concepción con Lota, Carampangue y Arauco. Actualmente sus vías están en uso, principalmente, para funciones de la empresa Celulosa Arauco, en el tramo Concepción-Planta de celulosa Horcones. La empresa de transporte de carga que administra la línea es Fepasa. **Fuente:** Red ferroviaria. Consultado el 9 de diciembre de 2015, Ferrocarriles del Pacífico S.A, sitio web institucional.

Las casas. Las fachadas son otro elemento que determinan el espacio. Esta feria está inmersa en la trama urbana, por tanto, en medio de su estructura de módulos aparecen fachadas de propiedades privadas, con habitantes que viven su vida familiar “dentro” de la feria aunque, extrañamente, parecieran no percibir a todos los visitantes de esta. Lo mismo sucede con los *containers* que operan como bodegas y/o espacios de almacenamiento. Actualmente, en el proyecto de mejoramiento de la feria se reconoce como un conflicto la funcionalidad comercial de la feria *versus* su funcionalidad de almacenaje y residencial, no obstante, la convivencia entre estos diferentes usos es histórica.

Foto 5. Fachadas de callejón Saavedra



Fuente: fotografía de la autora, septiembre de 2014.

3.2.3.2 Componente puestos comerciales y sus tipologías

Los locales comerciales de la feria se definen y diferencian por sus características físicas, de acuerdo a las siguientes tipologías:

1. Locales establecidos
2. Módulos o puestos de venta

A estas tipologías se les agregan dos condiciones particulares:

1. Los locales establecidos pueden ser aislados, o con extensión en la vía pública.

2. En una de las zonas de la feria, que corresponde a la calle Caupolicán, los puestos de venta ubicados en forma colindante a la línea del tren están construidos en material sólido y adquieren las características de locales establecidos, aunque no son propietarios del terreno. Ver Tabla 20 a continuación.






Tabla 20. Tipología de puestos comerciales en feria de Lota

TIPOLOGÍA	VARIABLES	ELEMENTO	TIPO
LOCALES ESTABLECIDOS	SIN EXTENSIÓN		
	CON EXTENSIÓN AISLADA	Fijos	Autoconstruidos
		Móviles	Estándar
	CON EXTENSIÓN ADOSADA	Fijos	Autoconstruidos
		Móviles	
	PUESTOS DE VENTA	AISLADOS	Fijos
Móviles			Estándar
CON EXTENSIÓN ADOSADA		Fijos	Autoconstruidos
		Móviles	Estándar

Fuente: elaboración propia sobre la base de Diagnóstico para proyecto de Mejoramiento. (Queirolo *et al.*, 2009, p.19).

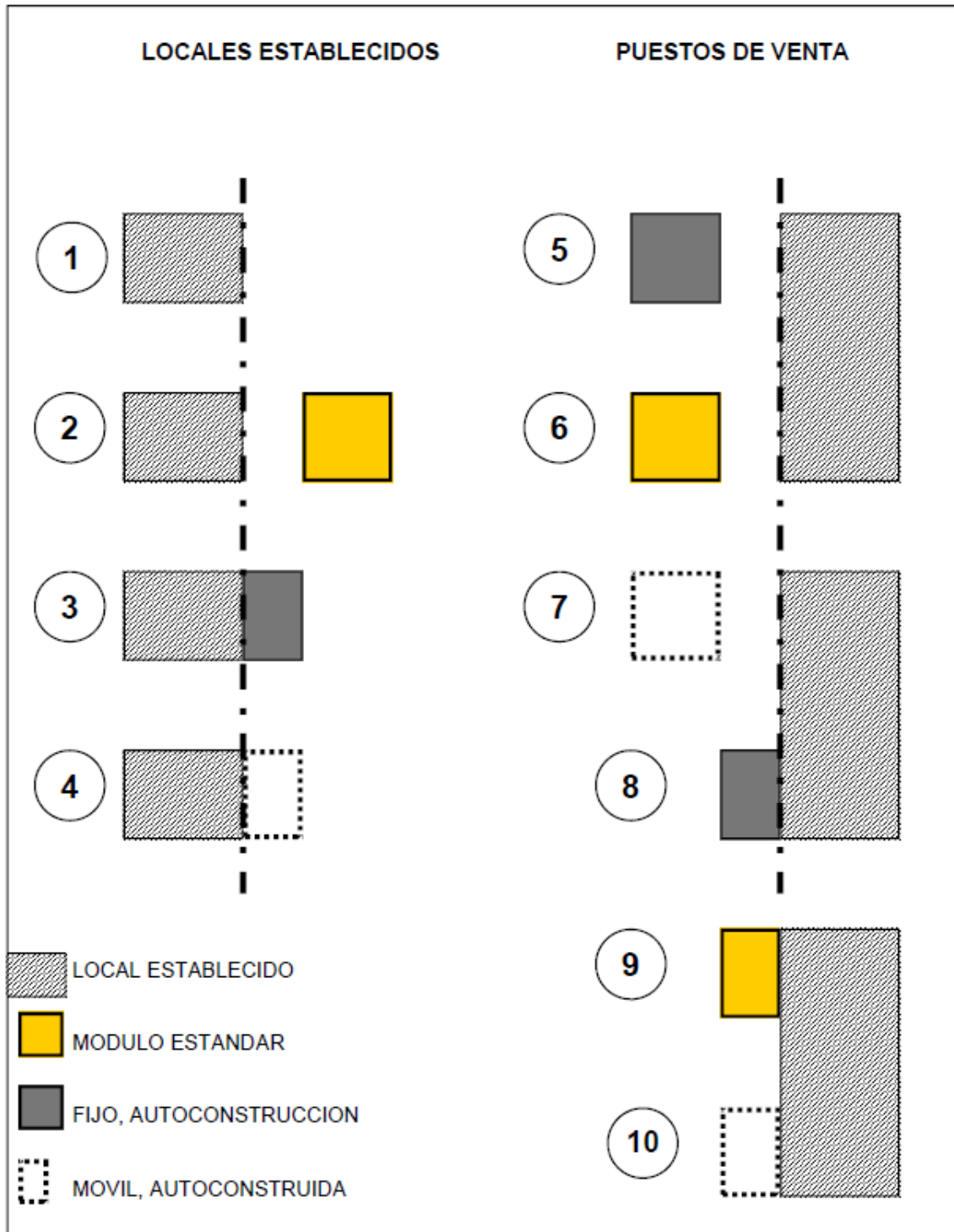
A continuación se especifican las tipologías con imágenes:

Foto 6. Galería de imágenes según tipología de puestos comerciales

<p>Ejemplo 1: Calzados Lorenzo</p> 	<p>Ejemplo 2: Abarrotes Romina</p> 
<p>Local Establecido Sin Extensión</p>	<p>Local Establecido con Extensión Aislada fija, estándar</p>
<p>Obs: La tienda posee un módulo donde vende sus productos.</p>	
<p>Ejemplo 3: Monsalve esq. Lota</p> 	<p>Ejemplo 4: Calle Caupolicán</p> 
<p>Local Establecido con Extensión adosada fija, autoconstruida</p>	<p>Local Establecido con Extensión adosada móvil (retráctil), autoconstruida</p>
<p>Ej. 5: Frente a ex posta</p> 	<p>Ej 6: Calle Monsalve</p> 
<p>Puesto de Venta Aislado Fijo, autoconstruido</p>	<p>Puesto de Venta Aislado Fijo, estándar</p>

Fuente: Queirolo *et al.* (2009, p.20).

Mapa 9. (Croquis) Tipologías de puestos comerciales de la feria de Lota



Fuente: Queirolo *et al.* (2009, p.35).

En cuanto a la dotación de servicios básicos presentes en cada local, es preciso considerar – según el catastro del diagnóstico antes referido²³ – los siguientes aspectos:

Tabla 21. Dotación de instalaciones eléctricas, sobre la base de plan de mejoramiento

% locales con electricidad	178	62%
% locales con electricidad propia	114	40,28%
Observación: del total de locales que cuentan con electricidad (178) el 64% es propietario del servicio. El resto está conectado a la red de manera informal.		

Fuente: elaboración propia.

Tabla 22. Dotación de agua potable y alcantarillado, sobre la base de plan de mejoramiento

% locales con servicio de agua potable	80	19,90%
% locales con servicio de agua potable propio	35	8,71%
% encuestados que cuentan con servicio de agua, independiente del origen	175	62,19%
Del total de locales que cuentan con agua potable, el 43,7% es propietario del servicio. El valor restante corresponde a locales que tienen conexiones compartidas o con extensión desde locales con servicio contratado.		

Fuente: elaboración propia.

- En cuanto al alcantarillado de aguas servidas, se verificó que aunque existen redes en el sector, la mayoría de los locales no cuenta con dicho servicio. (Queirolo *et al.*, 2009).
- Del mismo modo, considerando que solo un 19% de los locales cuenta con servicio de agua potable, se deduce que un 42% no posee instalación formal ni informal de agua, por tanto no puede asegurarse su procedencia.

²³ Universidad de Concepción / Empresa de Comercio Agrícola (1967).

3.2.3.3 Componente sectorización de la feria (distribución)

La Consultora OO.CC. en su diagnóstico para el proyecto de mejoramiento (Queirolo *et al.*, 2009, p.32) aplicó metodologías participativas para determinar los sectores en que se distribuye la feria. Esto pues, como mencionamos anteriormente, dentro de la feria no existe una distribución clara y, por lo tanto, tampoco existe señalización respecto de su ordenamiento. En efecto, la distribución propuesta por esta consultora no responde a diferencias exactas entre una calle y otra, entre un grupo de tiendas comerciales y otro, pues no están claramente diferenciados. Ocurre entonces que –por ejemplo– hay bazares y tiendas de menaje en sectores donde se agrupan mayoritariamente puestos de venta de verduras.

Dada la complejidad del establecimiento de parámetros para ordenar un espacio que es, en esencia, desordenado, utilizaremos la distribución propuesta por el informe de la Consultora OO.CC., ya que para su determinación se consultó directamente a los locatarios con el fin de garantizar un grado importante de identificación de la comunidad ferial con la sectorización. Es preciso señalar que la propuesta se construyó sobre la base de los siguientes antecedentes: 1) sondeo de opinión entre los locatarios y talleres participativos, 2) caracterización de puntos de venta, y 3) ubicación y tipologías de posicionamiento. Por su parte, los talleres participativos tuvieron el siguiente objetivo general: consensuar intereses y necesidades que provengan de los protagonistas de la feria para traducirlos en una propuesta general de diseño arquitectónico; así como los siguientes objetivos específicos: 1) identificar los principales problemas que impiden el correcto funcionamiento de la feria²⁴, 2) identificar áreas dentro de la feria, y 3) definir necesidades y requerimientos específicos de los locales de venta.

Todos los puestos de venta de la feria se distribuyen dentro del espacio de la feria, en los siguientes sectores:

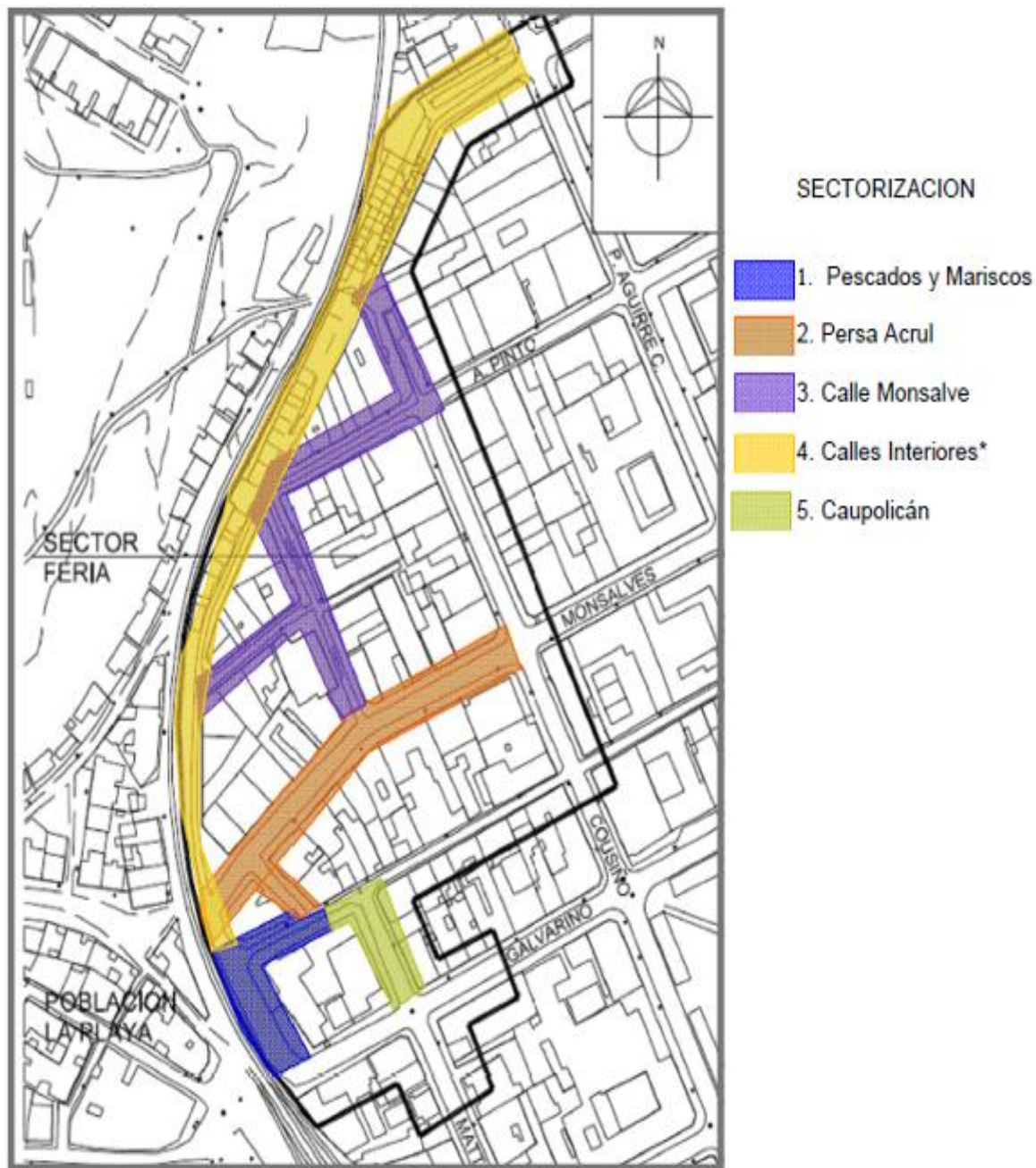
- Sector pescados y mariscos
- Sector Persa Acrul

²⁴ Cabe señalar que, al tratarse de una propuesta de diseño arquitectónico para mejoramiento de la feria, este estudio tiene su foco en el establecimiento de parámetros de funcionamiento ideal, con los siguientes objetivos: 1) mejorar la precariedad de las instalaciones de los puestos; 2) descongestionar el acceso peatonal y ordenar el vehicular; 3) ordenar el espacio y embellecer con el fin de integrar la feria al circuito turístico-patrimonial de la comuna (Queirolo *et al.*, 2009).

- Sector calle Monsalve
- Sector calles interiores (Cousiño, Aníbal Pinto, callejón Esmeralda, callejón Saavedra y callejón Lota)
- Sector calle Caupolicán

Su distribución se puede revisar en el mapa a continuación.

Mapa 10. Mapa de sectorización de la feria de Lota



Fuente: Inserción en la feria de Lota (Queirolo *et al.*, 2009, pp.67-68).

3.2.3.4 Inserción en la feria de Lota

El detalle del recorrido en este estudio se desplegará en el orden de la sectorización antes propuesta con el objetivo de describir las prácticas y formas de interacción características del funcionamiento de la feria de Lota, entendidas como el conjunto de elementos apropiados por comerciantes, dirigentes y gestores culturales, que se reproducen diariamente y le otorgan al lugar un valor distintivo y propio. Antes de avanzar en el detalle de las apropiaciones y prácticas halladas en el sondeo, contaremos la experiencia de la feria como un itinerario, que no está dado por razones de mera funcionalidad comercial, pues se contruye en un espacio que ha sido conquistado por los feriantes a lo largo de la historia del comercio popular en Chile, para desenvolverse y construir comunidad (Salazar, 2003). Así, todos los viajes por la feria significaron un encuentro con el pasado y los medios de apropiación de cada uno de sus lugares.

Específicamente, lo que nos interesa revelar en esta etnografía es la capacidad que la apropiación de repertorios culturales tiene –o no– para atribuir especificidad a la experiencia de la feria, es decir, a su recorrido o itinerario; entendiendo, además de su herencia, que la feria es la experiencia de su recorrido significativo, es decir, del itinerario que hace el visitante por los puestos de sus caseros frecuentes, con quienes mantiene relaciones de confianza y afecto (Browne, 2012)²⁵. Motivados por esta característica, en primer lugar expondremos un recorrido por la feria desde el exterior, con el objetivo de describir su funcionamiento desde la simple observación, para luego trasladarnos al detalle y análisis de la experiencia significativa.

Concretamente, el análisis del recorrido tiene vinculación con el estudio de la circulación en la feria. Como se señaló anteriormente, la feria no tiene una estructura vial adaptada para el comercio pues es un espacio apropiado por comerciantes para cumplir una función comercial, pero no fue diseñada para ello. Así, las circulaciones dentro de la feria son complejas, existiendo conflictos entre sus usuarios²⁶ ya que, por un lado, intentan ocupar al máximo de superficie libre disponible pero, por el otro, consideran importante que los clientes puedan desplazarse con comodidad, además de la necesidad de tener

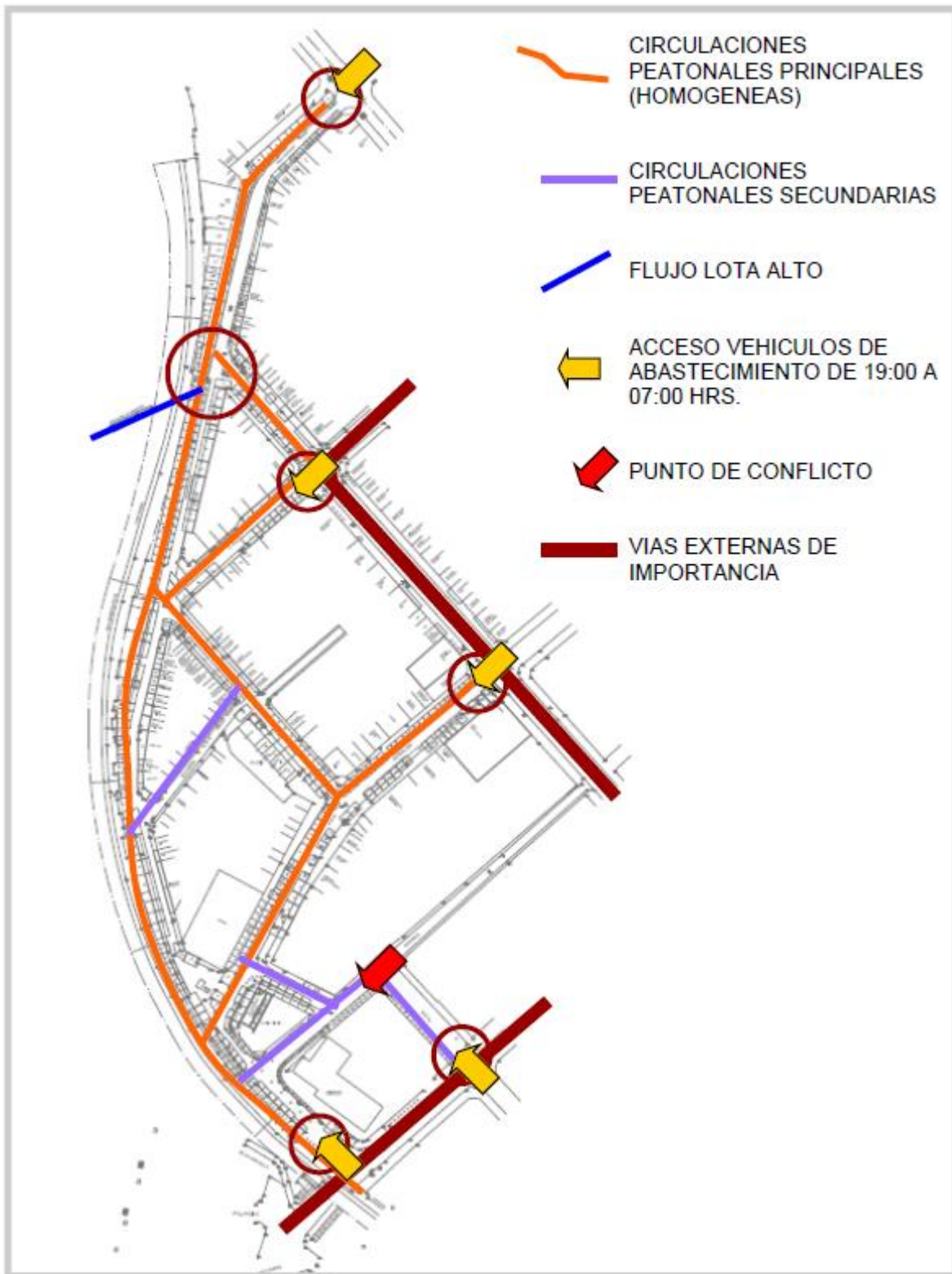
²⁵ “El feriante hace todo por cuidar el vínculo, de modo que la experiencia de comprar en la feria –y la experiencia de ir a la feria– sea una experiencia significativa para las personas” (Browne, 2012, p.97).

²⁶ Análisis de flujos de circulación en Queirolo *et al.* (2009).

accesos libres en caso de emergencias. Actualmente, no hay acceso vehicular en la feria, ni siquiera en caso de incendio o accidentes.

Por otra parte, un aspecto relevante es que todas las calles de la feria están, de manera independiente, conectadas con el centro urbano. Asimismo, la escalera de la Fundición junto a la calle Galvarino es un recurso que permite acercar la feria a las personas que bajan desde Lota Alto, y a los isleños que llegan desde la isla Santa María y que también bajan por la calle Galvarino. A continuación, se presenta el esquema de circulación de la feria de Lota sistematizado por la Consultora OO.CC. para el diagnóstico del plan de mejoramiento de la feria.

Mapa 11. Esquema de circulación en la feria de Lota



Fuente: Elaboración propia sobre datos de Queirolo *et al.* (2009, p.34).

4. CAPÍTULO CUARTO. La feria de Lota: caracterización de la feria como lugar antropológico

4.1. El recorrido por la feria: viaje desde el exterior

4.1.1. Recorrido matutino

Desde fuera, la feria de Lota parece pequeña. Se acomoda en apenas unas cuadras desde el centro de la ciudad y se extiende hasta la línea férrea paralela al mar. Desde dentro, por el contrario, son cientos de tiendas instaladas en puestos de madera y contenedores establecidos, a las que se suman carros, tarimas, toldos o alfombras dispuestos a la intemperie. En estos locales, son miles las personas que trabajan y otras miles las que compran a diario, casi los 365 días del año, en el centro de una de las comunas más pobres de Chile.

Durante un recorrido desde las 8.00 horas de la mañana por Lota, un día martes de agosto, se observa poco movimiento en la ciudad. El bus de la ruta 160 que une Concepción con la exciudad minera, ingresa por el sector de Lota Alto y sube por la calle Cousiño, arteria principal. Primero, atraviesa por una serie de edificios de arquitectura histórica. Allí se aprecia la bajada al Chiflón del Diablo, el primer remanente de la actividad minera, señalizada con grandes letreros. Luego, pasa por la escuela Thompson Matthews y los primeros pabellones mineros, antiguas viviendas pareadas de los obreros. También recorre las fachadas de la iglesia Matías Apóstol, el Teatro Lota y varios otros hitos patrimoniales identificables. En las calles de Lota Alto poca gente transita a esa hora, se ven algunas personas sentadas en los frontis de las casas, conversando o mirando los autos y buses pasar. El paisaje urbano es bello por el diseño de las construcciones, es ordenado y la estructura de las casas se mantiene en buenas condiciones. Los pabellones mejor restaurados están a la vista desde esta calle, entre los que se cuentan los pabellones 41 y 51. Hay muchas intervenciones viales realizándose en el trayecto y se observan personas trabajando en pavimentación y limpieza.

Foto 7. Vista de Lota Alto: calle Cousiño



Fuente: Vista de Lota Alto, sector Pabellones Históricos. Imagen extraída de periódico electrónico soychile.cl (consultado el 5 de diciembre de 2015 en <http://www.soychile.cl/Coronel/Cultura/2014/02/03/229204/Lota-Alto-y-el-sector-industrial-fueron-declarados-Monumentos-Historicos.aspx>)

No hay más de cinco tiendas comerciales abiertas a esta hora de la mañana, tiendas que en su totalidad son almacenes de comestibles y provisiones. Al llegar a la rotonda que desvía el tránsito en dirección a Lota Bajo, comienza el descenso del bus durante el cual se observa toda la ciudad, con una imponente vista de la bahía y del puerto de Lota.

Al llegar a la parte baja, el escenario es diferente. Las construcciones son modernas y asimétricas. Se observa más basura en las calles y sigue transitando poca gente. Hay muchas tiendas aún cerradas al público y algunas personas abren los locales de la calle que colinda con el pasaje de entrada a la feria, en su mayoría bazares y tiendas de ropa. El trayecto luego del descenso es corto, pues el paradero de la feria es el primero. Así, al llegar a calle Caupolicán, el bus se detiene y se debe seguir el trayecto a pie hasta la feria. A medida en que se avanza en la calle del acceso principal (Caupolicán), es posible observar mayor movimiento de personas, principalmente, trabajadores que descargan cajas y bolsas desde camiones y camionetas para llevarlos a la feria. En su mayoría quienes cargan son hombres.

Al llegar a la calle Aníbal Pinto, se visualiza en altura una gran estructura de fierro que sostiene un letrero que indica: “Asociación Gremial de Comerciantes Feria Libre de Lota le da la bienvenida a su distinguida clientela” (ver fotografía 8). De acuerdo a los planos revisados anteriormente, la calle Caupolicán es un sector relativamente homogéneo de venta de verduras y productos para el hogar, y corresponde al borde que enmarca a la feria, paralelo a la línea del tren. Se trata de un área jerárquica del espacio, pues todas las calles desembocan en ella.

Foto 8. Cartel que marca el comienzo de la feria de Lota por calle Caupolicán



Fuente: fotografía de la autora, enero de 2015.

Fotos 9 y 10. Ingreso de productos hacia el interior de feria e ingreso de cargueros en carreta por calle Caupolicán



Fuente: fotografía de la autora, noviembre de 2014.

Los primeros puestos son tiendas edificadas, que a la vista tienen continuidad hacia atrás, y en donde se venden frutas, verduras y abarrotes. Casi todos los negocios de la entrada disponen una gran muestra de sus productos hacia afuera, por eso parece que tuviesen en el exterior un segundo punto de venta. A esta hora, los comerciantes empiezan a levantar las puertas de los locales y también parten sus primeras ventas. La mayoría come, toma café y conversa con los comerciantes vecinos. Se observan mujeres transportando tazas, pan y platos de una tienda a otra. Se aprecia que es el momento del desayuno o el tiempo previo a la llegada de la clientela. Si bien aquellos que ya circulan no repletan el lugar, hay gente con *pilguas* o carros que se acerca a comprar o evaluar la mercancía del día. A pesar de estar tomando desayuno, los comerciantes salen con sus tazas de café a gritar frases como “caserita, buena la papa”, “qué se le ofrece?”, entre otros voceos relacionados con el producto que llegó ese día o lo que viene fresco. Los clientes conversan con los comerciantes sobre los productos, sobre su procedencia y algunos buscan algo específico haciendo preguntas como “¿Le llegó tal o cuál cosa de tal lugar?”. Entre tanto, hay aún locales recibiendo la mercadería que traen cargueros en carretas de madera.

José Rodríguez, dueño de una frutería en calle Caupolicán, nos señala que entre las 8.30 y 9.00 de la mañana es la hora del primer descanso después de abrir la tienda. No todos hacen lo mismo –nos dice– pero sí la mayoría, porque desde las 9.30 más o menos, la gente empieza a entrar masivamente. Aunque, en otros casos, el proceso de montaje del local puede durar varias horas, inclusive toda la jornada²⁷, podemos decir que entre 8.00 y 10.00 de la mañana es el momento para “echar la talla” con los vecinos feriantes y comentar con ellos los últimos acontecimientos, conversar temas pendientes o asuntos personales. Así, desde esta hora se preparan los feriantes para recibir al público:

tengo hartos caseros fijos, hartos clientes que vienen todos los días. Y si no vienen ellos, vienen sus familiares o gente por encargo. Nos esforzamos por hacernos todos los días clientes nuevos, para que se conviertan en caseros fieles que vienen siempre (J. Rodríguez, entrevista personal, 22 de marzo de 2014).

Debemos puntualizar aquí que si bien la feria de Lota abre todos los días de la semana, los feriantes se preparan especialmente para recibir mucho público los días de fin de mes, cuando la mayoría de los lotinos reciben su sueldo, y también las quincenas, que es la fecha de pago de remuneraciones de los programas de empleo de emergencia del municipio y los Programas de Mejoramiento Urbano (PMU). No obstante lo anterior, martes, viernes, sábado y domingo son los días de mayor afluencia de público y más actividad para los feriantes. Los días sábado y martes especialmente, la feria tiene prácticamente el 100% de sus puestos abiertos.

Caupolicán es también una de las calles que tiene menos concentración de vendedores ambulantes y, por eso, el tránsito para el público es más expedito; esta cualidad responde a una necesidad ya que aquí se encuentra emplazada la escalera de la Fundición, única vía de conexión con Lota Alto. La calle tiene, además, muchas tiendas sólidas, casi todas de más de cien años de antigüedad, por eso la mayoría de sus locatarios son herederos de locales fundados por sus familiares. Este es el caso del entrevistado José Rodríguez quien continuó el mismo oficio de su padre –José María– expropietario de una tienda de

²⁷ Cabe precisar en este punto que en la feria de Lota hay locales con extensiones, sin embargo éstas no se montan todos los días. Hay locales que solo los días de mayor flujo de personas despliegan sus extensiones con exhibidores hacia afuera de la tienda, y los días de menor afluencia las mantienen guardadas. Por esta razón, hay días en que las tiendas abren a un 50% de su capacidad, otros a un 80% o a un 100%, dependiendo de cómo se estimen las ventas y la cantidad de recursos humanos con los que cuentan para atender al público.

venta de frutos secos, miel, alpiste, legumbres y palomitas hasta el año 2000. Hoy José trabaja acompañado de su señora y también de uno de sus hijos.

Foto 11. Vendedores ambulantes de menaje y productos de ferretería, en tarimas y en el suelo, por calle Caupolicán



Fuente: fotografía de la autora, noviembre de 2014.

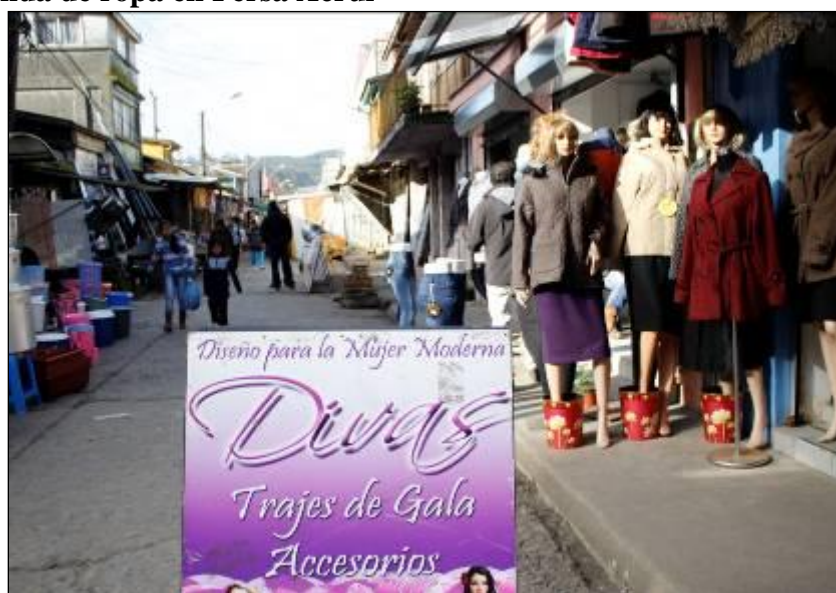
También por calle Caupolicán se observa la presencia de pilares de madera cubiertos de plástico y nylon bajo los que se cobijan tarimas improvisadas de madera y fierro. En algunos casos, sobre el piso se extienden manteles plásticos. Cada tarima es más bien precaria, no tienen muchas cosas a la venta pero entre las que se aprecian hay: perfumes, contenedores plásticos, algunos canastos de frutas, gorros, guantes y prendas de ropa.

Siguiendo el recorrido, pronto aparece el giro que hace la feria en dirección a la calle Cousiño y que continúa hacia la línea del tren por Monsalve. En ese sector se ven tiendas de menaje, venta de muebles y una larga seguidilla de puestos de venta de ropa, el denominado “Persa Acrul”, donde se hallan cerca de 26 módulos sólidos con tiendas construidas, más nueve o diez tarimas desmontables donde también se vende ropa.

Las personas que atienden estos locales de ropa en su mayoría son mujeres que traen desde Concepción y en algunos casos desde Santiago, prendas de vestir para la venta. Al lado de este grupo de tiendas que son homogéneas y ordenadas, está instalado el Jardín infantil de la Junta Nacional de Jardines Infantiles (Junji) y la edificación del Consejo Local de Deportes. Ambas instituciones determinan el lugar, ya que en el Consejo se realizan muchas actividades y reuniones, y el Jardín, por su parte, presta servicios tanto a estas

locatarias como a las mujeres trabajadoras de la feria. En el Persa Acrul hay también una bodega de alcoholes que luego del horario habitual de mayor afluencia de la feria –es decir, después de las 14.00 horas– comienza a funcionar con gran algarabía. Aunque –según comenta Jeannette Portiño, dueña de un local de ropa y trajes de gala (J. Portiño, entrevista personal, 5 abril de 2014)– el persa está bien “separado” del resto de la feria y en general es seguro, muchas veces se presencian peleas y se ven afectadas por la suciedad del lugar a causa de la actividad de la bodega. Jeannette vende solo vestuario femenino, desde ropa interior hasta trajes de gala, y asegura que le va a bien. Comenzó a trabajar como vendedora ambulante en un carro con muchas dificultades, “arrancando de los inspectores” –dice–, hasta que una vecina le arrendó el local con facilidades de pago y pudo abrir en un espacio establecido, lo que califica como “maravilloso y obra de Dios”, pues en esos momentos no tenía cómo pagar el arriendo de un local. El éxito de ventas le permitió mantener su tienda en pie hasta hoy y dar trabajo a una persona más que le ayuda atender público. Parte de sus compradores preferentes son los mismos comerciantes de la feria que le compran e intercambian la mercadería –al por mayor– que ella trae desde Santiago. Así, el Persa Acrul es también un sector donde abunda el intercambio de productos mediante “sociedades” establecidas de palabra entre diversos comerciantes de la feria.

Foto 12. Tienda de ropa en Persa Acrul



Fuente: fotografía de la autora, marzo de 2015.

Continuando el recorrido, se encuentra la entrada al callejón Saavedra donde comienzan a aparecer, a medida que se avanza, personas vendiendo productos en sacos y canastos de mimbre. Tras los canastos y manteles blancos o de colores con que cubren sus productos, se ubican unas bodegas que mantienen sus puertas abiertas. En su interior se observan bolsos y ropa que, se puede inferir, pertenecen a los feriantes. Este sector es conocido como la “feria campesina” o el lugar específico donde los vendedores provenientes de zonas aledañas como Arauco, Laraquete, Cañete, Carampangue, Curanilahue y Santa Juana se instalan. A diferencia de los feriantes establecidos, según el presidente de la Asociación Gremial, Adolfo Jara, estas personas concurren a vender exclusivamente los días martes y viernes (A. Jara, entrevista personal, 22 abril de 2014). Vienen en camionetas y/o en transporte público y traen productos de exclusiva extracción o elaboración en sus comunas. Entre ellos y apreciables a primera vista, se pueden encontrar mercancías agrícolas tales como: huevos de campo, hierbas, diversos tipos de harina tostada y cruda, semillas, plantas de uso medicinal, frutos secos, frutas silvestres de temporada (mora o murtillo, por ejemplo), mermeladas caseras, miel, papas, legumbres. Dentro de los productos alimenticios elaborados hay pan, tortillas, sopaipillas, tortillas, catutos mapuche y una serie de otras masas de pan que contienen diverso tipo de semillas. En el callejón Saavedra los comerciantes se instalan en grupo, muy juntos uno al lado del otro, saturando la vía. A veces, cuando el espacio se hace demasiado estrecho, algunos vendedores comparten parte de su tarima con otros. Al observar se nota que conversan entre ellos, que tienen una relación cercana o algún vínculo familiar pues se tratan frecuentemente de mamá, papá, hermano o hermana. No sostienen relación frecuente, o al menos no se observa, con los feriantes establecidos que están fuera del callejón. Realizan sus ventas entre las 9.00 y 11.00 horas de la mañana, cuando empiezan a preparar su regreso.

Se trata de vendedores visitantes, que arman y desarman sus puestos cada día que van a Lota, por eso muchos de ellos arriendan bodegas para almacenar sus cosas. Según lo planteado por el presidente de la Asociación Gremial, existen algunos conflictos con el resto de los comerciantes básicamente por el uso del espacio, ya que su instalación dificulta el tránsito de los compradores perjudicando a los locatarios establecidos. No obstante, este es uno de los grupos de vendedores emblemáticos de la feria pues son quienes llevan los productos agrícolas de la zona de Santa Juana, los mismos que se transan allí desde los

orígenes de la feria a principios del siglo XX. Antes llegaban en tren, hoy lo hacen en camioneta dada la ausencia de servicios ferroviarios en el tramo Lota-Santa Juana.

Fotos 13 y 14. Detalle y plano general del callejón Saavedra



Fuente: fotografía de la autora, septiembre de 2014.

En la mitad del callejón Saavedra sobresale un letrero. Se trata de cocinería La Araucana, creada en 1969 y que dejó de ser un lugar improvisado, donde se cocinaba y servía comida preparada en un brasero. Alrededor de 1975, se convirtió en un restaurante casero establecido, según cuenta Luis Rodríguez, dueño de la cocinería (L. Rodríguez, entrevista personal, 24 de abril de 2014) y quien trabaja como único mesero, mientras su esposa y otros familiares cumplen el rol de cocineras. La Araucana es la casa de residencia de la familia Rodríguez, con un living-comedor adaptado como restaurante. Desde entonces, se mantiene en el mismo lugar y cada mañana a penas es posible divisar la puerta de la casa. Solo se logra identificar la cocinería por un letrero que sobresale en medio del gentío de vendedores llegados desde Santa Juana y que se instalan a lo largo de todo el callejón a vender sus productos. Muy concurrida, esta cocinería siempre está repleta de comensales, durante su horario de atención que se extiende entre las doce y las tres de la tarde.

En calle Monsalve, por su parte, los negocios están abiertos desde muy temprano. La mayoría de las tiendas están bajo techo. En esta calle, la más cercana a la Plaza de

Armas y la que mejor conecta el centro urbano con la feria, se ubican los puestos construidos en 1997 por el municipio (tras el cierre de la mina), que utilizando madera y con la instalación de un farol, buscan asemejarse a la estética de los pabellones históricos. Aquí se ubican tiendas de una gran diversidad de productos y en el cruce con calle Cousiño, se encuentra la entrada al mercado viejo o Corralón, espacio que –como vimos– marca los orígenes de la feria. Además de los locales de venta y fabricación de salchichas y embutidos, en el Corralón están los únicos baños con servicios higiénicos en buen estado, a disposición de los feriantes. Otro gran problema serio e histórico de este mercado, es que nunca los puestos han tenido acceso a la red de alcantarillado. Este servicio solo está disponible para las tiendas que se instalan en casas o exviviendas residenciales (Queirolo *et al.*, 2009, p.43). También en calle Monsalve se ubica buena parte de las verdulerías y demás tiendas monoproducción, como el puesto de Emilio Jorquera, quien –por ejemplo– solo vende cebollas (E. Jorquera, entrevista personal, 13 de septiembre de 2014). También se encuentra una gran cantidad de puestos de venta de quesos de Arauco y florerías. Estos locales abren y cierran muy temprano pues, al igual que los comerciantes del callejón Saavedra, sus locatarios viajan hasta Lota regresando a Arauco en el mismo día. En este caso, quienes realizan el negocio de llevar y vender es otro tipo de feriante que no opera como tal, sino como distribuidor. Es el caso de “queseros” como Raúl Zúñiga, quien mantiene un acuerdo comercial con una quesera de la zona de Arauco llamado *casería*²⁸, llegando con los quesos recién hechos por sus elaboradoras, para distribuirlos a vendedores de la feria. (R. Zúñiga, entrevista personal, 14 de mayo de 2014).

²⁸ Ver más adelante en este trabajo (4.4. Las relaciones comunitarias y las prácticas de intercambio), el detalle sobre el origen y sentido de este tipo de “casería”, correspondiente a la distribución del queso artesanal de Arauco.

Foto 15. Plano general, calle Monsalve



Fuente: fotografía de la autora, marzo de 2015.

4.1.2. Recorrido de mediodía

Cerca de las 11.00 horas se hace difícil caminar. Todos los espacios están repletos de gente, sobre todo las calles donde se venden frutas, verduras y mariscos. El ritmo en que es posible avanzar por cada calle es muy lento y a cada momento se generan atochamientos de personas, siendo uno de los elementos que lo origina, la disposición de los productos fuera de las tiendas. Da la impresión de que mientras más afuera se expongan los productos, más fácil o rápida será la venta. La estética de los puestos es muy variada, pero la mayoría de los feriantes disponen su mercancía de forma ordenada. La basura se dispone en contenedores, baldes u otros, a la vista.

Fotos 16 y 17. Vista de marisquerías y pescaderías



Fuente: fotografía de la autora, marzo de 2015.

En el espacio de pescados y mariscos, la venta se produce mientras los feriantes “desvisceran” o “charquean”. En este sector, existen distintos tipos de puestos: 1) feriantes sin puesto que no son ambulantes; 2) feriantes con puestos que trabajan como ambulantes; y 3) feriantes con puestos que no trabajan por razones de higiene u otras. De esta manera, es difícil determinar cuántas personas integran el sector. Especialmente porque existe esta figura de las personas con puesto establecido, pero que itenera.

Todas las feriantes de pescado son mujeres. Con cuchillos y otros elementos con filo manipulan los alimentos mientras gritan los nombres de los pescados que tienen dispuestos en sus tiendas. Además limpian y rocían con agua constantemente los productos. La relación que existe con los compradores es de atención más lenta pues los compradores piden tipos específicos de corte de los pescados: fileteado para caldillo, cortado para estofado o limpio para frito, entre los que se pudo identificar. El “charqueado” o “desviscerado” de los productos es específico y a gusto de los clientes. La vendedora de pescados, Gladys Larenas explica:

Quando me lo piden *pa' guiso* se *le* vende abierto en la güatita, se desviscera enterito. Quando se vende *charqueáo* se le saca la cabeza y la colita, aunque a algunas personas les gusta la cabeza. Ahí se le abre en la güatita y se corta en cinco trocitos, por ejemplo, cuando se pide así es para pescado frito. Está también el *pescáo* entero, hay hartas especialidades, esa es toda la *pescá* abierta por el lado de atrás, se le saca la vértebra y te queda el puro

lomo. *Por ser*, de una *pescá* te sacan dos platos. Y a veces también la gente no quiere el *pescáo* con espinas, con nada, y ahí *pa'* que no haya problemas yo lo corto fileteado. Ese es otro corte que se hace, que se entrega el puro lomo. Ahí el cuchillo va desde la güatita hasta la columna. Yo ese lo doy *peláo* sin piel, sin nada (G. Larenas, entrevista personal, 1 de septiembre de 2014).

En su mayoría, según Gladys, sus compradores son dueñas de casa y también cocineros de restaurantes. Asegura, además, que el negocio de trabajar el pescado en la feria está malo para los pescadores desde el cierre de las minas porque eran ellos quienes, durante la recurrentemente evocada época del auge minero, solían hacer abundantes pedidos familiares de pescado.

Este sector de la feria es reconocible y se ubica al terminar calle Caupolicán, en dirección al mar. Tras el área de los pescados y mariscos se ubica el denominado Sector Playa que es una antigua población residencial, principalmente de pescadores artesanales y mariscadores. En ese sector vive Gladys junto a su esposo, el pescador artesanal Carlos Delgado quien realiza el trabajo previo al que desarrolla Gladys en la feria:

yo salgo a trabajar a las cuatro y salgo a buscar cualquier clase de *pescáo*, por ejemplo puede ser congrio, puede ser róvalo, cabrilla, *pescá*, *lenguáo*, todo eso. En seguida, de empezar a las cuatro regresamos a las 10 de la mañana. Y de las 10 de la mañana se lo pasamos a la señora de uno, al remitente que es la señora de uno, ella lo “desvisceriza” y lo compran la señoras de las cocinerías (C. Delgado, entrevista personal, 2 de septiembre de 2014).

El matrimonio asegura que todos los vendedores de pescados y mariscos están emparentados con pescadores artesanales, ellos garantizan que se trata de un oficio familiar porque: “siempre quien vende es hija, hermana o esposa de algún pescador” (C. Delgado, entrevista personal, 2 de septiembre de 2014).

En el caso de los feriantes que venden mariscos, también son principalmente mujeres aunque también hay algunos hombres. El procedimiento para vender los mariscos es más rápido que el del pescado porque los vendedores entregan el producto preparado. No obstante, cuando el local recién abre, los vendedores cocinan los mariscos durante 30 minutos aproximadamente. Luego, se mantienen limpiando la tienda, ofreciendo y empaquetando en bolsas individuales los productos. Por ejemplo, el cochayuyo se vende

limpio y picado en pequeños trozos; el mariscal se vende por porción y se ofrece servido en platos de cerámica y loza. El comprador elige de lo que está expuesto y es lo mismo que se lleva después de pagar. En el caso de las cholgas, se venden en concha o desconchadas y limpias, en bolsas de plástico y el comprador también puede elegir las. Hay también venta de mariscos tipo “ensalada” que se ofrecen aderezados por los mismos feriantes, como la ensalada de ulte o el ceviche de corvina o salmón, que también tiene aderezo de limón.

La vendedora de mariscos, Isabel Burdiles es hija de padre pescador y de madre feriante y heredó de su madre la tienda que hoy trabaja: “la picá de la Carmelita”. Durante el tiempo que pasamos acompañándola en el puesto de venta, notamos que Isabel da a sus compradores consejos para preparar los productos, informando si “le viene bien” tal o cual acompañamiento o condimento (I. Burdiles, entrevista personal, 12 de agosto de 2014). Del mismo modo, los compradores se acercan a pedir orientación, insinuando, por ejemplo: “no sé qué hacer de almuerzo” para que la marisquera los guíe y dé recetas de preparaciones. Isabel conoce a casi toda la gente que se acerca a comprar y esto se evidencia claramente. Mucha gente observa la preparación y limpieza de los mariscos largo tiempo antes de establecer conversación y comprar.

Foto 18. Puesto fijo de mariscos, detalle



Fuente: fotografía de la autora, septiembre de 2014.

Las “apancoreras” se ubican en otro espacio de la feria que se ha ido diferenciando del resto del sector “pescados y mariscos”. Corresponden a ocho tiendas agrupadas por la calle Monsalve, casi al llegar a la línea del tren. Se ubican cerca de la línea que une la feria con el Mercado de Degustación²⁹. Estas tiendas están establecidas, todas son atendidas por mujeres y corresponden a un rubro de antigua data en la feria pero que logró establecerse hace poco, aproximadamente desde 1997, cuando el municipio les entregó estos puestos. Antes de esta fecha, las “apancoreras” vendían de manera itinerante por la feria, y elaboraban la mercadería en sus casas particulares.

Fotos 19 y 20. Puestos de venta de apancoras y carapacho. Plano general y detalle



Fuente: fotografías de Luis Aguirre España, marzo de 2015.

En este sector de la feria, se observa que el problema más evidente es la recolección de basura y la ausencia de servicio de agua potable, pues todos los vendedores acarrean agua en estanques o baldes para limpiar los productos. Otro tema relevante, según lo señalado por los feriantes del sector, es la gran cantidad de vendedores ambulantes que circula ofreciendo productos del mar en canastos. Aseguran que esto es “competencia desleal”, por eso a veces se producen peleas que alteran la seguridad del sector.

²⁹ El Mercado de Degustación es un galpón ubicado tras la línea del tren, colindando con la playa. En este mercado se ubican cerca de seis cocinerías de pescado y marisco. Estas cocinerías se instalaron en 1970, desde esa fecha el mercado ha sido remodelado y reparado en una oportunidad, tras el terremoto de 2010. El Mercado funciona autónomamente y sus trabajadores no están incorporados a la Asociación Gremial Feria Libre de Lota; del mismo modo registran patentes diferenciadas. Sin embargo, el Mercado forma parte del itinerario de las personas que van a la feria por ubicarse al final de ésta.

Foto 21. Venta de jaibas en canastos



Fuente: fotografía de la autora, agosto de 2014.

4.1.3. Recorrido vespertino y cierre

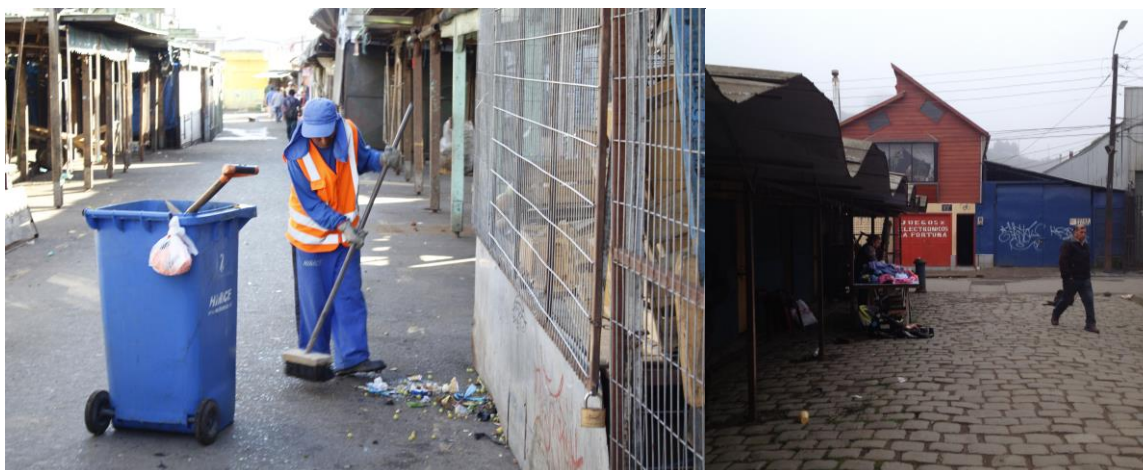
Desde las dos de la tarde, los feriantes comienzan a cerrar sus puestos. La feria se mantiene en pie hasta las 20.00 horas aproximadamente, pero desde esa hora comienza el declive de transeúntes y el desmontaje de los locales. La mayoría de los vendedores ambulantes ha vendido todo lo que ha llevado para ofrecer y se van retirando paulatinamente. Conversan con otras personas y/o almuerzan sentados en sus puestos. Quienes no han logrado vender todo, siguen ofreciendo sus productos a precios más bajos. El “lulo” de pan que se vendía a tres mil pesos a las 11.00 de la mañana, a esta hora cuesta dos mil pesos, llegando incluso a los \$1.500 pesos, con una rebaja del 50%.

En el sector de pescados y mariscos se comienza a limpiar y guardar. La recolección de basura es el principal trabajo a esta hora, y en los puestos donde hasta ahora había una sola persona trabajando, ahora cuentan con otras que acuden a ayudar en la limpieza. Desde esta hora también comienzan a llegar funcionarios municipales –con chaquetas distintivas– que ayudan a limpiar el entorno. Luego, cerca de las tres de la tarde, pasa el camión de la

basura a recolectar todo lo que los feriantes dejan guardados en sacos y bolsas para ser retirado. El camión de la basura ocupa casi todo el ancho de la calle y avanza lentamente puesto por puesto. No obstante la presencia del camión, los transeúntes esperan que se despeje el área para comprar lo último que les queda a los feriantes, pues si pasa el camión, es señal de que ya se van.

A medida que van cerrando los locales, comienza a disminuir el ruido ambiente, hay cada vez menos gente. De este modo, se puede escuchar la música que proviene de los mismos puestos que tenían encendida alguna radio, pero que con la bulla no se percibía. Por la misma razón, se escucha la música y risas de las “bodegas” o bares que, si bien están abiertos desde las 11.00 aproximadamente, es cerca de las 15.00 horas cuando empiezan a llenarse de hombres que se quedan parados fuera de los locales, conversando y riendo.

Foto 22 y 23. Barrenderos municipales y vista de callejón Cochaute desocupado



Fuente: fotografías de Luis Aguirre España, septiembre de 2014.

Alrededor de las cinco de la tarde, la feria es un lugar de tránsito. Las personas ingresan solo para acortar camino entre Lota Alto y Lota Bajo mediante la escalera de la Fundición, pero no se visibilizan locales abiertos o compradores. Todos los locales permanecen cerrados al público, aunque algunos locatarios se mantienen limpiando, conversando o disponiendo implementos para el día siguiente.

Asimismo, a partir de esta hora, empiezan a llegar los nocheros o cuidadores, generalmente hombres que pernoctan en la feria para cuidar las bodegas de almacenamiento, algunos negocios privados o sectores completos, cuando han sido

contratados por agrupaciones de comerciantes para que vigilen su sector durante la noche. Los locales que sí están abiertos en horario nocturno, son dos o tres bodegas de expendio de bebidas alcohólicas. De acuerdo al relato de Luis Rodríguez, durante la noche la feria es “peligrosa”:

En la noche esto es desierto. Como en la feria cuatro o cinco no más viven y todo lo demás es local comercial, no es tranquilo. Entonces en la noche está todo oscuro, andan nocheros, vigilantes pero es peligroso. No se puede andar, los únicos que entran son los que van a las bodegas de vino y a veces están borrachos, hay peleas y violencia, por lo oculto y oscuro. Se presta para eso (L. Rodríguez, entrevista personal, 24 de abril de 2014).

En los callejones interiores de la feria no hay iluminación, por eso cuesta adentrarse. La calle de mayor tránsito alrededor de las 22.00 horas –por ejemplo– es Monsalve, pues es la calle que une el centro con el Sector Playa (poblacional). Por su parte, por la escalera de la Fundición, prácticamente no transitan personas en horas muy altas de la noche.

Al día siguiente, la actividad comienza desde las cuatro de la madrugada con los locatarios de frutas y verduras que abren sus puestos para recibir a los cargueros que nuevamente van a dejar mercancía fresca. En el Sector Playa también hay movimiento desde muy temprano, siendo las “ahumadoras de pescado”, las primeras que comienzan a trabajar, encendiendo los hornos a las seis de la mañana y comenzado con el ahumado dos horas después.

Puede decirse entonces que de noche la feria tiene una actividad más baja, pero no duerme. En todo horario hay turnos recambiándose y ojos vigilándola.

4.2. La demarcación del espacio en la feria

4.2.1. Estar “a la pasada”

Como hemos visto, el espacio de la feria no tiene límites formales, ni entre puestos comerciales, ni por sector. Sin embargo, son los mismos feriantes los que organizan el espacio mediante el establecimiento de normas que regulan la ocupación de uso propio *versus* la delimitación del espacio común.

Uno de los factores que inciden en este ordenamiento es la circulación y la necesidad de contar con espacios públicos libres que permitan un recorrido expedito; aquí es de especial importancia el hecho de que la feria esté inserta en la estructura vial de la

comuna e interconectada con el centro urbano de la ciudad. La presencia de ambulantes, los denominados “carretilleros” que recorren la feria ofreciendo productos en pequeñas carretas, además de la permanencia de basura, escombros, perros vagos y paraguas, dificultan el tránsito de personas y son considerados, en su conjunto, un asunto de preocupación colectiva (A. Jara, entrevista personal, 22 de marzo de 2014). De esta manera, la presencia –histórica– de vendedores ambulantes que pueden funcionar sin afectar negativamente al resto de los comerciantes, o bien se desenvuelven transgrediendo la norma social –tácita o expresa– pueden convertirse por esta razón en un problema mayor.

En cuanto a las formas de organizar el espacio, distinguimos que el establecimiento de límites puede darse mediante normas endógenas de convivencia “de hecho”, es decir, a través del uso de reglas creadas por común acuerdo entre feriantes establecidos (reglas que designan cuánto y qué espacios pertenecen a cada quién); también cuando el acuerdo es difícil de lograr, se puede recurrir a la Asociación Gremial, órgano que actúa como mediador. Pero además es posible ceñirse a las normas –en este caso, normas exógenas– de fiscalización dispuestas por la Municipalidad.

En este sentido, y de acuerdo a lo advertido en el diagnóstico para el plan de mejoramiento de la Consultora OO.CC. cabe reiterar que la feria de Lota se desarrolla en un contexto de semiformalidad (Queirolo *et al.*, 2009, p.51). Tanto su actividad comercial como la regulación del espacio están normadas solo de manera parcial por la institucionalidad, en este caso, el municipio. De acuerdo a la directora de Obras de la Municipalidad de Lota, Marlene Báez: “Esta informalidad explica por qué las pautas de fiscalización y los marcos normativos no resuelven el 100% de los conflictos que se dan en la feria, sino solo una parte de ellos” (M. Báez, entrevista personal, 4 de marzo de 2014).

Cuando los límites los dispone la autoridad municipal, se da el caso de los feriantes que pagan un permiso especial otorgado por el municipio llamado “derecho a piso”. Este permiso le permite al feriante extender los exhibidores de sus negocios más allá de los límites físicos de su puesto. Esta suerte de gravamen voluntario para quienes quieren ampliar su fachada, es una solución ideada para sortear los problemas derivados de una necesidad propia de la feria y que requería de una regulación más imparcial y externa, es decir, de una delimitación que no fuera endógena. El propósito era descongestionar las calles para el libre tránsito de personas, aunque –por su parte– la causa de esta obstrucción

del tránsito peatonal es, como vimos antes, la excesiva extensión de los puestos. En opinión del presidente de la Asociación Gremial, quien además coincide con las conclusiones de los talleres participativos³⁰ del diagnóstico de la Consultora OO.CC.:

la razón por la que se ha llegado a una situación de obstrucción del espacio para circular, es que todos los locales y puestos de venta necesitan estar “a la pasada”, en igualdad de condiciones respecto de sus locales vecinos. Cuando esto no sucede, pierden clientela, y es la misma razón por la que muchos dueños de locales pagan el denominado “derecho a piso”³¹ que les permite extender las fachadas hacia el espacio público, con el objetivo de competir mejor con los otros feriantes (Queirolo *et al.*, 2009. p.76).

Esta visión respecto del espacio es compartida colectivamente: mientras más cerca del público esté, más competitivo es el puesto de venta. Hay que estar, por necesidad, “a la pasada”. La comerciante Estela Muñoz, quien es dueña de tres locales establecidos dentro de la feria³², incluyendo los de mayor cantidad de metros cuadrados al interior, señala:

en la feria yo saco mis cosas al aire y las grito, hay que sacarlas y hay que gritarlas. Hay que mostrárselas a la gente, ponérselas ahí. Yo tengo un local grande por dentro, con harto espacio, pero de todas maneras tengo que montar mis cosas afuera. Es como montar un circo todos los días (E. Muñoz, entrevista personal, 13 de agosto de 2014).

Los negocios de Estela Muñoz ocupan el espacio de tránsito avanzando por calle Caupolicán. Allí resalta una casa de tres pisos que exhibe, al igual que las tiendas del comienzo, sus productos en el exterior. Lo que se expone fuera de la gran tienda es una pila de ollas de acero inoxidable, de diversos tamaños, además de una gran diversidad de otros utensilios para la cocina y el hogar. Esta casa se distingue por sí sola pues todas las tiendas de la feria no tienen más de dos pisos de altura. El negocio en el primer piso es atendido por el hijo de Estela y el segundo y tercer piso son utilizados como residencia de esta familia.

³⁰ La etapa de talleres participativos constituyó la segunda fase de la etapa de diagnóstico del plan de mejoramiento de la feria de Lota de la Consultora OO.CC. Aquí participaron locatarios divididos por sector, en cinco talleres diferenciados. Con el objetivo de sentar las bases para la elaboración del diseño, fueron consultados por las principales problemáticas en el uso del espacio (Queirolo *et al.*, 2009).

³¹ El “derecho a piso” es un permiso municipal que pueden solicitar los comerciantes cuyos puestos estén habilitados para acceder a él. Hasta la fecha, los locales habilitados para acceder/pagar este impuesto son exclusivamente los siguientes: 1) locales establecidos, 2) locales establecidos con módulo fijo, autoconstruido, y 3) locales establecidos con módulo estándar.

³² Es una de las comerciantes que tiene mayor cantidad de locales en la feria.

Foto 24. Casa más alta de la feria (ingreso por calle Caupolicán). En primer piso, local de venta de ollas y menajes de acero y plástico, propiedad de Estela Muñoz



Fuente: fotografía de la autora, agosto de 2014.

Pero, ¿cómo moverse ahí dentro? El desplazamiento es difícil para el foráneo. Sobre todo a eso de las once de la mañana, cuando la aglomeración de gente es mucha en cada calle. En cuanto a la acústica, el voceo de los productos es permanente: “¡llegó la papa de Cañete, la papa!”, “¡bonitas las tengo hoy día!”, “¿qué lleva casera, con qué le ayudo?”, son interpelaciones que se hacen a quien va pasando, hasta que aparece alguien que se reconoce y justo ahí, la feria empieza a tener sentido. En ese momento comienza a tener importancia la capacidad que tiene cada feriante de sobresalir y llamar la atención. Y, a la vez, para ser atendido y escuchado, la persona que busca también debe alzar la voz: “¿¿trajo papayas? ¡Déme las de encima, no las de abajito!”.

Respecto de esta característica del “andar”, la apancorera Patricia Mardones sostiene que se reconoce de inmediato a la persona que “no es de la feria” cuando se tropieza, cuando camina acelerado, cuando camina con demasiado cuidado o temeroso, cuando demuestra impaciencia en los –a veces eternos– tacos de personas en callejones

especialmente obstruidos como el callejón Saavedra: “Se *cacha al tiro* el turista o la persona que viene de fuera porque arma taco y anda paveando” sostiene Patricia (P. Mardones, entrevista personal, 22 de abril de 2014). La feria es, en este sentido, un lugar donde se hacen patentes las prácticas para diferenciar a los que pertenecen o no, al espacio común. Sin embargo, una vez hecha esta diferencia, la feria fuerza la inclusión de todos quienes no hacen parte de ella: “¿caserita qué busca, de dónde viene, qué necesita?!”, le preguntan al extraño para que se incorpore. La función de la feria es crear una comunidad en la experiencia, buscar el momento del diálogo y del reconocimiento.

Foto 25. Calle Monsalve en horario de mayor tránsito de personas



Fuente: fotografía de Luis Aguirre España, abril de 2015.

Hay otros momentos más calmos para el desplazamiento, horas en las que no hay mucho público y se puede conversar tranquilamente con la gente que pasa. Cada vez que acompañamos a los locatarios, se sucedían esos momentos de paz en que se acercaban a conversar personas sobre distintas cosas, no necesariamente a comprar. Se trataba de gente que buscaba algo y que se conocía por alguna razón, algunos eran feriantes de otros sectores, eran amigos, amigos de amigos o conocidos, funcionarios municipales, hermanos de la iglesia, pastores, amigos del colegio de los hijos, o pertenecían, de algún modo, a otras varias versiones de la comunidad, o de los sujetos sociales que conforman la comunidad (Giménez, 2003). Aunque no pasen a saludarlos, los vendedores saben quiénes

son (o lo imaginan). De alguna parte los conocen y no tienen problemas en hacer comentarios sobre su vida o sobre lo que –especulan– pueden haber ido a hacer a la feria ese día. De este modo,

la feria es un lugar que nace cada día por la ocurrencia y coincidencia de un número considerable de personas en un mismo sitio. Pero es fundamental para comprender la feria tener en cuenta que, en ningún caso dicha coincidencia es fortuita. No se trata de cualquier persona en cualquier sitio. (...) Todo es reconocible. Hemos visto también, que el lugar constituido por la feria pareciera encontrarse en permanente combate contra el anonimato (Browne, 2012, p.76).

Es lo que saca este tipo de lugares del común espacio de tránsito y lo convierte en un lugar de encuentro donde se interrelacionan historias, rutas y trayectorias, es su naturaleza de lugar antropológico (Augé, 2000); pues aquí, relacionarse con el otro es requisito para existir.

4.2.2. El espacio que ocupan los ambulantes

Podríamos decir que los vendedores ambulantes son considerados parte de la feria. Sin embargo, hemos podido notar que los feriantes no se identifican dentro de la feria como “ambulantes”, aunque en la práctica, se desempeñen en lo que convencionalmente hacen quienes se perciben como tales.

Por lo que pudimos observar, en la feria la definición del “vendedor ambulante” es relativa y difícil de moldear, ya que existen tipos de locales comerciales “establecidos” que cuentan con puestos fijos, pero que sin embargo, itineran. No son por ello, entonces, identificados como “ambulantes” para el resto de los feriantes. También existen vendedores cuyo sitio para vender es precario y no cuentan con más que con una tarima o una manta para exhibir sus productos, sin embargo, pagan por un permiso especial que les permite vender en la feria; por eso, tampoco son considerados ambulantes. Otra categoría la componen los vendedores que se instalan eventualmente pero sin obstruir el tránsito ni impactar negativamente en las ventas de los locales establecidos, como por ejemplo, las vendedoras de “pan minero”, quienes recorren la feria con sus canastos. Estos vendedores tampoco son considerados “ambulantes” por los feriantes.

De acuerdo a lo mencionado por los locatarios en su mayoría, y también según lo sistematizado en los talleres participativos de la Consultora OO.CC., el grupo que ellos identifican como “vendedores ambulantes” es aquel que se ubica en los sectores de calles interiores Matta, Cochaute y la calle Cousiño (hasta el límite con Aníbal Pinto). En el caso del taller participativo número 2 realizado con locatarios de calle Monsalve, estos sectores han sido “tomados” por los ambulantes, y por lo tanto, no se les reconoce como un área integrante de la feria: “los ambulantes o coleros quitan oportunidades de trabajo y son competencia desleal para los locales establecidos. Además, no pertenecen a la feria” según se señala en las conclusiones del taller (Queirolo *et al.*, 2009, p.37). También son considerados “ambulantes” y se reconocen como foco de problemas, los vendedores del sector pescados y mariscos que venden en carretillas y deambulan ofreciendo productos a menor precio. Cabe puntualizar aquí una salvedad, pues como se señaló antes, existen puestos comerciales establecidos y fijos que itineran vendiendo pescados y mariscos, estos comerciantes son considerados “regulares” y no ambulantes, aunque recorran la feria ofreciendo sus productos.

Es complejo el escenario para delimitar claramente a qué tipo de comerciante se refieren los feriantes cuando dicen “ambulante”, en general podemos determinarlos por su ubicación (en los sectores antes señalados) y también podemos sostener que los feriantes no los consideran parte integrante de la feria y es, ante sus ojos, un rincón riesgoso de la feria, donde se producen robos o se venden cosas de dudosa procedencia. Tampoco mantienen relaciones comerciales con estas personas. En general, existe una mala relación de convivencia y en consecuencia, la cantidad de ambulantes es indeterminada pero reducida y socialmente aislada.

No obstante lo anterior, el “ser ambulante” es un principio fundacional de la feria y, se ha podido observar, profundamente vinculado a los relatos sobre el pasado de los comerciantes y sus historias de vida. Y decimos fundacional porque, de acuerdo a la reseña que hemos podido elaborar en este estudio, el comercio de la feria se inicia con vendedores eventuales que llegaban desde la zona de Arauco en tren, y que –aunque con paradero fijo en el Corralón– también salían a recorrer las calles de Lota a ofrecer sus productos.

Revisando los planos y aspectos de caracterización de los sectores advertidos por la Universidad de Concepción (1967), es posible evocar la imagen de un pabellón de tiendas

que alguna vez estuvo localizado tras la línea del tren por calle Monsalve. Esta instalación ya no existe, sin embargo su ausencia revela las incansables estrategias con las que las autoridades municipales han intentado apartar el sector de pescados y mariscos de la feria de Lota. Se trata del antiguo mercado “La Playa”, que estaba emplazado donde hoy termina el sector poblacional llamado del mismo modo. En este mercado que se ubicó fuera del circuito de la feria, tras la línea del tren, se concentraron las tiendas de venta de pescados y mariscos por mandato municipal en 1960. Sin embargo, dado que el tránsito de público siempre era absorbido por los laberintos de la feria y nunca salía de allí, los feriantes desafiando la instrucción del municipio, llegaban igual hasta la feria a ofrecer sus productos en canastos:

El mercado La Playa fue construido para concentrar en un solo lugar a los comerciantes que venden pescados y mariscos, que anteriormente estaban ubicados en el Mercado Viejo (Corralón) y la Feria. Esto ocasionaba un problema de caos. Sin embargo, con la construcción el problema no fue solucionado ya que los comerciantes, argumentando que los consumidores no van a comprar a dicho mercado por la dificultad que existe para llegar hasta él, han vuelto a vender productos al aire libre, instalándose algunos a cien metros de él, otros en la Feria y unos pocos en el patio central contiguo a este local. A pesar de los esfuerzos que hacen los Inspectores y Carabineros, ha sido imposible vencer la resistencia de estos comerciantes (Universidad de Concepción, 1967, p.68).

En relación a esto último, debemos agregar que para los feriantes entrevistados, los vendedores ambulantes han existido “desde siempre” porque la feria es un espacio que acoge a todos quienes lo necesiten: “todos quienes no tenían en qué trabajar siempre podían arrimarse con una tarima y vender lo que fuera. La feria salvó a muchas familias porque les entregó sustento cuando más lo necesitaban” dice la vendedora *Chita Vergara* (M.E. Vergara, entrevista personal, 13 de agosto de 2014). Su padre fue uno de esos hombres. Perdió su trabajo en 1970 como pirquinero en Curanilahue y llegó por necesidad a Lota con su familia sin más contactos que una comadre que lo recibió y, solidariamente, le regaló también los insumos básicos para levantar en la feria una improvisada y precaria reparadora de calzados.

Actualmente existen vendedores que ofrecen productos en tiendas improvisadas, transan “lo que tienen en el día” dicen, para “salvar y parar la olla”. Son comerciantes que

esperan recolectar el dinero necesario para sortear necesidades inmediatas y luego se retiran; muy pocos prosperan y consiguen establecerse posteriormente. Y se observa, en los feriantes establecidos, una suerte de empatía hacia esa condición. Señalan, entre otras cosas, que vender “es un derecho de ellos” como sostiene la mayoría de los feriantes entrevistados. Excepcionalmente sus quejas aparecen cuando estos vendedores provocan atochamientos que no permiten la circulación, dejan frente a su paso deshechos o perjudican las ventas de los locales establecidos vendiendo los mismos productos a menor precio. De acuerdo al cantautor y folclorista local Luis Sepúlveda (L. Sepúlveda, entrevista personal, 12 de agosto de 2014) esta empatía tiene también un trasfondo histórico. La feria de Lota se transformó en una alternativa laboral a la mina de carbón –indica Luis– ya que conseguir un empleo en la carbonífera era difícil, no todos tenían las condiciones físicas o las habilidades para ser minero. Por lo tanto, en la feria se ponía a trabajar como ambulante todo aquel que fracasaba como minero o el que no conseguía un contrato. Vender cualquier cosa, aunque fuera durante pocos días para sobrevivir, era la alternativa posible para todos los que llegaban desde el campo buscando un empleo en la mina –muchos acompañados de sus familias– y no lo conseguían.

También, la presencia constante de vendedores ambulantes en los relatos de todos los feriantes nos hace inferir que son una referencia relevante para la identidad comunitaria, pues muchos comerciantes hoy establecidos, sostienen haber comenzado su carrera comercial como vendedor ambulante. Tal es el caso –emblemático– de la dueña de la cadena de puestos más numerosa de la feria, la señora Estela Muñoz, quien comenzó vendiendo zapatos “pisados”³³ de la tienda Gacel, exhibiéndolos en mantas sobre la tierra. Lo mismo sucede con la feriante de mariscos Isabel Burdiles, de “La picá de la Carmelita”, quien hoy tiene un puesto establecido en el área de pescados y mariscos:

Yo me gané este puesto, por los proyectos, yo me lo merecía, por la Municipalidad. Pero yo he trabajado toda la vida bajo la lluvia, yo antes me ponía traje de agua, con mi canasto y la carretilla salía a vender. Yo fui la primera que usé carretilla. Antes se vendía en canasto. Un canasto a cada lado. Cuando veíamos a los carabineros teníamos que arrancar. En ese

³³ La expresión “zapatos pisados” es usada por la entrevistada Estela Muñoz en referencia a los zapatos usados y con fallas que, el año 1995, la tienda Gacel del Mall Plaza del Trébol (Talcahuano) vendía o remataba a muy bajo a precio. Estela Muñoz comenzó sus negocios de tienda de zapatillas, mueblería y menajes, vendiendo estos zapatos en la feria como ambulante. (E. Figueroa, entrevista personal, 13 de agosto de 2014).

tiempo yo era la ambulante, mi mamá tenía un puesto en el mercado pero igual era ambulante. Yo tenía que ir a las cinco de la mañana a la Vega, a entregar y a la vez a recibir el negocio. Tenía que llegar antes de las ocho de aquí para armar el puesto y después ponerme a vender... (I. Burdiles, entrevista personal, 17 de octubre de 2014).

Un dato importante a considerar es que del total de los entrevistados en esta investigación, solo los feriantes que recibieron un capital heredado de sus padres o que continuaron con el propio negocio de sus familiares, no han iniciado sus labores como vendedor ambulante.

La historia de la represión contra los ambulantes también está plasmada en la memoria. José Rodríguez recuerda que durante la dictadura militar de 1973-1989, Carabineros persiguió duramente a los comerciantes que no tenían patente o no pagaban permiso para funcionar: “Carabineros venía y a los que tenía que sacar, los sacaba a patadas. Pero lo peor que hacían era rociarles con cloro toda la mercadería, especialmente a los vendedores de pescado. Era muy duro porque perdían todo” (J. Rodríguez, entrevista personal, 22 de marzo de 2014). De igual manera, José recuerda que los feriantes les ayudaban a esconderse y vender sin ser sorprendidos: “Porque ¿de qué iban a vivir si no vendían? Había que ayudarlos” recuerda. Hoy, reconoce José, la situación está más controlada, hay mayor fiscalización y hay facilidades para que los ambulantes se establezcan. Dice José:

lo importante es que los ambulantes salgan de su situación y junten lo suficiente para armar un negocio como corresponde. Porque en la feria hay plata, alcanza para todos, y ahora están llegando extranjeros, unas gentes de Perú, de otros países. Y eso porque aquí hay plata (J. Rodríguez, entrevista personal, 22 de marzo de 2014).

De esta manera, es posible señalar que la postura de los feriantes establecidos frente a la presencia de ambulantes es conflictiva solo en el caso de un grupo identificable de ellos, que se ubican en sectores determinados y funcionan de manera aislada del resto de la feria. Sin embargo, el grueso de los comerciantes que circulan están reconocidos como comerciantes establecidos. La itinerancia en la feria, está legitimada en la medida en que se entiende que se “han ganado” su espacio para comerciar. El presidente de la Asociación Gremial, Adolfo Jara sostiene que la feria:

ha cambiado para bien, ya casi todos los que deambulaban ahora tienen sus puestos establecidos logrados con mucho esfuerzo y lucha. Ahora que la feria está mejor, más

establecida, los vendedores ambulantes nos perjudican cuando no hacen caso de lo que se les dice (A. Jara, entrevista personal, 22 de marzo de 2014).

Esta última apreciación puede vincularse con la idea de que el espacio que se ocupa en la feria es “espacio conquistado”.

Según la visión de Salazar (2003), el espacio de las ferias libres chilenas es resultado de una apropiación que se realiza al margen y en resistencia contra la autoridad. Y en esta lucha histórica –que proviene de la creación del mercado de abastos– es el Estado el que ha debido adaptarse al uso que los feriantes han determinado darle al espacio público. Parece, en este sentido, una guerrilla cívica –en palabras de Salazar– entre los feriantes y las autoridades municipales:

Probablemente los “ferianos” (y su numerosa clientela y asociados) no tienen recuerdo o memoria viva ni de su historia ni de su prehistoria; ni de su glorioso génesis europeo, ni de las prolongadas guerrillas urbanas que sus antepasados (los dueños de “ramadas”, las “chinganeras”, los “introdutores”, los “regatones”, los “baratilleros”, etc.) habían desencadenado contra los poderes centrales económicos, municipales y políticos, año tras año, década tras década, siglo tras siglo. Las “ferias libres” representan de algún modo la recuperación parcial (comercio minorista legítimo) de la antigua soberanía integral del pueblo; y el espacio público que constituyen en los sitios urbanos que una o dos veces por semana ellas ocupan, revive parcialmente la cultura social y el diálogo abierto del antiguo espacio público del “ágora” (p.86).

4.2.3. La experiencia como información y orientación

El primer antecedente de la feria de Lota que pudimos encontrar en el material bibliográfico, data de 1967 y vislumbra la imagen de una feria que llevaba más de dos décadas de trayectoria y que ya había logrado posicionarse como un centro importante del comercio de la ciudad. Contaba con cincuenta puestos establecidos, con permisos diarios para vendedores ambulantes y una precaria norma de fiscalización tributaria y sanitaria. En 1965, la Universidad de Concepción en colaboración con la Empresa de Comercio Agrícola, decide realizar un estudio sobre la actividad comercial de Lota. Este estudio se realizó motivado por una emergente preocupación pues, desde 1960 en adelante, la baja productividad del carbón comenzó a convertirse en tema de debate para economistas y

políticos. El rendimiento del mineral decaía, y aunque aún no se vislumbraba ni remotamente cercano el cierre de las minas, sí comenzaba la incertidumbre a apoderarse de la ciudad. Así, en esta fecha lejana, en 1967, la Universidad envió a terreno a un grupo de investigadores para observar la realidad y sostenibilidad de este comercio. La pesquisa se conserva hasta hoy escrita a máquina y empolvada, en medio de los archivos de la Facultad de Economía y se titula “Comercialización de los Productos Alimenticios en la Región Geoeconómica del Bío Bío. Apéndice de la ciudad de Lota”. Aquí se reseñan características específicas sobre la actividad comercial de la ciudad minera de los años sesenta, y es el documento que otorga reconocimiento a la feria libre como espacio autónomo de ejercicio del comercio y como un polo de desarrollo productivo importante para la ciudad. Este trabajo, ajeno a los procesadores estadísticos contemporáneos, presenta una caracterización escrita con una pragmática narrativa donde se describen particularidades oficializadas por primera vez, como por ejemplo, la presencia permanente de vendedores ambulantes y las primeras referencias en relación a su laberíntico emplazamiento territorial:

La Feria de Lota Bajo está ubicada principalmente en la calle Caupolicán, y además, en callejones adyacentes a la unidad Mercado Viejo (Corralón) y Mercado Nuevo. Existen puestos de tipo permanente, como son los que se instalan a los costados de la calle. Cada uno de estos puestos es de reducido tamaño, de seis metros cuadrados aproximadamente, y por otra parte, existen comerciantes ambulantes que venden sus productos en canastos o cajones con un permiso diario otorgado por la Municipalidad, ubicados en lugares desordenados (Universidad de Concepción, 1967, p.83).

De acuerdo a esta referencia, es posible inferir que existen características determinantes de la feria que tienen continuidad hasta hoy, como por ejemplo, la ausencia de una distribución clara o la presencia de vendedores ambulantes. La indefinición, vista desde fuera, respecto de cuántos comerciantes hay y qué venden, o cómo se organiza el lugar para funcionar, son algunos de los primeros cuestionamientos sobre este mercado.

Tampoco existe señalización o información formal sobre el lugar donde está cada cosa, solamente los letreros de las calles indican –en algunos casos– la numeración de las propiedades que allí se ubican. La información que es posible encontrar en la feria corresponde a los carteles colgados de los puestos de venta donde se enuncia el nombre de la tienda y los productos en venta, además de la rotulación de los precios en los productos.

Cabe señalar aquí que la información presente en la feria, ya sea señalizaciones o etiquetas de todo tipo, son más bien escasas.

Fotos 26 y 27. Locales con y sin etiquetado de precios



Fuente: fotografías de Luis Aguirre España, abril de 2015.

De acuerdo a lo revisado en investigaciones sobre ferias libres en la ciudad de Santiago, se puede sostener que la información que indica el precio de los productos tiene más que ver con la incorporación de un patrón que proviene del comercio formal (Browne, 2012) donde el precio rotulado en los exhibidores transmite seguridad pues permite a los clientes comparar (por precio) los productos. Así se aseguran de estar pagando un precio justo. Es consenso entre los feriantes de Lota la idea de que el público piense que, por su carácter de informal, en el comercio de la feria pueden cobrarles precios injustos (inflados o aumentados) o que, traicionarán su confianza de alguna otra manera. Roda Ormeño, locataria de una verdulería, señala que hay caseros que piensan que ella, sin ser vista, puede meter productos podridos o en mal estado en la bolsa de compras: “Es que hay gente así, ladrona y aprovechadora, hay comerciantes aprovechadores, en una feria hay de todo” (R. Ormeño, entrevista personal, 7 de septiembre de 2014).

En la feria, el valor de los bienes se basa en la confianza y en el establecimientos de acuerdos mediante el diálogo y la palabra:

la informalidad y el no hacer explícito los términos del contrato se pueden interpretar también como parte de la vocación de ser lugar de la feria. Si las reglas no son claras, la seguridad debe buscarse en el vínculo comunitario, en la confianza tácita, en el reconocimiento mutuo. Y en este sentido también se hace clara la disyuntiva y el conflicto propuesto por los procesos de modernización de la feria, pues estos incluyen una serie de medidas que apuntan en la misma dirección que la utilización de carteles, es decir, en la dirección contraria a la vocación de ser lugar (Browne, 2012, p.98).

Por esta razón, creemos que la presencia de letreros u otro informativo que dé a conocer los precios es una práctica incorporada, pero que no llega a ser lo suficientemente relevante como para modificar el sentido, podríamos decir, “relacional” de la forma de vender en la feria. Con o sin etiquetas de precios, la comunicación es requisito esencial para iniciar y cerrar el trato, independiente de la información estandarizada que se proporcione.

Por otra parte, además de la ausencia de información estandarizada, la feria de Lota es un espacio sin orden instituido. No tiene referentes urbanos como, por ejemplo, un centro físico; esto es, una plaza o un hito que demarque las distancias. Tampoco, reiteramos, tiene una sectorización clara. La Consultora OO.CC. por iniciativa propia, estableció una sectorización en cuatro áreas: pescados y mariscos, Persa Acrul, calle Caupolicán, calle Monsalve y calles interiores Saavedra y Lota (Queirolo *et al.*, 2009, p.43). Este orden es, sin embargo, instrumental y motivado por el claro mandato municipal de establecer el diseño de un plan de mejoramiento para los puestos de ventas y la estructura vial de la feria. No es, y en esto debemos ser enfáticos, “funcional” a la feria. En términos prácticos esta sectorización no existe, pues la distribución de la feria es –como acabamos de señalar– indeterminada, compleja, sumamente cambiante y diversa, tanto que la orientación dentro de ella es solo posible mediante la experiencia, o como señalan los mismos feriantes: “por instinto” (J. González, entrevista personal, 2 de septiembre de 2014).

La división que sí puede ser medianamente funcional, es aquella que separa a los feriantes del sector pescados y mariscos, de todo el resto de los comerciantes. Se trata de una barrera que está dada tanto por las diferencias prácticas de sus rubros, como por sus dificultades de convivencia históricas. El presidente de la Asociación Gremial Feria Libre de Lota (A. Jara, entrevista personal, 5 de julio de 2014), sostiene sobre este punto, que los comerciantes del sector pescados y mariscos pertenecen a la Asociación Gremial como

cualquier otro, no obstante siempre presentan mayor cantidad de problemas sanitarios y de higiene, perjudicando a los vendedores que no trabajan en este rubro. Por esto también, el sector pescados y mariscos tiene un sindicato independiente, el cual a su vez pertenece a la Asociación, y que se ocupa de velar por el funcionamiento particular de sus miembros.

Pero, como dijimos, esta separación se da casi exclusivamente para fines de administración y no es perceptible para el público. De acuerdo a lo conversado con feriantes, gestores culturales y dirigentes que frecuentan la feria, la orientación dentro de ella se da a través de la experiencia, del recorrido o itinerario. Para los feriantes, en cambio, todo rincón de la feria es conocido. Sobre esto, el pescador artesanal y cónyuge de una vendedora de pescado, Carlos Delgado, explica:

Hay tantas historias en la feria, hay tiendas, bodegas, hay cocinería, puestos, de lo que usted quiera encuentra en la feria. Si usted quiere recorrer la feria, usted se pierde, porque es como un laberinto. *Pa'l* que viene de afuera es como un laberinto, *pa'* nosotros no, porque nosotros nos sabemos todos los recovecos de la feria, sabemos dónde hay una cosa, dónde está la otra (C. Delgado, entrevista personal, 2 de septiembre de 2014).

El itinerario es clave para saber cómo se recorrerá la feria. Durante el trabajo de campo, el recorrido fue demarcado una vez que los feriantes que participarían como informantes de la investigación, estuvieron definidos. Así, nuestro itinerario diario comenzaba en calle Caupolicán, en la verdulería de José Rodríguez, pasaba por los negocios de menajes donde se encuentra la tienda de Elena y el Persa Acrul visitando a Jeannette Portiño, para luego adentrarnos en las verdulerías interiores donde estaban Roda y Paola. Luego, llegábamos a calle Monsalve donde encontrábamos el puesto de venta de quesos de Hernán Zúñiga, al “Rey de la Cebolla” Emilio Jorquera, a la paquetería de “Chita” y al “Rey de la Aceituna”, y presidente de la Asociación Gremial, Adolfo Jara. En el Corralón, íbamos directamente a buscar a Pedro España de la tienda de embutidos Cecinas España, cuando íbamos a los hornos, pasábamos a buscar a Ruth Mellado; en las pescaderías contactábamos a Gladys; a Patricia y Elodia en la Apancoreras, a Isabel en las marisquerías y pasábamos a conversar con *Chico Lalo* de la cocinería La Araucana en callejón Saavedra; y, finalmente, cuando buscábamos pan, debíamos perseguir por toda la feria a María Jara del horno 51. Finalmente, llegábamos casi al cierre de los puestos de pescados y mariscos a acompañar la clausura y llegada de los nocheros. Así, a modo de ejemplo, diseñamos el recorrido. Hubo

lugares de la feria que no vimos y que, por lo tanto, no existen en “nuestra feria” como experiencia, y, por cierto, dentro del universo de comerciantes hay un sinnúmero de personas que no conocimos.

En este sentido, la experiencia significativa de “nuestra feria” es única y ninguna experiencia de ella es igual a otra (Browne, 2012), así como cada recorrido es al mismo tiempo una rutina y una ruta. Y esta rutina puede ser personal o colectiva, en tanto en ese espacio nos encontramos con la comunidad.

La rutina es lo que convierte la experiencia del recorrido en una experiencia cotidiana, no es, en este sentido, un mero deambular (Giannini, 2004). El temor a lo desconocido también forma parte de esta experiencia, comprarle a quien no se conoce –por ejemplo– es considerada una conducta riesgosa. La rutina en el trayecto de la feria es lo que dota de seguridad y familiaridad a la experiencia, sin embargo, la posibilidad de salirse del trayecto está siempre presente, lo cual implica cuestionar la ruta –lo que nos identifica– e introducir modificaciones. En el sentido de Giannini (2004), la vida cotidiana es normativa, está llena de rutinas pero, al mismo tiempo, es transgresora de la normatividad que ella misma produce:

la vida cotidiana es un entramado apenas visible, apenas implícito, de normas y proscipciones, de cuyo acatamiento depende justamente el que no pase nada y nuestra ruta sea humanamente expedita cada día (...) ¿El sentido de la trama? Cerrar por todas partes el acceso a lo imprevisible, a lo que puede sobrevenir desde fuera y truncar la pacífica continuidad de nuestro trayecto (p.42).

De esta forma, la feria se inscribe en el ámbito de la vida cotidiana de las comunidades, y esto se evidencia tanto en el relato de sus sujetos sociales –que lleva contenida una noción sobre el pasado y la historia– como en la experiencia vivida.

4.3. La demarcación del tiempo en la feria

4.3.1. El sentido de la historia y la continuidad

En el relato de sus comerciantes, la feria es un recurso inagotable, un espacio que nunca cerrará o desaparecerá porque, al mismo tiempo, se entiende como ajeno a un origen determinado, a una fecha de fundación o a la sola de idea que hubo un tiempo en que no existía; como mencionó el distribuidor de quesos de Arauco Hernán Zúñiga: “La feria no

tiene origen porque está allí desde que hay conocimiento. La feria existe desde siempre porque siempre ha habido comerciantes” (H. Zúñiga, entrevista personal, 14 de mayo de 2014).

En ausencia de una “historia oficial” el relato histórico de la feria de Lota deberá construirse sin “ciencia cierta”, desde los recuerdos de sus actores sociales.

Volviendo a la memoria de los hijos de feriantes, aun cuando se lleve la historia consigo, es más débil el recuerdo cuando se rememora algo que no se ha vivido. Hay que mantenerse en buenas condiciones físicas y mentales para conservar fielmente los detalles de las historias que alguna vez nos han contado. Por ejemplo, Victoria Salgado, de 74 años, vendedora de ropa y *pilguas* (bolsas de nylon), recuerda con dificultad la feria de los años cincuenta, cuando las condiciones no eran buenas, principalmente por la excesiva humedad que expedía el canal Caupolicán (hoy tras las casas de la calle que da inicio a la feria) que en ese entonces bordeaba las tiendas con agua cristalina, pero que al juntarse con el vaho del mar en el invierno, “enfriaba agudamente los huesos”. Siempre le trajo a la mente un recuerdo bello ese canal hoy contaminado, disminuido y oculto. Quizás los juegos entre las zarzamoras cuando pequeña, aunque también algo de miedo tras el funesto episodio del descarrilamiento del tren. Nunca antes la feria había temido a ese “compañero” que desde mediados del siglo XIX solo había llevado progreso hasta la ciudad. Victoria dice que “el ruido ensordecedor hacía pensar que la mercadería se había caído”. Pero no. El tren “se salió” de la línea a toda velocidad y terminó con varios puestos de la incipiente feria en 1955. Respecto de ese acontecimiento, no fue posible encontrar registro en los diarios de la época. Por el contrario, cuando sucedió la explosión de gas grisú ocurrido en la mina de Schwager el 10 de abril de ese mismo año, tragedia que en Coronel dejó catorce fallecidos, sí hubo registro en la prensa. La cantidad de víctimas en la feria tuvo que haber sido similar, recuerda Victoria, pues el tren descarrilado no viajaba lleno de carbón, sino de gente, en su mayoría comerciantes, que acudían a Concepción a comprar insumos.

Pero los feriantes no hablan de fechas, no tienen una noción cronológica respecto de cuándo nació la feria o por qué, salvo vagas referencias que –en buena parte– fueron recogidas en la reseña sobre los orígenes de la feria que presentamos anteriormente y que propone una interpretación para el proceso de surgimiento del comercio informal en ese sector de Lota.

En este capítulo no nos referiremos a la dimensión historiográfica de estos hitos, pues ya la hemos expuesto. Aquí buscaremos establecer una relación entre esos sucesos y transformaciones fundacionales –en caso de ser pertinentes los propuestos al principio; y también mencionaremos otros reconocibles para los feriantes– que puedan considerarse influyentes en función de la continuidad de la feria. Pues no es la historia lo que nos interesa, sino el sentido del tiempo.

El lugar antropológico, como concepto acuñado en nuestra hipótesis para comprender la feria de Lota

corresponde a aquella construcción concreta y simbólica del espacio que no puede por sí sola dar cuenta de las vicisitudes y de las contradicciones de la vida social, pero a la cual se refieren todos aquellos a quienes ella les asigna un lugar (Augé, 2000, p.57).

Así, “en un mismo lugar pueden coexistir elementos distintos y singulares, pero de los cuales nada impide pensar ni las relaciones ni la identidad compartida que les confiere la ocupación del lugar común” (Augé, 2000, p.60). Según esta perspectiva, al lugar antropológico se le considera 1) identificatorio, 2) relacional e 3) histórico; es identificatorio en tanto es constitutivo de la identidad individual (como el lugar de nacimiento) pero también ese lugar da espacio a relaciones de coexistencia (relacional). Por eso, además, hemos incorporado un capítulo de análisis sobre las prácticas de relacionamiento e intercambio, pues creemos tienen gran relevancia para etnografiar la feria como lugar.

Cuando se conjugan identidad y relación podemos hablar de lugar histórico. Y el que allí vive reconoce en él señales que escapan a la historia como ciencia, pues se trata del lugar que han construido los antepasados (Sanguinetti, 2007). En palabras de Augé (2000): “el habitante del lugar antropológico vive en la historia, no hace la historia” (p.60). Por eso no existen fechas en el relato sobre el pasado, aunque sí certezas y algunas son certezas absolutas, como: “la feria siempre ha existido”, y “la feria nunca acabará”. En la memoria se encuentra el relato sobre los orígenes, por eso es ella la que constituye nuestra fuente primaria. En algunos, la memoria perdura, resistiendo los embates del olvido a pesar de las transformaciones que han resultado de los cambios drásticos, de las revoluciones, de las catástrofes, de los golpes de Estado.

Luis Sepúlveda es cantautor y folclorista, y en eso, se le reconoce como un observador agudo, un “hombre sabio” que “conoce mucho de la historia de Lota”³⁴. Se desempeñó hasta 1997 como minero en Enacar, luego recibió su pensión (posreconversión) y hoy trabaja como funcionario administrativo en la casa de acogida de la Fundación Hogar de Cristo. En su tiempo libre hace música e integra junto a su hija Grisnery Sepúlveda el conjunto llamado “Fallaman”, que se dedica a promover el folclor musical de Lota.

Cuando Luis es consultado por sus conocimientos sobre la fundación de la feria, el relato es continuo. Luis se hace cargo de contar la historia “desde el principio”, pues –como sabemos– la carbonífera, el tren y la migración de las personas desde el campo hacia Lota son anteriores a la creación de la feria³⁵. Su padre, minero también, le contó otras historias sobre el origen, le transmitió otras vivencias que se mezclaron con la suyas:

Sobre la feria podemos hablar de las comidas típicas, del antiguo comercio, por ejemplo, o de los lugares de hombres, sobre todo de los mineros que van a pegarse un pencazo³⁶. Era costumbre para los mineros bajar achutaditos³⁷ desde Lota Alto, a la feria. Ese era el paseo más antiguo. Y la feria es un comercio que está desde tiempos inmemoriales ahí. Por ejemplo, ahí están todos los productos del campo, porque es la gente del campo la que empezó a llegar para vender. Al principio andaban por los barrios ofreciendo sus productos, los pescadores igual hacían eso. Pero comenzaron a buscar un lugar para poder quedarse quietos. También salían a vender a los campamentos mineros, ahí los pescadores andaban con una vara de tres metros de largo que cargaban dos hombres, pero además llevaban un “gritón”. El “gritón” era el que gritaba la mercadería y los otros andaban con la sarta de pescados en la calle. Cuando lograban vender toda la mercadería, hacían un descanso. También había señoras que iban a vender verduras a los campamentos. Pero, poco a poco, la gente se fue quedando en un solo lugar, ¿por qué razón? porque hay un sector de la feria que se llama Corralón, que viene de corral, porque ahí llegaban a pastar los caballos. La fruta, la papa antiguamente era transportada en ferrocarril entonces nosotros –niños–

³⁴ Referencia al comentario realizado por Justo Espinoza, presidente de la Mesa de Arte y Patrimonio de Lota (J. Espinoza, entrevista personal, 6 de marzo de 2014).

³⁵ De acuerdo a nuestra reseña histórica, el comercio en el sector del Corralón, donde se origina la feria, tiene su inicio el año 1940 aproximadamente.

³⁶ Expresión popular referida a la acción de beber bebidas alcohólicas: “beber un trago”.

³⁷ El entrevistado sostiene, posterior a la entrevista que el término “achutaditos” es sinónimo de “agachaditos” en referencia a las personas que se movilizan encogidas y cabizbajas (L. Sepúlveda, entrevista personal, 19 de agosto de 2014).

veíamos pasar los carros en la estación llenos de manzanas, paltas, sacos de porotos... no había camiones ni carreteras. Entonces se definió un lugar: el Corralón, donde empezarían a llegar todos los productores que traían los pollos vivos desde el campo. La gente en esas épocas criaba animales en sus casas, a pesar de tener casas chiquititas, chiquititas... igual así empezaron a hacer sus propias huertas, porque la mayoría venían del campo y era su costumbre criar chanchos, chivos, ovejas y corderos –algunos-. Esa tradición se perdió... ¿ve? Y así empezó a surgir la feria, y a funcionar los 365 días del año, porque hasta el domingo es día de trabajo. Los domingos, el minero baja a la feria, a las cantinas, a los lugares donde las chiquillas los trataban de tú, a los bares, digo, no a los cabarets. En la feria hubo una vez un bar que fue cabaret, el Sucursal se llamaba, y también estaban El Oriente y La Nave, El Capri, el 2001. Todas esas eran cantinas grandes con mujeres. Ahora hay sólo cantinas. En los años sesenta empezaron a perderse porque empezaron a aparecer otro tipo de negocios para los pescadores, ellos se fueron de Lota por la pesca de arrastre, dejaron de llegar a trabajar a la playa, y también la mina empezó a decaer. Antes, por ejemplo, los niños iban a la playa de Lota a recoger mariscos. No se iban a bañar a Playa Blanca ni a Laraquete, se quedaban acá recogiendo todos los mariscos que dejaba el mar. Cuando apareció la celulosa se perdieron las algas marinas, los pulpitos, el coyoy, el cochayuyo, todo tipo de algas, se perdieron en el golfo, y solo nos quedó Tubul y Llico (L. Sepúlveda, entrevista personal, 19 de agosto de 2014).

Hemos expuesto un párrafo completo del relato de Luis Sepúlveda pues nos parece que da cuenta de las transformaciones de la feria que dan origen a lo que hoy es, incluyendo lo que ubica a la feria en el tiempo en un sentido continuo con su pasado. Todas las transformaciones del tiempo explican –para los feriantes– la continuidad y por lo tanto, también la existencia de la feria. Uno de esos hitos es la carbonífera y la migración de los trabajadores desde el campo hacia Lota desde 1850. Esta idea es similar a la planteada por el pescador artesanal Carlos Delgado, quien sostiene la siguiente articulación para determinar los orígenes:

Los del campo llegan cuando mandaron a buscar gente para trabajar en las minas, ahí llegaron los campesinos con sus canastitos a vender al lado de los pescadores. Y ahí se empezó a armar la feria. Con la primera hambruna que hubo como se dice, don Matías Cousiño mandó a buscar a los rompehuelgas, que se conocen así, como rompehuelgas. Y toda esa gente venía del campo (C. Delgado, entrevista personal, 1 de septiembre de 2014).

Junto con esta migración, el tren, cuya puesta en marcha revolucionó los transportes y las comunicaciones durante la primera mitad del siglo XIX, tuvo su influencia permitiendo el necesario desplazamiento para que la feria adoptara el carácter de “punto con confluencia” y encuentro de varios sectores de la llamada “cuenca del carbón” en la región del Biobío.

Estableceremos la mina y el desarrollo de la industria carbonífera como primer hito histórico reconocible para los feriantes de Lota y que bosqueja su origen. Hemos notado que la historia de la feria –en la memoria de los feriantes– tiene un trazado que se divide en etapas, con límites vagos entre sí.

La primera etapa que distinguimos, es la de **instalación y despliegue** y comprende la llegada de los primeros vendedores itinerantes con puestos fijos esporádicos, desde 1940 (fundación) hasta la segunda etapa marcada por la **consolidación** de los primeros puestos fijos o permanentes que, de acuerdo a la información que tenemos, se remonta a la década de 1950. En este período se ubican en el tiempo, relatos como el de Victalina Aguilar, dueña de una pescadería y una de las más antiguas vendedoras, con más de 75 años de edad. Alrededor de los años cincuenta, la historia se sitúa en los tiempos “de auge” de la mina de carbón y, también, época de abundancia para la feria de Lota. Victalina relata:

Los mineros compraban sierra, cojinova, porque después de que terminaban de hacer el pan, metían los pescados al horno comunitario, entonces para ellos era un banquete. Además el pescado era rico, abundante y muy barato. Se alimentaba toda la familia, de diez hijos, con una sierra gigante, o con un congrio. Había harta abundancia de pescado en esos años, y había para todo bolsillo. No tenían grandes casas los mineros, pero tenían 8 o 10 hijos, pero su vida era sencilla porque en esa época no había lujo, no había baldosas, no había radio, no había “tele”. Entonces la gente se alimentaba no más. No tenían luz eléctrica tampoco, sino velas. Y se prendía con lámparas a carburo y cocinaban con anafre. Lo que sí cocinaban era a carbón. Era una cocina que iba pegada en la pared, y se llamaba chimenea. Se invertía hartito en la alimentación porque no había otra cosa, todo lo demás era imposible de comprar, imagínese que usaban zapatos plásticos o se compraban un par de zapatos para la escuela, y los usaba un hijo en la mañana y el otro en la tarde; usaban delantales hechos de bolsas de harina, entonces compraban un quintal de harina y de ahí le salía un delantal para un niño de 8 años, lavado con cloro quedaba blanquito. No existían los lujos de ahora, usan delantales de lujo ahora. Al minero le gustaba ganar, mortificarse, pero comían bien (V. Aguilar, entrevista personal, 5 de septiembre de 2014).

Si observamos cronológicamente, este período de apogeo es muy corto, pues casi paralelo a los años de consolidación, sobreviene la **decadencia del carbón** en 1960, tercera etapa en la que se inician las primeras crisis sociales y movilizaciones populares en demanda de mejores condiciones laborales y justicia social³⁸. Esta etapa de resistencia se sostiene hasta los tiempos de la posdictadura militar (1973-1989) y corresponde a la etapa más extensa en que la feria jugó un rol importante y recordado en el aprovisionamiento y la contención del capital social de la ciudad durante las violentas intervenciones estatales que –como dijimos– desde 1960, golpearon fuertemente a los trabajadores de la industria del carbón que se oponían al cierre de las minas. En esta etapa comenzaron a clausurarse buena parte de los locales de la feria que habían gozado hasta entonces de gran concurrencia y fama, como por ejemplo, tabernas nocturnas y centros sociales que desaparecen como consecuencia de la decadencia del mineral y la baja en la afluencia de la actividad portuaria internacional que Lota tuvo durante su apogeo industrial. Un hito relevante que se mantiene en la memoria de los feriantes es el “pago de la doble”, esta es la política de incentivo al retiro que la dictadura militar implementó en 1979 para que más de un 70% de los mineros de la, en ese entonces llamada Carbonífera Lota-Schwager, se retirara anticipadamente y, además, dejara la ciudad. La política incorporó el pago del doble de la indemnización para cada minero retirado, además de un bono para sus traslados hacia otras zonas del país en el caso que se quisieran ir junto a sus familias. El pago se realizó en acciones, no en dinero, para estimular la inversión de los obreros.

Esta política tuvo un alto y funesto impacto. La ahumadora de pescado Ruth Mellado recuerda la aplicación de estas políticas empezando con una conclusión: “los mineros se tomaron la plata”, idea que se repite en las conversaciones sobre la mina en la feria, donde recurrentemente se responsabiliza a los mineros de no haber sido capaces de

³⁸ “En 1960, entre muchos otros conflictos a lo largo del siglo, se desarrolló un movimiento huelguístico que es conocido dentro de la historiografía como la “huelga larga”. Esta, se extendió por 97 días, los trabajadores demandaban, ya como una cuestión recurrente, mejores condiciones de trabajo y de vida, anticipando con ello un escaso porvenir laboral y para la ciudad de Lota. Miles resistieron junto a las familias con ollas comunes y enviaron a sus hijos a padres sustitutos, en otras localidades, mientras luchaban. Marcharon 35 mil personas 40 km hacia Concepción, desafiando el bloqueo alimentario del gobierno de Jorge Alessandri Rodríguez. Sin embargo, la tierra interrumpió la aspiración: un terremoto ocurrido el 21 de mayo llevó a los trabajadores a concluir su huelga, la que fue el último movimiento de importancia, hasta lo que sería el anuncio del cierre de la mina”. Esta huelga se reconoce como la primera huelga que funcionó como tal. Anteriormente hubo amagos de muchas otras, sin embargo, toda esa organización era interrumpida por rompohuelgas y otras estrategias antisindicales. (Reyes *et al.*, 2014).

administrar los recursos entregados con el pago de sus indemnizaciones dobles y haber sucumbido a causa del alcoholismo. Ruth señala:

La gente de la mina se tomó la plata en tiempos de Pinochet. La gente sacaba las acciones para tomársela, porque les entregaron la plata en forma de acciones para que invirtieran en algo. La época de los mineros era buena, a la gente de la feria nunca le sobró la plata, pero los mineros siempre tuvieron más que nosotros. A veces yo me iba con su canasto de papas no más para la casa, porque lo que uno compraba había que pagarlo. A mí nunca se me juntó plata, como a ellos. Cuando estaba la mina todo se vendía en el día, pero nada más. Nunca vivimos una época de abundancia, aunque nunca nos faltó la comida como gente de feria. El minero en cambio, tenía mucha plata. La compañía le daba la luz, el carbón, el agua, la casa. Pero así, antes de que llegara la doble con Pinochet, le fueron quitando de a poco. Primero les quitaron el pago dos veces a la semana. Después, se lo dieron quincenal. Pero cuando pagaban el familiar, entonces le pagaban por hijo una asignación. Ahí solamente venían y compraban comida. De a poco les fueron quitando todo (R. Mellado, entrevista personal, 10 de septiembre de 2014).

Posterior a la recuperación de la democracia en 1989, podemos distinguir la cuarta etapa de **transición al cierre de las minas** que culmina con el proceso de **reconversión económica** en 1997. La quinta etapa de **posreconversión** comienza ese año, y es la fase que se extiende hasta hoy, marcada por la implementación ininterrumpida de políticas asistenciales en el plano sociocultural y, en el ámbito económico, centradas en la entrega de subvenciones estatales y la existencia de una bolsa de empleos de emergencia, para una comuna fuertemente empobrecida³⁹. En palabras de los investigadores Reyes *et al.* (2014):

Esta subvención obligada, gestada desde distintos planes y programas del Estado, es la que hace posible que aún subsista también la parte no minera de Lota: las actividades de servicios, el pequeño comercio detallista, la pesca artesanal y la feria. El salario indirecto se constituye en factor central a la hora de pensar Lota después del fin de la actividad carbonífera, ya que hay ausencia de trabajo productivo local, producto del fracaso absoluto del proceso de reconversión de la actividad minera. Esto último, tal como lo sostiene De Dinechin (2001), ocurre porque primero se cerró la mina y luego se pensó en qué hacer con su gente y la ciudad (p.256).

³⁹ Una reseña sobre el proceso de reconversión en Lota se ha expuesto en el capítulo segundo de este estudio.

Para el caso de los feriantes, esta etapa que representa su momento actual, se sitúa en la incertidumbre sobre el futuro y –también– en la lucha por el fortalecimiento y sostenibilidad de la asociatividad, pues esta capacidad de creación de capital social parece ser vista como casi el único recurso efectivo para la negociación con el Estado, que es su principal interlocutor en temas de administración, fiscalización, posibilidades de crecimiento y mejoramiento, entre otros. En este punto, la discusión sobre el patrimonio o la patrimonialización cobra relevancia pues es una idea recurrente en el discurso de quienes se atreven a pensar hoy el futuro de la comuna.

4.3.2. La recreación del pasado

Volviendo al primer relato de Luis Sepúlveda, podemos notar que allí hay una mezcla de tiempos, ya que –pensamos– intenta contar sintéticamente una historia con muchas transformaciones. Es posible sostener que para la feria, la industria del carbón es reconocida como una influencia fundacional y eso es porque el carbón y los mineros tienen un lugar primordial en la construcción del pasado de los lotinos, es decir en la construcción simbólica de su origen. Además, notamos que el relato de Luis sobre el origen se posiciona en otro lugar, un lugar que no es la feria y que no es Lota. El espacio (en que se sitúa el pasado) que rememora, adquiere un sentido más cercano al de Pierre Nora citado por Augé (2000) como “los lugares de la memoria”, o aquellos espacios que expresan el pasado en su dimensión simbólica, más que histórica:

Los lugares de la memoria no son cualquier lugar que se recuerda, sino aquellos donde la memoria actúa; no es la tradición, sino su laboratorio. Por ello, lo que hace del lugar un lugar de memoria es tanto su condición de encrucijada donde se cortan diferentes caminos de la memoria como su capacidad para perdurar y ser incesantemente remodelado, reabordado y revisitado. Un lugar de memoria abandonado no es, en el mejor de los casos, sino el recuerdo de un lugar (Allier, 2008, p.172).

Este lugar, de acuerdo al músico, es “el campo”:

Antiguamente, los mineros no iban a Concepción, sino al campo. Porque todos ellos llegaron del campo. Entonces conservaron la tradición de irse al campo porque los primeros mineros trabajaban allá durante el verano, y en el invierno trabajaban en la mina. Los mineros se iban en el verano a trabajar al campo para aprovechar la cosecha. El minero

antiguo no conoció Concepción. Aquí murieron y trabajaron pero nunca jamás fueron a Concepción. Hasta que los dueños hicieron campamentos y ahí los mineros empezaron a quedarse. Así se formó el minero del carbón, con un lenguaje propio: campesino y mapuche. Pero la feria no existía ahí. La feria se creó mucho después, porque antes de la feria el recinto de Lota Alto estaba cerrado. Todo eso estaba cerrado con pandereta, pero había una bajada del hormigón donde los mineros se iban a escondidas donde estaba la fundición de cobre, Lota Green. Después de 1900 se formó la feria. Allá llegaban los vendedores, se juntaban frente al estadio, se juntaban en el hospital, se juntaban y dormían debajo de la carreta. Y vendían por cuartilla, la manzana, las ciruelas y la chicha como antes, porque antes se hacía el comercio por los barrios. El Corralón era de sus carretones. Ahí empieza la tradición (L. Sepúlveda, entrevista personal, 19 de agosto de 2014).

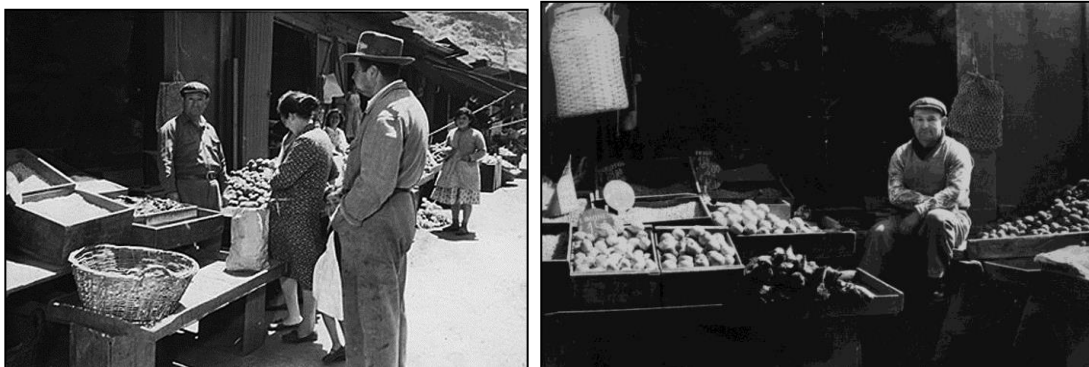
En la feria entonces se accedía a otro lugar. Es un lugar que se crea en la búsqueda constante de la experiencia del “otro lugar”, uno que fue pero que quedó atrás, como es el campo. En este relato podemos identificar la recreación del lugar del “campo” como un recurso utilizado por los mineros para rehacer su lugar de origen o dar continuidad a sus formas de vida anterior; por ejemplo, Luis sostiene que a pesar de que el espacio era para los mineros excesivamente reducido, sin embargo seguían intentando criar animales en los patios y habilitar huertas para sembrar. Sin duda, vivir en el campamento minero y luego en los pabellones, no permitía la crianza de animales como en el campo, tampoco las condiciones permitían la siembra. Los campesinos, ahora mineros, ya no eran más dueños del espacio. Por esta razón, y de acuerdo a Luis, el campo se recrea en la feria. Entonces, su función simbólica es recrear el lugar del campo y de la vida campesina y acercarla a las personas que la dejaron por Lota y la vida de empleados de la industria carbonífera. Y la continuidad está en que el campo sigue siendo un lugar constantemente representado y buscado en la feria, a pesar de todas las transformaciones que la modernidad ha puesto sobre esta –podríamos decir– función simbólica.

Posterior a la consolidación de la ciudad de Lota como ciudad minera, la feria fue desplegándose territorialmente a contrapelo de la autoridad local, con el afán de proveer productos de las zonas aledañas a Lota. Más adelante, con la creación de los primeros puestos fijos que estimamos es cerca de la década del sesenta, pues ya en el estudio de 1967 consultado se legitima su existencia y afianzamiento (Universidad de Concepción, 1967, p.42), la feria se incorporó a la vida urbana mediante la integración de residentes que

comenzaron a desempeñarse como comerciantes. Pensamos que esta fecha es la que más se acerca a la etapa de consolidación pues también coincide con el período en que la empresa carbonífera redujo las restricciones de desplazamiento para los mineros, y también les otorgó más libertades para su aprovisionamiento; este es además el momento de las grandes sindicalizaciones y movilizaciones obreras⁴⁰. Lo anterior, sin perjuicio de que la feria continuó siendo un lugar de encuentro para muchos vendedores viajantes, cuya estadía era esporádica, como hasta hoy. Esta época está presente en los recuerdos de los locatarios, pues es el momento en que la feria –ya consolidada– representó una alternativa de trabajo estable para los lotinos, esto es, una opción de sustento distinta a la mina de carbón. Una posibilidad de independencia.

Victoria Gaete tenía diez años cuando se fue a vivir con su abuelo Albino, quien después de años de producir para la mina, decidió abrir un puesto en la feria. Victoria dice que su abuelo renunció a su antiguo trabajo porque ya en esa época el comercio daba más seguridad a los lotinos que la compañía carbonífera. Durante el tiempo en que Albino trabajó para la empresa, tuvo que desempeñarse en agotadores turnos durante la noche. Por el contrario, cuando cambió de empleo, no tuvo más jefes y no tuvo más horarios. Victoria piensa que la vida del comerciante era “mejor” que la del minero en los años sesenta porque, aunque un poco inestable y con las fluctuaciones del mercado, su ingreso podía variar mes a mes entonces, a diferencia de los mineros, los feriantes podían tener “buenas rachas”. El sueldo del minero, por el contrario, se mantenía invariable en su pobreza.

Fotos 28 y 29. Compras en puesto de verduras de Albino Sáez y retrato de Albino Sáez



Fuente: archivo fotográfico familia. Colección familia Aravena Toledo, Lota 1965.

⁴⁰ Referencia citada al pie en página 141 de este trabajo.

Pero sobre todo, el comerciante tenía independencia y no absorbía la explotación laboral y las pésimas condiciones a las que sometía la carbonífera. El feriante no tenía patrón y sus bienes eran propios. Lejos de esta libertad, entre 1965 y 1970, los mineros todavía hacían uso como arrendatarios de las casas y los muebles que la empresa les entregaba, sin llegar a ser propietarios jamás. Así, por ejemplo, buena parte de la tragedia que sobrevenía con la muerte de un minero pasaba porque su viuda y sus hijos debían dejar la casa en que vivían inmediatamente después del deceso. A la familia entonces, no le quedaba más alternativa que conseguir ayuda para sobrevivir. Las viudas a veces eran empleadas por la Fábrica de Cerámicas de Lota (Reyes *et al.*, 2014). El comerciante, por su parte, no pasaba por esto, aunque, por supuesto, la estrecha relación familiar y social entre feriantes y mineros hizo que muchos feriantes de mejor situación económica tuvieran que solidarizar. En su familia, Victoria recuerda haber sufrido los embates de la pobreza en su casa materna cuando su padre minero no pudo trabajar durante un período. En esos momentos, recuerda a su abuelo Albino llegar con bolsas llenas de comida y abarrotes para la familia.

Los mineros eran el sustento de los feriantes al ser sus compradores mayoritarios en esta época, sin embargo, mediante sus estrechos vínculos familiares, a veces ambos eran el sustento del otro.

Periodos cercanos a 1960 son los que recuerda Gladys Larenas, feriante de pescado y casada con pescador artesanal. Su relato fue revisado con anterioridad, en lo concerniente a la configuración espacial de la feria. En este punto, revisaremos parte de sus memorias sobre la valoración de la influencia de la mina de carbón, en la historia de la feria. Gladys se casó con un pescador artesanal pero su padre era minero y asegura que durante todo el tiempo en que la mina de carbón funcionó, los principales clientes de la feria de Lota fueron ellos:

Lo que tenían los mineros, era que con ellos se vendía hartito el producto⁴¹ Mire, yo me crié en Lota Alto, mi papá era minero, y después que me casé me vine para acá abajo. Así que tengo las dos versiones, de arriba y de abajo. Siempre antes la gente minera se pagaba los días viernes. Todos los viernes había plata, todos los viernes. Y qué es lo que hacía la gente

⁴¹ La entrevistada con el uso del término “producto” se refiere a las ventas de pescado en los puestos de la feria.

minera, partía a comprar y se gastaba toda la plata en mercadería, comían hartos. Y algunos tenían la mala costumbre que viernes, sábado, domingo y lunes no iban a trabajar, porque estaban borrachos. Y el lotino vendía mucho, imagínese, si el lotino vendía mucho. Pero ahora les pagan las pensiones una vez al mes no más... Actualmente nosotros estamos trabajando con la gente de los proyectos una que otra vez. O los viejitos pensionados (J. Larenas, entrevista personal, 9 de septiembre de 2014).

Hemos dicho entonces que la referencia temporal más cercana a lo que –según nuestra pesquisa historiográfica– marca los inicios de la feria es ésta: lo que la vincula a la vida minera, pues es la mina la motivación principal de la migración masiva de campesinos de la zona de Arauco y central a la ciudad de Lota hacia 1850. Después de esta recreación inicial, la feria comienza a ser un lugar de recreación de ese pasado, ese pasado inicial – el de la mina. Este pasado minero, por sus vinculaciones con el mundo del campo y el mundo de la pesca, va impulsando la recreación de pasados diversos, pero todos pasados identificables y reconocibles para los feriantes. Todos esos pasados, de algún modo, conducen hacia la idealización de una época de bienestar y abundancia que acabó.

Este es el espacio de los lugares recreados, espacios que regeneran “la imagen de lo que ya no somos”, en palabras de Augé (2000):

Este lugar que han construido los antepasados ("Más me gusta la morada que han construido mis abuelos..."), que los muertos recientes pueblan de signos que es necesario saber conjurar o interpretar, cuyas potencias tutelares se dan en un calendario ritual preciso que se despierta y reactiva a intervalos regulares (...) y en ellos podemos captar esencialmente nuestra diferencia, la imagen de lo que ya no somos. El habitante del lugar antropológico vive en la historia, no hace historia. (...) proyecta a distancia los lugares en los que ellos creían haber vivido día a día, mientras que se los invita hoy a mirarlos como un pedazo de historia. Espectadores de sí mismos, turistas de lo íntimo, no podrían imputar a la nostalgia o a las fantasías de la memoria, los cambios de los que da testimonio objetivamente el espacio en el cual continúan viviendo y que no es más el espacio en el que vivían (p.61).

4.3.2.1. El pescado ahumado

El ahumado de pescado es una práctica que tiene continuidad en la feria de Lota, con modificaciones por cierto, en el método de su elaboración original. Este producto comenzó a prepararse por las familias de pescadores artesanales que recogían el tritre u otro pescado de los botes recalados y los llevaban a hornos artesanales ubicados cerca de la playa, especialmente contruidos para ahumar. El horno estaba hecho de madera o de deshechos de cualquier material que hubiera descartado la mina y que se hallara disponible. Por su parte, el fuego con el que originalmente se ahumaba este pescado se encendía con brasas de leña, aserrín y también, basura.

Cabe señalar que esta costumbre está directamente vinculada con la vida minera, pues eran los empleados de la carbonífera y también los obreros, los principales consumidores del ahumado; de hecho era considerado por ellos una “exquisitez y un lujo” (V. Aguilar, entrevista personal, 10 de julio de 2014). Hoy ya no se vende tritre pues la especie está extinta. No obstante, la sierra ahumada sigue siendo cotizada. Los hornos en los que actualmente se ahúma están hechos de concreto y el lugar en el que se realiza la cocción del pescado está equipado con parrillas encaramadas, semejantes a los de una gran barbacoa. De hecho, el folclor escrito sobre Lota también ha considerado el extinto tritre ahumado:

El tritre ahumado es considerado como uno de los pescados más sabrosos de Chile. Tiene el inconveniente de poseer cientos de espinas. De ahí el dicho: *Te demoraste más que si te hubieras comido un tritre*. En una callejuela, en las cercanías de la vieja estación de Lota, existe uno de los pocos ahumaderos de la provincia de Arauco. La atmósfera se hace casi irrespirable mientras las caseras están a la espera de la primera hornada. El tritre ahumado, según la versión de Margarita Loyola, se prepara de la siguiente manera: “primero se lava, se sala y se coloca al homo para que se seque con humo. Después se le agrega el fuego, que se hace con lejía de eucalipto y aserrín mojado. Los únicos condimentos que lleva el tritre ahumado son un poco de sal y orégano para el mejor gusto (...) Comerlo es una verdadera fiesta y la pauta la dan los niños, que comúnmente no tienen mucha simpatía por los pesados en general. Ellos comen el tritre como si fuera postre. Tal vez debido a su sabor suave y hasta un poco dulce por momentos (Alcalde, 1972, p.22).

Puede ser por este legado poético y concreto que en su preparación las ahumadoras recurren a la elaboración histórica del ahumado, a la receta original de sus madres y abuelas, y al recuerdo de la época del auge de la mina y la abundancia.

La abuela de Victalina Aguilar (V. Aguilar, entrevista personal 10 de julio de 2014) ahumaba pescado en Lota Green (sector ubicado en las canchas de Lota, muy cerca del mar) y lo entregaba a la familia Cousiño, a fines del siglo XIX. El ahora extinto tritre era un pescado difícil de comer, pero de textura suave y de sabor un poco dulce. Pero ya no sale del mar de Lota como lo hacía en los años sesenta. Casi todo lo de él es puro recuerdo. Según el relato de Victalina, los hornos en los que antiguamente se cocinaba con humo el pescado eran diferentes uno de otro. El tritre se ahumaba colgado, ensartado en largos fierros, mientras la sierra se ahumaba en parrillas tipo barbacoa. Los hornos eran bajos, algo así como un catre o un camastro de alambre con una base de ladrillos a la que se le iba espolvoreando aserrín a medida en que se cocinaban los pescados. El sabor y el color dorado de la sierra y el tritre bien ahumados los daba la habilidad de la cocinera para controlar el vigor del fuego que emanaba de una abundante ruma de leña de eucalipto. El secreto siempre estuvo entonces, según Victalina, en el aserrín y la técnica para avivar el fuego de la buena leña.

Fotos 30 y 31. Ahumado de sierra en horno La Central



Fuente: fotografía de la autora, marzo de 2015.

El pescado ahumado también es una costumbre y un oficio vigente en la feria. Se comienza a preparar desde las seis de la mañana y cerca de las dos de la tarde está vendido completamente. Incluso, según las ahumadoras, el cierre de las minas lo convirtió en un

producto aún más apreciado, porque se tornó escaso. Ruth Mellado Garrido, ahumadora del horno La Central, ubicado justo cruzando la línea del tren, recibe a nuevos y frecuentes clientes diarios, quienes acuden a su horno para comprar jurel y sierra ahumada. También lo entrega a los vendedores ambulantes que ofrecen sus pescados en canastos o carretas. Así, lo que no se vende caliente desde el horno, sale a pasear por la feria hasta que todo es vendido. Ruth también es hija de ahumadoras y señala con total convencimiento, que este oficio se transmite de generación en generación y que se aprende solo mirando:

Yo de chica miraba ahumar a mi tatarabuela María Arce, luego a la abuela Margarita Carreño y luego a mi mamá Margarita Garrido. Son años viéndolas ahumar y desde chica estaba metida en los hornos ayudándoles a destripar los tritres que llegaban en cantidades gigantes; en esos tiempos, cuando la venta era buena, a veces se compraban cinco mil o seis mil tritres, y toda esa cantidad se cocinaba, nada sobraba. (R. Mellado, entrevista personal, 10 de septiembre de 2014).

También sus abuelas comenzaron a ahumar en el sector de las canchas cercanas a Lota Green, un sitio eriazo donde el humo podía escapar con el viento fácilmente. El horno en el que actualmente ahúma Ruth está ubicado en el Sector Playa muy cerca de la feria y el Mercado de Degustación, y consiste en parrillas verticales que reciben, una encima de la otra, tanto jureles, como sierras y pejerreyes. La estructura de los hornos cambió cuando el tritre dejó de llegar y las antiguas parrillas con fierros para ensartar pescados no se usaron más. Si bien el horno nuevo ya no funciona al aire libre, sí cuenta con un gran tragaluz en el techo que se lleva el humo y la humedad. La leña de madera se posa en la parte inferior y el aserrín sigue siendo el ingrediente fundamental que añade el color. Pero el buen gusto del pescado ahumado lo otorga el frescor del animal y el aliño, dice Ruth. Cuando hay pescado para ahumar, al horno de La Central llegan cajas de sierras recién sacadas del mar cerca de las seis de la mañana, que esperan crudas sobre grandes ramplas. Luego, los ayudantes de Ruth lavan y limpian el pescado, quitándole las vísceras y dejándolo salado. Alrededor de las ocho de la mañana, Ruth llega a partir (trozar) los pescados y los aliña con orégano, comino y ajo, para luego dejarlos estilar. El horno ha sido encendido horas antes y los pescados, lentamente, van entrando a la parrilla uno tras otro. Cada uno tarda en ahumarse alrededor de cuatro o cinco horas, de modo que entre el mediodía y la una de la tarde –en plena hora de almuerzo– están listos para ser envueltos en papel de diario y entregados a los

compradores. Durante los días en que la acompañamos a ahumar, las conversaciones con los clientes o con los ayudantes, que son por lo general, familiares, podían extenderse por varias horas.

El ahumado se hace en una sala con piso de cerámica y estructura de madera; el proceso es lento y tedioso, y Ruth lo hace en solitario o con compañía, observando y controlando el fuego del horno. Mientras el pescado se ahúma llegan clientes y vecinos a conversar –como todo en la feria–, a contar los acontecimientos del día, esperar un rato para luego llevarse el pescado caliente. El horno así, se asemeja a un puesto de la feria pues mientras se ahúma está “abierto” para recibir gente y, como desde lejos se puede ver el humo escapando del techo, los compradores locales saben cuándo ir y cuándo no.

4.3.2.2. El pan minero

El pan minero es propio de la historia lotina del carbón. La feria sin embargo, no tiene relevancia como espacio de comercialización de pan minero hasta el 16 de abril de 1997, día en que Enacar cerró definitivamente sus minas, pues el pan siempre fue un producto de elaboración y consumo privado. El sonido de la última sirena duró casi veinte minutos ese día, y para todos caló hondo en el pensamiento, en los miedos más agudos que trae la incertidumbre sobre el futuro. De acuerdo a lo planteado por Reyes *et al.* (2014), para las familias mineras, la ciudad después del cierre de las minas de carbón es simultáneamente un laboratorio y un museo:

Atestigua el fin de una historia, de una clase, de una identidad laboral, una pertenencia, una forma de hacer amistad, de hacer familia y de recreación, anunciando una nueva ciudad. Pero, su ruina revela siempre la actividad fundacional. Por eso en Lota hay ruinas y gente arruinada: la estructura de oportunidades –en lo personal y familiar– sufrió un cambio fundamental, que su herida está abierta (p.257).

Esta recreación de una parte de la vida cotidiana durante el tiempo en que funcionaban las minas puede, siguiendo la línea de estos investigadores, responder a la creación de lugares imaginarios, con el fin de reafirmar una identidad en tiempo pasado. Sin embargo, de acuerdo a lo señalado por quienes practican aún esta elaboración del pan con fines de comercialización, más bien buscan una alternativa eficaz para su subsistencia, valiéndose de la ruina, como condición de su quehacer y su producto.

Como muchos, la panadera María Jara, pensó que Lota se oscurecería para siempre hasta morir. Perturbada por la inminente cesantía que arrasaría a la ciudad, María acuñó su conocimiento sobre la elaboración del pan y decidió salir a venderlo. Por cierto, no se acostumbraba comercializar el pan para otros, pues este siempre fue un alimento de casa, un beneficio privado y doméstico, uno de los pocos propios de las familias mineras y de nadie más. Sin embargo, a la luz de los acontecimientos y acompañada por otras mujeres que también entendieron que ahora serían ellas las responsables de llevar el principal ingreso a sus hogares, inició su primera actividad de comerciante antes del cierre de las minas sin mucho éxito. Para la huelga de resistencia contra el cierre de Enacar en 1996, ella y otras compañeras se ubicaron en lugares cercanos al centro de Concepción para vender el pan, pero las autoridades penquistas no permitieron que se mantuvieran mucho tiempo como comerciantes ambulantes. Hubo que buscar otro espacio, uno donde se pudiera vender en canastos, donde se pudiera recorrer y cantar la mercadería libremente sin las interrupciones de la fuerza pública. La feria de Lota era el paso lógico a seguir.

Fotos 32 y 33. Horno comunitario del Pabellón 51 y puesto de pan minero en la feria



Fuente: fotografía de la autora, septiembre de 2014.

Hija de minero, María aprendió a hacer el pan a los ocho años cuando su madre la paró frente a una batea y le dijo: “tú vas a aprender a hacer el pan”. Antiguamente el pan se mojaba en la artesa y se sobaba manualmente antes de hornearlo. Ella conoce bien la técnica y la antigua usanza, porque pertenece a ese pasado.

Entonces, con un propósito tácito, la madre de María dejó que su hija aprendiera a hacer manualmente lo que ella también hacía, suponiendo tal vez que también a María le tocaría ser mujer de un minero y repetir su cotidianeidad. De este modo, María se convirtió en compañera de su madre para una de las faenas que tomaba mayor tiempo y debía realizarse en los horarios más desgraciados. A veces había que salir a cocer el pan de madrugada, pues, en los hornos comunitarios de Lota Alto se compartía el espacio de la cochura con muchas otras familias⁴². Su madre le enseñó a todos sus hijos, hombres y mujeres, a hacer todas las tareas relacionadas con la administración de la casa. Ella y sus cuatro hermanas también vendieron verduras en un boliche que su madre administró durante un tiempo y, cuando escaseaba el dinero, también vendieron pan amasado y empanadas hechas en casa, en las esquinas de Lota. Todo esto, claro, en los tiempos en que no existía la hallulla o el pan de fábrica.

La recreación del lugar de la vida doméstica minera está, en este caso, en la elaboración del pan. Todo en su producción se basa en recrear, dentro de lo posible, la elaboración casera del pan en el tiempo en que la mina funcionaba, utilizando la infraestructura remanente de aquella época como, por ejemplo, los hornos comunitarios. Mientras más esta elaboración se acerca a lo que “se sabe por herencia” tal como es la “verdadera” producción del pan, más legítimo y genuino es. Más valor tiene.

Actualmente el pan de María se sigue preparando en el horno comunitario del pabellón 51. Un letrero de cartón sobre los ladrillos indica la “seña” de la persona o la casa que tiene derecho a cocer en tal o cual horario según determine la programación de la comunidad establecida para la semana. María dice:

Aquí todo se respeta por señas. Aquí por ejemplo en letrero dice: “Eulogio”. Eso significa que él va a prender el horno mañana en la mañana. Aquí hay harta gente que vende pan, pero no todos hacen verdadero pan minero. Hay gente que se ha fabricado hornos en los patios de sus casas, hay gente que también hace lulos en hornos industriales. Pero ese no es el verdadero pan minero. Lo necesario para que sea minero es que se haga en uno de estos hornos, que tenga el olor de la leña y se cueza con el calor del ladrillo. Por eso tenemos que organizarnos para usar los hornos, son lo más importante (M. Jara, entrevista personal, 7 de octubre de 2014).

⁴² En el año 1920 aproximadamente, la compañía carbonífera instaló cada tres cuerdas de casas obreras un horno comunitario para elaboración de pan.

Valorando este elemento único en su sentido histórico, barriéndolo y limpiándolo todos los días, es que el recurso que da origen al pan minero continúa siendo productivo. Entre los vecinos se ponen de acuerdo para no toparse con los horarios, sin diferenciar entre quienes venden el pan y quienes lo consumen en sus casas. Y al igual que sus vecinos, María hace uso de su turno para cocer el pan que vende en la feria.

Todos los días sábado a las cinco de la mañana, comienza su trabajo. Ella es la primera que ocupa el horno en fin de semana entre cinco y siete de la mañana. Esto implica, también, que tenga que usar más leña de lo normal para lograr la temperatura necesaria para cocinar. Por ser la primera de la lista el día sábado, María se encuentra con un horno frío mojado por el rocío o la lluvia. A diferencia de los demás, ella no goza del beneficio de encontrar un horno “precalentado” como el resto de los vecinos a lo largo del día. La gran ventaja del horno comunitario es que se ahorra energía cuando todos lo usan; el calor de la cochura anterior permanece para los que llegan después y así todos ahorran leña. Todos, menos María, claro. Pero descongelar el horno ya es parte de un ritual para ella, se ha transformado en un procedimiento muy personal que realiza casi siempre sola, salvo que la cantidad de producción la supere en capacidad. En esos momentos contrata a un ayudante.

Luego de despertar, en la oscuridad de la madrugada, comienza a hacer la masa. Desde que su padre le regaló a su madre una máquina manual para sobar, María dejó la batea. Hoy también tiene una máquina sobadora y una revolvedora, pero la elaboración de su pan sigue siendo artesanal en el moldeado de los panes y el amasado. “Harina, levadura, agua y manteca de la mejor calidad y buena mano para moldear bonitos panes son el requisito fundamental para que queden bien”, señala. Una vez que lulos y panes están listos y enharinados, tienen que reposar un tiempo hasta que suban y crezcan. En ese lapso, aprovecha para ir a prender el horno. Recuerda María que, durante su infancia y adolescencia, estas tareas eran sacrificadas y que los hombres de su familia, especialmente sus hermanos, pocas veces seguían las instrucciones de su mamá: “los hombres siempre fueron más flojos. A veces empeñaban los manteles o le sacaban el cachito a las empanadas para no venderlas. Nosotras, las mujeres, siempre fuimos más esforzadas. Por eso aprendimos a hacer de todo y hoy somos mucho más independientes” dice con convicción. El frío y el viento no son impedimento para prender el fuego. La leña de eucalipto le obedece y hace combustión rápidamente, y ella vuelve a su cocina, pero esta vez a preparar

el almuerzo para su familia y ordenar un poco, hasta que del horno comience a salir olor a eucalipto y humo. Para ese entonces, los ya panes están lo suficientemente grandes, el horno lo suficientemente caliente y el almuerzo preparado. No es sino con todas esas tareas completas, que María introduce los panes para la cochura. Deja tranquila la producción en el horno y vuelve a su casa para vestirse y arreglarse para salir. Cuando ella está lista, los panes también. Calentitos y redondos esperan para ser envueltos en grandes manteles blancos. Con ellos listos, se meten en el canasto de mimbre característico de su negocio, junto a un letrero que versa: “El rico pan amasado”. Toma su canasto y baja a la feria a vender.

La feria es el momento en que María, después de un largo proceso en solitario, comienza a conversar con la gente que la conoce desde hace años y la identifica como una de las productoras de pan que realiza el “verdadero” pan minero, a la usanza original de Lota Alto. Sentada en calle Caupolicán con su canasto sobre una tarima, recibe a los compradores que se llevan sus sesenta panes antes de la una de la tarde. Cuando la venta ha terminado puede volver a su casa, pero esta vez a descansar, hasta que el día domingo comience nuevamente la faena con el lavado de los manteles.

4.3.2.3. Las apancoreras y la venta de jaibas

La venta de jaibas o “apancoras” también es reconocida como una práctica “tradicional” que se vincula con el pasado minero por su popularidad; entre los mineros era llamada la “centolla de los pobres”. Era una exquisitez popular valorada como el tritre o la sierra ahumada. Aquí, cabe señalar que parte de esta popularidad se expresa en el reportaje novelado y fotográfico *Comidas y bebidas de Chile* de Alfonso Alcalde y Miguel Rubio (1972). En esta publicación, se hace referencia a la dificultad que tiene la jaiba para poder quebrarla y comerla, técnica que en esa época era conocida solo por mineros y pescadores.

Foto 34. Fotografía de apancorera



Fuente: Alcalde (1972).

Foto 35. Portada de publicación *Comidas y bebidas de Chile* de Alfonso Alcalde (1972)



Fuente: Memoria Chilena, Biblioteca Nacional.

La venta de apancoras ha experimentado cambios, la jaiba no se vende entera y cocida como antaño, sino como carapacho, es decir, como carne de jaiba desmenuzada. Estos crustáceos han sido muy relevantes para la sobrevivencia del mercado del mar en Lota. Al alimentarse de peces y moluscos muertos, limpian el fondo marino y, como tampoco pueden sobrevivir mucho tiempo bajo el agua, todavía son fáciles de recolectar para las apancoreras.

Históricamente, su duro caparazón y la férrea concha de sus pinzas y tenazas las alejó de las cocinerías por su dificultad y las relegó al consumo casero. Sin embargo, hoy de quince jaibas se extraen kilos de carapacho o bandejas llenas de pinzas peladas y blancas. Esta es la manera en que las apancoreras han logrado mantener la comercialización de la jaiba vigente, a pesar de que la cultura vinculada a su consumo haya quedado atrás. Pues, así como todas las tradiciones gastronómicas de la feria, esta también era costumbre de la vida cotidiana minera.

Cruzando los puestos de pescados y mariscos de calle Caupolicán y dirigiéndose hacia la línea férrea, se encuentran dos pabellones de ocho puestos ubicados frente a frente, y que corresponden a exclusiva venta de apancoras. En los mesones de cada tienda se exhiben los animales rojos y gordos, cocidos y esperando como arañas tendidas, a los clientes que las observan y se las llevan enteras o desmenuzadas. El coral que se extrae de su interior muchas veces perjudica a los alérgicos, por eso se regala a quien lo quiera, debidamente separado de la jaiba y sellado en una bolsa.

Fotos 36 y 37. Apancoreras durante la elaboración del carapacho



Fuente: fotografía de la autora, abril de 2015.

En el primer puesto de apancoras del pabellón está Elodia Domínguez, una recolectora de mariscos y algas marinas que desde los años sesenta vende en la feria. Su hija, Patricia Mardones, es la actual dueña del negocio y heredera de la tradición de las apancoras: “Toda la gente que viene a Lota, viene a esta feria, porque si usted busca una aguja, la encuentra” es lo primero que dice Patricia. Muchos feriantes repiten esta sentencia como un rezo, como una reafirmación colectiva para la existencia de la feria. Patricia agrega:

Es que en otras ferias se encuentra solo lo justo y necesario, en cambio, acá hay de todo, todos los días, en todas las temporadas y sobre todo en verano. Cuando hay sol, la feria es turística, todo el mundo se pasea por aquí. Parece mentira, pero después del cierre de las minas nosotros seguimos trabajando, contra viento y marea, y con medio Chile creyendo que Lota iba a quedar despoblado, que se iba a convertir en una ciudad fantasma. La cesantía afecta a nuestros compradores y eso nos perjudica como comerciantes, pero a pesar de eso, todos los días la gente sigue viniendo. Llegan a preguntar, a pasear, mirar y comprar. Es medio mágico, pero la gente de afuera no se olvida nunca de que Lota existe (P. Mardones, entrevista personal, 22 de abril de 2014).

Elodia, la madre, observa a su hija vender mientras, sentada frente a una firme mesa de madera, descorazona las jaibas y las desmenuza. El ritmo del carapacho es como un pulso, un ritmo mientras se entablan las conversaciones. Dos golpes y se abre la jaiba, tres golpes y se trizan las patitas, y así el sonido de la faena estabiliza el ruido ambiente. Todos los días, una vez instalada la sugerente exhibición de gordas jaibas, potes transparentes de carapachos, bandejas de pinzas y de patas, Patricia comienza a ofrecer sus productos amablemente a los transeúntes desde el mostrador de la tienda, tomándose un café. Más atrás, su madre trabaja los carapachos provista de una ayudante y tres herramientas. La primera, una mesa firme y de tabla rasa; la segunda, un martillo pequeño de acero inoxidable, y la tercera, sus expertas manos. Casi sin mirar la jaiba, Elodia y su ayudante quitan la carne blanca de la apancora en menos de un minuto. En promedio, faenan 400 apancoras al día cada una. De esa manera, es fácil conversar porque parecen casi no prestar atención a la mecánica actividad, se ve como si se tratara de un acto reflejo para ellas. Elodia sostiene que el talento para hacer el mejor carapacho está en el tacto de las manos, no en la vista. El mejor carapacho es el que queda más libre de esos duros restos de caparazón que, si se cuelan en la boca de un comensal, bien pueden partirle los dientes.

El ojo conocedor, por el contrario, sirve para reconocer la mejor apancora para el carapacho. De las diversas especies de jaiba que habitan las playas de Lota, en la tienda de Patricia y su madre se vende la apancora “reina”, famosa por ser la más gorda y roja, también la apancora “pelúa” que sirve mucho para el carapacho por su gran cantidad de carne, y la apancora “marmola”, que tiene tenazas y patas mejor formadas. De estos tipos de jaiba se separa la conocida “remaora”. Esta última especie no se vende en la tienda de Patricia, pero sí es repartida por vendedores ambulantes, transportadas en canastos a lo largo de toda la feria. La apancora “remaora” es aquella más flaca y con menos carne, pero de cáscara más blanda y manejable. Por lo general, quienes las compran son los aficionados a la técnica de descorazonar jaibas y comérselas directo desde la concha, son casi siempre pescadores. Es esta una de las tantas maneras que existen para comerlas, pero en el pabellón de apancoreras establecidas, casi todas se han especializado en “marmolas”, “pelúas” y “reinas” con el objetivo de dar la máxima utilidad a todas las partes del animal; por eso han dejado fuera las apancoras más flacas como las “remaoras”. Por ejemplo, solo las pinzas peladas de la jaiba “marmola” y sus patas son consumidas como entrada en una comida o servida como tentempié. El carapacho, por su parte, se sirve solo con un poco de sal, aliñado con limón, cilantro, cebolla y un poco de mayonesa para entrada o, si es en grandes cantidades, como plato de fondo; también la carne desmenuzada es muy utilizada para hacer empanadas de carapacho además de todo tipo de frituras y rellenos. Por otro lado, el coral se sirve como un aliño que acompaña la jaiba, con vino blanco, ají y ajo. Esta tendencia está siendo muy seguida por las cocinerías de Lota y las mismas familias. El carapacho se ha incorporado también, cuenta Patricia, porque la faena de la jaiba es complicada de hacer. Cuando se cuecen, el fuerte olor del hervido se impregna en todo lo que hay, por lo tanto se evita cocerlas dentro de las casas. A lo anterior se agrega que el caparazón es tan duro que aún cocidas hay que tener mucha fuerza para romperlas y quitarles toda la carne.

En consecuencia, el arte de la jaiba desmenuzada les ha traído muchas ventas, pero Elodia, por experiencia, conoce el animal desde la cuna. Su vida partió en la feria cuando las apancoreras recolectaban jaibas en la playa directamente, después las cocían en casa y luego las salían a distribuir a pie por toda la ciudad. En esta época el carapacho no existía y los caseros rompían a pulso la jaiba para extraer de ella lo que pudieran. El más hábil comía

más y el menos ducho simplemente quedaba con hambre. Elodia también fue hija de marisquera, aunque de una marisquera “conversa”, dice. Su mamá llegó en el tren desde Carampangue a vender machitones y hierbas traídas desde la zona de Arauco. Seguramente en uno de esos mismos trenes también venía su padre, pues fue en los trenes donde se conocieron y después “pincharon”. Luego del matrimonio, la madre de Elodia se dedicó a vender jaibas, ultes, luce y coyoi (cochayuyo) en una improvisada tarima instalada en la feria, y solía llevarla desde sus ocho años a vender con ella. En eso mismo estaba Elodia años más tarde, vendiendo ulte, cuando un día de 1971 el fotógrafo Miguel Rubio le preguntó si podía hacerle una fotografía trabajando. Elodia recuerda haber tenido 24 años ese día, pues estaba recientemente embarazada de Patricia. Justo en el momento en que entregaba la mercancía envuelta en papel de diario, Rubio hizo la foto. Hoy esta imagen forma parte de la colección de fotografías en blanco y negro del libro *Comidas y bebidas de Chile* de Alfonso Alcalde.

Foto 38. Fotografía de Elodia Domínguez vendiendo ulte



Fuente: Alcalde (1972).

4.3.3. La herencia y el sentido del futuro

Las relaciones familiares en la feria son fundacionales y pareciera que es esta vinculación parental la que permite que el conocimiento se mantenga más arraigado en la memoria. En el trabajo de campo pudimos observar las vinculaciones familiares relacionadas directamente con el sentido de la herencia: la feria se hereda de generación en generación y su conocimiento se traspa. Al mismo tiempo, este sentido de la herencia está siempre reivindicándose en el discurso, los feriantes recurren a él para identificarse, pues la herencia también es una respuesta a sus cuestionamientos sobre el futuro, comprendiendo que la feria, inserta en Lota, vive desde el cierre de las minas en un contexto de precariedad e incertidumbre.

Sobre la presencia de relaciones familiares en los mercados populares, el historiador Gabriel Salazar (2003), en su trabajo sobre las ferias libres de Chile, sostiene:

Y es un hecho destacado, altamente significativo, que, en su mayor parte, los hijos de los ‘fundadores’ han sido también ferianos. En verdad, los comerciantes de estas pequeñas ‘lonjas de abasto’ han trabajado en ellas *como* familia; es decir: con un sentido fuertemente comunitario. Incluso la asociatividad –tanto social como gremial– entre los ferianos mismos tiene el sello comunitario propio de sus núcleos familiares (p.42).

Siguiendo el argumento, podemos hacer extensivas las relaciones familiares a otras relaciones comunitarias, fuera de la familia, a los grupos de amigos, los clubes, los gremios y encontraremos en el centro del capital social, vínculos de parentesco.

Patricia Mardones, aparcerera, sostiene a este respecto:

No creo que la tradición de la feria se pierda, porque uno la va dejando con los hijos. Porque la primera puede salir que no, pero la segunda sí, esa sigue con lo de uno. Por ejemplo, la misma chica que tengo yo tiene 8 años, puede ella seguir, si no le da la cabeza y no quiere estudiar... porque a ella le encanta venir a vender. Ella se gana en el mesón y yo la dejo. Aquí mismo, hay niñas que dejaron sus estudios por trabajar con la mamá. Hay otras que son bien *estudiás* y hacen lo mismo que hacía la mamá... uno lo lleva en la sangre, porque mi mamá no nos enseñó, nosotros aprendimos mirando (P. Mardones, entrevista personal, 22 de abril de 2014).

La continuidad que dispone la herencia, parece indicar un sentido del futuro fuera de la historia, tal como su origen. La feria no desaparecerá jamás pues es en sí misma algo que se hereda.

Por su parte, el heredero de las desaparecidas “carnicerías España”, Pedro España, hoy maneja un local en el antiguo galpón del Corralón, aquel que hemos designado como espacio fundacional de la feria de Lota. En este puesto, Pedro fabrica los embutidos que aprendió a hacer “mirando” a su madre. La expresión “aprender a hacer mirando” se escucha repetidas veces en los relatos de los feriantes hijos o familiares de otros feriantes. Esta expresión también se asocia a “la feria se lleva en la sangre” que reiteraba la apancorera Patricia Mardones, y que explica aún más profundamente –creemos– la naturalización de la herencia. La herencia se adopta como identidad y, a la vez, como mandato. Es incuestionable e imposible de modificar el mandato de la feria, en la medida en que ella forma parte de la naturaleza de quien la ejerce.

A diferencia de muchos en la feria, Pedro España no empezó su negocio como vendedor ambulante pues su padre le legó su negocio. En el caso de Pedro, el sentido la continuidad de la feria no tiene cuestionamientos puesto que, en su opinión, aunque la feria ha cambiado, hay muchas cosas que se conservan igual y, por lo tanto, se conservarán igual eternamente:

Desde que yo tengo conocimiento se conserva todo el movimiento de la feria. Todo se conserva tal cual. Hace cincuenta y tanto años atrás que está igual, el Corralón y lo que es feria. Han renovado los aleros que dan al mar pero lo demás está igual. Antes en la feria no había tanto puesto de ropa, antes había verdulerías en la calle Esmeralda con Caupolicán, ahora no, ahora hay pura ropa. No estaba el mercado de degustación ese, ahí no había nada, había mar ahí donde está la Estrella de Mar. Yo cuando era niño íbamos a comprar pescado a la feria y ahí había mar. De la línea, como 10 metros más allá llegaba el mar. Año 58, 59. Pero sigue igual, siempre va a ser igual esto (P. España, entrevista personal, 24 de julio de 2014).

La idea de “tradición” que se ha mencionado anteriormente, está vinculada directamente con el sentido del legado y de la herencia:

En Lota está quedando la tradición, este trabajo, porque ya han invadido tanto las empresas grandes de cecinas que la gente ha cambiado los sabores, las costumbres, la mortadela, el

jamón, todo eso. Entonces la gente está cambiando las maneras de comer. La gente que me compra viene porque le gusta el sabor del producto, y por la simpatía de uno, hay un contacto personal entre la clientela y uno. O porque la mamá compraba, después la mamá falleció, después viene la hija, y así. Uno se arma una “familia” de clientes cuando uno atiende público de forma personal. Yo le doy un valor agregado al producto al fabricar, yo mismo hago el arrollado. Incluso, lo que se vende acá es más sano que cualquier cecina porque no tiene preservantes, si no te la comes en tres días por ejemplo, la pierdes. Tiene el proceso de descomposición natural, entonces se sabe que esto es fresco cien por ciento. Yo hago y vendo el mismo día y no puedo hacer tampoco en grandes cantidades por lo mismo; entonces hago, vendo y me voy para la casa (P. España, entrevista personal, 24 de julio de 2014).

Motivados por un sentido profundo de la herencia, la continuidad de la práctica no se cuestiona. Frente a la posibilidad, manifiestan la preocupación de que “la tradición se pierda”, pero la posibilidad de que esta pérdida ocurra está fuera de su alcance, pues se proyecta para un futuro lejano del cual ellos ya no serán parte: “tal vez, algún día, esto ya no lo haga nadie más”.

Respecto del sentido del origen y porvenir de la feria, la vendedora de pescados Gladys Larenas, nos presenta otra articulación que está anclada en la incertidumbre:

Hoy en día, cada día del mes hay pago, del 1 hasta el 30 están pagando a distintas personas. A los profesores, a los públicos. Pero la venta igual está mala. Lota murió cuando cerraron la mina. Yo tengo la impresión de que toda la gente decía: ¡uuuy, Lota va morir! Cuando cerraron parece que el 16 de abril⁴³, sonó la sirena y ese día Lota murió. De hecho hay mineros que se suicidaron ese día. Porque ellos no sabían hacer otra cosa. Y después los mandaron a hacer unos cursos, pero no resultó porque eran cursos de peluquería. Imagínese, y para hombres que trabajaron toda su vida con la pala... y pasó que les pagaron sus años de servicio y pasó que la mayoría eran buenos para el trago y terminaron perdiendo todo (G. Larenas, entrevista personal, 1 de septiembre de 2014).

La expresión “Lota murió” de esta feriante, se asemeja a la imagen de un simulacro de fusilamiento, esto es, la experiencia de alguien que, estando seguro de que va a morir, no

⁴³ La entrevistada se refiere al día del cierre de las minas en Lota, el 16 de abril de 1997. La sirena recuerda el último toque –señal que marcaba el inicio de los turnos– realizado por Enacar, a las 12.00 pm de ese día para simbolizar la última faena de los mineros. De modo excepcional, ese día la sirena sonó durante 19 minutos.

muere; para luego sobrevivir convencido de que esa sobrevida no le corresponde, que se trata en realidad de un sobretiempo prestado, ajeno. Esta frase nos acerca aún más a la perspectiva sobre el tránsito del sufrimiento que se plantea en Reyes *et al.* (2014) cuando se entiende la ciudad de Lota en un trayecto entre la vida y la muerte, quedando en el intertanto un estar estático de nostalgia y sufrimiento:

El sufrimiento impone una urgencia: los hombres despojados de su vida cotidiana deben mitigar el dolor a través de mecanismos de comprensión, de apoyo y de solidaridad; restituir el sentido de comunidad y de iguales desarrollado en el trabajo de mineros (p.260).

Continuando con esta idea, la pregunta entonces se plantea en cómo restituir ese sentido de la existencia para los lotinos. Así, nos parece que la feria como lugar antropológico constituye un espacio natural para la manifestación de estas fracturas de sentido, pero también un espacio para su reflexión, su búsqueda y recomposiciones.

4.4. Las relaciones comunitarias y las prácticas de intercambio

La experiencia de la feria está vinculada a un recorrido demarcado por la preferencia que hace un comprador por un casero. Y esa relación implica un intercambio comercial, pero también afectivo. La feria, en tanto lugar antropológico, dota a esa relación de reconocimiento mutuo (Browne, 2012).

Como hemos dicho en ocasiones anteriores, también las vinculaciones familiares juegan un rol muy importante para el balance económico de la feria, pues determinan el establecimiento de sociedades o la administración de capitales iniciales, así como el apoyo en recursos humanos que, cuando son parte de la familia y se trata de un negocio que está empezando, pueden no tener costo para sus beneficiarios. Se entiende que son parte del aporte realizado a la economía familiar, en tanto ese familiar forma parte (y se beneficia) de ella. Las compensaciones en esos casos trascienden la feria, pues el retorno que recibe ese familiar se materializa después, en la vida doméstica.

Otro aspecto a relevar en las relaciones cotidianas de la feria es la presencia de personajes públicos, sujetos que todos conocen, que deambulan por el sector sin destino fijo, pero que son considerados “típicos” del lugar. Son algo así como sujetos ícono. Se trata, por lo general, de personas en “situación de calle” o individuos que, por alguna razón, han “caído en desgracia” a causa del alcoholismo u otro problema que ha transformado sus

vidas (A. Jara, entrevista personal, 3 de julio de 2014). Por ejemplo, durante el transcurso de la investigación, pudimos saber de una mujer apodada “la *Chichi*” que circulaba por los puestos pidiendo comida gratis a cambio de llevarle a los locatarios, noticias de la feria, acontecimientos que afectan la vida pública y privada de los feriantes, como por ejemplo: hijos que se van de sus casas para no volver, datos de quienes han tenido algún problema, quien vendría o no a trabajar al día siguiente, etc. También entregaba información de lo que sucedía en otro sector de la feria, entre otros datos.

4.4.1. Los regalos y la confianza

La feria económicamente es competitiva con los supermercados y el resto del comercio minorista de Lota. La venta de fruta de verduras y frutas ha experimentado cambios a lo largo del tiempo, principalmente por el cese de la actividad del ferrocarril que, por ejemplo dejó de traer desde la zona sur de Arauco las famosas papas de Cañete en grandes cantidades, o bien, porque sencillamente el tren dejó de abastecer las tiendas con la producción agrícola de la zona sur. De ese modo, los verduleros y fruteros de la feria de Lota tuvieron que comenzar a viajar de forma independiente a Concepción para comprar sus productos en la Vega Monumental⁴⁴ de esta ciudad. Actualmente, el principal centro de abastecimiento de frutas y verduras de la feria es la Vega y, en su gran mayoría, los productos provienen de productoras agrícolas del litoral central del país. Lo mismo sucede con el abastecimiento de flores o pescados que, principalmente se adquieren allí y a su vez, provienen de Puerto Montt o Valdivia. La ropa, el menaje y los productos de paquetería se adquieren directamente a distribuidoras también en Concepción o en Santiago.

En este punto, nos parece necesario reiterar lo señalado en la caracterización de la feria en este estudio: de acuerdo a la información proporcionada por el plano de Catastro Topográfico de la feria de Lota (Municipalidad de Lota, 2007), es posible determinar que la mayor actividad económica se refiere a bazar, cordonería y paquetería (30%), seguido muy de cerca por frutas y verduras (29%) sumando entre ambas actividades el 59% del total. El 23% corresponde a vestimenta y calzado, 14% a pescados y mariscos, y el rubro integrado por menaje, artículos varios, herramientas y juguetes compone el restante 12%.

⁴⁴ Centro comercial y mercado mayorista de mayor extensión y antigüedad de la provincia de Concepción.

De este modo, los precios de los productos en la feria compiten casi de igual manera con los supermercados, sin embargo, tienen un valor agregado, un beneficio que los compradores valoran. Según lo señalado por Carlos Delgado, pescador artesanal, las personas continúan comprando en la feria porque hacerlo se considera “una tradición”. Esto, como primera motivación. En segundo lugar, lo hacen porque es conveniente en términos económicos:

ahora la gente que tiene plata va a los *mall*, va al “Líder”, va a Concepción. Pero igual, siempre, todos los días va a comprar a la feria, aunque sea poquito, igual compra. No se olvidan, no pueden olvidarse, aunque vayan a “Conce”, porque acá pueden comprar quinientos pesos de papas, allá no *po’*. Allá les venden la media malla súper cara, impagable eso *po’*. Y la feria es de uno, es un patrimonio que nosotros cuidamos, es como un patrimonio de uno (C. Delgado, entrevista personal, 1 de septiembre de 2014).

Todas las interacciones que pudimos observar en el proceso de venta, y la relación vendedor-consumidor, están mediadas por una vinculación afectiva evidente, salvo aquellas compras funcionales con personas desconocidas que también constatamos, pero en muy pocas ocasiones. Es importante sostener que uno de los esfuerzos que hace el feriante, es el de dotar la relación de compra-venta de algo más personal, de transformarla en una conversación amistosa, en un momento especial para “echar la talla” o bromear, para llamarse por sobrenombres, para preguntarse “cómo les fue”, entre otras tácticas que permiten establecer confianza. Roda Ormeño, feriante de verduras, le llama a eso “romper el hielo”, cosa que hay que hacer con todos los clientes, si no se hace, la gente no compra (R. Ormeño, entrevista personal, 9 de septiembre de 2014).

En el caso de los vendedores de pescados y mariscos existe una conversación más específica y obligada pues, en el caso del primero, éste se tiene faenar antes de ser vendido y en este proceso, el comprador tiene que contarle al casero qué quiere hacer con el pescado: si lo quiere para caldillo o para freír, entre otros. Esta sola interacción da paso a una conversación más profunda que la anterior. Parte de la venta de las marisqueras, en su particular caso, consiste en “explicar” su producto y contar cuáles son –por ejemplo– los mariscos nuevos que llegaron de Tubul, cómo se preparan, incluso si son ricos o no acompañados de tal o cual ensalada, o si tienen alguna propiedad para la salud aludiendo,

algunas veces, a la experiencia personal, como cuando observamos a Isabel Burdiles, feriante de mariscos, explicándole a un cliente que mira curioso, sin comunicarse todavía:

Ayer lo comimos este en la casa, es nuevo y se parecen a las machitas, pero son más suaves. Todos lo miramos igual con desconfianza al principio. Hay que prepararlo como las machas, así que con el pinito, con el pilpil o solito con mayo no más (I. Burdiles, entrevista personal, 12 de agosto de 2014).

Luego de esa información, el cliente le pregunta si puede probar una, le gusta y se inicia la conversación y en seguida, se materializa la compra.

Algo similar ocurre con las apañcoreras que venden carapacho y hacen notar al cliente el proceso de preparación detrás del mostrador. La idea es que todos sepan que la faena está ocurriendo en ese momento y que no se trata de jaibas pasadas o del día anterior.

Por su parte, los locales de venta de ropa son apreciados –sobre todo por las mujeres– como un lugar de encuentro. En el Persa Acrul y también en algunas paqueterías, observamos muchísimas veces a mujeres que pasaban a comprar medias o ropa interior, y se quedaban mucho tiempo conversando sobre su vida personal con las locatarias. Incluso pudimos ver a clientas que se quedaron toda la mañana conversando y ayudando incluso a vender, algunas acompañadas por sus hijos. En estos casos, lo que diferencia la relación, es la transacción comercial que constituye el motivo. Pues no puede igualarse a una simple conversación entre amigas. Para encontrarse, una tuvo que comprarle a la otra y eso implica también una compensación por la preferencia.

Los vendedores de frutas y verduras tienen otra manera de vender y regatear, y notamos que hay niveles de confianza establecidos con los caseros. El primer cliente, aquel que no es cliente permanente, elige sus productos y los evalúa, además hace muchas preguntas sobre la procedencia del producto y su calidad. Por el contrario, el cliente con más confianza permite que el vendedor llene su bolsa con los productos que él determina son “los mejores”. Sin embargo, la *yapa* es decir, el regalo extra que puede ser una cebolla o una naranja adicional y que no se pesa en la balanza junto con el resto del pedido, va para ambos clientes: primerizo y antiguo. El regalo o *yapa* es una estrategia tanto para cerrar una venta como para fidelizar y conservar al cliente. Hubo feriantes que nos dijeron que había vendedores que no daban *yapa* o regalo, sin embargo no encontramos ninguno. Este regalo juega el rol de la compensación, en el sentido del don y el principio de la reciprocidad

(Mauss, 1971) por la preferencia. El cliente también compensa a su casero de la feria, y esto se demuestra con la permanencia y la mantención del vínculo en el tiempo. La compensación del cliente implica también, no comprarle a otro.

Roda Ormeño es hija del famoso “Don Vicho”, comerciante que vendió por muchos años verduras en la feria de Lota y que falleció a los 82 años. Su herencia son dos puestos a su nombre y una extensa familia en buena parte dedicada al negocio de las verduras. A diferencia de ayer, hoy las ensaladas preparadas son algunos de los productos más vendidos; estas son una mezcla de verduras surtidas, peladas y picadas dispuestas en bandejas de plumavit. La tienda de Roda actualmente es un puesto establecido de impecables instalaciones de acero, sin embargo, para el año 1965 la situación era muy diferente. Su padre, Vicente Ormeño, vivía en la ciudad de Penco donde trabajaba como pescador artesanal. Allí se radicó con su mujer y sus hijos a quienes a menudo les pedía que lo acompañaran a pescar. Experto en un oficio arriesgado y peligroso, el negocio de las verduras para Vicente fue una apuesta de “inversión”, cuenta Roda, pues nunca quiso vivir en Lota, sino exclusivamente trabajar: “Lota es una ciudad para laburar”, decía “Vicho”. Siguiendo su intuición, apostó por abrir un negocio en la feria que, en ese entonces, era zona libre para quien quisiera instalarse a vender sus productos ya que solo había que pagar un permiso diario por la utilización del punto de venta. A pesar de los lindos recuerdos de infancia de Roda, lo que más recuerda es lo duro del oficio: ir a abastecerse era un desafío, y otro distinto era levantar el puesto y cargar la mercadería todos los días con la adversidad del clima:

El trabajo era duro, la gente se resfriaba mucho por el hielo y la lluvia. Por eso mi papá no quería que nosotros hiciéramos lo mismo que él, porque no es un trabajo que se pueda hacer para siempre, hay que ser fuerte y joven para resistir. Ahora estamos en un local techado y bueno, pero antes veníamos con frío y sin ropa especializada, con tormentas y vientos; nos mojábamos los zapatos y la ropa sin poder secarlos porque estábamos siempre a la intemperie. Mi padre trabajaba así, levantando con palos de madera un toldo para proteger las cosas. La feria se ve ahora muy diferente, pero antes había que tener cuero firme para venir a trabajar. Todos los puestos eran de palo y nylon, a veces se caían con el viento o por el peso del agua sobre los toldos (R. Ormeño, entrevista personal, 9 de agosto de 2014).

Don Vicho siempre instó a sus hijos a que estudiaran y, como consecuencia, hubo algunos hermanos de Roda que sí terminaron sus estudios pero, según ella:

... siempre en las familias salen personas de piel, con un gusto hereditario por el comercio. Yo trabajaba con mi padre y de él heredé los gustos y los talentos. Era inevitable que me dedicara a la feria porque yo me crié en esto, conozco el negocio y me encanta mi trabajo porque nos mantiene ayudando a la gente constantemente. Cuando me queda verdura, yo la remato, por ejemplo, o bien, la regalo. ¿Dónde en otra tienda del país se ve eso? Pero antes de perder lo que me sobra, prefiero siempre ser solidaria porque acá hay gente que pasa muchas angustias. Además mi papá siempre hacía eso, así hizo toda su clientela, siendo buena persona antes que todo (R. Ormeño, entrevista personal, 9 de agosto de 2014).

Algo parecido le pasó a la hija de Roda, Paola, quien estudió Prevención de riesgos en un Instituto pero luego se dedicó al comercio igual que su madre y su abuelo. Paola ha ganado varios fondos de emprendimiento y es dueña de locales en la feria y otros ubicados en el centro de Lota. Según Paola, el gusto por el negocio se lleva en la sangre: “cuando era más chica, volvía del liceo y me pasaba a vender rifas o a ayudar a desconchar mariscos. Me gustaba estar con la gente, conversar con todos, atenderlos, darles regalos o enseñarles cosas” (P. Bustamante, entrevista personal, 9 de agosto de 2014). Pero no solo se trataba de conversar o hacer amigos.

El regalo, lo fiado, la atención entregada a quien sufre no es solo un valor agregado, es un imprescindible para sobrevivir en una comunidad que desde sus orígenes acoge a comerciantes que fueron vencidos en otro lugar. Las innovaciones y experimentos en materia de negocios son comunes, algunos prosperan y otros no, pero todos buscan una oportunidad. En el caso de “Don Vicho” en 1965, se trataba de un comerciante que cambió su campo de desempeño en la pesca por la venta de verduras. Hoy, por ejemplo, un caso similar es el de Emilio Jorquera, más conocido como el “Rey de la Cebolla”. Huyendo de la crisis económica, Emilio llegó desde Talca en 1978, a sus 16 años, junto con su familia. Todos eran comerciantes de productos agrícolas, pero tras las pérdidas, era necesario empezar de nuevo y el mejor lugar para ello –les habían dicho– era la feria de la ciudad de Lota. Siguiendo este consejo, toda la familia comenzó a trabajar en el comercio ambulante hasta que lograron prosperar. Hoy Emilio tiene un exitoso local de venta exclusiva de cebollas, un negocio rentable aunque sacrificado. La cebolla que llega desde Talca, Duao y

San Clemente se convirtió sorpresivamente en un negocio fructífero en medio de un amplio universo de verduleros. Y tener la lealtad de sus clientes es un gran beneficio pues la cebolla es la base fundamental de la cocina en todas las casas de Lota –nos dice– y por lo tanto: “no hay día en que no se necesite”, su demanda entonces, es inagotable. En la feria abundan los puestos “monoproducto”, pero en general se trata de negocios precarios. Así, el éxito del puesto de Emilio llama la atención. En su relato, atribuye su prosperidad a la fama que él mismo se ha fabricado con los años, haciendo regalos: cada vez que hay partido de la selección chilena de fútbol, regala cebollas a la radio local Matías Cousiño, donde posteriormente se obsequian (para los asados) a los auditores que se comunican telefónicamente. Para las fiestas patrias, regala CDs de cueca a sus caseros, y para año nuevo, reparte discos de cumbiaailable. Colabora con cebollas para todas las rifas de clubes deportivos y escuelas. También las regala a todas las ollas comunes, en todas las iglesias (que le piden) y para todas las fiestas. Regala cebollas para las cruzadas solidarias y las causas nobles. “Y así, constantemente durante treinta años, hoy viene cualquiera a presentarle a “fulano” y me dice: ‘Mire, le presento a usted un personaje ¿conoce usted al Rey de la Cebolla?’” (E. Jorquera, entrevista personal, 13 de septiembre de 2014).

4.4.2. La casería de los quesos de Arauco

La casería en las ferias urbanas de Chile se reconoce como el contrato entre un comprador y un vendedor en el contexto de una feria. Ambos son el “casero” del otro, el elegido o el preferido, y el término denomina al comprador y al vendedor por igual. Sin perjuicio de lo anterior, en la feria de Lota es identificable un tipo especial de casería, y se refiere específicamente a la compromiso de negocio (especie de sociedad) entre un distribuidor que vende en la feria y un fabricante del producto, cuando este último es de origen artesanal.

El queso de Arauco es otro elemento característico de la feria de Lota que se suma a los productos tradicionales que –en un inicio– llegaban en tren desde Carampangue, Curanilahue y Arauco. Como si se tratara de un ancestro ineludible para pescadores y mineros, la venta de queso se extendió por todos los rincones de este mercado. Especialmente fuera del Corralón y a lo largo de todos los laberintos, grandes rectángulos de queso blanquean las tarimas desde muy temprano, todos los días. Antes de las 13.00

horas ya casi todo el queso ha desaparecido del mercado, porque llega para ser consumido fresco y se acaba rápidamente. El distribuidor de quesos, Hernán Zúñiga, de 68 años, recuerda sus primeros años arriba del ferrocarril y la gran aglomeración de comerciantes campesinos que, aperados con canastos, llenaban los suelos de las calles de Lota desde la estación hasta la feria. Así empezó todo, con el tren y los campesinos hace mucho tiempo. No se sabe cuánto tiempo, eso sí, dice Hernán, porque desde siempre la feria existe: “está ahí desde que hay conocimiento”, repite. Pero independiente de las fechas, un dato que sí se conoce es que el queso viene de Arauco. Quienes lo hacen son campesinas que se ubican en “la zona del queso”, es decir, en Arauco y sus pueblos colindantes a no más de veinte o treinta kilómetros de distancia como Raque Potrero, Aguapié o Quidico. Las queseras son principalmente mujeres que se reconocen de origen mapuche y que abundan en la zona, y herederas de recetas de preparación tradicional y también con variaciones. Hernán recuerda a su madre quien compraba a las campesinas del sector los quesos para luego viajar a Lota en el tren, a venderlos. Hernán todavía vive en Arauco, pero viaja constantemente a Lota para distribuir a vendedores de queso independientes que se instalan en la feria. Lo que no reparte a otros comerciantes, lo vende directamente al público muy temprano por la mañana. Cerca de las once del día ya está regresando a Arauco, ahora en vehículo particular o bus, aunque desde los siete años tiene grabados en la memoria esos viajes interminables en ferrocarril que lo sacaban de Arauco y lo aproximaban a la ciudad industrial de Lota, la desarrollada, la pujante, donde abundaban clientes con bolsillos llenos de dinero todas las semanas. Su madre se subía al primer bus que la llevaba desde el campo hasta la ciudad de Arauco y allí tomaba el tren hasta Lota para vender en grandes canastos todo lo que en su casa fuera capaz de producir: camarones, aves, huevos, flores silvestres y, dentro de esos productos, también había quesos elaborados por sus vecinas. Muy distinta era, eso sí, la situación en el campo. En los alrededores de Arauco la pobreza era extrema, pues a la aislación y la baja productividad de los agricultores independientes que se veían afectados por la gran industria del agro, se sumaba el despoblamiento por migración hacia otras ciudades. Cuando Hernán comenzó a trabajar en forma independiente de su madre, las queseras no tenían dinero suficiente para comprar los ingredientes y fabricar su propio queso. En estas precarias condiciones, Hernán tuvo que establecer con las productoras lo que se conoce popularmente como “casería”. La casería en el mundo de los distribuidores

de queso de Arauco es un compromiso, un pacto de confianza, entre un productor y un distribuidor. Hernán entregaba a las productoras todo lo necesario para la fabricación del queso: las bateas, la sal, los instrumentos e incluso insumos para la propia sobrevivencia de la familia de las productoras: gas para las cocinas y estufas, harina para el pan, alimentos, entre otros. Luego, la casera o productora, le pagaba con quesos frescos que podían ser vendidos por el distribuidor y que correspondían a más de la mitad de la producción total. En la casería, la cadena de producción abarcaba la vida entera de las personas, pues quien compraba los quesos se hacía cargo de solventar gastos que nada tenían que ver con el producto y se asumían responsabilidades más relacionadas con la amistad que con el negocio:

En este trabajo uno siempre se siente bien, porque ayuda realmente a la gente, además de sobrevivir uno mismo. Con las señoras queseras me tocó ser muy amigo de todas. Yo llevaba hasta sus casas cada una de las cosas que necesitaban para vivir, porque estaban aisladas; les compraba verduras, abarrotos y también los pañales o la ropa para los niños, porque aprovechaba de pasar a las tiendas en Arauco o en Lota. Muchas viajaban hasta Arauco a pie y demoraban un día en llegar, por eso, cuando iban al hospital a dar a luz, yo también las alojaba en mi casa para que no regresaran hasta haber completado todos sus controles médicos. Hasta me tocó ser apoderado de los niños en la escuela, porque yo era el único vínculo que ellas tenían con la ciudad. Sus maridos eran agricultores pobres con muy pocas posibilidades, pero de todas maneras, a modo de agradecimiento, siempre me regalaban sacos de papas o un pollito *peláo* (H. Zúñiga, entrevista personal, 14 de mayo de 2014).

Actualmente, la situación económica para las más de quinientas productoras de queso que habitan la zona de Arauco ha mejorado. Muchas familias han recibido ayuda del Estado con proyectos de emprendimiento de Indap principalmente, y Hernán ha sido testigo de cómo con el tiempo, han ido progresando. Hoy Hernán trabaja con ocho productoras, pero la máxima cantidad de queseras con que trabajó fue veinte.

Hernán Zúñiga ha estado en el negocio del queso durante toda su vida casi o, al menos, desde los ocho años. Aunque la elaboración artesanal del queso no se realiza en la feria, los comerciantes que realizan la casería y distribuyen el queso, conocen bien su proceso de elaboración puesto que el prestigio de su negocio depende de la calidad del

producto. Ofician, en este sentido, como agentes de control de calidad de los quesos, aún sin participar de su proceso de elaboración.

Este control de calidad basado solo en muchos años de experiencia es lo que le permite a Hernán identificar y seleccionar a las pocas productoras con quienes mantiene casería en la actualidad. La buena producción del queso es sencilla y limpia, dice Hernán. La observación del proceso podría convertirlo también en un excelente productor de quesos:

Primero, se ordeña la vaca y luego la leche se cuela. Después se prepara el cuajo que va a endurecer el queso, que es un polvo vegetal que se echa dentro de una taza con sal y agua. Luego vierten el cuajo en la leche colada dentro de una batea donde se estruja. Después de estrujado se le agrega la salmuera y acto seguido, lo ponen en una prensa adobera donde lo moldean. Al día siguiente, los sacan de la prensa y empiezan a juntarlos. Los dejan reposar todos juntos por varias horas y solamente después de que ha pasado un rato es posible probarlos y ver cómo salieron: si muy salados, si cocidos o cremosos (H. Zúniga, entrevista personal, 14 de mayo de 2014).

La hechura, por ejemplo, del queso sobado o cocido es especial, pues se le agrega la salmuera hirviendo. Este es un factor de “eternidad”, nos relata, porque permite que quede más duro que los otros y también, que se mantenga más de quince días fresco. El queso cremoso o mantecoso dura menos días, pero es mucho más sabroso. Ambos quesos son de buena calidad según Hernán, es solo cuestión de gustos cuál se elija. Los mineros siempre preferían el queso cocido para el “manche” de pan que llevaban al trabajo, precisamente porque se mantenía en perfecto estado varios días aún en el ambiente húmedo de la mina. En cambio, en temporada de verano, los turistas y locales que van a Playa Blanca o Chivilingo de paseo, compran el queso mantecoso para servirlo con tomates picados en la playa.

4.4.3. Las cocinerías de casa

En 1960, Norma Moraga compró una propiedad ubicada en el callejón Saavedra para vivir e instalar su negocio. “La Araucana” pasó a ser un lugar improvisado donde se cocinaba con brasero y el *living* de la casa se convertía diariamente en un restaurante. Actualmente sigue allí aunque solo es posible identificar la cocinería por un letrero que sobresale en medio del gentío de vendedores llegados desde Santa Juana.

Luis Rodríguez, uno de los hijos de la dueña, es la cabeza del negocio después de la muerte de su madre en 2009. Tras el fallecimiento de Norma, vino un período de seis meses de ajuste y tensión para la familia en que dudaron sobre seguir o no adelante, pero finalmente, al mando de Luis, su señora y dos de sus cuñadas, nuevamente abrieron el local. Luis es el único mesero de esta cocinería adaptada para sesenta personas y que se mantiene durante todas las horas de almuerzo del año completamente llena. La razón son sus especialidades caseras y sus bajos precios, particularmente, el almuerzo diario por mil quinientos pesos. En “La Araucana” es posible comer todos los días comida “de casa” preparada a la vista de todos como en un verdadero hogar, pues hasta hoy la familia de Luis vive allí. La tradicional cocina a carbón de piedra y leña que usaba Norma sigue prendida y sirve aún para freír, hervir o cocer a la olla el extenso menú del día, donde el plato que destaca por su renombre y por ser el más solicitado son las “güatitas a la jardinera” (o callitos en salsa de tomate acompañados de papas fritas) y también el “chupe de güatitas” (callitos con pino tradicional, pan remojado y queso). Le siguen como alternativas las cazuelas de vacuno o ave, el pollo asado, el pollo arvejado, el pescado frito, la pulpa de cerdo o el bistec, acompañados alternativamente de puré, arroz, charquicán, tallarines o papas con mayonesa, porotos con “riendas” (tallarines) acompañados de bistec y las lentejas con longaniza. Cada colación es servida con pan, chanco en piedra, ensalada y un postre de huesillos. Este menú es igual todos los días del año y Luis lo ofrece a los comensales como rezando, lo dice muy rápido. Claro que esto solo se comunica las pocas veces en que los clientes preguntan qué hay para comer, pues la mayoría de ellos lleva muchos años almorzando allí y conoce el menú de memoria por costumbre y seguramente, además, porque ha probado ya todos los platos. Cerca del mediodía Luis se trenza con dificultad entre las mesas.

Luis es el único mesero, ya que no habría lugar para otro en tan estrecho espacio:

A la hora de almuerzo no se puede entrar en este lugar. Aquí no se reservan mesas y todos se sientan al lado del otro sin importar si llegan juntos o no, como en los restaurantes gringos. Todos comparten mesa, porque no hay lugares definidos para nadie y esa es la gracia, al final, el conocerse y verse todos los días los convierte en familia (L. Rodríguez, entrevista personal, 24 de abril de 2014).

Luis señala que en La Araucana no repercutió tan gravemente el cierre de las minas en 1997, porque pocos funcionarios de Enacar acostumbraban a comer en la feria. Para ellos había casinos exclusivos en Lota Alto y rara vez bajaban. A la cocinería, hasta hoy, acuden operarios de la construcción, trabajadores de la posta, del hospital y funcionarios municipales. Y el negocio funciona bien, a pesar de no vender mediante vales de ningún tipo o sistemas de débito, sino solo con “violento *cash*” como le gusta decir a Luis. Este mismo dinero en efectivo mantuvo por muchos años a la familia de La Araucana y pagó al contado los estudios universitarios de varios de sus miembros:

No es necesario hacer un estudio para captar clientes aquí. La atención es todo el secreto y siempre regalar algo: servir harta cantidad de comida y entregar algo más para llevar, hacer un cariño. La gente busca que tú los hagas sentir como si te conocieran y que están yendo a comer a la casa de la familia de un amigo o, mejor aún, en su propia casa. Entonces, entre el estrés –porque soy el único garzón que hay–, en cada mesa se atiende al cliente por su nombre o algún otro apodo cariñoso. Las mesas no tienen número, sino ubicación: la de la ventana, la de la puerta, la del centro. Todo es como en una casa (L. Rodríguez, entrevista personal, 24 de abril de 2014).

Fotos 39 y 40. Cocinería La Araucana. Hora de almuerzo



Fuente: fotografía de la autora, abril de 2015.

5. CAPÍTULO QUINTO. Conclusiones

5.1. La feria como campo y capital social

De acuerdo a lo citado en el Plan Regulador vigente (1983) del municipio de Lota, la definición de feria libre es la siguiente:

feria libre es el conjunto de comerciantes minoristas que venden productos alimenticios de origen animal o vegetal, y otros artículos o especies, prestando servicios, de manera periódica, regular y programada, en un espacio territorial urbano determinado y especialmente habilitado para tal efecto (p.45).

Tras el trabajo de campo realizado en la feria pudimos comprobar que de esta definición no se desprende la complejidad de su funcionamiento y distribución. La feria de Lota es, antes que todo, comercio semiformal, esto quiere decir que se trata de un mercado parcialmente regulado por la autoridad local; y al mismo tiempo, con formas de organización comunitarias que determinan una parte importante de sus normas de funcionamiento y composición. La Municipalidad por su parte, interviene mediante una Oficina de Patentes que otorga licencias y permisos de diversa categoría pero no incide, por ejemplo, en la circulación de personas o en la distribución de los locales.

De esta manera, semiformal, la feria representa el 40% de la actividad comercial minorista de la ciudad, tomando parte central en su conectividad, en razón de su establecimiento en medio de la estructura vial; y también, por la centralidad de sus bienes y servicios, como en otras ferias libres de grandes ciudades que, incluso, se han denominado fenómenos de “centralidad transitoria” (Troncoso, 2009). Podemos decir que en el caso de la feria de Lota, también este atributo se encuentra presente.

La feria está considerada en el Plan de Desarrollo Comunitario (2014) vigente como un “gran mercado permanente”, por su funcionamiento los 365 días del año y su estabilidad. En este sentido, la feria de Lota se diferencia de las ferias libres de otras ciudades que operan con frecuencia esporádica (se montan solo una o dos veces por semana) sin embargo, tal como éstas, también posee el atributo de la centralidad:

Desde un punto de vista netamente urbano, la enorme capacidad de atracción de las ferias libres las convierte en un foco de centralidad local de gran incidencia al interior de la comuna. Aunque este hecho muchas veces no ha sido lo suficientemente considerado por feriantes, autoridades y vecinos, para otros no es novedad: las ferias son paradero obligado

de campañas políticas, encuestas, stands de captación de clientes de empresas, promotores, etc. Es posible afirmar que en la condición de centralidad transitoria que las ferias libres muestran reside la oportunidad de acercar un creciente número de funciones y servicios urbanos a los lugares de residencia. Su condición periódica y flexible les permite localizarse más allá del radio de acción de las centralidades formalmente establecidas, lo que las convierte en susceptibles de adoptar un rol complementario a las centralidades formales (Troncoso, 2009, p.32).

En el caso de la feria de Lota entonces, es posible decir que se trata de un espacio central, a pesar de la informalidad que la diferencia (con vagos límites) del comercio minorista establecido. Podemos concluir que la feria no opera como espacio central formal, sino como un punto de conectividad y encuentro, complementario a la centralidad formal del centro urbano de Lota, pues se ubica a muy poca distancia de hitos urbanos como la Plaza de Armas y la Municipalidad. Esta informalidad explicaría su vinculación –original– con la marginalidad pues, a pesar de considerarse un espacio central, también puede ser descrita en función de la oposición entre el tipo de comercio que hoy representa la misma feria y los poderes de la ciudad ideal republicana, encarnados en la Iglesia y el Estado (Salazar, 2003). Es decir, el fenómeno de la feria se gesta y reproduce en medio de una lucha por el espacio público, donde ésta es expulsada del centro y va encontrando su lugar en otro territorio, en uno alternativo y complementario, para construir una nueva centralidad desde los márgenes.

Otro aspecto que reafirma este atributo de centralidad informal, es su condición de lugar antropológico, considerando que también otros autores han estimado que la relevancia de la feria para la ciudad está en función de su capacidad de recrear la identidad local y fortalecer el reconocimiento entre los habitantes de la comuna:

la feria es el centro ciudadano lotino, por excelencia, donde los actores sociales realizan su principal quehacer económico, el comercio. Allí se establecen múltiples situaciones de relaciones sociales que a diario convergen en estas actividades de intercambio, las cuales sobrepasan lo netamente comercial. Es allí donde, principalmente, los sujetos recrean sus identidades locales y hacen perdurar los movimientos simbólicos propios del hacer ciudad y su condición de seres urbanos. Tarde o temprano, todos los lotinos llegan a la feria, allí se encuentran y se reconocen. En sus cuadras alledañas están la plaza y el único paseo peatonal de la ciudad, la Municipalidad, la biblioteca municipal, el Banco Estado, único banco

existente, los supermercados y el pequeño comercio establecido. Es decir, se produce y reproduce el vecindario urbano, la identidad y el encuentro, la localización y la confianza dentro de los que estos sujetos pueden ser reconocidos y organizados (Medina, Varas, 2015, p.7).

Concordando con esta idea, en algunos estudios culturales latinoamericanos la feria como fenómeno urbano, ha sido caracterizada como un espacio articulador para la vida comunitaria. En el caso de las ferias mexicanas, el antropólogo García Canclini (2002) las describe de la siguiente manera:

El mercado popular (...) funciona en espacios abiertos y ruidosos, a menudo en plazas, favorece relaciones interpersonales cambiantes, suele interrumpir el tránsito o mezclarse con él. Lejos de limitarse a las relaciones formales de la operación comercial, en el mercado la comunicación abarca la vida familiar, la política, la salud (recordemos que los puestos en los que se venden hierbas también son centros de consulta). Aún el mero intercambio mercantil incluye esa forma vivaz y picaresca del diálogo entre consumidor y comerciante. Mientras en el supermercado las relaciones de apropiación individual de los objetos se cumplen silenciosas y solitarias –uno no puede comprar sin salir del narcisismo que lo lleva y lo trae de un objeto a otro– en el mercado se grita, buscamos la comunicación expansiva y nos dejamos interpelar. En el supermercado no hay comunicación, sólo hay información (p.91).

Hay, según García Canclini, un componente comunicacional y también afectivo que diferencia la feria del supermercado y que explicaría por qué la gente sigue manteniendo en Latinoamérica las ferias atestadas, a pesar de tener en frente otras alternativas comerciales. A partir de este conocimiento preelaborado, presumimos que la feria de Lota podría jugar un rol articulador comunitario diferente, un rol que, al ser descrito, nos dejaría al menos entrever de qué manera se mantiene en funcionamiento y orden, a pesar del desdibujamiento de la cultura del trabajo asociada a la mina, esto es, a pesar de la pérdida de referentes y de sentido que dejó el término de la explotación carbonífera en la ciudad.

En este trabajo quisimos estudiar la feria por sí sola, aunque sabemos que en Lota “el carbón fue el demiurgo de los sueños de un mundo que se extingue cada día un poco más” (Reyes *et al.*, 2014, p.262) y no otra influencia, o más bien, ninguna otra influencia primaria. En síntesis, este es un comercio que nace al amparo de la industria carbonífera, así como la ciudad entera; por ende, la derrota, la ruina y el sufrimiento de Lota

posreconversión, también forman parte de la emoción de la feria y sus feriantes en la actualidad. Lo anterior, sin perjuicio de que este ejercicio etnográfico entenderá, a su vez, a la feria de Lota como un fenómeno urbano vinculado al despliegue del comercio informal y popular chileno. Esto incluye, por cierto, la observación de sus formas de asociatividad y herencia, pues actualmente el comercio constituye una cultura (laboral) que se mantiene vigente.

Persiguiendo el objetivo anterior, buscamos conocer la feria como campo social, para entender la vigencia del trabajo comercial *versus* su vinculación con el desarraigo de la ciudad. Concordando con la apreciación antes citada de García Canclini (2002) hemos observado que la feria como *campo* y *habitus*, se configura como un esfuerzo colectivo, donde operan redes de comunicación que permiten la producción continua de capital social (Bourdieu, 2001) permeado por relaciones familiares que se entrelazan según oficios y rubros comerciales.

El concepto de capital social incluso se menciona en el Plan de Desarrollo Comunal (2014) vigente, como una cualidad de la feria: “el factor del capital social cobra sentido en la subsistencia de la feria de Lota, donde los problemas de infraestructura y falta de servicios son evidentes, pero su funcionamiento se mantiene gracias al trabajo y esfuerzo de sus locatarios” (Municipalidad de Lota, 2014, p.83). Asimismo, en el informe de diagnóstico del plan de mejoramiento se señala:

Un recurso principal de la feria es su capital social. El plan de desarrollo territorial identifica la existencia de un rico capital social y una importante organización social. Se percibe un gran capital humano con gente esforzada, trabajadora, emprendedora y de gran calidad (Queirolo *et al.*, 2009, p.16).

El capital destacado en ambos informes municipales se refiere a un recurso o, más especialmente, al recurso clave que atribuye a la feria de Lota una suerte de autonomía para existir. No es, en este punto, una autonomía respecto del contexto poscarbón o posreconversión, sino respecto del Estado y de la asistencia estatal, pues se habla de la superación de carencias en infraestructura y servicios que los feriantes han alcanzado por sí solos mediante la autogestión. De hecho, esta idea corresponde a las respuestas más comunes de los feriantes para explicar por qué la feria no quebró financieramente cuando

cerró la mina de carbón, como lo señala, por ejemplo, el presidente de la Asociación Gremial de la feria de Lota:

la feria se sostiene sola, son los feriantes los que mantenemos la feria. Nosotros no dejamos que el cierre nos afectara. (...) Todo lo hemos logrado con nuestro esfuerzo y si estamos aquí todavía es por eso; somos aguantadores, contra viento y marea vamos (A. Jara, entrevista personal, 3 de enero de 2015).

Así, el esfuerzo y el trabajo son considerados el único recurso posible, “todo lo que tienen” y de lo que pueden valerse con seguridad. De tal modo, en la feria la cuestión laboral vuelve a ser un asunto colectivo, propio del ser comunitario.

Puede ser que este sentido atribuido al trabajo sea –en parte– lo que permite la configuración de un campo (feria) para la recreación del pasado minero, ya que allí se asiste a la reivindicación del trabajo. Algunos feriantes y compradores relacionados directamente con el pasado minero, sostienen que en la feria la cultura de la mina reaparece, pues con pertinencia y oportunidad aquí vuelve a tener sentido organizarse, sindicalizarse, participar y solidarizar (B. Chau, entrevista personal, 7 de junio de 2014).

Pero no se trata de un trabajo individual. El esfuerzo en la feria es colectivo, la comunidad de feriantes es otro capital necesario para trabajar. El capital social, entendido desde la perspectiva de Bourdieu se define justamente como las relaciones sociales utilizadas para acceder a los recursos económicos:

capital social es la suma de recursos reales o potenciales que se vinculan a la posesión de una red duradera de conocimiento y reconocimiento mutuo –afiliación a un grupo– más o menos institucionalizadas que le brinda a cada uno de los miembros el respaldo del capital socialmente adquirido (López, Martín, Romero, 2007, p.1063).

Frente a la ausencia de insumos básicos para el trabajo como el agua potable, la solidaridad para compartir el uso de las pocas fuentes de agua se vuelve un recurso fundamental para funcionar; asimismo las prácticas de intercambio de las comerciantes de ropa que venden productos al costo o que realizan concesiones para arrendar locales a quienes no tienen solvencia porque están iniciando un negocio, entre otras prácticas comunes de apoyo grupal no institucionalizado. El trabajo del aparato gremial, entendido como apoyo institucionalizado, en este caso, cumple otra función, la de ser interlocutor con el municipio y abogar por las principales demandas de la comunidad de la feria.

En este punto, consideramos pertinente diferenciar el capital social de carácter comunitario entre feriantes y desinstitucionalizado, del que se ejerce mediante la Asociación Gremial. Esto pues el gremio como organización funcional tiene una valoración fuertemente vinculada a la pasada actividad sindical de la ciudad minera, otorgándole otra connotación, un significado algo nostálgico que promueve la articulación efectiva alrededor de la dirigencia social, su validación y la atribución de altas expectativas pero que, finalmente, no se materializan más allá del limitado margen de la asistencia municipal. Debemos destacar, de acuerdo a lo observado, que la reafirmación y fortalecimiento de esta institución es relevante para los feriantes, pues la feria está altamente sindicalizada y la participación de sus miembros es activa y relativamente unificada. Sobre este punto, podemos subrayar que en la feria existen diversos sindicatos que agrupan a locatarios en torno a demandas diferentes, pero la Asociación Gremial es una sola, bajo la que se acogen todos “la Asociación Gremial se fundó en 1986 y es la única que existe. No hay otros gremios” dice tajante su presidente, el locatario Adolfo Jara (A. Jara, entrevista personal, 21 de julio de 2014).

El ámbito de la gestión de la Asociación Gremial es la negociación de mejoras para la feria, principalmente con el municipio, y especialmente en el ámbito de la limpieza y la seguridad. También deben mediar con el municipio y Carabineros para contrarrestar el problema que constituyen los vendedores ambulantes que, como vimos anteriormente, corresponden a un grupo reducido de comerciantes ilegales que funcionan de manera paralela y aislada de la comunidad ferial. Otra función importante que cumple se relaciona con el liderazgo que el gremio debe asumir en casos de emergencias. La necesidad de hacer campañas solidarias en la feria de Lota es algo común, de hecho, constantemente se están realizando colectas y actividades en apoyo de otras personas o de los feriantes mismos⁴⁵. De acuerdo al presidente del gremio, esta práctica proviene de una experiencia acumulada, ya que en el pasado permanentemente los feriantes se organizaban para ir en ayuda de los mineros, pues la feria “vivía del sueldo del minero” (A. Jara, entrevista personal, 21 de julio de 2014). De esta manera, la solidaridad con ellos era “solidaridad consigo mismo”.

⁴⁵ Durante el transcurso de esta investigación, pudimos presenciar la iniciativa de recolección de alimentos y ropa para ir en ayuda de las personas damnificadas, a causa del denominado “gran incendio de Valparaíso” acontecido entre los días 12 y 16 de abril de 2014. Este fue un incendio forestal de grandes proporciones, propagado hacia el sector urbano de La Pólvora de Valparaíso. Para esto, la directiva de uno de los sindicatos había gestionado un bus y voluntarios para viajar al sitio de la catástrofe.

Sobre esto, Adolfo recuerda la organización y el trabajo solidario de los feriantes para las ollas comunes de las huelgas previo al cierre de las minas: “en esas ollas comunes trabajaban unos cocinando, otros sirviendo, y todos los comerciantes poníamos algo. Así pasaron meses en que los hijos de los mineros almorzaban acá, porque no eran solo los mineros, eran también sus familias” (A. Jara, entrevista personal, 21 de julio de 2014). En cuanto a la memoria más reciente, también está muy patente el recuerdo de la organización de la feria en días posteriores al terremoto de 2010, donde las redes de apoyo y comunicación funcionaron de manera tan eficaz entre los vendedores y sus familias que, dos días después del terremoto, la feria estaba funcionando normalmente, vendiendo todo lo que tenía disponible a precio justo, a pesar del desabastecimiento, aislamiento, el corte total de luz, agua y otros servicios básicos que afectó por casi un mes (de manera crítica) a toda la región del Biobío.

Además de lo anterior, la dirigencia de la Asociación se vincula con otras organizaciones sociales de la comuna de manera colaborativa, compartiendo objetivos, por lo general, en relación al plan de desarrollo comunal (J. Espinoza, entrevista personal, 9 de julio de 2014). También, la Asociación integra mesas de trabajo intersectoriales y otras instancias de discusión sobre política municipal. Sin embargo, y de acuerdo a lo señalado por su presidente, en los temas de patrimonio la feria no ha podido tener una participación muy activa:

yo he estado invitado al Patrimonio, el que lidera don Justo Espinoza, me ha invitado a las reuniones pero yo los sábados no puedo participar. Antes se vendía toda la semana, con los mineros, pero ahora es puro viernes y sábado así que no puedo participar, no puedo dejar el puesto tirado. Por eso no hemos podido estar (A. Jara, entrevista personal, 21 de julio de 2014).

No obstante lo anterior, el presidente considera que sería beneficioso para la feria integrar de manera formal la ruta de circuitos turísticos patrimoniales que funcionan en otros sectores de la ciudad, motivado por la llegada de mayor cantidad de turistas: “hoy día el turista llega por el dato, por lo que le dice alguien que conoce, pero los *tourés* no llegan aquí”. Con todo, en esta posible incorporación, el dirigente ve un impedimento cultural dentro la comunidad ferial, pues el éxito de esas iniciativas, de acuerdo a su visión, no depende solo del esfuerzo de la autoridad: “todos los cambios pasan por la voluntad de los

comerciantes: si ellos no limpian, si no son ordenados, si no cuidamos, nunca vamos a poder estar ahí”. En este sentido, la “voluntad” de los feriantes es vista como un atributo negativo pues se niegan sistemáticamente a mantener buena higiene y orden pero, también, esta afirmación les reconoce poder de decisión y la capacidad cierta de transformar la realidad y el espacio, sostenidos en su capacidad histórica de resistir los cambios arbitrarios. Algo parecido opina el dirigente frente a la posibilidad de implementar mejoras en la estructura vial, de servicios y de la infraestructura de los puestos dentro de la feria para ordenar su funcionamiento (considerando que existe un plan de mejoramiento de la feria de Lota en desarrollo por parte del municipio). Frente a este plan, por ejemplo, Jara dice:

si los feriantes no quieren, esos cambios no van a resultar. No, no van a resultar porque la gente va a seguir instalándose con el canasto donde sea y en medio de la calle y no va a respetar las reglas nuevas si no le ve sentido, si no quiere (A. Jara, entrevista personal, 21 de julio de 2014).

En este punto de la discusión, el tema sobre el patrimonio se vuelve una interrogante crítica. ¿La potencial patrimonialización de una comunidad, implica para ella un orden o el cumplimiento de ciertas normas estéticas, de limpieza y de orden? Y, si esto es así, ¿tendrían los feriantes la voluntad de ceñirse a esos requerimientos? ¿O se les resistirían?

5.2. Sobre el lugar de la feria: el espacio y las relaciones de intercambio

El marco teórico que sustenta la idea de que el patrimonio nos puede permitir conservar los lugares en que se manifiesta la comunidad –con el objetivo de preservar a la comunidad misma– está relacionado con las estrategias metodológicas que han validado estas aproximaciones en otros estudios, por ejemplo, en las ferias libres de la ciudad de Santiago. La investigadora Margarita Browne (2012) sostuvo en un trabajo sobre 50 ferias de Santiago lo siguiente:

Muchos consideran que la feria es patrimonio, aunque no cuente con un reconocimiento formal, institucional. Este reconocimiento resulta fundamental en los procesos de construcción de patrimonio ya que se trata en definitiva de la acción que agrega valor a una manifestación cultural al convertirla en símbolo de un legado humano (p.64).

Este proceso de poner en valor, constituye en la feria un hecho que se da en la cotidianidad, en un tiempo y espacio determinados.

Bajo esta concepción, “la identidad constituye ‘el lugar’ de la feria a través de las complicidades del lenguaje, las referencias del paisaje, las reglas no formuladas del *savoir vivre*” (Augé, 2000). Y también bajo esta concepción, podemos decir que allí, es decir en el lugar antropológico, también está el valor patrimonial de la feria. Por ende, este valor es necesariamente etnográfico (Browne, 2012). Aproximándonos desde aquí al patrimonio, nos hemos visto en la necesidad de definir las dimensiones del lugar antropológico de la feria, para acercarnos a lo que podría constituir –o no– una dimensión patrimonial de ésta.

Primero, debemos decir que hemos propuesto que la feria de Lota puede ser entendida como un “lugar” en el sentido antropológico, coincidiendo con ideas provenientes de la geografía, y que disponen que para definir un emplazamiento territorial, no basta con determinar su estructura y su espacio físico. En segundo lugar, el tiempo, como elemento simbólico, es el factor que determina la historia del espacio y éste, a su vez, define la adaptabilidad de las personas en el territorio. En este sentido, el tiempo y la memoria respecto del espacio es lo que permite estudiar los “lugares” (Tuan, 2007) en el territorio.

En cuanto al espacio como categoría inseparable del tiempo (Augé, 2000), pudimos notar que en la feria operan los usos y prácticas constructores de identidad del espacio público mediante mecanismos de apropiación:

el territorio es el espacio apropiado y valorizado, instrumental y simbólicamente por los grupos humanos. En el primer caso, se enfatiza la relación utilitaria con el espacio –ventajas geopolíticas, explotación económica–; en el segundo se destaca el papel del territorio como espacio de sedimentación simbólico-cultural, como objeto de inversiones estético-afectivas, o como soporte de identidades individuales y colectivas. El territorio es también objeto de operaciones simbólicas y una especie de pantalla sobre la cual diversos actores se “espejean” y proyectan sus concepciones del mundo (Giménez, 2005, p.98).

Y, como paso siguiente, esta apropiación le da carácter de espacio conquistado para sí, con el fin de no formar parte de la ciudad establecida, sino de una ciudad alternativa e informal. Se habla de una ciudad apartada, en este sentido, de la ciudad ideal que, por ejemplo, en Santiago de Chile –símil de la mayoría de las ciudades chilenas– se encuentra estructurada

a partir de la centralidad de los espacios del poder eclesiástico y estatal en torno a los cuales se organiza el resto del espacio urbano (Salazar, 2003). El proceso histórico de formación de las ferias libres de Santiago, como modelo, puede ser descrito en función, justamente, de la oposición y lucha entre el tipo de comercio que hoy representan y los poderes de la ciudad ideal republicana encarnados en la Iglesia y el Estado (Salazar, 2003).

En este marco, la feria de Lota no juega un rol distinto, pues se gesta históricamente paralelo al despliegue del comercio informal en Chile. Es parte, asimismo, de esa historia.

El espacio dentro de la feria, también es un uno en constante disputa. El territorio de la feria está normado por reglas sociales diversas y otras más institucionalizadas como el “derecho a piso”, que controla la Oficina de Patentes de la Municipalidad, sin embargo el espacio público y la ocupación de veredas y calles para tránsito vehicular, representan para los feriantes, poder de competencia. Se considera que “estar a la pasada”, así como vocear y gritar la mercadería a un alto volumen, son atributos que fomentan y aumentan las ventas. Interrumpir el paso, interpelar a los transeúntes son estrategias comerciales propias del mercado y, para el ejercicio de todas estas prácticas, la feria se autorregula mediante el respeto a normas de convivencia. Hay buenas y malas relaciones entre locatarios; obras de solidaridad, y campañas de ayuda, así como también hay riñas, amenazas y conflictos entre bloques de comerciantes.

Para el visitante/cliente, el espacio de la feria no tiene una distribución clara y tampoco información disponible que sea lo suficientemente coherente como para identificar un recorrido de manera individual. Por lo tanto, la orientación dentro de ella está determinada por la experiencia y la forzosa relación y comunicación con los feriantes y con el otro/a. La experiencia que se vive en la feria, entonces, es una experiencia significativa de la vida cotidiana (Giannini, 2004) determinada por el establecimiento de una rutina que dota al recorrido de seguridad y familiaridad hasta que logra ser identificatoria; del mismo modo, esta rutina puede ser cuestionada y –asumiendo cierto riesgo– el cliente le puede ir introduciendo modificaciones. De este modo, la relación social y las prácticas de intercambio son el recurso que dota de sentido a una feria que, físicamente, no tiene una articulación perceptible.

En este aspecto, las vinculaciones familiares son fundamentales, pues la práctica comercial está profundamente determinada por relaciones de reciprocidad que se

manifiestan en la entrega de ayudas y compensaciones que trascienden la lógica de la transacción comercial. Cabe reiterar aquí que la feria es competitiva económicamente con los supermercados y el comercio minorista de la ciudad, pues en la lógica del mercado la feria tiene cualidades reconocidas de conveniencia como por ejemplo, la posibilidad de comprar en pequeñas cantidades a bajo costo. En el supermercado, por el contrario, es la entidad la que determina las cantidades ofreciéndolas en serie y eliminando la posibilidad de negociar una opción de compra diferente. En este lugar aún es posible comprar para lo que será consumido durante el día, siendo ésta costumbre de los más pobres.

Los precios, por su parte, se informan mediante letreros en algunos locales, no obstante, en su gran mayoría, se negocian en la conversación con el vendedor y no se informan a través de señalética. Tras realizar una comparación en terreno, pudimos constatar que los precios no varían mucho entre el supermercado y la feria en productos como, por ejemplo, frutas y verduras. Pero en la feria existe la posibilidad de obtener un regalo o “yapa”, es decir, una unidad sobre la compra realizada, con el fin de que el cliente vuelva a comprar a ese local en el futuro. El regateo de los precios y la “yapa” forman parte de las prácticas de intercambio de la feria y que se dan en el marco de una relación única entre vendedor y cliente, no responden a una norma o a una ley. Si la confianza entre ambos lo permite, esta forma de intercambio se da. Otra forma más antigua de intercambio y que ha tenido continuidad en la feria es la casería, o el trato entre un distribuidor de quesos artesanales y un grupo de locatarios que los venden en la feria. Esta constituye otra relación particular de reciprocidad entre comerciantes.

5.3. Sobre el lugar de la feria: el tiempo y el sentido de la herencia

Volviendo al concepto de Augé (2000), el lugar antropológico es, finalmente, el opuesto al no lugar. Como sostuvimos anteriormente, la feria como lugar antropológico es el espacio donde habita la identidad ya que permite la diferenciación de la comunidad, y por ende, señala el sentido de pertenencia a un territorio; también es relacional, ya que da lugar a relaciones de coexistencia; y es histórico, pues se trata del lugar donde se expresa la herencia. En el lugar antropológico, las relaciones se dan en instancias de cruce, de encuentros que, en el caso de la feria, podemos identificar con itinerarios o recorridos en los que nos topamos, recurrentemente, mediante ritos recreados, técnicas y prácticas de la

vida cotidiana capaces de expresar la feria en su totalidad (Cuellar, 1996). Como dijimos, cuando se conjugan identidad y relación podemos hablar de lugar histórico. Y quien allí vive reconoce en él señales que escapan a la historia como ciencia, pues se trata del lugar que han construido los antepasados (Sanguinetti, 2007). En palabras de Augé (2000): “el habitante del lugar antropológico vive en la historia, no hace la historia” (p.60). Por eso no existen fechas en el relato sobre el pasado, aunque sí certezas y algunas absolutas, como: “la feria siempre ha existido”. En la memoria se encuentra el relato sobre los orígenes resistiendo los embates del olvido y a pesar de las transformaciones que han resultado de los cambios drásticos, de las revoluciones, de las catástrofes, de los golpes de Estado.

Desde el inicio de la industria extractiva del carbón, la ciudad de Lota se configuró como:

una fuerza económica, ideológica y política, material y simbólica, espacialmente organizada en zonas industriales, habitacionales y comerciales, manifestando un dinamismo marcado por la institucionalización de las prácticas laborales y las actividades sociales y culturales “que mapean el imaginario simbólico de los ritmos vividos por sus habitantes en múltiples territorios” (Reyes *et al.*, 2014, p.242).

Además, Lota se identificó tempranamente con las luchas sociales en consonancia con los procesos de diferenciación social, compromisos políticos y las acciones normadas, con población desafiante y abierta a la integración laboral. El producto de esta razón moderna permite la emergencia de una nueva clase social: el proletariado chileno. Por lo tanto, “Lota se desarrolla en clave capitalista y se constituye como ícono de la revolución industrial local” (Reyes *et al.*, 2014, p.242). Lota, por ende, se desarrolla en torno al trabajo, imponiendo la salarización como pauta de socialización intergeneracional y gestora de tradición familiar. De esta manera, los campesinos –cuyo lugar recreado del campo está presente en la feria– son “reclutados como trabajadores, sometidos a procesos de maquinización y adiestramiento corporal, y a una cultura horaria cronológica” (Reyes *et al.*, 2014, p.243).

Este contexto es lo que permite que, en el espacio urbano de la feria, se revele extensivamente todo el sentido y simbolismo de la clase popular que encontró en el comercio una alternativa al trabajo asalariado de la mina. No obstante, es una alternativa que al configurarse como fuente de abastecimiento, depende del salario del carbón para

solventarse y justificarse culturalmente a sí misma. Esta codependencia tiene como resultado evidente, un despojo cultural resentido por la feria tras el fin de la mina.

De lo anterior podemos extraer, con fines referenciales, una cronología del pasado (Augé, 2000) en donde los feriantes identificaron etapas en su evolución marcadas por hitos históricos que han determinado su herencia. Estas etapas se resumen en: el **despliegue**, cuyo símbolo principal es la puesta en marcha del Corralón o Mercado viejo como punto comercial, esto es, el galpón donde pastaban caballos y se allegaron los primeros comerciantes a vender de manera periódica e itinerante hacia 1940. Una segunda etapa ha sido identificada por la **consolidación** o la época del auge, donde se recuerda la expansión hacia sus principales calles y el establecimiento de los primeros locales fijos, en la década del cincuenta. Posteriormente, en 1960, comienza la **decadencia del carbón**, y con ello, la clausura de los locales nocturnos y el decaimiento de las actividades del puerto. En esta etapa, como hito de inicio, se recuerda la huelga larga por los derechos laborales de los mineros, primera huelga sindical masiva, cuyo término abrupto lo dictó la catástrofe del terremoto acaecido ese año en la zona sur de Chile. El golpe militar de 1973 agudizó los conflictos económicos y sociales de la época por la represión política ejercida contra los dirigentes sindicales y el terrorismo de Estado que fracturó profundamente el tejido social de la comunidad lotina. Dentro de esta etapa, los feriantes recuerdan el pago de “la doble”: indemnización dictaminada por el régimen dictatorial en 1980, que constituyó uno de los primeros despidos masivos implementados en la carbonífera de Lota. En 1989, culmina esta etapa con la recuperación de la democracia, sin embargo, la etapa siguiente corresponde a la **transición al cierre definitivo de las minas**, hecho que finalmente se produce el 16 de abril de 1997, durante el gobierno de Eduardo Frei Ruiz-Tagle. Simultáneo al **cierre de las minas en 1997, se aplican las medidas de reconversión** por parte de Corfo. Posteriormente, sobreviene la etapa en que actualmente los feriantes se ubican en el discurso: la **posreconversión**, el momento después, la “sobre vida” (G. Larenas, entrevista personal, 1 septiembre de 2014). Esta etapa se caracteriza por el decaimiento de la vida productiva de la ciudad y la pérdida de la cultura del trabajo:

Llegado el momento en que comienza la declinación de la ciudad de la mano de los cambios en la estructura productiva, se ve afectada la población y la infraestructura, lo cual se expresa en: 1) caída demográfica, 2) baja inversión pública y privada, 3) importante

diferenciación entre generaciones, 4) obsolescencia de identidades laborales, 5) fractura en las orientaciones de la socialización, 6) pérdida de prestigio y desaparición de sus actores históricos, 7) cambio de los interlocutores, ya que se quedan sin empleador, 8) desaparición de los espacios de interacción extra laborales. A lo anterior, se suma la decadencia de un proyecto de vida en torno a la ciudad, que en sentido estricto corresponde a cómo ésta se arruina en paralelo a una vida que se minimiza en sus opciones y sentido de arraigo, en la medida que su imaginario moderno se vuelve insustentable (Reyes *et al.*, 2014, p.251).

Al margen de este contexto, nunca la feria experimentó la ampliación de su número de locatarios, la reconversión y diversificación acelerada de sus rubros comerciales y, lo que es más relevante, la ralentización de las ventas y la dependencia del salario indirecto, pues sus principales compradores, pasaron a ser mineros pensionados y sus familias. Además, la asistencia estatal se transforma en el pilar de las expectativas de mejoramiento y crecimiento de los feriantes, tras la caída de las organizaciones sindicales mineras que sostenían en la comunidad ferial grandes esperanzas de justicia social. Y por último, como hemos dicho anteriormente, el momento actual también está atravesado por un sentimiento de incertidumbre sobre el futuro de la ciudad y de su propia comunidad.

Así sucedió en la historia. Por otro lado, la memoria sobre el pasado busca la recreación de otros momentos. En relación al sentido de la herencia en la feria, han formado parte de los hallazgos de esta investigación, las recreaciones del pasado que hemos advertido tras la conversación con los feriantes. Estos diálogos nos han llevado a la referencia más recordada y que busca ser recreada cada vez, cual es el tiempo de la consolidación de la feria, época “de oro” que sucede –en la memoria– de manera paralela a un tiempo de apogeo de la actividad minera, y que se valora como lo más cercano a la identidad pura, a la esencia de la ciudad. Se recurre a la puesta en escena de un pasado inmortalizado en ese tiempo (de la abundancia) con “lugares recreados” que buscan ser reconstruidos. En este trabajo hemos podido indagar en la elaboración del pescado ahumado; en la elaboración y comercialización de pan minero y en la venta tradicional de jaibas cocidas. Existen otras recreaciones que además tienen vigencia en lo comercial, no obstante, como factor común a todas ellas, nos parece que la presencia de lugares recreados en la feria responde a una de sus funciones simbólicas fundacionales pues, hurgando en sus orígenes, hubo quienes sostuvieron que la feria en sí misma se instala para recrear el lugar (perdido) del campo, como una herramienta para mitigar el desarraigo de los campesinos

que llegaban a Lota a aprender el oficio e insertarse en el mundo de la minería (L. Sepúlveda, entrevista personal, 14 de agosto de 2014). Así, creemos que la feria constituye un espacio que recrea lugares del pasado. Y hoy, especialmente, recrea el pasado de la actividad minera, con su historia, sus artes y formas de hacer, su épica y la poética atribuida a ese mismo pasado.

5.4. La cuestión del patrimonio en la feria de Lota

La idea del fin de las ferias y el cuestionamiento sobre el patrimonio como recurso para su supervivencia, nos devuelve a la observación del contexto marcado por la superabundancia espacial y de acontecimientos, característica de lo que Augé (2000) denomina *sobremodernidad*, fenómeno que “implica menos que el mundo carezca de sentido, y más que experimentemos explícita e intensamente la necesidad cotidiana de darle alguno” (p.36). Si la feria ha logrado sobrevivir a los embates del tiempo junto con las transformaciones sociales y económicas de la ciudad y, a pesar de ello, hoy es capaz de competir activamente con la oferta de supermercados y el *retail*, entonces algo hay dentro de ella que va más allá de lo comercializable, algo que trasciende a su mera funcionalidad. Estamos hablando del sentido que, mediante la experiencia, la feria otorga a las vidas de quienes la experimentan. No obstante, la amenaza de la pérdida de sentido en la *sobremodernidad* está latente y, sobre todo para los lotinos, la posibilidad del desfondamiento no está en el plano de la ficción.

El sufrimiento por la pérdida de sentido es la emoción predominante de los lotinos poscarbón, a causa de la acumulación de eventos adversos ocurridos durante los últimos cuarenta años (Reyes *et al.*, 2014). Por lo tanto, cuando hoy intentamos hablar con los feriantes sobre el futuro de la feria, la posibilidad del fin –y aquí se incluye la posibilidad del fin de la misma ciudad de Lota– siempre está presente, aunque callada, tácita. Pero ahí está, en el plano de lo imaginable y de lo posible. Cabe conjeturar entonces que este miedo al fin de la feria también se vincula con los mismos feriantes, pues la feria en su naturaleza relacional, es una comunidad. El miedo a la pérdida de sentido significa a su vez, el miedo a la pérdida de la comunidad.

Plantearse la idea, en este marco, de que la feria de Lota pueda comprenderse desde el concepto de patrimonio, en su dimensión inmaterial, significa considerar que ella cumple

una función identitaria en tanto permite imaginar la “comunidad” que allí se desarrolla (Browne, 2012). Y, si bien el patrimonio se asocia a la idea de imaginar la nación (y este es su fin último) lo que se propone discutir aquí es si desde la comunidad, la feria puede o no formar parte de esta composición patrimonial. En este punto, vale revisar un aspecto vinculado al intento de construcción de imaginarios nacionales desde la feria y que han tenido lugar en el pasado, y con los que nos hemos encontrado en el transcurso de este trabajo.

De acuerdo a la tesis de Browne (2012):

el patrimonio cultural en su definición tradicional es genéricamente consecuente con el pensamiento moderno y su derivación en la ideología de los nacionalismos. En otras palabras, el patrimonio cultural aparece como recurso de la identidad en la medida en que permite imaginar a la comunidad, que constituiría la nación (p.68).

Tomando en cuenta esta idea, podemos agregar que en la historia de Lota han existido intentos por construir patrimonio popular o patrimonio obrero (Barros, 2015) y aproximarlos, mediante la poética, a la identidad nacional. Estas intenciones se han perfilado en obras de autores como Oreste Plath y Alfonso Alcalde, por mencionar algunos ejemplos, cuya producción se ubica especialmente entre los años 1965 y 1972 y que se identifican con una corriente del mundo artístico y literario caracterizada por reivindicar una poética popular e intentar validarla como folclor. Tomando como referencia la obra de Baldomero Lillo vinculada al naturalismo y la narración sobre la explotación de los mineros, estos autores más contemporáneos hicieron lo propio explorando aspectos de la vida cotidiana de Lota.

Oreste Plath por su parte, menciona la feria largamente en su libro sobre el folclor ligado al carbón (Plath, 2008) donde describe el trayecto de compradores y feriantes en *liebre*⁴⁶ entre Lota Alto y la feria de Lota Bajo:

Todo este ambiente, también se halla en el Mercado, este muestrario del mar, al cual acuden las caseras, con fanatismo y voracidad. Aquí está el pescado frito y los piures. Las mujeres regresan, unas, subiendo, lentamente, los empinados senderos que parecen estrías, cargadas con las canastas y redes repletas; otras, llenando el microbús que va de Lota Bajo a Lota Alto. Y cuando parece que no caben más, entran y siguen entrando, de modo inexplicable.

⁴⁶ *Liebre* se refiere al nombre popular otorgado a los microbuses o buses del transporte público.

Una aprisiona en su mano, tres gallinas de las patas, otra señora trata de ubicar un medio saco de papas a los pies del chófer. Alguien se queja que las jaivas que van en un paquete están haciendo agua. Niñas y muchachos ofrecen, como en un restaurante, empanadas fritas calentitas en fuentes de fierro enlozado. Huele a pescado ahumado, como jaivas cocidas. El micro inicia el recorrido de ascensión y comienzan las brazadas. Con la marcha, todos se van acomodando en el vehículo y, cuando ya se estaban acostumbrando, arriba al paradero principal de Lota Alto (Plath, 2008, p.95).

Por otro lado, en el capítulo cuarto de este trabajo ya mencionamos el trabajo de Alfonso Alcalde (1972) sobre comidas y bebidas populares de Chile, que corresponde a un reportaje en el que dedica varios párrafos a la puesta en valor un tanto épica de los productos de la feria de Lota, así como de sus feriantes, de sus cocinerías y tabernas, describiendo el espacio como un campo de conservación de la tradición de los desposeídos, definida como la identidad nacional natural de la clase trabajadora:

Este reportaje a las sabrosas picadas de una parte del sur de Chile, no es un panegírico a la buena o a la mala mesa, ni al bueno o mal declive. Es una historia natural sobre los usos y costumbres de nuestro pueblo a la hora en que tiene hambre, a veces frío y también sed. A la hora solemne de la comida cambia el rostro de los chilenos, si hay con qué parar la olla o sólo tienen que contentarse con un plato de “salsa blanca con lengua”, es decir, la lengua del hambriento metida dentro de su propia boca. Se habla mucho del vino y de los borrachos porque en Lota, sin ir más lejos, en las cercanías de la Vega existen hasta siete bodegas en una sola cuadra (...). Lo mismo para los vequinos o para las viudas de los pescadores que se internan en el golfo de Arauco y no regresan nunca más. En el recetario hemos incluido algunos platos que se preparan cuando la miseria toca fondo. También agregamos otros con más aliños porque no todo ha de ser tristeza en este mundo. Por último es en el húmedo y humeante refugio de las picadas y de las bodegas donde los parroquianos abren su corazón y se escuchan las tremendas verdades humanas que son tan sabrosas y tan insustituibles como el pebre cuchareado o el chanco en piedra (p.5).

De acuerdo a lo planteado por Roland Barthes, un plato cocinado es un signo cuya lectura permite descifrar su sentido connotado y aprender los valores sociales, ideológicos y morales que implica (Barthes, 2006); por lo tanto, sobre esta base, podemos decir que la gastronomía de la feria fue considerada por Alcalde como un recurso para imaginar la

nación⁴⁷. En la obra de este autor se ve más pronunciada la intención de contribuir, en modo desafiante, a la construcción de un imaginario popular mediante la descripción del sujeto y de la gastronomía popular; y esto, enfatizado por la visualidad de la fotografía de Miguel Rubio, y claramente en oposición al imaginario homogeneizante de las elites. De acuerdo a lo planteado por María José Barros (2015):

La producción de este segundo grupo de poetas (Alcalde) que enfatiza lo local, puede leerse como contrapartida a la construcción de una identidad nacional homogénea a través de las comidas y bebidas. Por tanto, la crítica lee en la incorporación de una alimentación local un gesto de polémica hacia la idea de nación pensada en términos de homogeneidad (p.78).

El sujeto popular entonces, la comunidad popular de la feria, ha buscado ser imaginada antes. Y la representación del sujeto popular de la feria ya ha intentado ser sujeto nacional. Le es propia una poética y una estética que existe –aunque hoy casi esté olvidada por los mismos feriantes⁴⁸– y que se ha visto sometida al mismo proceso de devaluación o de subvaloración de la épica minera posreconversión, como hemos visto en este estudio. De acuerdo a lo planteado por los investigadores Reyes *et al.* (2014) “a los lotinos los abruma la soledad, la devaluación de su épica y falta de reconocimiento, la desafección política, laboral y generacional, marcados en el presente por una lucha contra la insignificancia de la vida” (p.239).

Con la mina, toda esta poética quedó también en el pasado. Hoy, sin embargo, lo que perdura es la comunidad. Una comunidad que nos preguntamos si puede ser imaginada nuevamente, esta vez, desde sí misma.

Regresando a la posibilidad de que el patrimonio sirva como palanca para el imaginario, nos dirigimos a revisar la línea propuesta por Prats (2005) que arroja luces sobre la construcción de un patrimonio a escala local.

El patrimonio local de Prats (2005) se da en una localidad, entendida esta como:

⁴⁷ Esta sentencia se aplica solo a las obras referidas en este trabajo con anterioridad: *Folclor de la zona del carbón* de Oreste Plath y *Comidas y bebidas de Chile* de Alfonso Alcalde; ambas obras tratan la feria de Lota como campo de conservación de costumbres gastronómicas chilenas.

⁴⁸ La única persona que conocimos durante el trabajo de campo que afirmó recordar la obra de Alfonso Alcalde, fue la aparcerera Elodia Domínguez. Elodia señaló haber participado en el reportaje del periodista y ser la persona que aparece en una de las fotografías de Miguel Rubio. Ella también reconoció haber perdido el único ejemplar del libro durante el terremoto de 2010, junto a otros bienes sin uso que mantenía almacenados.

una delimitación territorial o administrativa habitada por una comunidad de personalmente interrelacionada, sin un grado de anonimato significativo. Un mundo conocido y de conocidos, ya se trate de un municipio, un concejo, una mancomunidad, un barrio o cualquier otra figura de administración territorial (p.54).

Este concepto se basa en que existe la posibilidad para una comunidad, de atribuirle valor patrimonial como tal a ciertas formas culturales. Es posible determinar aquí al menos dos características que para el caso de este trabajo se tornan pertinentes.

La primera es que la transformación del valor de las expresiones patrimoniales se da en función de su condición de herencia. Esto implica un procesamiento de la dimensión temporal de la cultura, su permanencia y sus cambios (Browne, 2012) mediante la memoria, como instrumento que determina los referentes en que la comunidad va a fijar sus señas identitarias.

En segundo lugar, de acuerdo a la línea de Prats, el patrimonio local se construye a través de una interpretación intersubjetiva, esto es, colectiva. Y al mismo tiempo, esta memoria antes de ser compartida, es individual o biográfica:

Podemos decir, sin lugar a dudas, que la memoria determina los referentes en que la comunidad va a fijar sus discursos identitarios, con un carácter casi totémico, pero también los contenidos mismos de esos discursos. La memoria compartida, antes que colectiva, es, por supuesto, una construcción social, como es una construcción también, de carácter más o menos individual, la memoria biográfica (Prats, 2005).

De esta manera, el patrimonio local, por las características antes mencionadas, tiene mayor potencial reflexivo y afectivo en la formalización de los discursos.

También cabe señalar otro aspecto de la línea teórica de Prats, donde se plantea que el patrimonio local corresponde, precisamente, a una localidad sin patrimonio o sin referentes patrimoniales que vayan más allá de la comunidad. En el caso de la feria, esta característica puede darse en su exclusión de los esfuerzos por patrimonializar la ciudad que tuvieron lugar en Lota posreconversión económica. Este afán patrimonializador que vivió la ciudad, se ve representado en el discurso de la dirigencia cultural lotina desde la perspectiva de monumento; esto si analizamos dichas posturas asumiendo que existe una evolución del concepto de patrimonio en Chile, es decir, si consideramos que su desarrollo ha sido progresivo (y lineal), ubicándose en su interpretación más primaria el

reconocimiento sobre el patrimonio material, y en la más compleja, el reconocimiento del patrimonio cultural inmaterial (J. Ramírez, entrevista personal, 3 de noviembre de 2016). La feria estaría ubicada, siguiendo la línea de Prats, en la segunda etapa del desenvolvimiento de este concepto.

A modo de referencia y sustento de lo anterior, el presidente de la Mesa de Arte, Patrimonio y Turismo de Lota, Justo Espinoza, sostiene que la idea de patrimonio tuvo rápidamente una materialización a nivel comunitario porque la ciudad tiene cultura de organización. Esta apreciación nos devuelve hacia la anterior reflexión sobre la alta asociatividad de la comuna y su pasado sindicalista que, también, busca ser recreado en las prácticas de las organizaciones sociales emergentes (Reyes *et al.*, 2014).

Para contextualizar, el origen de esta Mesa es la constitución del Comité Vecinal de Desarrollo de Lota Alto creado por los vecinos del barrio Pabellones Históricos en el marco de la implementación del Programa de Recuperación de Barrios “Quiero Mi Barrio” del Ministerio de Vivienda y Urbanismo (Minvu) durante el año 2007. La principal función de este organismo ciudadano fue participar activamente de la toma de decisiones para la distribución de los recursos del programa de recuperación del Minvu y, además, acompañar las obras de infraestructura involucradas en el Programa, con la ejecución de un plan de gestión social que debía dotar de sustentabilidad a la orgánica sociocultural del sector. Así, “Quiero Mi Barrio” intervino para fortalecer la asociatividad, y en el caso de Pabellones Históricos, este trabajo se realizó principalmente en torno a iniciativas ciudadanas para la conservación de la arquitectura del barrio. Considerado un “barrio patrimonial” desde un principio, el Comité Vecinal de Desarrollo colaboró activamente en iniciativas como la elaboración del expediente que, finalmente en 2014, permitió declarar la zona de Lota Alto como Monumento Histórico en categoría de Zona Típica, junto a Consultora Estudio Cero (J. Espinoza, entrevista personal, 6 de marzo de 2014). La transición del Comité a la actual “Mesa de Arte, Patrimonio y Turismo”, es prueba del énfasis que el patrimonio tuvo para este Consejo de Vecinos a fines de la década del 2000 y de la apropiación que las organizaciones sociales hicieron del discurso de la reconversión.

En la actualidad, la Mesa se mantiene activa y de hecho, durante el año 2016, Lota fue sede del Congreso Nacional de Zonas y Barrios Patrimoniales, siendo la “Mesa de Arte, Patrimonio y Turismo” una de las principales entidades organizadoras. De acuerdo a la

opinión del presidente de esta organización, Justo Espinoza, la feria también forma parte de los recursos patrimoniales de la ciudad y, por lo tanto, también está incluida en su agenda de trabajo. No obstante, la feria para esta organización no ocupa un papel prioritario:

La feria es parte de nuestra historia, de nuestra idiosincrasia. Es tangible e intangible. Es la única que funciona los 365 días del año, y claro lo que queremos es que se reconozca. Pero primero vamos por la parte industrial, donde están los piques, y conseguir recursos para eso; porque si no hacemos eso, entonces, mejor nos concentramos en cambiar la ley para que el Estado se haga cargo, no sólo de la recuperación, sino también de la mantención de los sitios declarados Monumento Histórico. Porque ese es nuestro principal problema, cómo mantenemos los monumentos. Empezamos con los Pabellones, conseguimos arreglar los Pabellones bien, después le sumamos más recursos de los que contemplaba el subsidio de reconstrucción, porque no solamente hay que arreglar, hay que restaurar y eso es más costoso. Ahora deberíamos seguir con la declaración de los piques. Eso es primero (J. Espinoza, entrevista personal, 6 de marzo de 2014).

Esta postura también se puede explicar, por la relevancia que el monumento, en su sentido profundo, tiene para los lotinos. La monumentalización de espacios como los piques principales de la mina de carbón⁴⁹, sector a la que hace referencia el presidente, tiene un arraigo de suma importancia en la comunidad, pues se trata de la patrimonialización de una ruina, de un vestigio abandonado y deteriorado por el paso del tiempo, desde que sus funciones cesaron. En este caso, la patrimonialización permitiría sacarla de esa condición de abandono y muerte, para dotarla de un nuevo sentido. Esta priorización que el dirigente hace sobre la ruina, también coincide con el sentimiento colectivo de la ciudad, donde lo vivo pasa a cumplir un rol secundario, y lo muerto se impone –a veces con fuerza– frente a la esperanza de que puede cobrar vida nuevamente:

⁴⁹ En relación a lo mencionado por el presidente de la “Mesa de Arte, Patrimonio y Turismo” de Lota, Justo Espinoza, los “piques” señalados corresponden a los que restan de la zona de Lota Alto declarado Monumento Histórico, pues los siguientes: Pique Carlos y su cabría, Pique 2 y su cabría, Pique Alberto y su cabría; ya forman parte del sector declarado Monumento Histórico denominado “Lota Alto”. En este sector, hay otras ruinas de la industria incluidas en la declaratoria, como: la termoeléctrica, los polvorines, las tortas de escoria, la tornamesa, el silo de la planta transportadora, el silo de la planta de lavado y los galpones del parque industrial, además de otros vinculados a la vida residencial. Catálogo Consultado el 5 de septiembre de 2016, Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, página web institucional: <http://www.monumentos.cl/catalogo/625/w3-propertyvalue-44090.html>

En Lota, la ruina como espacio de recuerdo, es pasado, presente y futuro simultáneamente. Es pasado porque rinde tributo a hombres y mujeres cuyo mundo, o lo memorable de parte de éste, se encuentra en el vestigio de todas las infraestructuras fundadoras y principalmente de la mina. Es futuro, ya que contiene a través de rituales y encuentros en “sindicatos imaginarios” un interés comunicativo y una enseñanza para los más nuevos: esto fuimos, esto tratamos de construir, esto soñamos o en esto creíamos; esto podemos ser o esto queremos ser nuevamente. Todas estas fórmulas son efectivas, aunque limitadas en su impacto, porque el “nosotros” sindical y político utópico ya no puede influir decididamente, como lo fue en el pasado, en el curso de los acontecimientos, pues sólo queda lo pequeño y ordinario del cotidiano bajo el subsolé, es decir, el presente (Reyes *et al.*, 2014, p.258).

Por otro lado, el presidente de la Asociación Gremial de Comerciantes Feria Libre de Lota, Adolfo Jara, asegura que no ha existido mucha voluntad política de parte de las autoridades locales para incorporar la feria a los circuitos establecidos como “Lota Sorprendente”. El dirigente sostiene que existe una estigmatización de este espacio, pues se le relaciona con un lugar sucio, peligroso, donde circula gente en estado de ebriedad, donde hay delincuentes, entre otros. A pesar de esto, el mismo dirigente reconoce que desde la implementación de “Lota Sorprendente”, muchos turistas llegan a la feria a comprar porque toman un desvío en la ruta del *tour*; y aunque no ha sido institucionalizado, estos desvíos han representado un impacto positivo en las ventas. Según Jara, por esta razón el fomento de la actividad turística podría ser buena para los feriantes, tanto financiera como culturalmente pues los mismos comerciantes tendrían más interés en conservar tradiciones y costumbres (A. Jara, entrevista personal, 22 de abril de 2014). No obstante, y como hemos citado anteriormente, el mismo Jara es autocrítico respecto de su actuar en este sentido, pues no ha podido involucrarse activamente en la gestión de estas iniciativas.

Paralelamente al circuito de la Fundación Baldomero Lillo, la Agrupación de Guías Turísticos (Agtur) ha implementado un modelo similar pero de carácter ciudadano y mucho más pequeño. Este circuito turístico es el único organizado por la sociedad civil que ofrece recorridos por la feria de Lota a visitantes que concurren a conocer la ciudad, principalmente delegaciones nacionales. Los visitantes son guiados por Ana María Peña, representante de Agtur, quien los lleva a recorrer la ciudad y les cuenta la historia de sectores como el parque Isidora Cousiño, la iglesia Matías pasando también por la feria donde la gente puede comer en las cocinerías. Ana María además, trabaja como profesora

en la escuela pública Thompson Mathews e imparte clases sobre el patrimonio de Lota. En ese marco, realiza actividades formativas dentro de las que se incluyen paseos a la feria y enseñanza de lo que ella denomina “glosario” o vocabulario de la feria, para niños de enseñanza básica (A. Peña, entrevista personal, 4 de septiembre de 2014). Ana María también pertenece a una generación marcada por las políticas de reconversión, en tanto el interés en la gestión cultural proviene de su formación en Gestión Turística en el Centro de Formación Técnico de Lota, establecimiento educacional que se instaló con el patrocinio de la Universidad de Concepción, como parte de las medidas de fomento a la capacitación de Corfo, en 1997. Este podríamos decir que es el único esfuerzo, concreto, que se mantiene en funcionamiento mediante la valoración de la feria de Lota como bien cultural.

Tomando en cuenta el contexto nacional, existen también otras formas de organización ciudadana en torno al patrimonio que, en Biobío y otras regiones, han contribuido al debate público en esta materia, sobre todo en relación al resguardo del patrimonio material. Tal es el caso de la Mesa Ciudadana por el Patrimonio de Tomé, entidad comunal que consiguió el apoyo de la Dibam para declarar Monumento Histórico la Fábrica de Paños Bellavista-Tomé. Este apoyo se dio en tiempo récord, dada la posibilidad de que una empresa inmobiliaria pudiese demoler la estructura de la fábrica para la construcción de un nuevo proyecto residencial.

Sobre esto, el director del Magíster en Arte y Patrimonio de la Universidad de Concepción y representante de Icomos-Chile Javier Ramírez, sostiene que en Chile la discusión sobre patrimonio llega a convertirse en un asunto ciudadano después de que el concepto, acuñado por la Naciones Unidas, logra llegar a las comunidades:

desde la institucionalidad, hay una bajada del discurso más internacionalista, y una apropiación de este discurso por parte de las comunidades, pues, en términos concretos, las movilizaciones ciudadanas por la protección del patrimonio cultural de las localidades responden a problemáticas sociales específicas (J. Ramírez, entrevista personal, 3 de noviembre de 2016).

Se podría tratar entonces de una resignificación del concepto, pues de acuerdo al académico, en el caso de Lota:

el patrimonio y el interés por patrimonializar responde a un interés social, es decir, a un interés que va más allá que el propiamente cultural. En el caso de Valparaíso pasa lo

mismo, también en Tomé. En estos casos la palabra patrimonio aparece como respuesta, no como origen para la protección del inmueble. Sin embargo, en rigor, el objeto del patrimonio es conservar un recurso porque es único, pero no es su objeto mejorar la calidad de vida de las comunidades, por ejemplo (J. Ramírez, entrevista personal, 3 de noviembre de 2016).

La falta de legislación aparece en este punto como una limitante ya que las posibilidades que existen para la patrimonialización de la cultura “inmaterial” quedan en el plano del bosquejo, dada la inexistencia de una legislación nacional que determine estándares y la misma naturaleza del patrimonio inmaterial chileno. De acuerdo a Ramírez, en la figura del “tesoro humano vivo”, que actualmente es un programa del CNCA, el recurso patrimonial es un sujeto, un individuo interpretado, en su valoración patrimonial, como un objeto. Se trata de aproximaciones ambiguas y limitadas en este sentido:

Esta es una interpretación, a mi modo de ver, errónea de la carta de la Unesco de 2003 sobre patrimonio inmaterial, porque su condición de objeto-tesoro la desliga de la comunidad en que se inserta. Se trata de un patrimonio en singular, no en plural. Por otro lado, otras formas de patrimonializar costumbres y tradiciones es la protección de formas de hacer. Perú, por ejemplo, tiene inscrita la gastronomía peruana, vinculada a un territorio y un grupo de sujetos. Lo importante es que en 2003, la Unesco crea una carta donde hay una lista de patrimonio cultural inmaterial paralela a la de sitios patrimoniales, sin embargo en Chile, una ley de “patrimonio cultural” aún no existe. Solo tenemos ley de “monumentos”. (...) La discusión sobre la patrimonialización de la feria de Lota debería asemejarse a la discusión que suscitó la desaparición, por ejemplo, de las lenguas de etnias extintas (como los kawéskar), debería entenderse la feria en medio del conflicto de las culturas en riesgo de desaparecer, para que se preserve (J. Ramírez, entrevista personal, 3 de noviembre de 2016).

La preservación por riesgo de desaparición de un bien cultural comunitario, en este caso, la feria, nos devuelve a la anterior reflexión sobre el fin de las ferias, como expresión del contexto de sobremodernidad (Augé, 2000). También volvemos a la conclusión de Browne (2012) que determina que la feria como lugar antropológico, solo puede ser dimensionado en su valoración patrimonial, mediante la etnografía como método y esto, toma relevancia, cuando una de las preguntas que plantea Ramírez tiene que ver con cómo es posible patrimonializar la feria, solo una parte de ella, o su totalidad.

Con lo anterior, también hemos podido observar que en Lota hoy es posible, con organizaciones y personas, conversar sobre una revaloración de lo propio y estimar la proliferación de un discurso reivindicador de las tradiciones y costumbres que los mantiene ligados a su pasado sindicalista, minero, campesino y pesquero artesanal (Rodríguez, 2011). Se trata, en parte, de una actitud pasiva y “en espera” del cumplimiento de una promesa (hecha por el Estado) durante la implementación de las políticas posreconversión, donde se instaló la idea de que el patrimonio podría y debería ser un polo de desarrollo productivo para la ciudad que operara de manera alternativa a la actividad de la industria carbonífera. Así, las organizaciones sociales comunitarias patrimoniales de Lota, mantienen relaciones de colaboración con la institucionalidad cultural del país y participaron activamente en las gestiones políticas que desembocaron en el reconocimiento formal del patrimonio material de la ciudad, aunque actualmente tampoco cuentan con el financiamiento, por ejemplo, para la manutención de los monumentos declarados en el área (J. Espinoza, entrevista personal, 6 de marzo de 2014).

Se debe considerar además que la vinculación de las organizaciones sociales culturales, ligadas al patrimonio, se da en función de su interés por conservar ese pasado, pero también por la posible utilidad y funcionalidad que estas mismas valoraciones podrían tener para el desarrollo de las proyecciones económicas de la ciudad. De acuerdo a Ramírez, toda patrimonialización implica algún grado de intervención por parte del Estado como puede ser la introducción de mejoras en implementación e infraestructura, entre otros (J. Ramírez, entrevista personal, 3 de noviembre de 2016). De aquí se extrae el cuestionamiento sobre la función primaria del patrimonio, que es la conservación de bienes culturales dotados de excepcionalidad histórica para las naciones. Sin embargo, en el caso de la feria de Lota, se introduce también la discusión sobre su compatibilidad –o incompatibilidad– con las expectativas de crecimiento que puede tener una ciudad con altos índices de vulnerabilidad social.

Finalmente, concordando con Browne (2012), podemos concluir este trabajo con la idea de que los cuestionamientos sobre el valor patrimonial de la feria de Lota, se enmarcan en el esfuerzo por sostener un campo social transmisor de sentido, apelando al afán conservacionista del patrimonio. De esta manera, la pregunta sobre el patrimonio en Lota se convierte en una pregunta sobre el futuro y destino de la ciudad:

desde la feria parecíamos estar observando el actuar de una energía que disuelve las diferentes formas de vivir, en un afán homogeneizador y utilitarista, frente al cual habría que resistir(nos). De aquí viene la utilidad de la conservación, propia del patrimonio (p.83).

BIBLIOGRAFÍA

Academia Chilena de la Real Academia Española. (1978). *Diccionario del habla chilena*. Santiago: Editorial Universitaria.

Aguirre, Á. (1995). *Etnografía: metodología cualitativa en la investigación sociocultural*. México DF: Alfaomega.

Alcalde, A. (1972). *Comidas y bebidas de Chile*. Santiago: Quimantú.

Allier, E. (2008). Los lieux de mémoire: una propuesta historiográfica para el análisis de la memoria. *Revista Historia y Grafía*, 32, 162-178.

Astorquiza, O. (1929). *Lota: Antecedentes históricos con una monografía de la Compañía Minera Industrial de Chile*. Concepción: Sociedad de Impresores Limitada.

Astorquiza, O., Galleguillos, O. (1952). *Cien años del carbón de Lota*. Santiago: ZigZag.

Augé, M. (1998). *Las formas del olvido*. Barcelona: Editorial Gedisa.

Augé, M. (2000). *Los no lugares, espacios del anonimato*. Barcelona: Editorial Gedisa.

Augé, M. (2002). *El tiempo en ruinas*. Barcelona: Editorial Gedisa.

Barrenechea, J. (1943). *Ferrocarriles de Chile. Historia y organización*. Santiago: Rumbo.

Barros, M.J. (2015). El poroto como metáfora de la nación: los sujetos populares y la revolución. En “Rotología del poroto” de Pablo de Rokha. *Revista chilena de literatura, Pontificia Universidad Católica de Chile*, 90, 55-78.

Barthes, R. (2006). Por una Psicología de la Alimentación. *Revista de Metodología de Ciencias Sociales Empiria*, 11, 205-221.

Bengoa, J. (2005). *La comunidad reclamada. Identidades, utopías y memorias en la sociedad chilena*. Santiago: Catalonia.

Bengoa, J. (2009a). *La comunidad perdida, Identidad y cultura: desafíos de la modernización en Chile* (versión revisada). Santiago: Catalonia.

Bengoa, J. (2009b). *La comunidad fragmentada. Nación y desigualdad en Chile*. Santiago: Catalonia.

Bourdieu, P. (2002). *Capital cultural, escuela y espacio social*. México DF: Siglo XXI.

Bourdieu, P. (2004). *El amor al arte, los museos europeos y su público*. Barcelona: Paidós Ibérica.

Bourdieu, P. (2007). *El sentido práctico*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Browne, M. (2012). *La comunidad realizada: las ferias libres de Santiago como lugares de valor patrimonial*. Consultado el 10 de enero de 2016, Repositorio Universidad de Chile: <http://repositorio.uchile.cl/bitstream/handle/2250/116736/Memoria%20M.%20Browne.pdf?sequence=1>

Calvo, M. (2009). Dinero no veían, solo fichas: el pago del salario en las salitreras de Chile hasta 1925. *Revista de la Sociedad Española para la defensa del patrimonio geológico y minero*, 12, 9-30.

Certeau, M. de (2000). *La invención de lo cotidiano. Artes de hacer*. México DF: Editorial Universidad Iberoamericana, Biblioteca Francisco Xavier Clavigero.

Chartier, R. (1994). Cultura popular, retorno a un concepto historiográfico. *Revista Manuscripts: revista de historia moderna*, 12, 43-62.

Chile. Consejo de Monumentos Nacionales. (2016). *Catálogo*. Consultado el 5 de septiembre de 2016, Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, página web institucional: <http://www.monumentos.cl/catalogo/625/w3-propertyvalue-44090.html>

Chile. Instituto Nacional de Estadísticas [INE]. (2012). *Censo 2012*. Santiago: Gobierno de Chile.

Chile. Ministerio de Economía. Corfo. (2004). *Informe Final de Evaluación de Impacto: Reconversión Laboral y Productiva en la Zona del Carbón*. Santiago: Instituto de Economía de la Pontificia Universidad Católica de Chile.

Chile. Ministerio de Planificación. (2009). *Encuesta de caracterización socioeconómica nacional, Casen 2009*. Santiago: Gobierno de Chile.

Chile. Ministerio de Desarrollo Social [Mideso]. (2011). *Encuesta de caracterización socioeconómica nacional, Casen 2011*. Santiago: Gobierno de Chile.

Contreras, J. (1992). Alimentación y Cultura: reflexiones desde la Antropología. *Revista Chilena de Antropología, Universidad de Chile*, 11, 95-111.

Cornejo, I., Bellon, E. (2001). Apropiación Simbólica en el Centro Comercial de Santa Fe. *Revista Convergencias de la Universidad Autónoma del Estado de México*, 24, 67-86.

Cornejo, J., Aguirre, L., Gaete, P. (2015). *Feria de Lota: Memoria de un mercado popular*. Concepción: Consejo Nacional de la Cultura y las Artes.

Cuellar, K. (1996). Reseña de “Antropología de la sobremodernidad” de Marc Augé. *Revista Estudios sobre las culturas contemporáneas, Redalyc*, 2, 3, 171-172.

Delgado, M. (2006) Sobre antropología, patrimonio y espacio público. *Revista Austral de Ciencias Sociales*, 10, 49-66.

Delgado, M. (2008). La identidad en acción, la cultura como factor discursivo de exclusión y de lucha. *Eikasia, revista de filosofía*, 3, 17, 261-274.

Dinechin, P. de (2001). *Identidad y reconversión en las ciudades carboníferas de Lota y Coronel*. Santiago: Editorial Fundación Cepas.

Elster, J. (1991). *El cemento de la sociedad. Las paradojas del orden social*. Barcelona: Gedisa.

García Canclini, N. (1999). Los usos sociales del patrimonio cultural. *Patrimonio etnológico. Nuevas perspectivas de estudio*, Conserjería de Cultura, Junta de Andalucía, 1, 16-33.

García Canclini, N. (2002). *Culturas populares en el capitalismo*. México DF: Editorial Grijalbo.

García Canclini, N. (2009). *Culturas híbridas: estrategias para entrar y salir de la modernidad*. México DF: Debolsillo.

Geertz, C. (1989). *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Gedisa.

Geertz, C. (2002). *Reflexiones antropológicas sobre temas filosóficos*. Barcelona: Paidós.

Giannini, H. (2004). *La reflexión cotidiana: hacia una arqueología de la experiencia*. Santiago: Editorial Universitaria.

Giménez, G. (2000). Modernización, cultura e identidad social. *Revista Espiral, estudios sobre estado y sociedad*, 1, 2, 35-56.

Giménez, G. (2003). *La cultura como identidad y la identidad como cultura*. Ponencia disponible en Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México. México DF: Editorial Ciudad Universitaria.

Giménez, G. (2005). Teoría y análisis de la cultura. *Revista Colección Intersecciones*, 1, 1.

Grandón, E. (1998). *El adiós del minero. Crónicas desde Lota*. Santiago: Editorial Ministerio de Educación y Dibam.

Gruzinski, S. (2000). *El pensamiento mestizo*. Barcelona: Paidós.

Guber, R. (2011). *La etnografía: método, campo y reflexividad*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Henríquez, H (2007). Catastro topográfico, proyecto de mejoramiento sector feria de Lota. Municipalidad de Lota, Secretaría comunal de planificación y coordinación. Departamento de planificación e inversión comunal.

Henríquez, H. (2007). Plano Levantamiento topográfico Feria Libre de Lota. (Lámina N°1). Lota: Secretaría de Planificación Comunal Municipalidad de Lota

International Council on Monuments and Sites [Icomos] (2005-2008). *Informe del secretario general a la 16ª Asamblea General Dinu Bumbaru*. Québec: Québec.

López, M., Martín, F., Romero, P. (2007). Una revisión del concepto y evolución del capital social. Revista *Conocimiento, innovación y emprendedores: camino al futuro*, 1, 1060-1073.

Lota. Municipalidad de Lota. (1983). *Plan Regulador Comunal*. Secretaría Comunal de Planificación. Lota: Municipalidad de Lota.

Lota. Municipalidad de Lota. (2000). Dicta ordenanza para ocupación de espacios, locales y puestos en feria libre de Lota. Dirección de Obras, Lota: Municipalidad de Lota.

Lota. Municipalidad de Lota. (2005). *Plan de Desarrollo Comunitario Pladeco 2005-2010*. Lota: Municipalidad de Lota.

Lota. Municipalidad de Lota. (2007). *Informe Proyecto "Mejoramiento Sector Feria de Lota"*. Lota: Secretaría Comunal de Planificación y Coordinación. Departamento de Planificación e Inversión.

Lota. Municipalidad de Lota. (2010). *Plan de Desarrollo Comunitario Pladeco 2010-2014*. Lota: Municipalidad de Lota.

Lota. Municipalidad de Lota. (2014). *Plan de Desarrollo Comunitario Pladeco 2014- 2016*. Lota: Municipalidad de Lota.

Marambio, J. (1996). *Identidad cultural en la zona del carbón*. Santiago: Lom.

Márquez, F., Serrano, C., Raczinsky, D. (2009). *Elementos para una discusión sobre la reconversión productiva en Chile*. Santiago: Corporación Tiempo 2000.

Márquez, F., Serrano, C., Raczinsky, D. (2011). *Elementos para una discusión sobre la reconversión productiva en Chile*. Santiago: Corporación Tiempo 2000.

- Marrero, A. (2006). La teoría del capital social. Una crítica en perspectiva latinoamericana. *Revista Arxius Sociología*, 14, 73-89.
- Mauss, M. (1971). *Ensayo sobre los dones: razón y forma de cambio en las sociedades primitivas*. España: Tecnos.
- Mauss, M. (2006). *Ensayo sobre el don. Manual de etnografía*. Buenos Aires: Katz.
- Medina, P., Varas, A. (2015). La mujer en Lota de hoy, de la estructura patriarcal a la feminización de la ciudad. *Memorias y poscolonialidad*. Universidad de Santiago de Chile, 1, 1-12.
- Montecino, S. (2005). *La olla deleitosa: cocinas mestizas de Chile*. Santiago: Catalonia.
- Ortega, L. (1992). La frontera carbonífera 1860-1900. *Revista Mapocho*, 31, 131-148.
- Plath, O. (2008). *Folclor del carbón en la zona de Lota*. (Edición corregida y anotada por Karen Plath Müller). Santiago: Fondo de Cultura Económica.
- Prats, L. (1998). El concepto de patrimonio cultural. *Revista Política y Sociedad*, 27, 63-67.
- Prats, L. (2005). Concepto y gestión del patrimonio local. *Revista Cuadernos de antropología social*, 21, 17-35.
- Queirolo, P., Velásquez, C. Orué, E. (2009). Diagnóstico, ratificación, catastro topográfico y anteproyecto de arquitectura, para el estudio y confección de los proyectos de arquitectura, ingeniería y especialidades Mejoramiento Feria de Lota (Informe N° 1). Concepción: OO.CC. Consultoría en ingeniería y construcción.
- Reyes, S., Rodríguez, J., Medina, P. (2014). El sufrimiento colectivo de una ciudad minera en declinación. El caso de Lota, Chile. *Revista Horizontes Antropológicos*, 20, 42, 237-264.
- Rock, M.E. (2008). *Lota, patrimonio industrial de la humanidad: recate del patrimonio cultural inmaterial*. Santiago: Repositorio Universidad de Chile.

Rock, M.E. (2011). *Voces de la historia: relatos de carbón*. Santiago: Consejo Nacional de la Cultura y las Artes.

Rodríguez, J., Medina, P. (2011). Reconversión, daño y abandono en la ciudad de Lota. *Revista Atenea*, 504, 147-176.

Salazar, G. (2003). *Ferias libres: espacio residual de soberanía popular*. Santiago: Sur.

Sanguinetti, S. (2007). Cuando el lugar se mete dentro de la casa. Reseña del libro de Marc Augé *Los No Lugares*. *Revista Latina de Comunicación Social*, 62, 1-4.

Servicio Evangélico para el Desarrollo [Sepade]. (2012). Diagnóstico de la comuna de Lota, Informe preliminar del proyecto “Todas las Manos Todas”. Concepción, Chile: Servicio Evangélico para el Desarrollo Sepade.

Troncoso, M. (2009). *La Feria libre como fenómeno de centralidad transitoria. Desafíos del diseño urbano ante las transformaciones de la actividad comercial ferial en Santiago: el caso de una comuna mediterránea, Macul*. (Tesis Magíster en Arquitectura). Pontificia Universidad Católica de Chile, Centro de Estudios Urbanos, Santiago.

Tuan, Y. (2007). *Topofilia, un estudio de las percepciones, actitudes y valores sobre el entorno*. Madrid: Melusina.

Unesco. (1954). *Convención para la protección de los bienes culturales en caso de conflicto armado*. Consultado el 5 de marzo de 2016 en http://portal.unesco.org/es/ev.php-URL_ID=13637&URL_DO=DO_TOPIC&URL_SECTION=201.html

Unesco. (2003). *Convención para la salvaguardia del patrimonio cultural inmaterial*. Consultado el 5 de marzo de 2016 en <http://unesdoc.unesco.org/images/0013/001325/132540s.pdf>

Universidad de Concepción. Empresa de Comercio Agrícola. (1967). *Estudio de la comercialización de los productos alimenticios en la región geoeconómica del BíoBío*. Concepción: Editorial Universitaria.

Uribe, H. (1996). *Folklore y tradición del minero del carbón*. Concepción: Editorial Aníbal Pinto.

Vega, M.E., Ortiz, E. (1994). *Identidad y cultura minera*. Santiago, Consejo Nacional de la Cultura y las Artes.

® RPI N° A – 278558 - Chile.